

se

EL ÚLTIMO REFUGIO

GDMII

ALEJANDRO CASTRO Lectulandia

A comienzos de 2010, la Guerra de la Doble Muerte asoló el país. La ira de los Hambrientos arrinconó a los supervivientes en campamentos, levantados para preservar la vida. Uno de esos grupos se ha atrincherado en lo más alto de la Sierra de Montserrat: Francesc Maciá, Italia, Ino Guerau y el resto de sus compañeros resisten parapetados en torno a la basílica. A más de mil kilómetros de distancia, el grupo de J.B., Mamashe Correa y Úrsula se ha hecho fuerte en Finisterre gracias a los infelices que creen en sus mentiras. Mientras tanto, en la ciudad de Sevilla —completamente devastada— Judith y Jonás buscan un lugar donde morir con dignidad, cansados de esa maldición que les mantiene aún en pie. Pero... ¿podrán conseguir su propósito? ¿Resistirán los supervivientes el empuje de los Hambrientos? ¿Qué secreto esconde el grupo de Finisterre en el interior del Hostal Comala? Esta es la historia de todos ellos, en la búsqueda desesperada del que habrá de ser el último refugio.

Lectulandia

Alejandro Castroguer

El último refugio, Z

Saga de la Doble Muerte - 2

ePub r1.0

Zombie 18.07.18

Título original: *El último refugio, Z*
Alejandro Castroguer, 2013

Editor digital: Zombie
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En esta ocasión, a la Nora de tres añitos que desea que me pase la vida entera sentado a su lado, jugando, riendo.
«¡Aquí sentá!»

«El que vive más de una vida debe morir más de una muerte.»

Oscar Wilde

«Vuelvo a la vida con mi muerte al hombro.»

Blas de Otero

«Tras cada hombre hay treinta fantasmas, pues tal es la proporción numérica en que los muertos superan a los vivos.»

Arthur C. Clarke

«En el presente, solo hay lugar para una nueva matanza.»

Javier Cosnava

CAPÍTULO 0. LA GUERRA DE LA DOBLE MUERTE

El anuncio del fin de la epidemia concita la atención de todo el país, tanto que a las nueve de la mañana, gentes de toda clase y condición han oído hablar del mismo. Sin embargo, en un futuro, los libros de historia y las generaciones venideras recordarán el cuatro de febrero de 2010 y las 7:23 minutos de la mañana como el día y la hora en que comenzó la Guerra de la Doble Muerte.

Un minuto antes de que se inicie la batalla de San Fernando, de que converse la pólvora y grite la desesperación, Judith y Jonás se desean buena suerte en los túneles de Mariamoco, bajo la Ciudad Negra. Lo hacen en silencio, más cómplice este que las palabras o el hedor a muerte que les iguala. La inquietud y el miedo, a medida que se acerca el inicio de la guerra, son irrefrenables. Si no fuese por ese terremoto de nervios, Judith no interpelaría a su compañero, pero necesita exteriorizar su preocupación.

—¿Sabes adónde vamos?

Sostenido sobre las muletas, apoyada la espalda contra un escaparate, Jonás niega con la cabeza. Tal vez conoce la respuesta, tal vez por ello se niegue a considerar el destino que les espera. Ningún periódico recogerá la tragedia que Judith y Jonás, resucitados y abandonados a su suerte, vivirán juntos durante los días siguientes al estallido de la Guerra de la Doble Muerte.

—¿Sabes adónde vamos? —repite Judith.

Jonás niega de nuevo. Tampoco le importa. Qué más da; están allí, que es lo que cuenta, y vivos, o medio muertos. Qué más da. La consigna es salvar el pellejo a toda costa. El futuro es una autopista que no lleva a ninguna parte, a ningún destino conocido. En cualquier caso, es mejor andar ese camino a que te saquen antes de tiempo de la calzada y usen el arcén de fosa común para arrumbar tus huesos.

—Vamos al infierno —es Judith quien responde su propia pregunta, la vista nublada por los peores presagios.

Los relojes marcan las 7:23 de la mañana y los calendarios afirman que es cuatro de febrero de 2010. El horror se precipitará sin que nada pueda evitarlo.

A un kilómetro escaso de donde se encuentran Judith y Jonás, al final de la carretera que conduce a las puertas de la muralla que defiende la Ciudad Negra, los soldados de la Brigada de Infantería de la Legión Alfonso XIII y de la Infantería Mecanizada Guzmán El Bueno mantienen la posición, impertérritos, dispuestos a no ceder un solo centímetro de terreno; lo más fácil sería dar media vuelta y huir a toda prisa. Tienen más miedo a la represalia de los altos mandos que a la fiereza de los hambrientos. Es por eso por lo que, de momento, se obedecen las órdenes dictadas a gritos. Tal vez la velocidad de la sangre impide pensar con la necesaria lucidez a los soldados. ¿Quién se acuerda ahora de los nombres de los que cayeron en Guernica bajo la ira alemana o fueron fusilados un dos de mayo en pos de la independencia de Francia? Si la

Historia siempre olvida a los que se sacrificaron por los grandes ideales, ¿quién se acordará de ellos, los que defienden la salida de la Ciudad Negra, una vez que hayan muerto?

Por ahora, de momento, la respiración y el ritmo cardiaco aún asisten a esos valientes. Por ahora. Es posible que dentro de unos minutos, en el fragor de la batalla, alguno se olvide de los pulmones y apriete el gatillo estando ya medio muerto, casi tanto como los resucitados que ha de exterminar a toda costa.

—Mantened la posición —ladra el oficial. Es el capitán Nogales, un pobre diablo que se hará sus necesidades encima segundos antes de ser atacado por uno de los habitantes de la Ciudad Negra. Pero él desconoce el futuro y todavía es un tipo respetado por la tropa. Todavía.

A lo largo de la carretera que une la antigua Cádiz, ahora la Ciudad Negra, a tierra se presiente la llegada del momento decisivo, el advenimiento de la muerte: primero de manera intuitiva y después de forma física. Poco antes de las 7:30, la trepidación del suelo alcanza a los soldados que conforman la primera línea de fuego, y los embiste igual que una ola que hubiese superado la frontera arenosa de la playa. Judith observa las llagas y heridas de las manos, la lividez de la carne. Por mucho que busque en ellas la respuesta a la gran pregunta —¿por qué ha resucitado?—, no encontrará otra cosa que la certeza del final.

—Vamos al infierno —repite. Su voz hecha esquirlas rueda por los intestinos ya vacíos de la Ciudad Negra, por los túneles de Mariamoco.

Entre la posición de Judith y Jonás y la de los hombres que arenga el capitán Nogales, una multitud de cuerpos podridos se arracima sobre cada metro de asfalto. Miles de muertos avanzan sin detenerse, dispuestos a abalanzarse sobre los soldados, los carros de combate y cuantos vehículos encuentren a su paso con la fuerza de un tornado. Nada les detendrá, salvo la Doble Muerte.

Como en tantas otras escaramuzas, libradas con anterioridad a la deportación de los muertos a la Ciudad Negra, el miedo se pasea entre las filas de los soldados. Carne de matadero, los soldados están dispuestos a invertir lo más preciado que tienen, esa vida que se les escapa segundo a segundo, con tal de evitar que caiga la primera barrera que han levantado varios centenares de metros antes de San Fernando.

El miedo se mofa de ellos: les hace cosquillas en el estómago, les eriza el cogote con su aliento; les habla al oído, enumerando si es preciso lo que cada uno dejará atrás si pierde la vida: casa, mujer, hijos, ilusiones... una retahíla de bienes arrumbados en la cuneta al menor descuido.

—¡Aguardamos un poco más! —ordena el capitán Nogales, que ha prestado oído al parlamento silencioso del miedo.

Bajo sus pies, la vibración del asfalto le araña los tobillos. Cada vez se encuentran más próximos los heraldos de la muerte. Con un poco de suerte, a esa distancia, se distingue ya la furia de los ojos del enemigo. De modo que es normal que ese caballero de pantalón, frac y sombrero de copa negros con el que algunos identifican

al miedo, esa suerte de barón del vudú, eleve el tono de la voz y les grite sus consignas al oído, soldado a soldado, mientras deambula de un lado para otro. Sin embargo será mejor que el barón Lacroix se aparte a un lado porque esta no es su guerra.

Las gaviotas levantan el vuelo minutos antes de que suene la primera detonación de la mañana. Las nubes, negras como el ropaje de ese caballero que es el miedo con aires de barón, se acuestan sobre el horizonte, emisarias de una tormenta que no tardará mucho en arreciar sobre los combatientes. El mar susurra su letanía interminable, ajeno, igual que las gaviotas y las nubes, a la batalla que va a librarse. Encabezan las huestes de los resucitados cuatro cuerpos de envidiable fortaleza y miembros desiguales, cosidos aquí y allá, a la altura de las articulaciones, por quien no deja de ser una leyenda entre los soldados; sobre todo porque a pesar de hablar de él nadie le ha visto: el doctor Hawthorne.

Esos cuatro cuerpos cosidos son los Durmientes. Ellos son los encargados de romper la primera línea de los vivos. Algún soldado, en un instante de lucidez, notará cierto parecido físico existente entre esos cuerpos y el troll de las cavernas que habita en Moria.

Los resucitados, los hambrientos, los muertos vivientes son el enemigo: *ellos*. Aunque cada uno de esos desgraciados conserven migajas de recuerdos de lo que fueron antes de la resurrección, para el capitán Nogales y sus hombres carecen de identidad; los iguala el hambre y la rabia sin medida.

Por el contrario, los soldados, que están dispuestos a apretar el gatillo a cambio de una nómina, se dicen *nosotros*. Tan solo porque son capaces de recordar sin problema sus nombres y apellidos.

De pronto, el hedor se convierte en el mejor ariete del ejército de cadáveres. Por mucho que uno niegue la autonomía de los pulmones, por mucho que uno se empeñe en controlar la respiración, la fetidez que desprenden esos miles de muertos hace inútil cualquier empeño. Da lo mismo que el soldado se tape la nariz bajo el pasamontañas, porque el hedor rept a través de las fosas nasales y se clava en el cerebro. Ese tufo patea la entereza de los vivos.

En el espacio de un parpadeo, los cuatro colosos de carne cosida salvan los últimos cien metros en veinte zancadas, a la velocidad de un tren en marcha. Embisten las primeras líneas de soldados. El impacto es tan salvaje que un centenar de cuerpos salen volando, igual que si les hubiese estallado una bomba bajo los pies. Son marionetas descoyuntadas que giran en el aire, arriba, arriba, arriba, abajo, abajo, abajo.

De ellos, los que tienen más suerte se desnucan al precipitarse contra el suelo y se abren la cabeza; afortunados ellos porque ya no padecerán más. En cambio los menos favorecidos oirán, a causa del impacto, el crujido de sus brazos y piernas o caderas, hechas añicos entre gritos y convulsiones de dolor. Como no han muerto a tiempo, también oirán el tableteo de las ametralladoras manejadas por sus compañeros y el

chasquido de la dentadura de los hambrientos cada vez más cerca de sus huesos. Luego percibirán los alaridos que vomitan otras gargantas sentenciadas a muerte, un segundo antes del mordisco definitivo.

Esos gritos taladran los tímpanos de los moribundos y de los que aún permanecen en pie y que, ante la fiereza del enemigo, han retrocedido un par de metros. Puro instinto de supervivencia.

El dedo que aprieta el gatillo. El miedo que prensa las mandíbulas y relaja traicioneramente los esfínteres de los soldados menos curtidos. De nuevo el barón Lacroix susurra a los menos aguerridos.

Los cuatro Durmientes han sido abatidos tras los primeros minutos de combate, pero la brecha abierta alienta a los muertos vivientes que marchan tras ellos; es margen más que suficiente para que miles de resucitados pisoteen sus cadáveres y se dejen caer sobre el pánico de los uniformados.

El empuje de los resucitados arrincona a los soldados que forman delante de los tanques y de los camiones. Los hay que quedan atrapados entre los atacantes y el acero de los vehículos. Ninguno de estos desgraciados sobrevive. Es más, el fuego indiscriminado a sus espaldas finiquita la esperanza de quienes han logrado sobrevivir a los minutos iniciales de desconcierto. Más vale prevenir una infección masiva, piensa el capitán Nogales, a que unos cuantos de sus hombres resuciten para morder al resto de la tropa. Bastaría con un descuido, un segundo de duda o de piedad, para que la propagación rebasase las últimas defensas. En ese caso, todo estará perdido.

La sangre, los intestinos, los pedazos de carne, los miembros llueven sobre el asfalto con la intensidad de un matadero o de un Diluvio Universal.

Al capitán Nogales le pitan los oídos por culpa del fuego indiscriminado de los tanques que tratan de volar en pedazos la carretera que une el resto de España con la Ciudad Negra. El capitán grita sin saber muy bien a qué y dispara sin precisar el objetivo. Poco le importa que, ocasionalmente, caiga algún subordinado; lo primordial es salvar la vida. Antes de que logre subirse al pescante de uno de los camiones, el capitán tropieza con la cabeza y el tronco de un soldado, desmembrado y eviscerado. Producto de la inercia, la frente de Nogales aterriza sobre el asfalto sin que las manos hayan podido atenuar el golpe.

De repente la luz de la mañana se desvanece. El capitán pierde la visión, no sabe si a causa del golpe o de la sangre que fluye a través de la zanja abierta en la carne. Solo le auxilia el oído. Lo que oye, más allá del motor acelerado del corazón, no es más que un lenguaje hecho de rabia, hambre y palabras tronchadas, consonantes escupidas igual que si fueran salivazos. El último pensamiento del capitán Nogales acaricia la imagen de Jesús del Gran Poder. Cristiano por exceso, cofrade por defecto, se encomienda a Él. Ni siquiera llega a decir *Padrenuestro*. Un mordisco en la garganta mastica esa oración que no ha llegado a pronunciar.

(De *Los Cantos de Maldoror*, del Conde de Lautréamont: I, 10, 187-195.)

He visto alinearse, bajo las banderas de la muerte, al que fue bello; al que, tras su vida, no se ha afeado; al hombre, a la mujer, al mendigo, a los hijos de los reyes; las ilusiones de la juventud; (...) el vicio coronado de flores y la inocencia traicionada.

Tras la carnicería acontecida el cuatro de febrero de 2010 a las afueras de San Fernando, tras quebrar la defensa establecida frente a la Ciudad Negra, la infección se extiende por Andalucía y cabalga hacia el resto de comunidades sin que nadie sea capaz de frenarla. Ningún torniquete es efectivo frente a semejante gangrena.

Un mes y medio después el país arde en sus cuatro esquinas. No hay ciudad que no haya sido devastada, no hay pueblo que no haya sido masticado por los muertos vivientes. Las poblaciones que no han visto entre sus calles las banderas de la muerte deben su suerte a una orografía especialmente favorable que las aísla del resto del mundo.

Mientras el cielo se emborrona de columnas de humo, tan gigantescas que parecen nubes que amenazan tormenta, las escaleras, los portales, las aceras y el asfalto se tiñen de rojo, igual que cuando Don Quijote combatía a espada los odres de vino. Es la sangre vertida de millones de infelices, tanta y ofrendada en tal cantidad que, con el paso de las semanas, su olor ferruginoso ha terminado sobreponiéndose al hedor de la Muerte que arrastra los pies y se mantiene alerta dentro de cada resucitado.

(De Memorias de una hippie en el Infierno, de Italia Segorve: II, 10-16.)

Recuerdo que antes incluso de que se escuchasen las primeras detonaciones en la zona de Montjuic, el agua anunció la inminencia del desastre. Recuerdo que empezó a brotar lodo de los grifos. No habría pasado a mayores si el problema se hubiese solucionado en cuestión de horas; pero la situación se agravó cuando, al día siguiente, el agua comenzó a brotar de un color sanguinolento.

Hace semanas que cayó Bilbao, que el ejército se replegó a saber en qué dirección. Y desde entonces, la ciudad se ha ido muriendo hora a hora, día a día. Inquebrantable es el espíritu de los bilbaínos que resisten en sus casas o urbanizaciones, verdaderos topos muertos de miedo. Resisten pertrechados con cuchillos de cocina, martillos y destornilladores, pura quincalla contra la muerte que se pasea desde el Guggenheim hasta el mismísimo estadio de San Mamés. Resisten sin saber que ya están sentenciados, que la primera baja que se cuente entre sus filas desatará el desastre allí donde creen que se hallan a salvo.

En mitad de esa destrucción, se advierte una sombra en la Gran Vía Diego López de Haro; no es más que un parpadeo en la lejanía. Podría pasar por otro de los muertos vivientes. Pero la velocidad a la que se desplaza no es propia de la carne podrida y las articulaciones anquilosadas.

Es una mujer joven, que no llega a los treinta años. Morena, ojos color miel y bien parecida pese a los estragos causados en su rostro por el ayuno más o menos voluntario o decididamente forzoso. Lleva un pañuelo anudado a la cabeza. Emplea unos guantes, negros, decorados con los martillos cruzados en aspa de *The Wall*. Silba

una melodía con la despreocupación propia de quien estuviese disfrutando de un día de campo en mitad del infierno. La inusual rapidez de su marcha tiene una explicación muy sencilla: a sus pies descansa un monopatín.

Alguien de la perspicacia y agudeza visual de Sherlock Holmes sería capaz de añadir que es zurda, aunque solo sea porque bajo la ropa esconde un bulto a la altura de la cadera izquierda. Da igual que sea una bolsa con algunos efectos personales o un artefacto explosivo; lo significativo es que lo recoge con el brazo izquierdo.

Esta superviviente no es Eva, ni tampoco conocerá Cíbola. Se llama Eguzki y, antes de la guerra, soñaba con ser veterinaria. De manera tangencial, esta es su historia.

Se resiste a la barbarie propagada por los hambrientos dentro del castillo de Chinchón, en la catacumbas de El Escorial, en la Universidad de Comillas, bajo el cadáver de Madrid, en la red del Metro; también en Padrollano cerca de Sierra Nevada, en la Cuevas de Menga, dentro de la catedral de Cuenca y en el interior de las murallas de Ávila. Aquí y allá, se niega la victoria a la Muerte que Camina.

La Sierra de Montserrat es otro de esos fortines naturales que los supervivientes defienden con fe numantina. El campamento Vermell alberga y da esperanza a más de cincuenta personas. En la escalinata que conduce al atrio de la abadía descansa uno de ellos, un tipo que no se separa de sus prismáticos. Abraza con las dos manos un bocadillo de mortadela. Saborea cada bocado como si fuese un manjar de rey o la última comida de un condenado a muerte. Favorece la deglución con un poco de agua.

A diferencia de los tiempos en que se ganaba la vida fotografiando paisajes, ahora luce una barba de muchos días descuidada de atenciones, verdadero abrojo tras el que esconderse. No se llama Robinson, ni cuenta con un refugio atómico donde esconderse: es Francesc Maciá. Aunque arrastra demasiados fantasmas, esta es su historia.

A muchos kilómetros de Bilbao y de la Sierra de Montserrat, el pueblo de Finisterre, cercado como los hombres del general Custer en la batalla de Little Big Horn, aún se mantiene en pie. Los que aún conservan sus cabelleras están dispuestos a morir con las botas puestas.

Aunque superan en número a los vivos, los muertos vivientes todavía no han encontrado la manera de tomar la plaza. En la habitación 103 del hostel Comala, una niña de cuatro años acuna a su muñeca, de nombre Guguna. Para la niña es otra superviviente más; poco le importa lo que digan sus compañeros de habitación. Más le valdría a ellos preocuparse de otras cosas, que censurar sus diálogos con la muñeca.

Aurora, que así se llama la pequeña, no ha sufrido ningún accidente de tráfico, ni se cree una máquina. Esta es su historia. Aunque también lo es de Italia, de Ino Guerau, de Rodrigo Pérez, de Javier Dantas, de Mamashe Correa o de Carlos Sisí. Es el recuento de desgracias de quienes sobreviven en Finisterre, en Montserrat y en

Bilbao.

Además, por hacer justicia a Judith y Jonás, dos resucitados que buscarán la Doble Muerte como antídoto al desierto de sus pulmones, al vertedero de sus intestinos y a la oscuridad cenagosa de sus ojos, esta también es su odisea.

CAPÍTULO 1. DOS ROMBOS

Domingo 28 de marzo de 2010. 23:25 horas.
Campamento Vermell, Sierra de Montserrat.

La mordedura en el cuello. Los dientes entran en contacto con la piel, pero sin ejercer más presión que la necesaria. Podrían cercenar la yugular a poco que se lo propusiesen, y arrebatarle así la vida a la mujer en menos de un minuto. Pero se detiene antes de que sea demasiado tarde. Es preferible no precipitarse.

El pálpito de la sangre enardece la respiración, no solo la de la víctima, sino también la del agresor. Dentro del cauce de las venas, la sangre alcanza los mil grados centígrados y se hace magma, lodo incandescente. Nada podrá detener ese fuego líquido que anega las entrañas, ni tampoco la posterior erupción.

Ha expirado el tiempo para las bromas, dilatadas durante los últimos minutos. Es el momento de la verdad. Por debajo de la ropa, las uñas puntiagudas de la mujer roturan la espalda del joven, de arriba abajo, sin contemplaciones. Cuanto mayor sea el dolor infligido, mayor será la respuesta. Llegado el instante definitivo del encuentro, ambos son conscientes de que no habrá prisioneros. Es una apuesta a todo o nada. Y es que, aunque han preferido obviarla y negar la desgracia de la resurrección de los muertos, hay una mínima posibilidad de que el infortunio, la desgracia, la mala suerte, les acorrale. Bastaría con una invasión imprevista de los pellejudos para que todo se fuese a la mierda.

En favor de la urgencia del momento, el recelo se ha de dejar arrinconado, al menos de momento. Ningún cobarde hace grandes cosas, ni siquiera salvar el pellejo. Lo que importa, lo verdaderamente sustantivo, es la voracidad del adversario, incitarla si es necesario. A ella y a él les incomoda la posibilidad de que no sean capaces de apurar el tiempo y la ocasión como es debido, y que desaparezca, de repente, la intensidad del envite. En silencio temen que uno de los dos se arrepienta cuando ya nada pueda detener los mordiscos.

Las miradas explotan. El cerebro arde igual que si alguien hubiese tirado una cerilla dentro de un bidón de gasolina: las ideas acaban carbonizadas por la velocidad de esos diez minutos. Mientras él aúlla de dolor, los surcos de la espalda no hacen sino enardecerlo, ella anula sus propios suspiros mordiendo el cuello del contrincante. Los brazos combaten entre sí, en busca de la mejor presa.

Todo sucede entre archivadores, toneladas de polvo y documentación caducada hace siglos. Pese a la estrechez de la pieza, pese a que a duras penas pueden moverse ahí dentro, nada más que lo justo, esa oficina es el lugar ideal. No en vano está lo suficientemente lejos de la abadía como para que nadie sea testigo del intercambio de besos y fluidos entre Ino y Quicá.

La palidez de la noche se cuele a través de una ventana alta. No es mucha luz,

pero sí la suficiente para verse las caras. En mitad de esa penumbra angosta, los dos cuerpos luchan entrelazados. Ino ha levantado en peso el cuerpo de Quicá y la aprisiona contra la pared del fondo. Abierta de piernas, ella no tiene más defensa que sus mordiscos. Pero estos no hacen más que refrendar la inminencia de la derrota y testimoniar el hecho de que, en realidad, desea rendirse a la fuerza bruta de su compañero. Lo desea, igual que su cuerpo, su sexo.

—Llevo días esperándote —admite Quicá entre suspiros.

El ardor es una locomotora lanzada a toda velocidad, tanto que descarrilará a la menor negligencia. Por eso, antes de abrazarse, han prescindido de cuchillos y navajas, con objeto de evitar un accidente no deseado. Todo parece confabularse para que se consume el encuentro. Nada más lejos de la realidad.

De pronto, el aullido de una sirena detiene el peligroso juego. Resuena en mitad de la noche, despertando todo el perímetro defensivo establecido en torno a la abadía de Montserrat. Ino y Quicá se detienen justo cuando los pantalones empezaban a convertirse en un obstáculo, y los dedos peleaban contra la tenacidad de los botones. Ella advierte una humedad de marisma bajo las bragas mientras él registra el palpito de su propio sexo sin ser capaz de detener los espasmos.

Sobran las palabras: ambos conocen el verdadero significado del aullido de la sirena. Pero no solo eso, además han identificado el lugar de donde proviene. Cada puesto de vigilancia dispone de un megáfono, provisto de la pertinente señal de alarma; después de varias semanas de convivencia, cualquiera podría identificar la localización exacta de tal o cual sirena.

Ino extrae sus gafas del bolsillo de la camisa, se las calza sobre el puente de la nariz. Rumia unos insultos. Mira su reloj a la débil luz de la noche.

Sin dejar de rozarse contra él, Quicá pregunta qué hora es.

—Las once y media. ¿No funciona el tuyo?

Quicá prefiere no responder. Es cierto que su reloj no funciona, fallecido desde hace semanas. Sin embargo no le apetece dar ninguna explicación al respecto: son cosas suyas.

—Ino, deberías darte prisa, ¿no crees? —Ella se separa después de regalarle un beso.

—Seguro que se calla enseguida.

Ino se refiere a la sirena. Sin embargo, de resultar una falsa alarma, ya se habría hecho el silencio. Y no, la sirena no deja de soliviantar la noche con su lamento cíclico. Advierte de la evidencia de un peligro inminente.

Pese a ello, Ino aún tiene la sangre fría de proponerle a Quicá que, al menos, le regale una felación. Ella le empuja, después se atornilla el índice a la altura de la sien en un inequívoco gesto. *Estás loco, tío.* Con la posibilidad de una invasión no se juega.

Quicá recompone su ropa, ordena los pechos dentro del sujetador, se abrocha los botones de la blusa. Por último tantea la venda que le cubre la cabeza.

—¿Quién está haciendo tu guardia, capullo? —pregunta.

Basta que Inocencio Guerau, Ino para los amigos, enarque la ceja para que ella le entienda. Hace semanas que se conocen, y han compartido tantas guardias y confianzas, que Quicá imagina la respuesta a su pregunta.

—¿Don Bernabé? —Ino esconde su arrogancia natural bajo una mirada de inocencia perversa y mantiene silencio—. ¿No será don Bernabé?

La sonrisa de Ino hace innecesarias más explicaciones. Se enfunda el chaquetón; en el bolsillo derecho encuentra el hueco que ha dejado la Beretta. Si la tuviese en su poder, y no se la hubiese dejado a Bernabé, finiquitaría la conversación, aunque fuese por las malas.

—Buen tipo, ¿no? Siempre está dispuesto a echar una mano.

—Depende, que dice una canción de *Jarabe de Palo* —gruñe Ino antes de mostrarle el puño cerrado.

La consigna es clara: ella debería de olvidarse de las preguntas y salir de allí a toda prisa antes de que fuese demasiado tarde. Debería.

—No sé a qué te refieres. Es un hombre respetado por todos —dice Quicá, pese a la intimidatoria presencia del puño cerrado—. El otro día estuvimos...

—No digo que no —le interrumpe Ino, el ceño fruncido—. Sólo que todo depende de según cómo se mire.

—Ino, ¿te han dicho alguna vez que las gafas te hacen más interesante? —ella ha preferido cambiar de tema ante el enojo evidente de su compañero y la imprevisibilidad de acción del puño cerrado.

Quicá se masajea el cuello, todavía enrojecido por los mordiscos intercambiados con anterioridad.

—Gilipollecés. Solamente utilizaba las gafas mientras conducía. El resto del tiempo llevaba lentillas. Lo malo es que las perdí hace semanas. Con gafas parezco un idiota. Cuando quieras nos vamos.

Mientras entierra el puño en el bolsillo, Ino permite que Quicá pase delante de él. Entonces dispara la mano izquierda contra el trasero de la compañera. Intercambian risas y promesas de nuevos encuentros antes de abrir la puerta.

La sirena no ha dejado de aullar en ningún momento. Quicá olfatea el aire, arruga la nariz. Ha percibido el aliento de la muerte, que ronda al otro lado de la última frontera, sobre la carretera que desciende a lo largo de la montaña; el hedor que desprenden los muertos vivientes que asedian el campamento. Una nube de preocupación atraviesa el cielo oscuro de sus ojos. Pero no hace referencia a semejante descubrimiento. Sería innecesario y gratuito: ¿para qué convocar a la Muerte cuando está tan cerca que puedes tropezarte con ella?

—Huelo a cambios —dice al cabo de unos segundos de silencio.

Ino desoye sus palabras, aunque no es la primera vez que Quicá habla de esos presentimientos que obtiene a través del olfato. Es posible que la herida que presenta en la cabeza haya nublado el cerebro de su compañera, que poco a poco esté

perdiendo la cordura.

Paparruchas, que diría el señor Scrooge. Gilipolleces, añadiría Ino. Con paso decidido, avanza por el sendero de tierra seguido por Quicá. En menos de diez metros gana el asfalto. Parapetado tras el cadáver de un coche, muerto en ese mismo lugar desde hace meses, Ino cambia una mirada con todas y cada una de las posiciones defensivas. A pesar del chillido de la sirena, todo parece estar en correcto estado de revista.

—Nadie nos ha visto, Quicá —advierde a su compañera en un susurro.

—Nadie te ha visto, Ino.

En ese instante, se escucha el tableteo de unos disparos. Al igual que la sirena, provienen de la zona donde se levanta el puesto de vigilancia que Ino ha abandonado en aras del placer compartido con Quicá.

—Tú tampoco me has visto, ¿entendido?

Atrás ha quedado la complicidad ganada con el encuentro clandestino. Inocencio Guerau es otra vez el tipo huraño y solitario que era antes de que le ardiese la sangre.

—Parece que tu sustituto tiene problemas —apunta Quicá.

—Regresa al campamento. Yo iré a ver qué tripa se le ha roto a Bernabé.

—Ellos descubrirán que don Bernabé está haciendo tu guardia. Y ya sabes que el castigo...

—No te preocupes, Bernabé sabe lo que tiene que decir. No me delatará. Tú preocúpate de recordar que no me has visto, ¿OK? —con el índice imitando el cañón de una pistola, Ino roza los labios de su compañera—. Y de no perder la cabeza —añade señalando la venda que cubre la cabeza de Quicá.

—Tampoco es necesario que te rías de mí.

Ino prefiere la acción a las palabras; es más elocuente. Emboscado en mitad de la noche, evitando a partes iguales los puestos de guardia y las barricadas tras las que permanecen alerta los hambrientos, regresa a su lugar de vigilancia.

Quicá no se conforma con volver al campamento, tal y como le ha pedido Ino, sino que se obstina en seguirle de cerca, convencida de que, tarde o temprano, habrá ocasión de terminar lo que han dejado a medias. No es la primera vez que comparten fluidos: hace meses que les une el fuego de la sangre. Conocedor de su debilidad, de la fogosidad de sus piernas, Ino juega con ella desde entonces.

Si fuese inteligente, Quicá se olvidaría de él. Sabe que también se *cepilla* a otras mujeres del campamento Vermell, pero no deja de pensar en la próxima ocasión en que lo tenga de nuevo entre las piernas. Ahora que lo piensa, ha debido acceder a la propuesta de Ino, a la felación. Cuanto más contento le tenga, mayor será su urgencia por encontrarla cuando le apremie el deseo.

La sirena enmudece, ya no se oyen más disparos. El silencio da voz a la noche y al lamento lejano de los resucitados. De momento parece que ha remitido el peligro. Al menos de momento.

—Ya ha pasado lo peor —dice él.

—No creo, sigo oliendo a cambios.

—Ahora lárgate —dice empujándola—. No quiero que Bernabé sepa lo nuestro.

—¿Acabaremos lo que hemos empezado?

—Luego.

—Luego, ¿cuándo?

Ino se lleva el índice a los labios, cansado de que Quicá no sea otra cosa más que su sombra. Hay que ver lo que se tarda en callarla por las buenas, y lo poco que tardaría si le regalase un puñetazo en la boca. A veces le entran ganas de...

Si no fuera tan obsesiva ni tan agotadora, Quicá sería un gran fichaje. A pesar de sus treinta y ocho años, la muy zorra mantiene un magnífico tipo. Tiene dos piernas infinitas y una expresión entre inocente y pícara. Aparenta menos edad que la que realmente tiene y habla todos los idiomas del sexo. Sería perfecta, o eso piensa Ino, si tuviese la cualidad de desaparecer en el momento oportuno.

En mitad del silencio reconquistado por la noche, suena el estampido de los corazones. La primera en sobreponerse a la velocidad de la sangre es Quicá, que se atreve a echarle un brazo por encima del hombro a su compañero.

—Oye, ¿te gusta Mónica?

—¿Qué Mónica?

—¿Qué Mónica va a ser? La única del campamento. Mónica Mateo, la nueva.

—Estás loca, tía.

—He visto cómo te mira cuando tú no te das cuenta. No te quita ojo. ¿Te la has follado ya?

—Anda lárgate, te va a escuchar Bernabé.

—Me encanta cómo...

Inocencio Guerau calla a Quicá con un bocado en los labios, a mitad de camino entre un beso y una advertencia. Que ella lo interprete como guste.

CAPÍTULO 2. AD MORTEN FESTINEMUS

Domingo 28 de marzo de 2010. 23:20 horas.
Campamento Vermell, Sierra de Montserrat.

Arquitectura imposible. De no haber sido hollado el entorno por las pisadas del hombre y sodomizados los antiguos caminos de cabras por el cemento y el alquitrán, esa extraña escalera de gruesos peldaños, que asciende a ninguna parte, solamente sería el delirio de un pastor. Nada más que eso, una locura. Sin embargo esos ocho rectángulos de piedra, retorcidos sobre su propio eje para imitar el giro de una escalera de caracol, se yerguen contra la hondura de la noche. Es el monumento a Ramón Llull.

Justo sobre el último peldaño de piedra descansas, Macià. Sentado, las piernas recogidas por los brazos, las manos enlazadas delante de las rodillas. La postura no es más que un recurso con que combatir las rachas de viento que de cuando en cuando barren la ladera y se cuelan por entre las mangas de tu impermeable o despeinan tu flequillo. La barba crecida y sin afeitarse habla a las claras de un hombre que está desencantado con el curso de los acontecimientos. No es algo casual y menos en alguien tan escrupuloso como tú.

Aunque apenas tienes la edad de Jesucristo, treinta y tres años, gastas unos ojos envejecidos, desgastados. Tu mirada es insalubre, tanto que asusta a muchos de tus compañeros. Yo soy la única inmune a tus pupilas, tal vez porque entiendo tu drama.

Si no fuese por la presencia de los prismáticos que cuelgan de tu cuello y del machete que descansa a tu derecha, la imperturbabilidad que adoptas parecería la de un estilista. Macià, es posible que desconozcas la historia de Simeón, el estilista que vivió treinta y siete años encaramado a una columna de más de quince metros de altura. Porque eres un hombre de realidades, de certezas, de esas que atrapabas con el objetivo de tu cámara fotográfica.

Ahí arriba, en mitad del silencio hondo de la noche, no albergas ninguna intención de trascender el momento, mucho menos de rezar en silencio, nada más lejos de la realidad. No eres un estilista. El empleo que haces de los prismáticos delata tu labor en lo alto de la escalera de piedra: vigía de la desgracia.

Desde ahí arriba la vista nocturna es idílica, casi de postal. O lo sería de no mediar no sólo los vestigios del mercado sacrílego de la fe que hasta hace unos meses era el complejo de Montserrat, sino la barricada que conforman un par de autocares y media docena de coches, los cristales rotos por culpa de los enfrentamientos con los resucitados y los regueros de sangre. Con la ayuda de los prismáticos, y gracias a la presencia oportuna de barriles de metal en cuyo interior arden maderas viejas, tu mirada anota cada detalle. A veces piensas que solo la casualidad, o dicho de otra manera, ese encargo fotográfico que recibiste de una

revista de viajes de la que me has hablado, quiso que la resurrección de los muertos te sorprendiese en lo alto de la montaña. Y que por culpa de ello, o gracias a esta circunstancia, aún conserves la vida.

De pronto algo concita tu atención, es un ruido: es semejante al barboteo de un motor asmático. Pero hace tiempo que todos los vehículos que quedan operativos se custodian cerca de la abadía, a buen recaudo. Así que no es eso; además, nadie pondría en marcha un coche o un camión por el simple hecho de hacerlo.

Descartas esa posibilidad, Maciá. Es otra cosa. Alcanzas los prismáticos. Enfocas la noche que te rodea. Adviertes, en mitad de la oscuridad, la presencia incómoda de unas sombras: son varios pellejudos. No sería preocupante si se mantuviesen ahí, a prudente distancia, rumiando su desgracia del otro lado de la barricada.

Sin embargo enseguida reparas que los muertos han hallado un punto débil en la empalizada más cercana. Forzando las puertas batientes, varios se han accedido al interior de uno de los autocares y lo están usando de pasadizo. A cabezazos, han roto un cristal del otro lado y, a través de él, se están descolgando al interior del campamento. Antes de que puedas reaccionar, los pellejudos se aproximan al Monumento a Ramón Llull sobre la que haces guardia. ¿Qué vas a hacer ahora?

Rumias un par de insultos. De no ser porque las armas escasean en el campamento, de no ser porque el alcalde ha asignado las pocas de que disponen a sus hombres de confianza, tendrías una Beretta o de una Smith & Wesson con que hacer frente a la invasión. Solo deberías bajar de la atalaya de piedra y abrirte paso a tiros entre ellos. Tu única defensa es un machete.

Así, en menos de cinco minutos, alzan sus brazos descompuestos hacia ti no menos de una veintena de hambrientos. Son demasiados para hacerles frente a cuchilladas. Debes dar la voz de alarma y poner sobre aviso al resto de supervivientes. Cuanto más te lo pienses, Maciá, mayor será el peligro de que esta sea la invasión definitiva y que esta noche se convierta en la última de todas. ¡Reacciona, coño! Usa la sirena del megáfono y alerta al resto del campamento.

Desciendes hasta la mitad de la escala, cuatro peldaños, lo justo para mirar de cerca a los ojos de esos mierdas. Ahora casi son cincuenta cuerpos. Aunque eres atlético y rápido, no tienes escapatoria. Eres consciente de que en cuanto bajes de la escala estarás perdido.

—¡Que os follen a todos! —gritas.

Los muertos te responden redoblando sus gruñidos animales. Les ha enardecido tu voz. No les alientes, no les hables.

La furia del hambre culebrea dentro de las pupilas de quienes te rodean. Los pellejudos abren sus bocas en tu dirección, mostrando el sumidero a través del cual están dispuestos a tragarte.

—El que vive más de una vida debe morir más de una muerte —recitas. Hasta que no me lo dijiste, desconocía que la cita pertenece a Oscar Wilde. Lo malo es que,

rodeado de esa carroña, ha sonado igual de grave que un epitafio.

Empuñas el megáfono y activas la sirena. Sabía que lo harías, que no nos ibas a dejar a merced del enemigo. El grito metálico se estrella contra las paredes rocosas que dan cobijo al complejo sacrílego de Montserrat.

De inmediato, la llamada obtiene respuesta por parte del resto de supervivientes: la sirena que hay instalada en lo alto de la torre de la abadía da la voz de alarma. ¡Todos a sus puestos! Hay que repeler la invasión a la mayor brevedad posible. Nuestra vida depende de ello. Hasta la tuya, Maciá.

Uno de los muertos trata de encaramarse al primer escalón de piedra. No es fácil, cada peldaño supera en altura el metro y medio. Además, la rigidez de sus miembros y la torpeza de su cerebro se oponen a ese desesperado intento por alcanzarte.

Minuto a minuto el número de podridos aumenta. Prefieren la certeza de ese cuerpo que les increpa desde lo alto de la escala, que adentrarse entre los coches y la noche, herida por los bidones donde arde el fuego, en busca de otros manjares. Más vale vivo en mano que ciento volando. Los hambrientos, además de primarios, son de lo más práctico. Cuando acaben contigo, solo entonces buscarán más comida en el resto del campamento.

Te yergues sobre el último peldaño, la puntera de las botas en el mismo filo del abismo. Amasas un salivazo con la lengua. Luego lo dejas caer. Aciertas a un muerto que viste traje. Es el ejemplo perfecto de nuevo rico, de esos que creían que se iban a comer el mundo antes del estallido de la Epidemia, si no fuera porque los cuajarones de sangre y la piel podrida se imponen a la gomina, al Rolex y a la seda de la corbata.

—Yo te bautizo Caín —dices retorciendo las palabras.

Ya hay más de doscientos muertos en el entorno de la escalera. Es un mar arrebolado, furioso, que rompe a tus pies contra el espigón de piedra. Menos mal que la escala está fuertemente anclada al suelo, porque de lo contrario sería capaz de derribarlo.

Con una sonrisa en los labios, amasas un segundo salivazo. Un segundo bautismo.

—Yo te bautizo Florencia.

Un día de estos tienes que hablarme de Florencia. Seguro que has estado trabajando allí con tu cámara de fotos. Pero olvida esa idea que ha cruzado de puntillas por tu cabeza. No te inmoles en favor del grupo. No es necesario. Sin embargo desoyes mis palabras, Maciá, y das un paso en falso hacia el vacío.

La muchacha borra de un manotazo las imágenes que han tomado al asalto el fortín de su cordura. No puede ser. A Francesc Maciá no puede ocurrirle eso. A él no. Hará todo lo posible por evitarlo.

Aprieta el paso desoyendo el frío de la noche primaveral y el repiqueteo de las rastas sobre el chaquetón. Esconde algo bajo la ropa. Lo acuna con el brazo derecho,

igual que si fuera un recién nacido que hubiese encontrado de casualidad y tuviera que llevar al hospital más cercano.

Ya no queda mucho. Ahí enfrente se levanta el monumento a Ramón Llull. A pesar de la oscuridad, se presiente su hechura en espiral, y sobre ella, en la cúspide, el borrón de una sombra. La muchacha elige un guijarro del suelo y lo lanza contra ella, deseosa de llamar la atención de Maciá.

—¿Alguna novedad? —pregunta en un susurro. El vaho subraya las palabras.

La voz asciende hasta el vigía. Despertando del letargo, Francesc Maciá se frota las manos, luego la pernera de los pantalones. Ha de entrar en calor lo antes posible.

—¿Francesc?

Es otra vez esa voz femenina acuchillando el silencio. Reconocería ese timbre cálido de mezzosoprano entre un millón. Es Italia. Le ha sorprendido su visita. Absorto en la vigilancia del perímetro de las barricadas, le ha sido imposible verla llegar por la retaguardia. Además, Italia es una muchacha silenciosa y escurridiza, tanto que sabe moverse por el entorno de Montserrat sin ni siquiera alertar a los gatos.

—Ninguna novedad en el frente —responde Maciá sin volver la cabeza ni deshacer el cerco de los brazos a las piernas.

Italia aparece al pie de la escalera, abrazando algo dentro del chaquetón. No hace más de diez grados de temperatura y ha cambiado el agradable cobijo de la celda por el desafío del frío; el aliento del pasado invierno todavía se deja sentir en la sierra, a pesar de que faltan seis días para que rompa el mes de abril. Es lógico pensar que su visita no es casual.

—Maciá, no quites ojo a los autocares que tienes frente a ti, por favor.

—Todo está en orden, Italia. Desde la última vez, nada de nada —apunta. Alcanza los prismáticos y observa con ellos todo el entorno en busca de la más mínima señal de peligro. Por fortuna la noche sigue dormida.

—Habría que asegurar las puertas de entrada de los autocares. Podrían usarlos de pasarelas y cruzar a través de ellos.

—De eso ya se encarga el grupo de López Torres. No te preocupes. Todo está bajo control.

Ni el propio Maciá se cree sus palabras. Y es que tenerlo todo bajo control, con esa amenaza exterior, es una quimera. Pero qué va a decirle a Italia. Mejor callarse sus miedos, hacer una bola con ellos y tragárselos antes que exponerlos ante la muchacha.

—De todas formas, hay demasiados kilómetros de subida, ¿no crees?

—No te entiendo, Italia.

—Lo decía porque no creo que aumente el número de *peregrinos*. Lo lógico es que busquen presas más fáciles.

—El hambre carece de lógica, Italia —reconoce el fotógrafo. Baja los prismáticos y la guardia, y sonrío por primera vez. Por fortuna para él, la oscuridad juega a su

favor y ha impedido que la muchacha sea testigo del prodigio. En cualquier caso, levanta el pasamontañas a la altura de la nariz—. Ahora, por favor, regresa a las habitaciones. Aquí fuera hace frío —la voz se muestra inflexible bajo la sordina de la tela.

Del interior de un bolsillo del impermeable, Maciá extrae la torre negra de ajedrez y juega a voltearla en el aire y atraparla con una mano. Al principio se conforma con una única voltereta.

—Te podrías resfriar.

De debajo del chaquetón, Italia saca algo envuelto en papel de periódico. Levanta el brazo derecho al cielo. Ojalá él se vuelva a mirarla, tampoco cuesta tanto, joder. De acuerdo, la prioridad del vigía es la observación del perímetro defensivo, pero nadie le va a ver. Además, solo será un segundo.

—Es lo único que he podido sisar para ti —Italia alza un poco la voz y el bocadillo que ha envuelto previamente en papel.

—Se agradece el gesto, mujer. Pero no hacía falta. Ya comeré cuando acabe la guardia —se gira hacia ella y le regala el gesto de OK.

—¿Quieres que te lo suba?

—No, déjalo en el segundo peldaño. Esto está muy alto.

A Italia le dan ganas de gritarle que ya ha subido un par de veces al monumento de Ramón Llull, que tampoco es una niña. Sin embargo elige una sonrisa por respuesta.

—¿Sigues enfadado?

—¿Enfadado yo? Qué va.

—No hagas caso al gilipollas de Carmelo —apunta Italia.

—Que se vaya a la mierda. O mejor aún, que suba al teleférico y baje a visitar a los jodidos muertos de la ribera. Me haría un favor.

—Oye, ¿jugarás el partido? —pregunta Italia mientras ordena las rastas sobre el lado izquierdo de su cuello.

El vigía desciende hasta el segundo peldaño, recoge el bocadillo, da las gracias a su compañera y regresa a lo alto de la escalera de piedra. Se sienta en el borde, las piernas colgando del abismo. Hace frío, sí; el futuro es incierto, también... pero durante un momento es feliz. No es poca cosa conservar el pellejo y tener algo que llevarse a la boca. Además, el sabor de esa butifarra resucitaría a un muerto. Mastica con parsimonia, saboreando cada gramo, macerándolo dentro de la boca, como suele hacer desde que estalló la guerra.

—Ahora que lo pienso, Italia —dice con la boca llena—, no estaría mal recordarle a López Torres que revise el interior de los autocares.

Antes de que pueda añadir nada al respecto, algo sucede. Algo que acaba de un mazazo con la armonía y la pasividad de la noche. Todo se vuelve peligroso de pronto y el bocadillo acaba olvidado en el peldaño de piedra.

De repente aúlla la sirena de uno de los megáfonos. Lo primero que hace Maciá,

de manera instintiva, es cambiar una mirada con su reloj de pulsera.

—Las once y media —gruñe. Está a punto de preguntar a Italia quién está de guardia en... cuando de repente lo recuerda—. Parece que Inocencio está en apuros.

Se equivoca. No es Ino Guerau quien ha activado la sirena.

—Eso parece.

Como el puesto ocupado por Ino no se encuentra demasiado lejos, Maciá e Italia corren en su ayuda.

—Será mejor que te escondas en la abadía —gruñe el fotógrafo—. Recuerda las instrucciones.

—Sé cuidarme solita, no te preocupes por mí.

Cuando acceden al puesto de vigilancia que defiende Ino, encuentran que alguien se les ha adelantado. Don Bernabé Arnaltes sonrío a los recién llegados. A Francesc debería extrañarle el hecho de que quien tiene el resuello perdido no es el profesor, don Bernabé, sino el propio Inocencio. O hace como que no se entera de nada.

—Gracias por acudir en mi ayuda —Ino Guerau estrecha la mano de Bernabé.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta Italia.

—Varios polizones —responde Ino mientras se guarda la Beretta en el bolsillo del chaquetón—. Han intentado saltar a este lado. Ya ha pasado el peligro.

Todos dan por buenas las mentiras pergeñadas por Ino, al menos de momento.

CAPÍTULO 3. LA COMETA BLANCA

Domingo 28 de marzo de 2010. 10:35 horas.
Autovía del Sur, cerca de Sevilla.

Una guerra nunca es comparable a otra; hay demasiados condicionantes que las hacen diferentes. Condicionantes y cifras. Refiriéndose a las consecuencias de la Guerra del Vietnam, Dalton Trumbo hablaba de la siguiente ecuación: cuarenta mil jóvenes norteamericanos muertos es igual a tres mil toneladas de carne y huesos, a casi ciento noventa mil litros de sangre y a un millón ochocientos cuarenta mil años de vida que no se vivirán. ¿Cuántas serán las toneladas de vísceras y huesos desperdigados, cuántos los litros de sangre vertidos y los años no vividos solamente en la ciudad de Sevilla? Porque la magnitud del desastre que ha asolado la ciudad supera con creces las cifras arrojadas por el conflicto de Vietnam. Ni siquiera sumando las bajas yanquis a las vietnamitas se alcanzarían las cifras de Sevilla. Si se toma por cierto que la ciudad contaba a principios de 2010 con un millón y medio de habitantes, y que la población resultó exterminada en un ochenta por ciento, la dimensión de la catástrofe alcanza cotas inimaginables. Ni Dalton Trumbo sería capaz de imaginar nada semejante; tendría que escribir una nueva versión de *Johnny cogió su fusil* para hacer verdadera justicia a los muertos caídos en la capital andaluza. No hay más que sobrevolar la ciudad para ratificar el diagnóstico: es una ciudad fantasma.

En los límites de este cementerio comunal, por la autovía del Sur, se mueve a moderada velocidad un vehículo. Meses atrás no sería nada extraño, pues era una de las entradas a Sevilla; ahora solo queda un séquito de coches abandonados a su suerte, a la mendicidad de las ratas y al capricho del viento, que se cuele en su interior a través de los cristales rotos. Por eso es extraño que se mueva algo que no sea un roedor por los arcones, o un pájaro que sobrevuele la zona en compañía de los cadáveres de viejos periódicos.

Dentro del coche viajan Judith y Jonás. Desde que estallara la Guerra de la Doble Muerte han sobrevivido rehuyendo las carreteras. Durante semanas han avanzado campo a través. Las muletas de Jonás se convirtieron entonces en un estorbo y su cuerpo en un fardo demasiado pesado. Judith ha cargado cuantas veces ha hecho falta con su compañero.

Caía la noche sobre el pueblo de Las Cabezas de San Juan, una semana atrás, cuando Jonás expresó su deseo de regresar a casa. Sentados en la Plaza de la Constitución, mientras los vencejos iban y venían de los aleros y alguna cabra pastaba en los parterres abandonados, mostró su convencimiento de que le había llegado la hora de morir por segunda vez.

—Me estoy... muriendo —dijo su aliento agónico.

—Bobadas —mintió Judith a sabiendas de que lo hacía. Era verdad que se estaba

muriendo: había perdido demasiado peso y la voz se le atragantaba a menudo en la garganta.

—Llévame a casa y déjame solo.

Así que allí están los dos, de regreso a la capital. Judith mantiene al ralentí el motor del coche. Apoya el antebrazo izquierdo sobre la curva del volante y gira la cabeza en dirección a su amigo.

—¿Estás mejor? —pregunta.

—Sí —miente Jonás.

Miente como parte del juego. Y es que desde que mostrase su deseo de regresar a Sevilla con la intención de morir en casa, no han hecho más que mentirse el uno al otro. *Ya verás como te curas, miente ella. No, si ya estoy mejor, miente él un instante después.*

No hay nada más difícil que perseguir una cometa, en un día especialmente ventoso, cuando se te ha escapado en un descuido. Corres tras ella sin alcanzarla, siempre en vano. Basta que te acerques un poco para que una traicionera racha de viento la termine alejando nuevamente de ti. Recuerdo cómo Daniel corría aquella mañana en que se rompió el hilo de la cometa y cómo ésta se postraba de bruces en el suelo para remontar, un segundo después, un nuevo y errático vuelo. Igual que el juego del ratón y el gato. Bueno, ahora dudo acerca de este extremo: no sé si era él o si, por el contrario, era mi padre. Lo único cierto es que jugaba a volar la cometa, que llevaba dibujado un caza Zero japonés, sobre la marejada del viento.

Pues más difícil aún es correr tras la estela de la vida. Porque cuanto mayor es el camino andado, más lejos me encuentro de ella. Cada vez que me acerco, que creo que la tengo al alcance de la mano, levanta el vuelo, se burla de mí y se aleja a toda velocidad.

En cualquier caso, he de mostrar entereza frente a Jonás. No puede verme llorar; no me lo perdonaría.

Porque respiro, yo no lo estoy. Pero el trabajo denodado de los pulmones no es la única prueba de que sigo medio muerta, medio viva, caminando sobre el alambre de un funambulista; también están esos ojos que me observan desde el espejo retrovisor del coche. Porque me miran, yo no lo estoy. Esos ojos son míos, pese a que muchas veces quien me mira no sea más que mi propia enemiga: esa Judith que nunca he sido, o la que me niego a ser.

A veces, cuando concilio el sueño, imagino que soy otra persona, una mujer y no una bestia, y que quien me acompaña no es Jonás, otro desterrado como yo, sino uno de mis antiguos alumnos que se ha encontrado indispuerto en mitad de clase, al que acerco a su casa en mi Honda Accord. Pero mi coche, producto del accidente que sufrí, no es más que un montón de chatarra; igual que mis recuerdos, que después de todo lo ocurrido han acabado retorcidos, como si hubieran colisionado frontalmente contra la realidad que me tiene prisionera.

Mis ojos son animales; permanecen al acecho, dispuestos a devorar a la mujer

que pretendo ser al más mínimo signo de debilidad.

Sacudo la cabeza: de momento habré de olvidarme de ellos si pretendo ayudar a Jonás a que cumpla su último deseo.

Judith se atreve a apagar el motor. Pero el muchacho se desentiende del gesto y de la espera, y entorna los ojos. Luego acaricia el anagrama del videojuego *Silent Hill* impreso en la sudadera. Silba el viento a través de la ventanilla.

—¿Qué hacemos? —pregunta ella, pese a que conoce la respuesta.

—Llévame... a casa —susurra Jonás al cabo de un par de minutos—. Por favor.

—No creo que sea una buena idea.

—Sin la vacuna que prometían en la Ciudad Negra, ninguna idea es buena ni mala.

A través de los espejos retrovisores, Judith no deja de observar de reojo la carretera que queda a espaldas del coche. En ningún caso quiere verse sorprendida. A la menor señal de alerta, encenderá el motor y meterá primera. No han llegado hasta allí, después de sobrevivir a la Guerra de la Doble Muerte, para caer en una emboscada.

—Estaríamos mejor en un pueblo de los montes, cuanto más perdido mejor — comenta Judith con la esperanza de que el otro cambie de opinión.

Jonás guarda silencio, pero no porque menosprecie la propuesta, sino porque a cada hora que pasa se encuentra más débil. Apenas es capaz de sostener el peso de la cabeza, así que descansa retrepado sobre el respaldo del asiento. Por mucho que ella niegue la realidad, Jonás es una ruina que ni apuntalada se sostiene en pie.

Sin embargo Judith es consciente de la gravedad del estado de su acompañante, de que se derrumbará al menor contratiempo. Lo que le preocupa es que, una vez haya muerto Jonás por segunda vez, ella se quedará sola, a merced de su propia agonía, mordida por sus recuerdos, en mitad de una ciudad deshabitada.

De pronto ronronea el estómago del inválido. Ella le pregunta si tiene hambre, él niega con un ademán de la cabeza. Vuelve a mentirle: su obstinación por no comer es una clara muestra de su propósito por acelerar el final. Ella no piensa consentir la inmolación del muchacho.

Alcanza un tasajo de carne que guarda en la guantera del vehículo, lo acerca a los labios de su compañero. Este tuerce la cabeza al otro lado, colaboración cero. Como sospecha que no conseguirá nada si se muestra condescendiente, termina abriéndole la boca y obligándole a comer.

—Mastica —ordena. Jonás hace amago de escupir la comida. Antes de que lo consiga, le tapa la boca con la mano—. No me lo pongas más difícil.

En otras ocasiones Judith ha jugado la carta de la esperanza, aunque mínima: en alguna parte, algún día, alguien encontrará el remedio a la enfermedad que les despertó de la muerte. Poco importa ya el engaño urdido por el gobierno español, la superchería de que en la Ciudad Negra se facilitaría una vacuna a toda la población infectada: ella no ha perdido la esperanza. Aún no.

En esta ocasión, frente a la terquedad del inválido, Judith apuesta por el comodín del silencio. Cuanto más trate de convencerlo de que luche hasta el final, más difícil será rescatarlo del desánimo en que se ha enterrado.

Muy poco a poco, Jonás mastica el tasajo de carne. Lo pasa de un lado a otro de la boca, igual que un bebé que juega con la comida. Después de tragárselo, esboza una sonrisa.

—Buen chico.

—Gracias, madre.

Durante unos segundos observa al joven. Necesita encontrar una prueba, un guiño de que le ha llamado *madre* con objeto de gastarle una broma. Que es eso, nada más que eso, y no un desliz del cerebro; que es eso y no una fuga hacia atrás. En caso contrario, nunca sería más evidente que el último aliento de Jonás ya duerme dentro de sus pulmones.

—Te llevaré a casa —dice Judith mientras le entrega un segundo tasajo. Esta vez el muchacho se muestra más colaborador y abre la boca—. No te preocupes.

—Gracias por todo —responde mientras mastica—. Gracias por cargar conmigo, por no haberme abandonado al salir de la Ciudad Negra.

—¿Crees que quedarán vivos en Sevilla? O lo que es peor, ¿alguna patrulla armada?

Que la ciudad parezca completamente desolada y, en parte, cauterizada por el bombardeo de la aviación y el fuego de los tanques, no significa que no esconda suficientes peligros como para convertir el empeño de Jonás en una locura.

—Si nos tropezamos con algún francotirador —profetiza ella—, estaremos perdidos.

—En tal caso —las palabras de Jonás escalan a duras penas la garganta y se despeñan a través de los labios igual que reses muertas—, encontraremos nuestro destino antes de tiempo.

Tras esa respuesta a ella solo le resta encender el motor y levantar el freno de mano. Tamborilea los dedos sobre el volante mientras conduce a veinte kilómetros por hora. Observa sus ojos en el rectángulo del espejo.

Porque esos son mis ojos, yo no lo estoy, piensa.

Judith detiene el coche en la Puerta de Jerez. No retira las llaves del contacto. Cambia una mirada con su compañero.

—Voy a echar un vistazo, ¿de acuerdo? Buscaré algo de comer.

—No tardes.

—Si adviertes algo sospechoso, cualquier cosa, tocas el claxon dos veces, ¿ok?

—No tardes —repite Jonás.

La sombra de Judith sube la calle San Gregorio acelerando el paso. Busca alimentos no perecederos en un pequeño supermercado. Dentro no queda casi nada aprovechable, ni siquiera comida enlatada. Como no encuentre nada, va a verse en la necesidad de asaltar las casas de alrededor en busca de cadáveres. Es lo último que desearía, tener que roer los huesos, arrancar los restos de carne adheridos a ellos con

los dientes; es lo último que desearía, pero el hambre aprieta y ha de alimentar a su compañero.

En el interior del vehículo, Jonás aguarda sentado en el asiento del copiloto, impertérito: es un maniquí que aún respira. Una sombra varada, igual de inútil que un barco en el astillero, a medio terminar. No quita ojo a los espejos retrovisores, ni a la calle que se abre frente a él.

—Madre, regreso a casa. No me dejes encerrado —murmura en un hilo de voz.

Luego suspira, hastiado de la muerte que vive cada vez con menos ganas. Lamenta su dependencia cada vez mayor de Judith, de sus brazos, de su fe inquebrantable. Si fuese capaz de abrir la puerta, tirarse al asfalto y arrastrarse unos metros, se alejaría del coche y le daría esquinazo. Ella no se merece cargar con un lastre como él.

Sin piernas y cautivo de una alarmante falta de fuerzas, cualquier intento de fuga es una quimera. No llegaría demasiado lejos.

De pronto, algo detiene la búsqueda de Judith en el interior del supermercado. No es que haya visto una sombra sospechosa, o que haya advertido la presencia de un gato que pudiese servirle de almuerzo. Siente el palpito de la sangre y experimenta la turbación del miedo. Porque no es nada de eso: son dos toques de claxon. La señal de alarma convenida.

Segundos antes, en el exterior, no muy lejos de donde descansa el coche, algo ha cruzado el trocito de cielo que se refleja en los retrovisores. Es más grande que un pájaro y más pequeño que un avión, y en ningún caso tan rápido como alguno de los dos. *Qué es eso*, se pregunta Jonás.

Pese a las dudas, Jonás se ha decidido a tocar el claxon para advertir a su compañera.

Antes de que Judith regrese al vehículo, Jonás resuelve el misterio: ese rombo blanco no es otra cosa que una cometa.

CAPÍTULO 4. FUEGO DE DRAGÓN

Lunes 29 de marzo de 2010. 14:40 horas.
Rúa do Hórreo, Santiago de Compostela.

Tiempos difíciles. Bienvenido a los tiempos difíciles. En realidad difíciles no, lo siguiente, cualquiera que sea el adjetivo que contemple la difunta Real Academia de la Lengua. Pese a la gravedad del momento, siempre queda un hueco para la esperanza, aunque esta apenas colme el vaso en que se sirve un chupito. Ahí está la historia de Javi De Punto para probar esa máxima: sigue con vida a pesar de lo que ha sufrido durante los últimos tres días.

—Lo que no te mata, te hace más fuerte —dice cuando gana el exterior del bloque, una vez en la calle. Da igual que Santiago de Compostela no sea más que otro cementerio, porque a él se le antoja que ha alcanzado la cima del Moncayo. Hincha los pulmones y sonrío satisfecho—. Mata y destruye, Javi, mata y destruye.

Para conocer el motivo de alegría de Javi De Punto restemos setenta y dos horas al calendario y situémonos en el miércoles 24 de marzo. Será entonces cuando nos encontraremos con los cuatro protagonistas de esta pequeña tragedia.

Uno: Paula Pe Punto. Paula nació hace veintisiete años con la misión de ser adorada por vivos y muertos, mujeres y hombres. Adicta al ejercicio físico, mantiene a raya la celulitis y los kilos de más. Más peligrosa que el explosivo más devastador, su cuerpo es esa bomba que aparece, por sorpresa y debajo de una mesa, en mitad de una fiesta, y que ni el más eficaz de los artificieros de la Policía Nacional sería capaz de desactivar. Cualquiera gañán que ose mirarla más allá de lo que dicta la prudencia, corre el peligro de morir de un infarto. Y es que las formas de Paula Pe Punto estallan con una generosidad de ofrenda primaveral. Los labios. Las piernas. Los pechos. El trasero.

—Me encuentro mal, cada vez peor —dice.

Dos: Javi De Punto. Javi es un tipo que hace equilibrios malabares sobre la frontera de los treinta años. Su apariencia física fluctúa según el humor que le embargue en un momento dado. Si está de malas pulgas representa más edad de la que tiene; si por el contrario, se halla de buen talante, aún parece ese chico que se emociona con cada nuevo cómic de la Marvel, de Mike Carey o de Alan Moore.

Bajo la ropa, esconde un cuerpo enquistado de huesos y fibra, enemigo declarado de la grasa. Es un hombre anguloso y para nada esférico.

—Pues como no acuda en nuestra ayuda el Capitán América, esto puede ir para largo —responde al comentario anterior de Paula.

Tres: un ascensor. Escenario de las peores pesadillas de Javi De Punto, es un habitáculo de apenas ciento cincuenta centímetros de fondo por ciento veinte de ancho. Más que un ascensor es una ciénaga llena de las incertidumbres de Paula Pe

Punto y del pánico de Javi De Punto. Casi una cárcel que los condena a entenderse en tanto no se resuelva el problema que les concierne: la imprevista detención del elevador a mitad de camino.

—Siento que voy a vomitar —farfulla Paula.

—No, mujer, cualquier cosa antes que eso.

En la mente maquiavélica de Javi, la expresión *cualquier cosa* alberga tantos posibles significados que abominaría conocer alguno de los más obscenos. Ha soñado con Paula Pe Punto desde que su deseo se hizo puñal y le atravesó los riñones, desde el mismo momento en que conoció a la mujer de sus sueños, a la bomba de sus anhelos, gracias al mayor invento del demonio: la televisión.

Y cuatro: la oscuridad. Una oscuridad de catacumba, no, mejor, de abismo lovecraftiano. Dentro de un ataúd, sumergido a diez kilómetros de profundidad en las Fosas Marianas, hay más luz que en las tripas de ese ascensor.

Solo el cono de luz de la linterna que Javi De Punto posee y que enciende de vez en cuando, por el breve espacio de un par de pestañeos de Paula, consigue que el miedo retroceda unos cuantos latidos, unos cuantos segundos. Sin embargo, tan pronto como la apaga, el miedo se envalentona y le muerde los tobillos y el culo. A él y a ella. Quién fuese miedo para acariciar el cuerpo de Paula, para meterse dentro, piensa Javier.

Si salen de allí, ya habrá tiempo para que se pregunte cómo diablos ha coincidido con la mujer de sus sueños en ese lugar, cómo han ido a esconderse de la sublevación de los pellejudos en él, y cómo ambos han decidido abandonar sus escondrijos a la misma hora.

Paula permanece de pie, nerviosa. No deja de ir de un lado a otro, por mucho que el trayecto sean dos pasos hacia la izquierda y luego dos a la derecha. El taconeo, prueba irrefutable de su nerviosismo, no ayuda a destensar el ambiente.

Por su parte, puesto en modo *ahorro de energía*, Javi se encuentra sentado; pero no descansa el cerebro. Todo tiene su explicación: lo de De Punto no es miedo, es pánico a granel, terror a paletadas. Desde muy pequeño tiene fobia a los ascensores. Ese pánico le mantiene sentado sin capacidad de reacción, y es que él mejor que nadie, como defensa frente a su fobia, conoce la existencia del mecanismo que abre la puerta que les bloquea la salida. Solo tiene que buscarlo en el lateral. Si se sobrepusiese, saldrían de allí incluso antes de que Paula fuese capaz de pintarse los labios a oscuras.

—Cada vez tengo más calor —dice Paula quince horas después, cuando la noche sobrevinida del ascensor pesa como un burro muerto sobre un piano.

—Podría ser peor —contesta Javi.

—Cada vez tengo más calor —dice ella cuatro horas después.

—Algo es algo... porque yo me estoy muriendo de frío.

—Cada vez tengo más calor. Me ha subido la fiebre —gruñe Paula nueve horas más tarde.

—Lo que no te mata, mujer, te hace más fuerte.

Javi no manifiesta contrariedad alguna cuando advierte que, en mitad de la oscuridad, la chaqueta de Paula cae al suelo. Mantiene la boca cerrada. Se conforma con encender la linterna. La apaga enseguida, antes de que la bomba del cuerpo de su compañera añada otro miedo al aquelarre de sus miedos. En el espacio de ese segundo, ha podido observar la justeza con que el body besa los pechos de la presentadora de televisión. Eso, y su avaricia de tela.

Entre las fronteras establecidas por la correa que ciñe su pantalón y el final del body, se abre un terreno de nadie, una porción de carne desnuda señalada por el ombligo más sexy que Javi haya visto en su vida, al menos tan de cerca. Páramo de piel que él cubriría de besos si tuviese ocasión.

En vez de fabular en silencio, debió de advertir la existencia de ese rasguño profundo en la cadera izquierda. Así adivinaría lo que va a ocurrir en el espacio de las próximas treinta horas.

El miedo a estar encerrado en un ascensor niega la aparición del deseo, esa turgencia mínima que Javi De Punto sentiría palpitar en la entrepierna. En todo caso, a poco que sienta el cosquilleo de la sangre, le bastará con pensar en la imagen de una vieja pellejuda, desdentada, que le cubre de besos sangrantes en lugar de mordiscos.

—No se me han quitado las ganas de vomitar, chico.

—Podría ser peor —murmura Javi. Su imaginación es tan fértil que es capaz de imaginarla vomitando durante horas, como aquel comensal en cierta película de los Monty Python que terminaba explotando por dentro.

Después, todo sucede con la rapidez de una eyaculación.

Paula se sienta junto a él. Le pide que, por favor, le tome la temperatura. Javi queda estupefacto, como enterrado en carbonita.

—Tengo ganas de vomitar.

Paula tantea la oscuridad. Antes de que ella descubra por sí misma la generosidad del deseo de su compañero, Javi adelanta un brazo. Ella lo dirige hacia su frente: necesita que Javi certifique si tiene fiebre o no. La verdad es que sí, roza los cuarenta grados. Como tampoco quiere asustarla, esgrime una de sus muletillas.

—Podría ser peor.

—No me jodas, chico.

Paula dirige la mano de Javi hacia abajo, hacia esa porción de abdomen que la usura de tela del body ha dejado al descubierto. Con el índice, Javi ha rozado el ombligo. Literalmente la piel de la presentadora arde; ni las hogueras erigidas por los miembros del Ku Kux Klan alcanzaron jamás esa temperatura. Pero qué puede decirle.

Él ya tiene bastante con mantener a raya, a un mismo tiempo, el palpito de la entrepierna y la ferocidad de la fobia que padece desde pequeño.

—Ahora tengo frío —farfulla la presentadora.

Paula guía la mano del compañero hacia la cadera izquierda. Es entonces cuando

Javi, con la yema de los dedos, advierte la existencia de la herida y cómo alrededor de la misma la temperatura corporal alcanza la del fuego de un dragón. Ni Conan el Bárbaro sobreviviría a una combustión semejante. Sin embargo él, un tipo insignificante, escritor en ciernes, tendrá que hacerlo antes de que acabe, de puro miedo, empapando el calzoncillo con el oprobio de sus heces.

—Mujer, ¿has tenido algún tropiezo con esa gente?

Ambos saben qué ha querido decir.

Al cabo de diez horas, la voz de Paula se ha despeñado garganta abajo. Producto de la caída, las palabras se han astillado, quebradas las vocales y las consonantes, de tal modo que unas y otras asemejan un montón de cuerpos que una excavadora empuja piadosamente sobre la fosa común que los aliados han abierto en el patio central del campo de exterminio de Auschwitz.

—Mjew ebsthooymurvriecsnbdo —cruje su voz con un eco lejano a Cthulhu.

—No me asustes, tía.

Ella es incapaz de hilvanar una respuesta adecuada, y mucho menos de pronunciarla como es debido. Él debería saber que lo primero que se le ha muerto a Paula es la lengua.

—Dbnte vklpetrdbwzastd.

—Tía, tía, no me jodas.

Pero él ya se encuentra más jodido que Neil Gaiman o Clive Barker frente a una hoja en blanco y sin el auxilio de un bolígrafo en mitad de una isla desierta. Jodido, pero no en el sentido en el que le gustaría disponer del cuerpo de Paula Pe Punto. No le va a quedar más remedio que luchar en solitario contra su fobia a los ascensores. Tendrá que prescindir de su compañera de desgracia, de su hipotética ayuda. Mejor será que se vaya olvidando de ella.

Enciende la linterna, enfoca el cono de luz sobre la cadera de Paula. Correcto, ahí está ese rasguño en carne viva. Definitivamente se halla en un verdadero aprieto. Lo peor es el sueño. El sueño y el estrecho margen que le deja el alarmante estado de Paula. El peso de la somnolencia está a punto de vencer la resistencia de Javi y convierte los párpados en dos persianas metálicas que se cierran a la mínima. Con el oído registra cada nueva plegaria que Paula eleva a los Primigenios lovecraftianos.

Duerme por el espacio de un minuto y despierta asustado por la rendición momentánea de su cuerpo. Duerme durante cinco y despierta soliviantado. Se hunde en el sueño por espacio de media hora y regresa a flote de golpe. Da igual que se abofetee la cara. Da igual que convoque alguna de sus canciones favoritas de *Motorhead*. Duerme y despierta. Duerme, duerme, duerme. Duerme en mitad de un prado, bajo la sombra de un árbol. Pero de improviso, cuando más orgásmico es el sueño, una rama del árbol se rompe y le cae encima. Y despierta.

Aguza el oído. La dicción de Paula más parece la de uno de los habitantes de Insmouth que la de una presentadora de televisión. Pero aún no ha muerto. Mientras espote esas vocales y consonantes quebradas, mientras no se quede en silencio, todo

marchará bien.

Duerme y despierta con la insistencia de un semáforo en ámbar. Entre el verde placentero del sueño y el rojo perturbador que señala la presencia de su compañera del otro lado de la oscuridad, palpita el ámbar. Parece que se estuviera pegando contra el sueño, dejándose engañar por él durante un puñado de minutos para, a continuación, agredirlo con la mayor fuerza posible.

Javi aferra la linterna con fuerza, consciente de que es la única defensa de que dispone. Entre el aferrarla con fuerza y el dormir a empellones, el instante se eriza de dificultades. Y los minutos se hacen ortigas, de manera que avanzar a través de ellos se convierte en un suplicio.

—Mketgb myctuehjrotd —es la última invocación lovecraftiana que lanza Paula. Pero Javi no lo sabe.

Como desconoce este extremo, que el corazón y los pulmones de su compañera se han detenido al fin, Javi De Punto se deja embaucar por el silencio y se duerme.

(Del *Libro de Seth*, anónimo: VII, 30-34.)

Mira a la Muerte cara a cara. No rehuyas su amparo, su protección. Porque los mordiscos con que Ella se propaga no son sino obra de Seth, esa necesidad inaplazable por acabar con aquellos que esconden su alma de lobo bajo los más abyectas pieles de cordero. Tanto da que sea el traje de un prestamista, la toga de un abogado o la sotana de un sacerdote, porque todos ellos han convertido su corazón en una Ciudad Negra.

Si un Errante te acorralase, hermano impío, eleva tu última plegaria y ruega por el perdón de tus pecados, ya que Seth, magnánimo e omnipotente, te concederá la Resurrección de la Carne.

Igual que la madre que compone el embozo de la cama sobre los hombros del hijo dormido, con esa delicadeza Javi De Punto se deja arropar por el silencio. Dentro de él es feliz. Por fin ha encontrado esa sombra benefactora bajo la que dormir sin límites. El viento susurra entre las ramas del árbol que le da cobijo. Con un arrebatado de felicidad, detecta la mecida imperceptible de la hierba sobre la que yace.

Dormirá durante siglos, con una avaricia de usurero de cuento de Navidad: todo el sueño es suyo, una riqueza que no piensa compartir con nadie. Tampoco con Bob Cratchit: ¡paparruchas!

De pronto, un golpe. Casi un martillazo. Javi aplica el oído a la corteza del árbol. Nada, piensa, habrá sido un trueno.

Otro golpe. Si abriese los ojos, comprobaría que el cielo de la vigilia no es tan claro como el de una mañana de verano. Ese segundo golpe es una advertencia para que despierte, pero él se obstina en negar la gravedad de la llamada. Mientras le cobije la sombra del árbol...

Otro golpe. Despierta a marchas forzadas cuando el tercer cabezazo que Paula ha propinado al lateral del ascensor resuena con la fuerza de una explosión. De inmediato, los dedos aferran la linterna. El idioma punzante, tronchado, de Paula ha

dejado sitio a gruñidos de inequívoco origen animal. Es el enfado de un lobo antes de saltar sobre su presa y desbaratarla a mordiscos.

Al tiempo que despierta, Javi obtiene la peor conclusión posible: Paula ha fallecido mientras apuraba el sueño a la sombra del árbol; y ha resucitado con la ira congénita de los hambrientos.

Podría ser peor, piensa para sí, en un raptó de lucidez, consciente de que podría tener a Paula sentada en su vientre, lanzándole bocados a la yugular antes de que despertase del todo.

Podría ser peor, aunque ya es bastante grave. Un simple rasguño podría acabar con su esperanza de salir con vida del interior del ascensor. Así que es hora de actuar. Con las notas de *Motorhead* encendiéndole la sangre, sonido de guitarras eléctricas por estímulo, Javi De Punto lanza el primer golpe de linterna contra la oscuridad y los gruñidos.

(Del *Evangelio de un Superviviente*, de Javier Dantas: XV, 6-11.)

Si la fatalidad, o tu falta de previsión, ha dispuesto que quedes encerrado con la compañía de un muerto viviente en la angostura de un habitáculo de reducidas dimensiones —un ascensor o un coche, por ejemplo—, olvida el arma de fuego, si dispones de ella: podrías herirte durante el forcejeo.

Recuerda que has de sobrevivir por encima de todo, que esa es la única consigna válida. Y bajo esa máxima reniega del montón de mierda que te acose; da igual que sea tu hermano, tu madre, el amable vecino del segundo o la mujer de tus sueños más lúbricos.

Si cuentas con el auxilio de una herramienta —martillo o llave inglesa— golpéale la cabeza sin piedad antes de que la bestia abra la boca. A falta de algo mejor, válete de tus piernas. Defiéndete a patadas y, si se presenta la ocasión, pisa la cabeza del muerto. Pero para salvar la vida nunca hagas empleos algo que pueda serte de ayuda con posterioridad —un móvil o una linterna, por ejemplo—. Más tarde o más temprano acabarás lamentándolo.

Javi golpea una y otra vez la cabeza de su compañera. El metal de la linterna suena como una campana ronca. La que antes del estallido de la guerra fuese una presentadora de televisión de cierto éxito, se desploma igual que una marioneta a la que las Nornas hubiesen cortado los hilos. Javi sabe que ha de rematar a su rival.

—Lo siento, muñeca. Fue una pena no habernos conocido antes.

Ha sonado a epitafio, o a esas palabras que se escupen sobre el ataúd a modo de despedida mientras desciende, ensogado, a la oscuridad de la fosa. Sea como fuere, anteceden al sacrificio definitivo de Paula y de la linterna. La serie de golpes con que Javi ha desbaratado el cráneo de la primera, ha terminado por inutilizar la segunda.

Tras acabar con Paula, apenas le lleva un par de minutos encontrar la palanca en los laterales del habitáculo. De inmediato, se abre la puerta metálica. Una bocanada de aire nuevo se zambulle en el interior del ascensor.

Para salir de allí ha de pasar su cuerpo por el ojal de unos treinta y cinco

centímetros. Por fortuna, su cuerpo es un hilo y no le resulta demasiado difícil escapar.

Una vez fuera del edificio, nada más poner un pie en la calle, oye a lo lejos el eco de una voz metálica que solivianta el cementerio en que se ha convertido Santiago de Compostela con la llegada de los más temibles de los peregrinos: los muertos vivientes.

CAPÍTULO 5. EL CICLISTA SOLITARIO

Lunes 29 de marzo de 2010. 15:00 horas.
Rúa do Hórreo, Santiago de Compostela.

O eso, o dejarse llevar por la desesperanza. Ninguno de los supervivientes que resisten en el campamento Vermell imagina lo que sucede a casi novecientos kilómetros de distancia, en Santiago de Compostela. Aunque Italia o Maciá, Ino Guerau o don Bernabé no tienen constancia de ello, la situación en Galicia es, al menos, igual de desesperada que en Cataluña. Antes de que los diarios desaparecieran, en *El Correo Gallego* se dio cuenta de los desmanes en torno al Hospital Médico-Quirúrxico de Conxo. Lo que en un primer momento, según la información dada por algunos periodistas maldicientes, no era otra cosa que el vandalismo propio de grupos de extrema izquierda, gente afín al movimiento okupa, al cabo de los días reveló su verdadera naturaleza: la infección que había asolado Andalucía llamaba ahora a la puerta de sus casas. Como quien vende seguros de hogar o de vida. Daba igual que fuesen colegios, sanatorios, iglesias, edificios institucionales, negocios o viviendas particulares.

En mitad del desastre, Javi De Punto aún resiste con vida. Él, mejor que nadie, sabe lo que es perder a toda la familia sin enloquecer. Él, mejor que nadie, sabe lo que es sobrevivir en un piso sin apenas comer. Y él, mejor que nadie, sabe lo que es salir con vida de un ascensor tras superar el ataque de una podrida.

De repente, un golpe de suerte parece dispuesto a cambiar el rumbo de sus días: su vida será diferente a partir de ahora. Sobre todo si consigue localizar el origen de la megafonía.

—¡¡Venimos a ofrecer nuestra ayuda a los supervivientes!! Hemos establecido un campamento en Finisterre. Pueden venir con nosotros. Me llamo Jesualdo Bendaña.

La voz baritonal, amplificada por el megáfono, se aleja poco a poco. Javi ha de darse prisa o perderá la oportunidad de encontrar a otros que, como él, han sobrevivido a la barbarie de las últimas semanas. Será un consuelo compartir miedos y supervivencia.

Persigue la voz a través de San Pedro de Mezonzo, Rosa y Ourense. Da la vuelta por Manuel Colmeiro. Cuando piensa que le ha dado alcance, el eco zigzaguea entre los edificios y cobra distancia. Javi se dobla por la cintura, perdido el resuello. Nunca ha sido muy deportista y esa caminata apresurada le está poniendo a prueba. Invocando el espíritu indomable de Conan el Bárbaro, prosigue la persecución Rúa Rosa abajo.

—¡Estoy aquí! —grita un par de veces con la esperanza de que le oigan.

La voz repite la salmodia sin atender a su desesperación. Cuando empieza a temer que perderá definitivamente el rastro de los supervivientes, en Plaza Roxa halla el

vehículo desde donde se lanza ese llamamiento a la esperanza. No es un cuatro por cuatro, ni tampoco un autocar como que ha imaginado en un primer momento, sino una máquina quitanieves. Algo tan inusual como un pingüino en mitad de la Castellana o un sacerdote ataviado con sotana en una macrofiesta de Mallorca.

Javi observa cómo la máquina, ayudándose con la pala delantera, se abre paso entre los coches que bloquean la plaza. Sin descansar, sin tiempo para recuperar el aliento, antes de que el vehículo consiga su objetivo, Javi se aproxima redoblando el paso.

Para evitar que abran fuego sobre él o huyan a toda prisa, hondea con la mano derecha una hoja de periódico igual que si fuese una bandera blanca; en la izquierda lleva la linterna con que ha concedido la doble muerte a Paula Pe Punto. Con un poco de suerte, los que conducen ese cacharro le ayudarán a salir de una puta vez de Santiago de Compostela.

Una vez ha llamado la atención de sus salvadores, deposita la hoja de periódico y la linterna en el suelo. Con las manos improvisa un megáfono alrededor de la boca; de esa manera proyectará la voz por encima del rugido del motor del vehículo.

—¡Me llamo Durán, Javi Durán! —grita. A través de la megafonía, se oye un cruce de comentarios en voz muy baja—. Soy un superviviente.

De reojo, Javi comprueba que no hay ningún hambriento a la vista. Y es que ahí, en mitad de la plaza y a tanta distancia del portal más cercano, es presa fácil.

—¡Soy Jesualdo Bendaña! —contesta la megafonía—. ¡Mi amigo Senén Correa y yo venimos de Finisterre!

En ningún caso Javi piensa suplicar que le dejen subir al vehículo; son ellos los que han de darle permiso, que para eso han soliviantado el silencio de la ciudad con el reclamo de su mensaje.

—¡No te muevas! —ordena la voz de barítono de Jesualdo, pese a que Durán no ha avanzado ni un solo centímetro—. ¡¿Cómo sabemos que no estás infectado?!

—Ninguno de esos hijos de puta es capaz de hablar. ¿Qué mejor prueba que eso?

—¡Chico, no sabes de la misa la mitad! Esa es una mentira propagada por el cine.

—OK, dejad entonces que me acerque y observáis mis ojos.

Durante medio minuto se reproduce el mismo cuchicheo de antes a través del megáfono. Javi Durán lanza una segunda ojeada a su alrededor, soliviantado por unos alaridos que, intensos como sierras mecánicas, han sonado a no muchas calles de distancia. A ver si, después de todo, ha sido peor el remedio que la enfermedad y acaba rodeado de muertos.

—¡Háblanos de ti, Javier!

—¿Qué queréis que os cuente?

—¡Cualquier cosa, lo primero que se te ocurra!

—Acabo de liquidar a una hambrienta, pese a que era la mujer de mis sueños. Tenía una herida en la cadera y no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde. Estábamos encerrados en un ascensor.

—¿Todavía hay fluido eléctrico en Compostela?

—Hasta hace tres días sí, al menos en el bloque donde permanecía escondido. Ahora no lo sé —enseguida retoma el recuento de su desgracia—. No fue fácil acabar con Paula.

—¿Paula?!

—La pellejuda de que os he hablado.

—¿Qué hacías antes de la guerra?!

—Dejaros de chorradas, coño. Ni que esto fuese un test de *Voight-Kampff* —ironiza. *Blade Runner* es una de sus películas favoritas, así que es lógico que la insistencia de las preguntas le haya recordado la escena inicial de la obra de Ridley Scott.

—¿Un test de...?!

—Olvídalo, era una broma. Antes de la guerra sellaba el paro y me ganaba unos euros dando clases a domicilio de inglés. También me gusta escribir y...

—¡Basta!

Procedentes de la calle República de El Salvador, los alaridos de los muertos desembocan en la plaza. La desesperación que los impulsa, el hambre que los consume, rebota contra la fachada de los edificios. Aún no ha distinguido sus cuerpos, pero Durán sospecha que están muy cerca, tal vez demasiado. En breve podrá incluso oler la podredumbre de sus cuerpos. De modo que recoge la linterna del suelo y da tres pasos en dirección al quitanieves. O esa gente se decide al fin a dejarle subir al vehículo, o tendrá que huir a toda prisa.

De inmediato el acercamiento despierta el recelo de los otros.

—¿Quédate donde estás o eres hombre muerto!

—Joder, cada vez los tengo más cerca.

—¿Qué tipo de música te gusta?

Está a punto de maldecir en arameo, hastiado, avergonzado e indignado con el estúpido interrogatorio. Sin embargo respira hondo y cuenta hasta diez: sabe que la única posibilidad que tiene de salir con vida de semejante trance es subiendo al quitanieves.

—AC/DC, Van Halen, Motörhead, Whitesnake...

—Jesualdo, ese tipo no es un pellejudo —por primera vez se oye con claridad una segunda voz a través de la megafonía.

—Soy un puto superviviente.

—Una pregunta más —dice esa segunda voz—. ¿Quién es el portero del Deportivo de la Coruña?

No hay duda: esa gente es gilipollas. A qué viene semejante estupidez. Javi se traga el orgullo y sonrío.

—No lo sé. Nunca he sido muy futbolero. Lo siento.

—¡OK, Durán, ahora quiero que te acerques al vehículo muy lentamente y con las dos manos bien arriba! —es de nuevo Jesualdo quien habla—. ¡Nada de tonterías!

—¿Que me acerque lentamente? ¡Y una polla!

Aún no ha acabado de expresar en voz alta su disconformidad cuando inicia la carrera en dirección a la máquina quitanieves. Percibir el olor a muerte que acompaña a los pellejudos con la intensidad de un martillazo en plena nariz ha sido más que suficiente. No le hace falta escuchar ese ruido de pasos que bulle a su espalda para saber que tiene casi encima a la horda de muertos, que carece de tiempo para otra cosa. Aprieta los dientes y redobla el esfuerzo. Se arriesga a que los del quitanieves le disparen o huyan a toda velocidad, pero es mejor eso que acabar devorado por quienes le rodean.

Javi observa que Jesualdo baja el cristal de la ventanilla. Mediante señas, le indica la parte delantera del vehículo.

—¡Durán, a la pala!

Preferiría ir en la cabina, a buen recaudo. Ahí, acucillado en una esquina de la pala, no las tiene todas consigo. Así que se apresura a rezar todo lo que no ha rezado en los últimos quince años, y se encomienda a Jesucristo, al Capitán América y a Magneto si se tercia. Sólo le falta persignarse en nombre de Gandalf el Blanco.

La máquina quitanieves alza la pala hasta una altura de un metro, se estremece. El conductor ha metido la primera y pisa el acelerador. Metro a metro el quitanieves gana velocidad. Por fortuna, cuando los muertos caen sobre ellos, el impulso del vehículo les abre paso entre los coches abandonados.

La pala golpea a los resucitados a la altura del abdomen. La mayoría cae al suelo para ser aplastados, un segundo después, por las ruedas de la máquina. Sin embargo hay algunos que, negando la fuerza del impacto, consiguen aferrarse a la pala.

Cuando estos, los más tenaces, lanzan los brazos en dirección a Durán, este empuña la linterna y golpea sin piedad la frente de los hambrientos. Hasta que la cabeza no acaba abierta por la mitad como una sandía, no cesa en su empeño.

—Dales duro —le anima Jesualdo a través de la megafonía.

Después suena en el altavoz una canción de Basilio: *Cisne cuello negro, cisne cuello blanco*. Vieja como el Arca de Noé, pasada de moda como hacer malabarismos con un yoyó o jugar partidas a las canicas, planea sobre la plaza.

Durán no sabe quién coño canta esa patraña; ni lo sabe ni le importa. Solo presta oído al lenguaje de los muertos, hecho de combinaciones imposibles de consonantes, tan incoherente como el que empleó Paula Pe Punto tras la resurrección. Le duelen los brazos, pero no deja de golpear a los pellejudos.

Lleva la cara salpicada de sangre. Se limpia con la manga del jersey antes de que le contaminen para siempre. Esa sangre no ha de entrar en contacto con la suya, bajo ningún concepto.

Diez minutos después, el quitanieves ha alcanzado Rúa da Virxe da Cerca. El peligro ha quedado lo suficientemente atrás como para que Senén Correa detenga el vehículo y deje subir a Javi Durán. Una vez dentro del quitanieves, le sorprende el atuendo de quien se identifica como Senén Correa, Mamashe para los colegas, que es quien

conduce el quitanieves. Calza botas y viste ropa de color militar. Cruzada sobre el pecho lleva un atajo de cuerdas y echada sobre la cabeza una capucha. Hasta aquí nada que Durán no haya visto en películas de medio pelo. Lo más inquietante es que Mamashe cubre su rostro con una máscara antigás.

—Bienvenido —dice Mamashe, la voz distorsionada por la máscara. Le tiende la mano derecha, cubierta por un mitón de color caqui.

—Pensé que me afeitaban —bromea Javi.

Jesualdo Bendaña, Jes o simplemente J.B., ha sobrepasado la cincuentena de años. Luce una barba abundante y pertinaz, y un corte de pelo a cepillo, muy corto; la cabeza parece un campo escarchado por culpa de las canas. Arremangada la camisa, en el bíceps derecho es posible distinguir el tatuaje de un crucificado.

—Aranzubía —dice Mamashe clavando una mirada en el nuevo pasajero—. Era Aranzubía.

—No entiendo —dice Javi.

—Aranzubía era el portero del Deportivo de la Coruña. ¿Y quién marcó el gol al Real Madrid en el último partido que se disputó en Riazor?

—Déjalo ya. A nuestro invitado no le gusta el fútbol —interviene Jes.

—¿Y le gusta escribir y la bazofia que tocan melenudos de mierda como los AC/DC?

—Sin problemas, tío —dice Durán.

—Parece que hemos recogido a un chistoso, Jes. Cómo me parto la polla.

—Lo siento, ya dije que no soy nada futbolero. Y sí, escribo. O escribía.

—¿Libros? —farfulla la máscara antigás como quien escupe un insulto.

—Estoy escribiendo un ciclo de...

—¿Y has ganado pasta con eso?

El pragmatismo que demuestra el conductor en cada una de sus preguntas es inofensivo para Javi Durán. Es de la opinión que no todo ha de reportar un beneficio económico a corto plazo, que hay ocasiones en que la satisfacción personal prima sobre otros intereses. Así que se conforma con encogerse de hombros.

—Deberías escribir un manual de supervivencia para estos nuevos tiempos que corren —interviene Jes, que se muestra más displicente con el nuevo.

—Ya se ha editado algo parecido. Lo escribió un americano; el libro se llama *Zombi: Guía de Supervivencia*.

—Siempre los yanquis. Llegan a todas partes, como las cucarachas o las ratas.

—Su autor es Max Brooks —apunta Durán—. Es hijo de Mel Brooks. No sé si habéis visto *El jovencito Frankenstein*.

—¿Max Brooks? ¿Has dicho Max Brooks?

—Eso he dicho, por la espada de Conan.

—Max Brooks, tiene gracia —ríe bajo la máscara.

Disimuladamente, Jes cambia una mirada con Durán. Se enrosca el índice a la altura de la sien en un gesto que no precisa traducción.

—No le hagas caso. Últimamente anda algo nervioso.

—¿Y ve con eso?

—Está acostumbrado a conducir con la máscara puesta. Eso sí, no le preguntes por qué demonios no se la quita cada vez que abandona el campamento.

—Lo que no te mata, te hace más fuerte.

—Eso, ahora que piense que estoy loco —ladra el conductor.

—No apartes la máscara de la carretera y sácanos de Santiago. Cuanto antes volvamos, mejor que mejor.

—¿Cuántos supervivientes hay en Finisterre?

—Hemos formado un grupo bastante numeroso. Dentro del campamento nos hemos hecho fuertes. Mantenemos a los rojos a raya.

—¿Rojos?

—Ya me entiendes, me refiero a los muertos vivientes.

La verdad es que Durán no ha entendido qué tiene que ver la ideología comunista con la resurrección de los muertos. Salvo que obedezca a una doctrina más que dudosa. Dado que prefiere no saber nada más al respecto, se mantiene en silencio.

En ese instante, el rugido del motor ocupa el lugar de las palabras. Abandonada de momento la conversación, en la cabeza de cada uno suena, según predilección personal, una canción de El Arrebato, de Basilio o de *Motörhead*. Por fortuna, suenan en auditorios independientes e insonorizados, de manera que ninguno es capaz de oír lo que está escuchando el compañero.

Antes de que abandonen la ciudad por Rodríguez de Viguri algo cruza por delante de ellos a no más de cien metros de distancia. Aunque la fugacidad de la visión les ha impedido precisar más detalles, los tres han advertido la presencia de un chubasquero color cielo. Es un hombre que lleva anudado un pañuelo en la cabeza y que monta en bicicleta. Antes de que cada uno silencie la música de su cerebro, el ciclista atraviesa raudo el cruce, salta sobre un bordillo y se pierde por una esquina. Es una centella que esquiva cualquier obstáculo como si fuese un juego de niños.

—Síguele —ordena Jes.

Mamashe obedece. Mete primera, segunda, acelera, esquiva coches, traspone calles, atropella muertos vivientes, todo a una velocidad impropia para un vehículo de la rigidez del quitanieves. Y aunque en un par de momentos el conductor pone en serio peligro la vida de los tres, en ningún caso consigue alcanzar al ciclista.

—El muy cabrón, en cuanto se siente atrapado —ladra—, elige una calle estrecha y nos da esquinazo.

Bendaña ordena a su compañero que abandone la persecución. Un accidente inoportuno les acarrearía más problemas que lo que puedan ganar si echan el guante al ciclista solitario.

CAPÍTULO 6. EN UN PAÍS MULTICOLOR

Domingo 28 de marzo de 2010. 11:10 horas.
Calle San Gregorio, Sevilla.

Recién acontecida la rebelión de los hambrientos en la Ciudad Negra, Sevilla estuvo a punto de volver a la normalidad. Los oriundos de los pueblos más inaccesibles e incomunicados de la provincia hispalense, durante la primera semana de guerra, apenas dispusieron de tiempo para conocer los primeros partes de baja. Enseguida se perdió la señal de la televisión y los periódicos no fueron más que el recuerdo de otro tiempo. Sospecharon que algo realmente grave ocurría en la capital cuando ni siquiera llegaba el correo. Los carteros permanecían mano sobre mano aguardando la furgoneta que había de llevarles las cartas desde Sevilla. Tuvieron que sospechar que algo ocurría cuando los vecinos que se acercaban a la capital no regresaban nunca, ni tampoco contestaban las llamadas de los familiares que aguardaban su vuelta.

En un par de semanas comenzó a hacerse patente la escasez de alimentos. Se gastaban las provisiones a un ritmo alarmante, sin que los camiones que habían de reponer la mercancía aparecieran por los pueblos. Se telefoneó a Sevilla en demanda de explicaciones, pero los timbrados de la línea se prolongaban hasta el hastío sin que nadie respondiese. Fue entonces cuando muchos, en previsión de desmanes, decidieron que lo mejor sería acercarse a la capital con la excusa de visitar a algún familiar. Aquello era la crónica de una muerte anunciada.

La desgracia quiso que se vieran atrapados, de una parte, por las últimas unidades del ejército español, formadas por desertores y tipos violentos empeñados en satisfacer sus más bajos instintos, y de otra, por los resucitados que penaban por Sevilla haciendo guardia tras una puerta, una esquina o un zaguán oscuro. La muerte de la que se habían librado en un primer momento les salió al paso en cuanto traspusieron las rondas de circunvalación; la muerte les puso la zancadilla. Hubo quien cayó a las primeras de cambio y quien, por el contrario, resistió heroicamente durante días.

Ese amago de que Sevilla reviviese con la gente que llegaba de los pueblos de alrededor quedó abortado antes de que el sol, las moscas y los hambrientos consumieran los cadáveres de quienes tropezaron en el primer contratiempo. Ahora no se requiere informe forense: Sevilla hace semanas que falleció. Está tan muerta como esas reses que con sus restos jalonan los senderos del *Monument Valley* y que ningún vaquero observa durante más de un segundo. Lo primero que asaltó el cadáver de la ciudad fue la podredumbre que infectó cada esquina: la muerte que se amontonaba sobre las aceras o frente a los portales donde, tiempo atrás, se escondía un puñado de supervivientes. Enseguida los restos descuartizados y los collares de tripas desdeñadas atrajeron las nubes de moscas. Estas combatieron entre sí por el

mejor pedazo de carne, sin reparar en la labor de horadado de los gusanos.

Ahora la ciudad no es más que un montón de huesos limpios que brillan bajo el sol de la primavera; ni siquiera le vale el apelativo de carroña, porque ha sido desdeñada por los propios necrófagos. Únicamente la visitan el viento y la lluvia, y la habita el más pertinaz de los olvidos.

El viento sacude la melena de los naranjos en flor y acaricia las cortinas a través de las cristales rotos, hinchándolas igual que el velamen de un barco, sin más destino que remover el hedor a muerte acumulado dentro de las casas. Cuando hace acto de presencia, la lluvia se preocupa de abrillantar el aire y de bautizar árboles y restos de cadáveres.

El único habitante de la ciudad, el olvido, se hace fuerte en las grietas del asfalto. Unas hebras verdes que asoman en los resquicios del alquitrán es el indicio, la primera señal, de lo que sucederá con el paso de los años, la reforestación de cada calle, de cada plaza, la toma absoluta de la ciudad por parte de la única vencedora tras la Guerra de la Doble Muerte: la naturaleza.

Después de tocar el claxon dos veces, Jonás escucha pasos; se acercan por la parte trasera del automóvil. Observa los espejos retrovisores sin encontrar nada. Antes de que el miedo le apuñale el estómago, descubre que es Judith quien se aproxima.

—¿Qué ocurre? —pregunta ella después de tomar asiento frente al volante, cerrar la puerta de un tirón y subir el cristal las ventanillas. Jonás señala el espejo retrovisor—. Joder, no veo nada.

—Está ahí.

Judith se dispone a meter primera cuando descubre que, efectivamente, como apunta su compañero, algo cruza el rectángulo del espejo. Es un borrón blanco. Después reconoce que es un rombo, algo a priori inofensivo, o por lo menos no tan amenazante como la cercanía de un hambriento o de un desertor. Descartadas las peores posibilidades, no existe esa urgencia inicial por quemar neumático y huir a toda prisa. Dispone de tiempo suficiente para descubrir qué es lo que surca el cielo. Abre la puerta, sale del coche y apoya los codos sobre el techo.

—Es una cometa —dice, las palabras iluminadas por la sorpresa.

—¿Qué querrá decir? —pregunta el muchacho.

—Cabecea gracias a las rachas de viento, a un lado y a otro, pero mantiene el mismo punto de referencia.

—¿Eso qué significa?

—Que permanece sujeta a algo, que nadie la está volando.

—¿Eso es bueno o malo?

—Salvo que, por azar, haya quedado atrapada en un árbol o una farola, no creo que signifique nada bueno.

—Olvídala entonces, quiero ir a casa.

—A juzgar por la distancia, no queda muy lejos de la plaza de toros, ni del Hospit... —la palabra se quiebra de pronto. La frase ha quedado sin rematar. No en

vano, justo a tiempo ha recordado lo que vio dos meses atrás. De pronto ha recuperado la imagen de aquella ambulancia que descubrió desde la ventana del 4º B, B de bazofia; la ambulancia y aquellos batas blancas que amontonaban en el interior del vehículo los restos despedazados de quienes caían durante el asalto a la estación de Santa Justa.

Judith se esfuerza por serenarse, por mostrar una tranquilidad que ha perdido durante unos segundos; en ningún caso ha de preocupar a su compañero más de lo necesario. Unido al recuerdo de aquella ambulancia, le ha asaltado otro: el de su propia resurrección.

Ese miedo a lo desconocido. Ese batir de puertas que se abren y se cierran en la habitación 101 de su memoria. El recuerdo de ese primer latido cansino y doloroso. *Estoy desnuda. Tengo frío.* Aunque sacude la cabeza, el recuerdo ha despertado.

—Angélica —farfulla. Solo una palabra escapa de sus labios, Angélica. Ya en silencio, repite ese nombre dentro de su cabeza varias veces, pese a que cuando resucitó sobre la mesa de autopsias ya se había convertido en Judith.

—Llévame a casa —dice Jonás.

—Es una cometa blanca —repite, los ojos neblinosos por la añoranza de otro tiempo.

He bajado a la playa y de inmediato me embriaga la plenitud de esa luz que lo preña todo, una fosforescencia que ahuyenta las sombras. Es una mañana tan limpia, tan cristalina que parece la primera del mundo, que el mar, la playa y el cielo han sido creados hace tan solo unos segundos, mucho antes de que los animales los hollasen y el hombre los pervirtiese.

La arena me cosquillea en la planta de los pies. Es de un penetrante gris, hecho de pedazos de conchas blancas y rosadas, y de piedras oscuras como ojos de tiburón. También descubro algún resto de ladrillo bermellón y el cristal verde de alguna botella rota. Más que arena parece el contenido de un baúl del tesoro de Agra.

Al fondo, se retuerce un mar esmeralda bordado por el encaje de las olas. Sobre mi cabeza, descansa un cielo de un azul tan puro que dan ganas de reír al mirarlo, de gritar a los cuatro vientos que no existe nada más bonito que esa intensidad digna de la paleta de Fra Angélico. Unas nubes plumizas galopan sobre el mismo viento que me desordena el cabello.

Pero no he venido sola a la playa, me acompaña mi padre. Más allá de cualquier otro detalle, recuerdo la reciedumbre de sus manos y esos ojos de ogro bueno que tenía bajo las cejas. Porque aunque era hombre algo hosco de maneras y abrupto de expresión, escondía un corazón de oro que relucía con todo su esplendor cuando jugaba conmigo. Durante aquellos juegos de fin de semana, abjuraba de aquel disfraz bajo el que vegetaba a diario y se convertía en el padre más atento y cariñoso del mundo.

Daniel. No, no es él. Con Daniel nunca bajé a Málaga, porque esa playa no puede ser otra que la de Málaga; con él solo fui de visita a Málaga. Con Daniel

habría volado la cometa en la ribera del Guadalquivir, así que no es él.

Además, en tal caso, los colores no serían tan vívidos como los que acompañaban los juegos compartidos con mi padre. Con mi ex marido todo era propiedad exclusiva de un gris anodino e impersonal, tan asfixiante como áspero.

—Angélica, te voy a enseñar cómo se vuela una cometa —dice, las palabras pintadas de los colores más hermosos. Me habla en voz baja, para no restar protagonismo al arrullo del mar.

Hemos depositado la cometa sobre la arena, panza arriba, igual que un escarabajo que no pudiese volverse del derecho. Mi padre comprueba el correcto estado del armazón de madera.

—Si la cometa presiente que no la quieres, Angélica, podría rebelarse y buscar la manera de huir de tus manos —explica acariciando el objeto de nuestro juego con la misma suavidad con que sus labios pintan de azules, rojos, verdes, amarillos y blancos las palabras que me dedica.

Yo me conformo con asentir con un golpe de cabeza.

—Ahora, pequeña, cógela y levántala por encima de tu cabeza. Bastará una carrerita y la racha de viento para que la cometa despegue.

Recuerdo la tensión del vuelo en el extremo del hilo que sujetaba con todas mis fuerzas. Recuerdo cómo mi padre me animaba a soltar hilo para que volase a mayor altura. Recuerdo la luz, los colores que me envolvían y la voz de mi padre acariciándome el oído.

(Del Libro de la Ira, de Antonio Calzado: xvi, 9-19.)

¡Yo comprendo el dolor! A veces he comido su carne (...). El final del infierno late en el filo de un cuchillo, la sangre estalla como el dolor, a borbotones se escapa y ya no duele y ya no importa.

Jonás llama a Judith, la zarandea. Como no reacciona, toca el claxon. Solo entonces su compañera despierta de golpe de la ensoñación. Los colores de esa mañana de playa se secan, se agrietan y se oxidan ante la ruindad de un presente tan poco esperanzador. La mirada de Judith se apaga y la sonrisa que se había colgado de sus labios se despeña y muere.

—Llévame a casa —la voz de Jonás es una porcelana que se quebrará al menor escollo. Cada vez se encuentra más débil.

Como Tomás de Ibarra —la calle donde se ubica el hogar que Jonás compartía con Madre— está demasiado lejos del lugar sobre el que cabecea la cometa blanca, Judith decide que se acercará a echar un vistazo.

Conduce muy despacio. Se sube encima de las aceras cuando es necesario salvar el obstáculo de un coche o de unos contenedores de basura calcinados. Pese a las protestas de Jonás, que se percata del desvío, ella sigue adelante. Necesita saber qué detiene a la cometa, qué la ata a la tierra.

—Será solo un momento —se disculpa. Si tiene ocasión, liberará a la cometa para que se aleje de la tierra y del hedor a muerte que lo impregna todo.

—Quiero llegar a casa —susurra Jonás.

—Solo será un minuto.

—Necesito dormir.

—No te preocupes, ya mismo llegamos a casa.

De pronto Judith detiene el coche en la misma esquina en la que, dos meses atrás, se detuvo montada sobre una bicicleta del Sevici que cogió en la avenida de la Buhaira. Es la esquina de la calle Temprado. Desde ahí ve el Hospital de la Caridad.

No muy lejos del edificio que mandase construir Miguel de Mañara, descubre que, de una farola, pende un cuerpo. Este se debate desesperadamente en el aire, dando patadas y manotazos a la nada. No hace falta que se acerque más para saber que se trata de otro resucitado como ellos.

Una soga al cuello le impide descolgarse. Pero eso no es lo peor de todo; lo más denigrante es que tiene los intestinos fuera por culpa de un tajo que los ha desparramado, y que sea de ahí, de los intestinos, donde permanezca atado el cabo que mantiene prisionera a la cometa blanca.

Cada vez que una racha de viento sacude el rombo de plástico, se tensa la cuerda y tironea de los intestinos, aún anclados al abdomen. Judith no alcanza a entender quién ha podido maquinar una tortura semejante. Lo mejor será hacer caso a Jonás y llegar a casa cuanto antes.

Capítulo 7. REPARTO DE TAREAS

Lunes 30 de marzo de 2010. 07:30 horas.
Campamento Vermell, Sierra de Montserrat.

Antiguamente la abadía de Montserrat sirvió de amparo y consuelo a espíritus atormentados; de eso hace ya demasiados siglos. Hoy, después del advenimiento del Apocalipsis, más allá de la devoción privada e íntima de algún superviviente, el entorno de la abadía no es más que el fortín de la carne, la trinchera de la vida. Un nido de luchadores dispuestos a emular a Numancia.

Nadie pregunta cómo ni en qué circunstancias ha llegado uno u otro hasta el campamento Vermell. El drama de cada uno sobrevive, como las últimas brasas de una fogata, en lo más hondo de la mirada. Es el denominador común a todos: el recelo a hablar del pasado, cuando no el anestésico olvido. Solo importa el día de mañana y el de después de mañana. Y en esa dirección aúnan sus fuerzas.

Si alguno conoce la historia de un compañero es porque éste, en un afán por conjurar los recuerdos, ha vomitado toda la mierda que lleva dentro. Solo por eso, porque allí nadie pregunta por el pasado al vecino de celda o al compañero de guardia. Nadie. Todos velan sus cadáveres en el más terapéutico de los silencios.

Así que es lógico que durante las conversaciones se compartan vaguedades, se hable del tiempo invernal que no se marcha, de las lluvias de los últimos días, o de los partidillos de fútbol que se organizan a las puertas de la abadía. Incluso hasta es probable que se comente en voz baja los últimos enfrentamientos librados con los muertos.

A día 27 de marzo de 2010, en el Vermell sobreviven cincuenta y cuatro supervivientes. Dentro de tres meses y pico, si todo va bien y no se produce ninguna baja inesperada, serán cincuenta y cinco. Y es que para principios de julio se espera que Natascha Lindberg dé a luz a su retoño.

Como en la Edad Media, la abadía de Montserrat anida bajo los enormes espectros de piedra que conforman la sierra, esos gigantes atemporales de piedra, concedores de viejos cantos medievales, invasiones francesas y desamortizaciones.

Desde el comienzo de las peregrinaciones, desde aquellos años en que se entonaban los cánticos del *Livre Vermell* para dar gracias al Señor, los centinelas de piedra se yerguen enhiestos contra la limpidez inmarcesible del amanecer. Las lluvias de la pasada madrugada han brillantado el paisaje; la vega, más de quinientos metros más abajo, refulge con la luz renacida. Germina un nuevo día.

Verdea el paisaje a los pies del gran estegosaurio de piedra que es la sierra de Montserrat. Hasta el vuelo de los pájaros madrugadores se antoja más armonioso contemplado desde esa altura, sobre todo si las aves sobrevuelan la zona a unos doscientos metros por debajo del nivel del campamento. Si sonase a través de las

vidrieras de la abadía el *Stella Splendes*, la imagen sería totalmente idílica.

Es entonces, mientras alborea la mañana, cuando los supervivientes que se mantienen en sus puestos de guardia dan gracias por seguir vivos. Da igual lo dolorosa que sea la supervivencia, la cantidad de muertos que cada uno vele con su silencio.

En el campamento Vermell el reparto de tareas está consensuado. De esa metódica organización depende la supervivencia del grupo. Desde que fue aprobada por amplia mayoría, ningún superviviente cuestiona la distribución de los trabajos.

Cada tarea es asignada a un grupo de trabajo. El número de integrantes del mismo varía en función del trabajo a realizar. El primer día de cada mes, en una reunión general, se pregunta si alguien desea cambiar de trabajo o que se produzcan cambios en los puestos de mando.

En tanto no finalice marzo, Inocencio Guerau lidera el grupo encargado del abastecimiento del agua, de controlar la distribución de los cubos que pueblan las distintas azoteas del campamento y verter el agua de lluvia en los bidones colectivos que duermen dentro de la abadía. Todo ha de hacerse antes de la llegada de una nueva tormenta. Para ello, Ino Guerau cuenta con la ayuda de seis colaboradores.

Mónica Mateo y Óscar Torres, alias Parasipunk, se encargan de la intendencia. Bajo llave, y en turnos de seis horas, custodian las herramientas vitales para la supervivencia del grupo. Sin ellas sería imposible cuidar los huertos o arreglar cualquier desperfecto. Ningún pico, pala o martillo se mueve sin la aprobación de Mónica o Parasipunk.

Antonio Malavé se encarga del mantenimiento de los vehículos que el grupo ha elegido para una hipotética huida: dos autocares y un cuatro por cuatro. Acompañado de dos ayudantes, es habitual verle cada mañana volcado sobre los motores de los vehículos, o debajo de ellos, atento al más mínimo fallo. Además, se encargan de su vigilancia nocturna. Malavé y sus dos ayudantes pasan la noche dormidos sobre el asiento del conductor de cada vehículo.

De la preparación de la comida y cuidado de los huertos se encargan Antonio Ramírez, al que muchos llaman el Abuelo, y Virginia Lito: ellos son los cocineros del campamento. Cuentan con la ayuda de Damián Alcor e Italia para servir la comida en el atrio de la abadía, los cuales también se ocupan de llevar el rancho a los puestos de guardia.

Francesc Maciá lidera el equipo encargado de la carga y descarga de cualquier cosa que sea susceptible de ser trasladada. Tiene a su cargo a tres supervivientes.

El entrenamiento militar del campamento recae en Gerard Océano, quien antes de desatarse la Epidemia era militar. La casualidad de una escapada de fin de semana quiso que el inicio de la guerra le encontrase de visita en Montserrat. Salvo quienes están exentos, niños y mayores de sesenta años, todos han de asistir a sus clases. Diferente es que haya armas de fuego para todos, porque no las hay; solo se entregan a los que hacen guardia sobre la muralla defensiva. Gerard Océano cuenta con la

ayuda de José Luis López Torres, que se encarga de la seguridad del entorno, de revisar metro a metro las distintas defensas levantadas para detener a los muertos. Es habitual ver, después de las clases, a Océano y a López Torres yendo de un lado a otro, atentos al más mínimo fallo en la muralla defensiva.

Pese al embarazo de seis meses, Natascha Lindberg lidera el grupo de la lavandería, integrado por hasta cinco personas. Es uno de los trabajos más ingratos del campamento. Pero así, centralizado y racionalizado se evita el despilfarro de agua.

El grupo que dirige Carmelo Sendra vela por la correcta comunicación de todos y cada uno de los distintos grupos. Nada sucede sin que ellos sean informados.

Quien coordina y supervisa el correcto engranaje de cada grupo y además dirime las posibles disputas es el alcalde del campamento. El nombramiento tiene validez por dos meses; en estos momentos recae en Josep Tallavi.

Esta mañana el grupo de Ino Guerau tiene trabajo extra. Hay que vaciar los cubos llenos de agua a la mayor brevedad: poco importa que haya amanecido un cielo limpio de nubes y no se presienta la cercanía de una nueva tormenta. A trabajar se ha dicho; cuanto antes empiecen, antes acabarán.

Pese a liderar el grupo, Ino no se queda cruzado de brazos. A la hora de acarrear cubos, él es otro más. Muy cerca, casi pisándole los talones, bebiendo de su aliento, marcha Quicá. El pasado uno de marzo Quicá pidió el cambio de grupo: abandonar el de lavandería y pasar al del abastecimiento de agua. Inocencio no ha querido escuchar sus razones, a pesar de que ella se ha empeñado en explicárselas. Pese a su negativa, en cuanto los dos se encuentran solos, lo suficientemente lejos de los otros cuatro miembros del grupo, ella vuelve a la carga; da lo mismo que estén bajando una escalera o dentro de la abadía.

—Tampoco es tan grave que me haya cambiado de grupo, Ino —dice en un susurro.

—Vamos a vaciar los cubos. Lo demás no importa —le recrimina Guerau. Apresura la marcha, baja las escaleras. Luego atraviesa la explanada de entrada a la abadía y accede a su interior.

Aunque se propone dejar a Quicá atrás, no lo consigue. Antes de que termine de vaciar el cubo sobre uno de los bidones que duermen en el interior de la abadía, ella llega a su lado y hace lo propio con el suyo.

—Ino, ¿sabes algo de Francesc Maciá?

—¿Qué coño le pasa a ese?

—Shhhh, más bajito. —Tiene gracia; él no abriría la boca si ella no le hubiese tirado de la lengua—. No le pasa nada. Solo que...

—Me pones nervioso con tanto misterio. Déjalo para luego.

Ino se detiene en la puerta de la iglesia. Siente el ronroneo del estómago. Todavía queda algo más de una hora para que sirvan el desayuno. Con un poco de suerte, habrán acabado antes la tarea.

Se estira, bosteza. En cuanto siente la proximidad de su compañera y la persistencia de su mirada, se quita las gafas. Mientras las limpia con la punta de la camisa elude la acusación de los ojos de Quicá. Por fortuna, su condición de miope severo le concede una tregua. Sin el auxilio de las gafas, todo a su alrededor se convierte en un día neblinoso.

—Te lo digo porque anoche estuvo hablando demasiado tiempo con don Bernabé.

—¿Quién?

—Francesc Maciá, hombre. Parece que estás en otro lugar.

—Será el sueño acumulado —miente.

—Bueno, Ino, ya lo sabes.

—Shhhh.

Por la explanada vienen dos de los compañeros de grupo tirando de sus cubos; departen acerca de la comida de anoche: es la charla intrascendente de dos compañeros de trabajo, que radiografían a Quicá al pasar junto a ella.

—Vaya hembra —dice uno.

Como se ha adelantado un centenar de metros para que los otros no sospechen, Quicá se detiene a esperar a su compañero, consciente de que no tardará mucho en ganar las escaleras. Mientras espera, golpea la esfera de su reloj. Por supuesto sigue detenido en la misma hora de siempre. No funciona desde hace semanas. No recuerda quién se lo regaló; es más, ha habido noches en que ha sucumbido al sueño tratando de discernirlo. Siempre en vano. Se toca el vendaje de la cabeza. La culpa de su desmemoria es del golpe que se dio mientras huía.

—Tendrías que visitar a Bernabé —dice Ino cuando aparece. Señala el borrón rojizo de la sangre—. A ver qué te dice. Vuelve a sangrar.

Bernabé Arnaltes es uno de los pocos supervivientes exentos de trabajar a causa de su edad: tiene sesenta y cinco años. Pero va de un lado a otro del campamento echando una mano donde hace falta. Además, por decisión propia, ha abierto una suerte de enfermería en una celda que le ha habilitado a tal efecto el grupo de intendencia.

—¿Has escuchado lo que te he dicho antes? —Quicá se acerca y mira a los ojos a Ino, aprovechando que tiene puestas las gafas—. Vigila a Maciá. No vaya a ser que sepa algo.

—Y tú, ¿has escuchado lo que te he dicho?

—Que visite a don Bernabé. Oye, se me acaba de ocurrir una cosa.

Como intuye que será otra de las ideas maravillosas de su compañera, Ino se deshace de su marcaje y comienza la ascensión del primer tramo de escaleras. Todavía hay mucho trabajo por hacer.

—Oye, si quieres puedo sonsacar a don Bernabé cuando vaya a visitarle.

Ino guarda silencio porque se cruza en las escaleras con otro compañero del grupo. Hasta que no está lo suficientemente lejos de él, Guerau no abre la boca.

—Yo no quiero saber nada, ¿te enteras?

Al ganar la azotea, Quicá se le acerca demasiado. Menos mal que no hay nadie a la vista, solo los gigantes de piedra que vigilan desde lo alto el entorno de Montserrat.

—Esta noche quiero verte de nuevo, así que hazme un hueco —dice.

—¿No tuviste bastante anoche?

—Anoche quedó la cosa en nada. Aún me debes lo que interrumpió la alarma.

Dejan los cubos vacíos en el lugar de donde los han cogido con anterioridad, y recogen otros. A Ino le gustaría que ella le dejase en paz, pero la promesa de un nuevo encuentro sexual le ata de pies y manos. Quicá es única, por mucho que tenga un reloj que no le funciona y una cabeza abollada. Luce un cuerpo de modelo o actriz porno, todo lujuria. Ella lo sabe y lo emplea como arma de fuego contra él. Basta con que le dispare un beso o se contonee delante suya.

Mientras Antonio Ramírez se ocupa de hervir la leche, Virginia Lito centra sus esfuerzos en cortar el pan en rebanadas. Maneja el cuchillo con metódica precisión. Más le vale, porque la anchura de las rebanadas ha de ser lo más exacta posible. Así evitará posteriores disputas, o que Abuelo y ella sean acusados de favorecer a unos en perjuicio de otros.

Esta mañana cuenta con la colaboración de Bernabé, que ha preferido levantarse temprano y echar una mano en la cocina. Él retira el pan ya cortado y lo distribuye ordenadamente en las bandejas que luego llevarán al atrio.

Como Abuelo Ramírez se encuentra al otro lado de la pared, centrado en su labor, Bernabé aprovecha la cercanía cobrada con Virginia para escupir lo que le preocupa desde hace unas horas.

—Anoche quien hizo sonar la sirena no fue Guerau —dice sin más preámbulos. Y es que su amistad con la cocinera le concede alguna prerrogativa: prescindir de lo trivial e ir a lo sustantivo.

Virginia detiene el cuchillo sobre el pan, los ojos desencajados. Observa a su compañero. Prefiere guardar silencio.

—No fue él. Fui yo, Virginia.

Bernabé Arnaltes se jubiló el 4 de febrero de 2010. Fue una broma del destino que coincidiese con el estallido de la Guerra de la Doble Muerte, y en España todo saltase por los aires. Ni siquiera ha tenido tiempo de aburrirse, ni de disfrutar de su abono en el Liceu. Por primera vez en su vida iba a poder saborear las representaciones operísticas sin atender a horarios, pero la resurrección de los muertos acabó también con la ópera.

—Fui yo. Me asusté. Aquel hambriento salió de improviso, casi me muero del susto. Mi corazón ya no está para esto.

Bernabé Arnaltes era profesor de primaria. Pero no un profesor de los del siglo XXI, pistoleros de móviles de última generación que usaban internet para resolver sus dudas, vía redes sociales, con otros profesores del resto de Cataluña. No, él era un profesor de los de libro bajo el brazo, periódicas visitas a la biblioteca y exámenes escritos en la pizarra. Él nunca repartió fotocopias de sus exámenes. Es más, si

hubiese estado en su mano, en su aula no se habría retirado la pizarra verde de toda la vida, ni tampoco las tizas blancas.

Ante la gravedad de la revelación, Virginia se decide a preguntar. Ya no puede aguantar más tiempo callada. Antes echa un vistazo alrededor, no vaya a ser que haya moros en la costa. Nada, ni siquiera se advierte la sombra de Abuelo Ramírez en el vano de la puerta.

—¿Por qué estaba usted allí? ¿No me irá a decir que estaba haciéndole la guardia a ese cabrón?

El silencio adoptado por Bernabé es demasiado elocuente. El jubilado no deja de colocar las barras de pan ya cortadas sobre las bandejas. ¿Qué puede decir en su descargo?

—Debería denunciar el caso.

—Hecho de común acuerdo, Virginia, no hay nada denunciabile.

—Pero siempre y cuando se comunique el cambio a Carmelo o al Alcalde. Ellos deben de estar al tanto de todo lo que ocurre en el campamento.

Silencio.

—¿Dónde estaba Guerau? —pregunta Virginia—. ¿Qué estaba haciendo?

—Lo peor de todo es que cuando Maciá e Italia acudieron en nuestra ayuda, tuve que mentir, hacerles creer que había sido yo quien había acudido en ayuda de Ino.

—¿Por qué le encubrió? No lo entiendo, don Bernabé —dice después de cortar la última barra de pan.

—Es largo de contar, Virginia. Tardaría toda una noche en que lo entendieras.

—Háblelo con el Alcalde, o con el mismo Francesc Maciá.

Sabedor de que pisaría terrenos demasiado pantanosos si se decidiera a explicar lo que por ahora no tiene explicación, Bernabé prefiere guardar silencio, igual que cuando iba a la ópera y la música tomaba aliento en el foso de la orquesta antes de colmar el teatro.

—Tampoco tiene tanta importancia —miente. Esa preocupación le está excavando un agujero en el estómago. Y si no hace nada para evitarlo, al final ese agujero será su propia tumba.

CAPÍTULO 8. CEFALEA

Lunes 29 de marzo de 2010. 19:20 horas.

Carretera de acceso a Finisterre.

Nunca ha sido de amistades fugaces. Sin embargo, en esta ocasión, el viaje ha sido lo suficientemente lento como para ganar una mínima confianza con sus dos nuevos compañeros; eso sí, sigue abjurando de la obsesión de Mamashe por el fútbol o de los inútiles intentos de Bendaña por entonar su canción favorita de Basilio.

Ese aluvión de equipos, alineaciones y fichajes, o esa voz de barítono, que apenas cabe en la cabina del quitanieves, han estado a punto de hastiar a Javi Durán. Por fortuna, Finisterre se divisa a lo lejos y, desde ese mismo momento, el silencio estrangula a los protagonistas.

—Ya casi estamos —anuncia Mamashe al cabo de unos minutos.

El conductor acelera en cuanto advierte la presencia de un grupo de muertos al pie de la carretera. Bastaría un golpe de volante para que el vehículo se aproximase al arcén izquierdo y eludir así a los resucitados; es más, hasta podría Correa bajar la ventanilla y dedicarles un sonoro ¡*domingueros!* Da igual que no sea domingo, ni verano, o que ese grupo no camine en dirección a la playa provisto de neveras, mesas y sillas. Pero Mamashe, después de todo lo que ha sufrido durante las últimas semanas, es incapaz de dominar a la alimaña que incuba dentro de su cuerpo.

Se ciñe al arcén derecho, pisa a fondo el acelerador y desciende la pala quitanieves. Con ella embiste a los muertos vivientes mientras sonrío de puro éxtasis. A través del espejo retrovisor observa cómo ese puñado de cuerpos se retuerce en mitad del asfalto, incapaces de ponerse en pie después del impacto.

—Así se vence una defensa rival, internándose por la banda —rumia bajo la máscara. No mira a ninguno de sus compañeros, habla consigo mismo—. Si yo fuera el entrenador del Deportivo...

Desde lejos Finisterre podría pasar por otro pueblo más, uno de esos de postales de viaje, acorralado por el verdor de la vegetación, podrido por el aliento del mar, volcado sobre el puerto e infectado de gaviotas. Desde lejos, puede; pero conforme se van acercando, Durán advierte las diferencias existentes con esas imágenes idílicas de pantallas internáuticas. Para empezar la entrada principal por Avenida Coruña, esquina con Prado da Viña, se encuentra defendida por un cordón de coches que ofrece la consistencia de una muralla defensiva. Sobre los capós han sido apilados todo tipo de muebles y sacos terreros con celosa distribución.

Este no es el único detalle que lo distingue del típico pueblo gallego de ensueño: también están la sangre derramada sobre el asfalto, los edificios picados por la metralla de las explosiones, las carboneras que señalan fuegos antiguos. A simple vista la fisonomía de Finisterre es similar a la de Santiago de Compostela o a la de

cualquiera de las poblaciones que Durán ha conocido tras el estallido de la enfermedad como para relajarse.

Mamashe aprieta el claxon del quitanieves. Entre la barricada formada por los coches y el quitanieves se revuelve una reata de muertos vivientes. Si llevasen pancartas y silbatos, se les podría confundir con un piquete informativo dispuesto a todo para que la huelga de marras sea secundada con éxito. Pero a pesar del grado de odio y de la frustración que son capaces de acumular una recua de sindicalistas, la rabia que anida en esos ojos muertos, de peces fuera del agua, es exclusiva de los resucitados. Nunca han existido piquetes más violentos que estos, por mucho que la intención de esa muchedumbre no sea otra que la de alimentarse.

—Vive donde ningún ser vivo puede vivir: en el muro de la última farola — apunta Jesualdo Bendaña en un hilo de voz casi inaudible.

Durán observa a Jes, y luego a Mamashe en demanda de respuestas. El conductor niega con la cabeza antes de retirar la capucha y la máscara antigás. Senén Correa es un tipo de unos veinticinco años, ojos de búho y sonrisa de comercial de seguros. Se seca el sudor de la frente con la manga de la chaqueta militar y vuelve a ofrecerle a Durán la mano derecha.

—Encantado —dice—. Sujétamela —entrega a Durán la máscara, que no sabe qué hacer con ella—. No muerde —en el regazo del nuevo no parece otra cosa que la piel mudada de una serpiente.

Durante un instante Javi sopesa la posibilidad de preguntarle la razón de su uso. No lo hace porque la proximidad de los caminantes impone su tiranía: solo importa cómo librarse de ellos.

Habrán casi cuarenta cuerpos frente a ellos. Otro, en su lugar, se pondría nervioso, le sudarían las manos dentro de los mitones; sin embargo Mamashe es un experto en enfrentarse a los muertos a la salida o al regreso en Finisterre. Procede con una habilidad casi quirúrgica, sin alterarse lo más mínimo: concita la atención de los muertos, saca un brazo por la ventanilla, se deja ver igual que un torero en mitad de la plaza mientras aguarda la embestida de los resucitados. Toca el claxon un par de veces más. Después acelera y atropella a todo el que se interpone en su camino. La pala arremete contra los infieles sin piedad. A una resucitada que tropieza por culpa de la rigidez de sus piernas, el acero le alcanza a la altura de la frente y le arranca la cabellera y parte de las ideas.

—¡Morid, vikingos, hijos de puta! —ladra. Le enardecen los botes del vehículo al pasar por encima de los cuerpos.

La mirada que J.B. dedica al conductor es fácil de traducir. Cuando la admiración es sincera, la mediación de las palabras no es más que un estorbo: sin lugar a dudas Mamashe es su mejor hombre. Los ojos de Bendaña hablan por sí solos. Javier Durán guarda silencio, algo incómodo por el ensañamiento innecesario con que se conduce el dueño de la máscara.

Un camión frigorífico, que forma parte de la muralla defensiva, retrocede lo justo

para dejar paso a la máquina quitanieves. Cuando el camión ha regresado a su posición inicial para bloquear de nuevo la entrada, Mamashe Correa silba con fuerza. Del interior del camión desciende un tipo más alto que el campanario de una iglesia. Pese a su porte, viste con un chándal; poco importa que la prenda sea de marca, porque no casa demasiado con su figura esbelta y sus facciones refinadas. Por uno de los bolsillos del chándal asoma un tirachinas.

Basta con que el tipo levante el pulgar en señal de conformidad para que el conductor siga camino hacia el centro del pueblo.

—Ya no hay nada que temer —anuncia Jesualdo con la sonrisa de un mago que ha culminado su truco más difícil.

—¿Habéis desinfectado todo Finisterre?

La pregunta queda sin respuesta; Correa y J.B. lo consideran innecesario. Lo que sí hacen es chocar los puños en un gesto de inequívoca camaradería. Se muestran satisfechos por el regreso a Finisterre y por haber encontrado a otro superviviente. Por supuesto, Durán queda excluido de la celebración.

En la calle Santa Catalina el quitanieves se detiene. Bufo aliviado. Correa presiona el claxon una vez antes de retirar la llave del contacto. El motor queda en silencio. Sobre ellos se cierne el chillido de las gaviotas que sobrevuelan la zona del puerto.

Después de invitar al nuevo a bajar, Jesualdo desciende de un salto y se dirige a un edificio de cuatro plantas mientras rumia, como si estuviese en trance:

—El muro de la última farola. Hay que esperar la llegada del Amo.

Coronando la puerta principal del edificio, un cartel dice *Hostal Comala*. El nombre elegido por el antiguo propietario del negocio, que ahora vaga a las afueras de pueblo sin poder acallar a la rata negra del hambre, no tendría mayor importancia si no fuera porque, irónico o no, encierra todo un mensaje que pasa inadvertido para Javi Durán. No en vano, Comala es nombre del pueblo que visitaba Pedro Páramo.

J.B. coge del brazo a Durán, que no deja de mirar el cartel, y le anima a entrar en el hostel.

—Ahora conocerás al resto de compañeros.

La primera que sale al paso del trío de recién llegados es una joven de unos veinticinco años que se sujeta el pelo con unas gafas de sol. Esconde su figura bajo un chaquetón que le llega a las rodillas, varias tallas más grande de lo que sería deseable. Pese a ello, a Úrsula le basta con el magnetismo de sus ojos verdes para que su feminidad se sobreponga al desagravio de usar un chaquetón que debió pertenecer a un hombre del tamaño de J.B. por lo menos.

—Hola —dice la muchacha al cincuentón pelo cortado a cepillo y tatuaje en el brazo; un saludo muerto de puro hastío.

—¿Alguna novedad, niña? —pregunta J.B.

—Ninguna en el frente, Jes. —Semanas atrás semejante contestación era una broma dispuesta por Úrsula para congraciarse con el líder del grupo. Ahora el chiste

ha dado paso al cansancio y al automatismo de los comportamientos.

Mamashe se acerca a la muchacha, la abraza por detrás y le planta un beso en la larga melena negra. Ella se deshace del marcaje, no tan molesta por la cercanía del conductor como por la presencia de un nuevo superviviente.

—Dijimos que ya no necesitábamos a nadie más —protesta Úrsula. Al hablar, su tono nasal delata la impertinencia de un resfriado o de una alergia. Acto seguido entierra la nariz en la mortaja de un pañuelo.

—¿Quiénes? —pregunta Jes.

Mediante una mirada, la joven exige la colaboración de Mamashe Correa. El cual, sabedor de que no ha de entrometerse en esa discusión, se esconde tras la máscara antigás como quien lo hace tras una careta, se sienta tras el mostrador de recepción. Por nada del mundo llevaría la contraria a Jesualdo, que Úrsula se las componga sola. Bastante tiene él con aguantarse a sí mismo como para ganarse una reprimenda del jefe.

—¿Cómo que quiénes? —insiste la muchacha—. Tú mismo lo dijiste, Jes.

Al cruzarse de brazos J.B., el tatuaje queda expuesto a la mirada de los presentes. Durán observa la escena sin saber qué decir; le desagrada que discutan a cuenta de su llegada a Finisterre. Jesualdo se ríe para sí, regodeándose en esa mueca y en la manera en que mueve la cabeza de un lado a otro.

—Esto no me gusta nada, Jes, y lo sabes —porfía Úrsula, que se suena de nuevo la nariz.

—Úrsula, cariño...

—Déjate de polladas. No me venga ahora con palabras bonitas.

—De acuerdo, no seas tan susceptible —J.B. fuerza el tono amistoso de las palabras, como las que un adulto dedica a un crío que se ha enfadado por una nadería.

—Joder, ya tenemos bastantes.

—Nunca son bastantes —interviene Mamashe. Sin levantar la cabeza de los prospectos turísticos de Finisterre que hay sobre la mesa de recepción, Senén ha decidido que es hora de ponerse de parte de Bendaña—. Y lo sabes.

—Nuestra obligación —dice Jesualdo después de dedicarle una carantoña a la muchacha— es ayudar a quienes nos piden ayuda. —La sonrisa que enarbola acto seguido es una bandera blanca para que Úrsula deponga su actitud defensiva.

—Serás hijo de puta. Ayudar, dices.

La muchacha sonrío, J.B. también. Mamashe los secunda con una risotada poco natural. Al fin ella ha cedido, ha dado su brazo a torcer.

—Contadme el chiste para que me ría yo también —interviene Durán, que permanece apoyado sobre la jamba de la puerta.

—No quieras saberlo, colega —contesta J.B.

Úrsula se suena una vez más la nariz. Antes de que el jefe la abrace, extrae del bolsillo interior del chaquetón un inhalador. Lo abre, gira el mecanismo y se lo aplica a la boca. Aspira con todas sus fuerzas. Una vez ha devuelto el inhalador a su sitio, la

muchacha se deja abrazar de frente por Jesualdo Bendaña. Se regalan un beso breve, luego uno más hondo y lúbrico. Las lenguas culebrean de una boca a otra.

Durán cambia una mirada con Mamashe, que se desentiende encogiéndose de hombros. Ante semejante demostración de cariño, Javi no sabe qué hacer, ni hacia dónde dirigir su mirada. Durante unos segundos se siente un estorbo.

Cuando Úrsula y Jes se han despegado, Senén Correa se incorpora y se acerca a la muchacha. Entierra las manos en los bolsillos del chaquetón de Úrsula y la atrae hacia sí. Ella le pasa los brazos por detrás de la cabeza y le ofrenda la humedad de su boca, abierta igual que una herida. El muchacho besa a la muchacha con toda la despaciosidad del mundo, rozando los labios para que los suyos reconozcan los de Úrsula. Luego la lengua penetra la cavidad bucal de su compañera. Para él no es un agravio comerse las babas del jefe; al contrario, es todo un orgullo.

Durán tose fingidamente, cada vez más incómodo con la situación. A lo mejor ha hecho mal en ir a Finisterre. Aquello huele peor que la más hedionda de las Dinamarcas. No le gusta. Cuando Mamashe se aparta de Úrsula, observa cómo el conductor cambia un guiño con Jes, dejándole al margen de esa conversación silenciosa. De pronto, se siente un Capuleto en casa de los Montescos.

—Saluda a la compañera —dice J.B.

Por lo que parece ahora le toca a él. Durán se encoge de hombros. Se muestra indeciso, le gustaría ganar algo de tiempo con un comentario intrascendente, pero se le atragantan las ideas y se le pudre la lengua. Antes de que tenga tiempo de retroceder unos metros, Úrsula le agarra del brazo. La muchacha sonrío. Reposa sus ojos verdes en los de Durán, como quien después de un gran esfuerzo se decide a descansar al cobijo de una buena sombra. Ella es el árbol y Durán el viajero que ha de dejarse llevar. Si se olvida de los besos que la joven ha compartido anteriormente con Jes y Correa, todo irá mucho mejor.

—Bienvenido a Comala —susurra Úrsula mientras le acerca la boca.

Durán. Durán. Durán. Su propio apellido parpadea dentro del cerebro con la cualidad de una alarma. Dinamarca. Capuletos. Montescos. Necesita creer que todo eso no es más que un sueño, que nada de lo que ha vivido desde que montase en el ascensor con Paula pe Punto ha sucedido en realidad. Sin embargo la calidez de los labios de Úrsula desmiente su ridículo intento. Está sucediendo ahora mismo. La calidez del cuerpo de la muchacha. Esos ojos verdes. La lubricidad de los labios.

Antes de que la boca de la muchacha se abra definitivamente, la oscuridad se abate a traición sobre su cuerpo. Ha caído a plomo sobre su cabeza, tan de golpe que Durán no acierta a comprender que algo más consistente que la oscuridad le ha sacudido la cabeza.

—Dicen que Comala era tierra de muertos.

—No me extraña nada. Ahora más que nunca es precisamente eso: un cementerio.

—Comala, vaya nombre más extraño.

—Fue Juan Rulfo quien escribió sobre Comala.

—¿Juan qué? No me suena su nombre.

—*Duérmete niña, duérmete ya, que viene el coco y te llevará* —una voz de niña interfiere en la conversación. Su timbre infantil se acuclilla entre las otras dos voces, una masculina y otra femenina.

—El nuevo no está muerto.

—Mujer, como los de ahí fuera no, obviamente. Pero no está más vivo que nosotros aquí dentro.

—*Duérmete niña...* —El canto infantil se quiebra de repente. Ahora la voz imita el tono severo, recriminatorio de un adulto—. Si no quieres dormir, Guguna, tendrás que comer. ¿Quieres una sopita de estrellas?

—¿Qué haces, Aurora?

—Estoy dando de comer a Guguna, pero parece que no tiene hambre.

—Bendita ella que no sabe nada de lo que sucede, que ni siente ni padece.

—Shhhh, no digas eso delante de la niña —el susurro de la voz masculina es igual de frágil que el viento que se cuela a través de una ventana mal cerrada—. Tampoco hay que alarmarla.

—Ese muchacho ha recibido un mal golpe —dice la voz femenina desentendiéndose de la presencia de la niña—. Oye, Dantas, echa un vistazo a la herida.

—De momento permanece inconsciente. Respira, tiene pulso. En cualquier caso creo que tardará un rato en volver en sí. La herida es profunda, pero no excesivamente grave.

—¿Estará escuchándonos?

—Es posible, quién sabe, mujer.

—Si no quieres cenar, Guguna, tendrás que dormirte. *Duérmete niña, duérmete ya, que viene el coco y te llevará.*

—¿De dónde crees que vendrá?

—Ni idea, mujer. No de demasiado lejos, supongo. Con la máquina quitanieves no pueden hacer muchos kilómetros. Sería muy diferente si emplearan un coche.

—¿Habrán empleado el mismo sistema que el que usaron con nosotros?

—¿Tú qué crees?

—Supongo que sí, Dantas. Cualquier superviviente acudiría a una llamada como esa. ¿Quién podría resistirse? Yo estaba escondida en un sótano; salí al oír hablar del campamento de supervivientes de Finisterre. Maldita sea la suerte.

—Finisterre, el fin de la tierra. Tiene gracia el nombre.

—Para mí no tiene ninguna. Suena a amenaza. Joder, nunca debí prestarles oídos. Esa gente no me gusta.

—¿Menos que los muertos de ahí afuera?

—Menos aún.

—*Good evening*, Natividad. *Good evening*, Dantas —irrumpe una nueva voz. Masculina, se diferencia de la de Dantas en que la pervierte un evidente acento

extranjero, inglés o americano.

—Buenas tardes, mister Brooks.

—¿Otro? —pregunta la voz del extranjero.

—Supongo que han de reponer el género.

—Calla de una vez, mujer —es la voz de Dantas, que retuerce las palabras a modo de reprimenda.

—Ese hombre no respirar.

—Descuide, mister Brooks, sí respira. No, no está muerto, así que no tenemos nada que temer. Será mejor que concentremos nuestras fuerzas en J.B. y compañía.

—¿Has trazado un plan?

—Guguna, por favor, cierra los ojos y duérmete. Si no haces caso, llamo al señor Bendaña.

—Lo más lógico sería atacar a Jarque o a Úrsula, son los más débiles del grupo. Enfrentarnos a Mamashe y a J.B. sería de locos. Si tenemos alguna posibilidad es contra Jarque o contra Úrsula. Es más, yo lo intentaría con ella.

—No querer peleas, por favor.

—Descuide, mister Brooks. Porque esa es la cuestión: no hay que dar lugar a una pelea: el ataque ha de ser lo suficientemente rápido como para sorprenderles.

—Algo habrá que hacer. Eso o quedarnos de brazos cruzados esperando el final. El cuarteto de voces, las dos masculinas, la femenina y la infantil, resuenan dentro de la oscuridad de catacumba que anega el cerebro de Durán. Solo entiende a medias la conversación, a veces se desconecta y le es imposible seguir su estela. En todo caso, ese eco de voces es un anestésico que dulcifica el dolor que le taladra la nuca, demasiado similar a las punzadas propias de una cefalea como para no confundirla con ella. Lo haría si no tuviese la certeza de que ha sido atacado a traición mientras Úrsula le embaucaba con sus ojos verdes.

Tras unos minutos de paciente escucha, el convaleciente conquista la certeza de que no ha muerto y de que quienes le acompañan están lejos de haber resucitado. Por si no fuera bastante, no advierte la presencia de la voz barítona de Jesualdo, ni tampoco la de Mamashe.

—Parece que él despertar.

—¿Está seguro, mister Brooks?

—Jurar que él mover los ojos sin abrirlos.

—Mira, Dantas, sus dedos.

—Si el invitado despierta y se entera Guguna, no se dormirá nunca —refunfuña la voz infantil.

—¿Se encuentra bien? Abra y cierre la mano una vez para decir que sí, y dos para decir que no.

Negar el dolor de la nuca, cefalea de imitación, sería absurdo, de modo que Durán abre y cierra la mano derecha dos veces. No, no está bien.

En otra habitación del hostel Comala, en la planta baja, Mamashe Correa y Úrsula se

regalan los cuerpos, comparten placer sobre una cama. Sus voces, inarticuladas por culpa de la pasión, y el graznido de los muelles acarician la espalda de Jesualdo Bendaña. Este sonríe, siempre le ha resultado agradable oír cómo follan, lo mismo que no le importa que el conductor del quitanieves se halle presente mientras él barrena la vagina de Úrsula con el taladro de su sexo. Para eso son una verdadera familia, inseparables los tres en el empeño de la supervivencia.

Hoy los suspiros de los amantes solo consiguen eso, acariciarle la espalda, en ningún caso excitarle. Se encuentra demasiado absorto en una misión: escuchar atentamente la emisora de radio frecuencia.

—Hay que esperar la llegada del Amo; él encabezará el ejército de los muertos vivientes —dice para sí en un susurro, mientras mueve el dial de la emisora. Lejos de encontrar una voz al otro lado, solo le habla una tormenta de estática, un aguacero de bolas de papel.

CAPÍTULO 9. BRESOLL 00:00

Lunes 29 de marzo de 2010. 22:15 horas.
Campamento Vermell, Sierra de Montserrat.

Tarde a tarde, noche a noche, la situación ha ido empeorando alrededor del campamento Vermell. Todos son conscientes de ello y de que, por si no fuese suficiente desgracia, la ansiada ayuda del ejército no llega. El alcalde lo ha dejado claro este mediodía en la reunión celebrada justo antes del almuerzo: *hay que estar preparado para todo, incluso para la huida*. Luego todos han comido en silencio. Ni siquiera los chistes terciados por Ino Guerau han obtenido el efecto deseado, borrar el eco de las palabras del alcalde y la premonición de tiempos peores.

Desde esta misma noche, las guardias nocturnas se han recortado en una hora de duración. Así se evitará la traición del sueño. Todos han acatado en silencio la decisión del Alcalde. Sin ser una medida del agrado de la mayoría, pues conlleva necesariamente que el número de supervivientes implicados en las guardias haya aumentado, nadie ha manifestado protesta alguna. Es mejor eso que un centinela se quede dormido y no dé a tiempo la señal de alarma.

Ante la carencia de suficientes armas de fuego, el propio alcalde ha pedido permiso al grupo de Mónica Mateo y Óscar Torres para emplear cuantas palas, picos y martillos sean necesarios en la defensa del campamento.

Ahora, con la caída de una nueva noche, los ánimos se oscurecen y las objeciones a la decisión del alcalde de acortar las guardias escuecen como llagas en la boca. El cansancio y la desesperanza se abaten sobre los supervivientes, sobre los que tratan de dormir en este mismo instante porque tienen guardia en mitad de la madrugada y sobre los que ya están en sus puestos, vigías de la noche. En silencio, Maciá e Italia, Guerau y Quicá, Bernabé y Virginia, todos tratan de recordar cuándo y bajo qué circunstancias pisaron la mina subterránea que hizo volar en pedazos la tranquilidad desértica de sus vidas.

Todo empezó en el Mercat de la Boquería. Desde que se hiciera público el desastre que asoló Andalucía a principios de febrero, las autoridades sanitarias y policiales extremaron las precauciones en los tanatorios. Es más, incluso se estableció un protocolo para sellar con doble tabique los nichos más recientes y con doble losa las tumbas que habían sido ocupadas en los últimos meses, e incinerar a la mayor brevedad posible a los fallecidos en extrañas circunstancias.

Fue efectivo, al menos en un primer momento. Y a su efectividad inicial hubo que añadir el efecto balsámico que logró entre la población: consiguió aplacar el miedo de los barceloneses. Lo que ningún político, médico, policía o periodista podía imaginar es que el inicio de todo tendría lugar lejos de un cementerio, en el mercado más famoso de la ciudad, fotografiado por miles de turistas e imagen repetida en guías de

viaje y páginas web de medio mundo.

En la noche del 20 de febrero, un mendigo desafió el toque de queda impuesto por el Ajuntament a las diez de la noche. Se había consensuado dejar noventa minutos de margen para que los comerciantes pudieran cerrar sus negocios a las ocho y media y regresar a sus casas antes del toque de queda. Cualquiera que se atreviese a desafiarlo, cualquiera que fuese visto en la calle a esas horas, era detenido y encerrado en la comisaría más cercana. Eso siempre y cuando las patrullas no descubriesen el más mínimo síntoma de infección: en tal caso hablaba la pólvora.

Aquel mendigo, sin nombre ni sombra, consiguió eludir la vigilancia establecida por las patrullas de mossos d'escuadra escondiéndose en el interior del Mercat de la Boqueria. Quiso la mala suerte que el corazón se le quebrara en un infarto tan inoportuno como previsible, dadas las dos anginas de pecho sufridas desde comienzos de año.

La mañana del 21 de febrero, cuando los primeros comerciantes se disponían a abrir sus puestos de frutas y verduras, tuvo lugar el ataque que dio origen a todo y que propiciaría la devastación de Barcelona.

Casualidad o no, una persona que vio todo lo que ocurrió aquella mañana, —el carrusel de ambulancias, el aullido de las patrullas de los mossos d'escuadra e incluso los estampidos de los primeros disparos—, fue Italia, la muchacha con voz de mezzosoprano y pelo ensortijado de rastas. Ella, Italia Segorve, ahora Italia a secas, sin apellido.

A diario y muy de mañana, Italia le tomaba el pulso a las Ramblas, dispuesta a sacarse un puñado de euros vendiendo pulseras de hilo en los puestos que se levantan a la sombra de la estatua de Colón. Cómo pudo escapar de aquel infierno y llegar hasta el campamento Vermell es algo que nunca ha contado a nadie.

En cuestión de minutos, tanto la televisión como la radio dieron cuenta de los primeros ataques. Vomitaron, a partes iguales, noticias y anuncios de los patrocinadores menos escrupulosos, aquellos que invirtieron una fortuna para figurar entre las imágenes de cuerpos destrozados, cargas policiales y los primeros incendios. Vistos por la pequeña pantalla, los incidentes se parecían demasiado a esas batallas campales que habían tenido lugar en el centro de Barcelona tras una cumbre monetaria internacional o una celebración culé. Escuchadas esas mismas noticias a través de la radio, la impresión era diferente. La inminencia del desastre se percibía tras cada comentario, en cada boletín de noticias. La tragedia parecía tan seria como la que había acontecido en Andalucía semanas atrás. Esa sensación fue la que alertó a Inocencio Guerau.

En la cabina de su camión de gran tonelaje, Ino satisfacía el sueño que había acumulado durante la pasada noche. Mientras tanto en la radio sonaba algo de los *Beatles*. Había aparcado en un área de servicio a las afueras de Barcelona, antes de llegar a la altura de Cornellá, y se había quedado dormido a las primeras de cambio. Poco después del amanecer, le desveló la contundencia de los disparos. Subió el

volumen de la radio. Tras el pertinente boletín de noticias, obtuvo la convicción de que debía evitar a toda costa la trampa mortal que a esas horas era ya la capital. Puso en marcha el camión y dio media vuelta en el primer cambio de sentido.

Como le sucediera a Ino, Francesc Maciá apenas pudo quitar oído a la radio. Por fortuna estaba muy lejos del Mercat de la Boquería: con su Rover comenzaba la ascensión a la sierra de Montserrat. Sin dejar de pisar el acelerador imaginó que, debido a la gravedad de las noticias ladradas por la radio, nunca cobraría el encargo fotográfico que le había guiado hasta aquel paraje.

Amanda Ferrán, Quicá para los amigos y los enemigos, no escuchó las sirenas de las ambulancias ni las de los coches patrulla que recorrían las Ramblas arriba y abajo. Bastante tenía con desobedecer la llamada de su estómago, esa necesidad de vomitar el alcohol ingerido en una orgía de luces espasmódicas y músicas epilépticas. Descalza, Quicá paseaba sobre la arena fresca de la Barceloneta vestida de noche y con ojos de topo, fieles a garitos subterráneos y a oscuridades artificiales.

Más que la propia veneración al alcohol, lo que le prestaba una sonrisa bobalicona era ese olor que percibía a vida nueva, a renacimiento. Poco importaba que hubiese dado semejante paso a los treinta y ocho años. Bien pensado, era mejor a los treinta y ocho que a los treinta y nueve. Igual que Italia, nunca ha contado a sus compañeros cómo llegó hasta el campamento.

En un bar de la Diagonal, no muy lejos del rascacielos de La Caixa, desayunaba Bernabé Arnaltes. Tenía frente a él y a su entera disposición todo el tiempo del mundo; es lo que tiene jubilarse cuando aún uno no es pasto de hospitales. Cero prisas, cero estrés.

Contaba, además, con la afabilidad de Pablo Cerdón, el camarero que le servía siempre que asomaba la cabeza por allí. La jugosa propina diaria que dejaba al marchar era imán más que suficiente. Cerdón lo disponía todo como a él le gustaba, no tenía que preocuparse de nada. Así, sin tener que obedecer al reloj, Bernabé prolongaba el placer del café hasta el infinito. Untaba de mantequilla cada tostada y luego la decoraba con mermelada de fresa de manera parsimoniosa, como si no existiese nada más importante en el mundo que el dibujo carmesí que realizaba sobre la mantequilla. Ya era hora de disfrutar del descanso merecido tras más de treinta y cinco años de pizarras, horarios y exámenes.

En el bar departía con Cerdón de cualquier cosa menos de fútbol, abominaba las pasiones balompédicas, y compartía la prensa que había comprado minutos antes en un quiosco cercano con el resto de clientes. Siempre tenía una sonrisa por respuesta, colgada de los labios, aunque solo fuera como medida terapéutica con que cauterizar su herida más sangrante, esa de la que nunca hablaba con nadie.

De aquello hace un mes, nada más. Sin embargo, mediada toda la barbarie de la resurrección de los muertos, se le antojaba un año entero. En el transcurso de los últimos treinta días la sonrisa se le ha estrangulado, tanto que ahora se asemeja a la mueca de un payaso triste. Sí, se esfuerza por estirar los labios y componer una

sonrisa, pero apenas consigue un gesto embalsamado en su propio miedo.

Demasiado tiempo, piensa a menudo Bernabé.

Ya no hay prensa, ni desayunos servidos por Pablo Cordón, el camarero de siempre. Ni siquiera queda la huella de la pasión culé que enervaba a unos y exaltaba a otros. Todo eso forma parte del pasado. Solo queda el anonimato dejado por aquellas ausencias. ¿Para qué quejarse? No conseguirá nada a cambio, salvo abrir la herida sangrante que nunca compartió con nadie.

En eso está pensando Bernabé, en la morfina del olvido como remedio de todos los males, cuando siente que Virginia Lito se le acerca por detrás.

—¿Cómo se encuentra esta noche, don Bernabé? —le pregunta. Se acerca con dos vasos de plástico, uno para él, otro para ella. Un poco de café les hará bien—. Se lo he puesto bien calentito, como a usted le gusta.

Se han sentado en sendas sillas de tijeras, en una esquina de la explanada que da acceso a la abadía. Ahí, a resguardo del viento que suele azotar la sierra y pertrechados de la pertinente ropa de abrigo, con el cielo estrellado por techumbre, no se está mal del todo.

Virginia Lito sonrío de manera similar a Pablo Cordón, *su* camarero del bar de la Diagonal. La diligencia de Virginia tiene más valor porque no cuenta con el aliciente de la propina. No ganará más que unas palabras amables. En realidad ella lo hace simplemente porque le apetece.

—Me encuentro mejor —dice Bernabé, las mismas palabras de siempre, la misma respuesta de todas las noches.

Pero Virginia detecta una sutil diferencia con respecto a otras veces: esta noche no hay convicción en sus palabras. Están igual de muertas que esa sonrisa de payaso triste que le regala.

—¿Qué le sucede? Puede confiar en mí.

—No me pasa nada —el profesor media un buche al café—. En todo caso, me preocupa el futuro del campamento.

—Eso también, pero yo me refiero a lo que de verdad le preocupa.

—No te entiendo.

—Si no quiere contármelo, le entiendo.

—Gracias —dice el jubilado por toda respuesta. Da otro buche al café.

Virginia se levanta. No es un gesto de enfado, sino de comprensión: quiere dejar el espacio necesario a la inquietud de don Bernabé. Tampoco es su intención acorralarlo con preguntas; cuando quiera contarle lo que le ronda por la cabeza, que lo haga.

—No te vayas, por favor —ahora la sonrisa de payaso es un cementerio en el que Bernabé ha inhumado al hombre que era dos meses atrás.

—De acuerdo —dice Virginia, que vuelve a sentarse a su lado. Luego le regala al jubilado una caricia en la mano que sostiene el vaso de plástico.

(Del *Evangelio de un Superviviente*, de Javier Dantas, XXI, 11-17.)

Desconfía de tu compañero de campamento, desconfía de quien gobierne a los supervivientes. Porque ellos son tus enemigos. No tardarán en reproducir, a pequeña escala, los defectos de una política tan corrupta como la vivida en España en los últimos años. Tarde o temprano, el egoísmo de esa gente se opondrá al tuyo. Así que harías bien en mantenerte alerta. Sonríe a toda costa sin apartar la mano de la pistola o el cuchillo que guardas entre tus ropas.

El profesor rebusca entre su ropa de abrigo. De uno de los bolsillos extrae un pedazo de papel arrugado. En él hay escrito: *Bresoll 00:00*. Se lo entrega a Virginia. Ella le lanza una pregunta con los ojos. No entiende qué significa, acaso es un acertijo.

—Esto solo lo ha podido escribir Guerau —admite Bernabé tras apurar el café y escaldarse la garganta. Pero el dolor de la quemazón es agradable, amistoso, frente al que está acostumbrado a silenciar.

—¿Otra vez Ino? ¿Y ahora qué quiere?

—Shhhh, que haga otra de sus guardias —contesta en un susurro.

—Denuncie el caso al alcalde, él sabrá cómo actuar.

—No me apetece implicar a más gente.

Virginia retira los vasos de plástico, los deposita en el suelo. Luego coge las manos del jubilado entre las suyas, las acaricia. Le mira fijamente a los ojos.

—Denúncielo —repite ella. Él sacude la cabeza en sentido negativo: no piensa hacer nada—. Si no lo denuncia usted, lo haré yo.

—No, por favor. Júrame que no lo harás. Por favor. Si me aprecias, júralo.

Aunque de mala gana, porque le gustaría ir con el cuento al alcalde para que pusiese fin a las intrigas de Ino, Virginia acepta: le promete a su compañero que se mantendrá al margen.

—Ese 00:00, entiendo, es la hora de la guardia de Ino Guerau.

—Exacto.

—Pero ¿y ese *Bresoll*?

La vieja herida palpita de tal manera que quedan mudas las palabras, amortajadas en la garganta. En su defecto, habla ese anuncio del llanto que nubla los ojos del viejo maestro. Tampoco es plan de aburrir a Virginia, ni de convocar el recuerdo de algunos muertos.

Dentro de los autocares y del cuatro por cuatro que el campamento ha elegido para una hipotética huida, Antonio Malavé, Gregorio Cuatro y ese que llaman Largo Silver hacen su guardia nocturna. Aparcados en batería, los tres vehículos están tan cerca que basta con mantener las puertas abiertas para que ahuyenten el aburrimiento con el exorcismo de la conservación. No hay nada como una buena charla antes de conciliar el sueño. A diferencia de quienes velan por la seguridad del campamento desde los quince puestos de guardia, ellos pueden dormir. De Malavé, Cuatro y Silver únicamente se espera que estén disponibles y enciendan los motores en caso de declararse una alarma generalizada. Por ello lo ideal es que duerman dentro de los vehículos.

Malavé echa de menos su guitarra, extraviada en alguna de las matanzas a las que ha sobrevivido desde que huyese de Mairena del Aljarafe.

—No me digas que sabías tocar la guitarra —exclama Largo Silver.

Antes de que Malavé conteste, Gregorio Cuatro propone a sus amigos un plan de lo más sustancioso. Según cuenta, ha hecho muy buenas migas con Abuelo Ramírez, el líder del grupo encargado de la comida. Uña y carne, apostilla.

—Por un puñado de euros nos dejaría algo del vino que encontró en la abadía. Es vino para consagrar.

No muy lejos de allí, sentado sobre unas cajas vacías de madera, se encuentra Francesc Maciá. Ha cenado hace un rato y ahora permanece pensativo. Hasta las doce de la noche no empieza su turno de guardia, así que tiene casi hora y media por delante para repasar su vida. Otra vez le ha tocado guardia en lo alto de la Escala del Conocimiento, hecho que no le molesta en absoluto; es más, le tiene dicho al alcalde que prefiere esa atalaya de piedra, aunque arriba golpee el viento y el frío muerda los huesos.

Está jugando con la torre de ajedrez que esconde entre sus ropas cuando siente una presencia a su espalda. Se gira sobre la caja de madera. Afila la mirada. No, no hay nadie a la vista, salvo los vehículos del grupo de Malavé y la charla intrascendente con que llenan sus cabinas.

—¿Para qué querrá Abuelo Ramírez los euros? —pregunta Largo Silver.

—Ahora sólo sirven para encender una fogata —apunta Gregorio.

—Oye, Malavé, ¿qué te parece si entre los tres ponemos pasta y compramos algo de ese vino?

—¿Le vas a preguntar a un ciego si quiere ver? —bromea Malavé—. Apúntame.

Francesc Maciá, que ha escuchado el último comentario de Malavé, sonrío. *Tiene gracia este sevillano*, dice para sí. Aunque Maciá no ha intimado con nadie, sospecha que Antonio Malavé es un tipo de fiar, que el alcalde no ha confiado el liderazgo del grupo que se encarga de los vehículos a un pelagatos. De pronto, una voz acaricia el cogote de Maciá, casi como si fuera el susurro del viento.

—¿Francesc?

Por fortuna no es ningún resucitado que haya burlado la vigilancia establecida en torno al Vermell. Ni tampoco Largo Silver, guasón como pocos, que haya abandonado el autocar para echar una meada. Maciá reconoce ese timbre cálido de mezzosoprano, lo haría entre un millón de voces. Es Italia, la muchacha sombra, más silenciosa y escurridiza que los propios gatos.

—Dime —aunque no es su intención, el tono empleado trasluce cansancio.

—Espero no molestar.

—Nunca molestas.

Además de silenciosa, Italia es lo suficientemente perspicaz como para detectar el hastío que contamina las palabras de Maciá. Pero ya que ha llegado hasta allí, tampoco se va a echar atrás por tan poca cosa.

—¿Has escuchado a esos tres? —pregunta Italia en un hilo de voz—. ¿Será capaz Ramírez de venderles el vino?

La cuestión es tan ajena a Maciá, que este se conforma con mediar un golpe de hombros. Mira su reloj: aún quedan casi una hora para las doce.

—Oye, ¿te ha tocado otra vez en la Atalaya? —Maciá asiente—. No me gusta que estés allí solo.

¿Qué puede responderle? En otra ocasión, le agradecería que se preocupara por él; sin embargo no lo hace porque intuye que alentará la cháchara de la muchacha. Y esta noche no tiene ganas de hablar. Ni siquiera con ella.

En mitad del silencio que se yergue entre el fotógrafo y la joven de las rastas, se escucha la voz de Gregorio Cuatro:

—Oye, Largo, ¿por qué te llaman Largo Silver?

Las carcajadas de los tres conductores responden a un chiste ya gastado, intercambiado a menudo entre ellos. Es una broma que tarde o temprano Malavé o Cuatro esgrimen para reírse con Largo Silver. Es la contraseña pactada para el estallido de las carcajadas.

—Menudos payasos —rumia Italia. Escupe sobre el suelo—. Ayer se me acercó Gregorio, ¿sabes? Quería fiesta, el muy asqueroso —Maciá permanece en silencio sin hacerle demasiado caso, haciendo rodar la torre de ajedrez entre las palmas de las manos. Pero Italia no se da por vencida. — Tío, ¿quieres un cigarrillo?

La muchacha adelanta la mano, la palma hacia arriba. En ella descansan dos cigarrillos liados a mano.

—No, Italia, gracias.

—¿Te sucede algo?

En vista de que Maciá se enroca en su mutismo, ella se atreve a recordarle que, durante su guardia, vigile el interior de los autocares que sirven de muralla defensiva.

—Obsérvalos de vez en cuando.

—Ya me lo dijiste ayer.

—No te olvides de ellos.

—Ok, te haré caso —dice antes de dar un tirón cariñoso a una de las rastas de Italia.

Poco después de la medianoche, pese a la preocupación de Italia, el peligro no acecha a Francesc Maciá al pie de la atalaya de piedra. Ni a Antonio Malavé, Gregorio Cuatro o Largo Silver, que siguen intercambiando bromas de todo tipo, y conjurándose para comprar un litro de vino a Abuelo Ramírez. Tampoco acecha a Italia, que se fuma el segundo de los cigarros a la entrada al teleférico. La inminencia del peligro ha elegido otros objetivos.

—No hacía falta que vinieras —dice Bernabé—, de verdad.

—Me apetecía. Apenas tengo sueño —miente Virginia Lito. En realidad está muerta de cansancio y le gustaría estar dentro de la cama antes que allí, a la intemperie. Pero prefiere acompañar al profesor, hacer menos gravoso el hecho de

que esté haciendo de nuevo una guardia de Ino.

—De acuerdo, pero por favor, olvidémonos de Guerau.

Es su manera de decirle a Virginia que lo hecho, hecho está, y que es absurdo darle más vueltas. Nada de denuncias. Eso tienen que arreglarlo Ino y él, sin la mediación de terceros.

—De acuerdo. Usted manda.

—¿Sabes una cosa, Virginia? Me recuerdas a mi hermana cuando tenía tu edad.

—¿De veras?

—Era igual de guapa que tú, esos ojos...

De pronto, Bernabé pierde el hilo de su parlamento y no sabe cómo continuar. Si se le hubiesen caído las palabras al suelo, se agacharía a recogerlas. Pero las siente hundidas en la garganta, hechas añicos. No sabe cómo continuar sencillamente porque ese comentario le conduce a un callejón sin salida. No es el piropo casto que le ha regalado a Virginia lo que le incomoda. No, lo que le ha comprometido es el empleo del pretérito imperfecto del verbo ser: era.

—Gracias por venir —dice cuando se sobrepone al dolor infligido por la memoria de la hermana fallecida.

Antes de que Virginia pueda restar importancia a su gesto, algo sucede. Antes de que Bernabé eche el brazo por encima del hombro de su compañera en un gesto de agradecimiento, unos gruñidos despiertan en mitad de la noche.

El coche tras el que se parapetan Bernabé y Virginia es zarandeado de forma salvaje. A poco que enhebran la mirada a través de los cristales, descubrirán al otro lado la presencia de media docena de hambrientos.

—¿De dónde demonios han salido? —pregunta ella.

—La alarma, Virginia.

Ella alcanza el megáfono y aprieta el botón. De inmediato, el aullido de la sirena espolea la ira de quienes empujan el coche. Saben que tienen muy cerca a dos presas.

Bernabé amartilla la Beretta que le ha prestado Ino Guerau. De pronto no sabe qué hacer, si abrir fuego o esperar a que lleguen refuerzos. Le tiemblan las manos. Intuye que no será capaz de repeler la invasión si los muertos consiguen al fin apartar el coche.

—¡Dispare! —grita Virginia.

—Hazlo tú —responde Bernabé, le tiende el arma.

Nunca debió aceptar el chantaje de Inocencio Guerau. Este y no otro será su último pensamiento medianamente razonable. Nunca debió consentirlo; el pasado es pasado y hay que enterrarlo. Pero ya es demasiado tarde para arrepentirse.

La alarma despierta la tranquilidad de la noche y, al mismo tiempo, la ira infinita de sus moradores más hambrientos. Poco a poco, metro a metro, los peregrinos más obstinados acceden al recinto pagano de Montserrat.

CAPÍTULO 10. LA HORA FINAL

Martes 31 de marzo de 2010. 21:40 horas.
Campamento Vermell, Sierra de Montserrat.

Obstinado es el miedo, y obediente el silencio. No hace falta que el alcalde levante la voz para que todos le oigan; la noticia corre de boca en boca como un reguero de pólvora: *hay que levantar el campamento y recoger lo mínimo imprescindible. La situación ha empeorado en el último día.* En una hora todo debe de estar dentro de las mochilas, una sola por superviviente, para luego llevarlas junto al único autocar que ha quedado operativo después del asalto de anoche. Ya se encargará el grupo de Antonio Malavé de distribuirlas en los maleteros.

Tras la charla del alcalde, los vermellianos acuden a las celdas que han ocupado desde que llegaron al campamento. El silencio acorrala a cada uno de ellos. Nadie abre la boca, solo hablan las manos. Hay que atender, en el menor tiempo posible, la orden de Josep Tallavi. Los supervivientes observan las camas con un amago de desesperanza. Pese a su austeridad, las celdas se habían convertido durante el último mes en el hogar de cada uno; ahora es necesario abandonarlas ante el avance de los hambrientos.

Poco después, quienes permanecen en los puestos de guardia sobre la muralla defensiva van siendo relevados para que procedan de idéntica manera que el resto: introduciendo en una mochila las pertenencias más básicas.

La situación ha empeorado bastante desde anoche, desde que los muertos sorprendieran a Virginia Lito y a Bernabé Arnaltes. Ahora el asedio de los hambrientos es mucho más asfixiante que días atrás. De resultas del último asalto y de las bajas cobradas, el hambre infinita de los resucitados ha ganado más de cien metros dentro del campamento. Habrían sido bastantes más de no mediar la rápida intervención de Antonio Malavé y del Largo Silver. Ambos reaccionaron a tiempo y pudieron cruzar, en mitad de la calzada, uno de los autocares y el cuatro por cuatro. De esta manera se contuvo el avance de los pellejudos.

Ningún superviviente niega la realidad: hay que hacer algo antes de que el campamento caiga en manos de los resucitados. Y huir es la medida que ha votado la mayoría. Una vez han sido cargadas la práctica totalidad de las mochilas, los vermellianos regresan a la explanada que se abre delante de la abadía.

El alcalde quiere hablarles de nuevo. Se muestra nervioso, intranquilo; no deja de cuchichear con Mónica Mateo, José Luís López Torres y Carmelo Sendra, su gente de confianza. Después de que Antonio Malavé haya lanzado al interior del maletero la última mochila, Josep Tallavi levanta una mano en demanda de silencio.

—Necesito que sepáis algo —dice. Las palabras apenas se sobreponen al clamor de los gritos que, al otro lado de las defensas, profieren los muertos—. Escuchadme,

por favor. Nos marcharemos esta misma madrugada.

En las celdas que hasta ayer ocupaban Virginia Lito y Bernabé Arnaltes aún duermen los efectos personales que ambos han dejado huérfanos. Ningún compañero ha osado entrar a hurtadillas y robar algo, pese a que bien escondido nadie repararía en ello. ¿Qué espacio ocuparía el doble CD que Bernabé guardaba bajo la cama y que había comprado en Barcelona justo el mismo día del desastre: *La Traviata*? ¿Y el rosario que Virginia escondía en el interior de la almohada? Sin embargo, nadie se ha atrevido a cogerlos.

Lo mejor será olvidar cuanto antes a Virginia y Bernabé. E implorar porque sus verdugos, en el último instante, fuesen lo suficientemente voraces: con un poco de suerte, desde anoche descansarán en paz. Ese es el deseo de todos; nadie soportaría verles ahí fuera, ciegos los ojos por el frenesí de la muerte errante.

Ya no hay vuelta atrás. En vista de que el ejército español no acude en auxilio del campamento, ni se le espera; en vista de que apenas logran mantener a raya la fiereza de sus opresores, lo mejor será abandonar la plaza de madrugada. Y rezar: rezar porque encuentren algo mejor cuando descendan a la vega, rezar porque la plaga de los muertos vivientes acabe lo antes posible. El grupo está dispuesto a recorrer España de un extremo a otro en busca de una zona suficientemente segura.

Todos los supervivientes se concentran a las puertas de la abadía. Solo falta Antonio Malavé, que apura un bocata sentado en el asiento del conductor del autocar. Los quince centinelas no quitan ojo a la marea de cuerpos desde los quince puestos de guardia en busca de la más mínima señal de alarma. José Luis López Torres coordina todo el operativo defensivo.

El vino que Largo Silver pretendía adquirir de estraperlo al Abuelo circula, para desgracia de aquel, de mano en mano. Como ya no hay margen para más y se ha creído oportuno conceder una alegría a quienes ansían un poco de alcohol, es servido por decisión del alcalde a todo aquel que lo pide.

El grupo encargado de la comida trabaja a destajo. Por una parte han de preparar las viandas que subirán al autocar y, por otra, deben organizar una cena de despedida con los alimentos que sobran. Será la última que contemplen los gigantes de piedra de la Sierra de Montserrat.

Damián Alcor habla a Italia de Robert E. Howard, el creador de *Conan el Bárbaro* y *Solomon Kane*. La muchacha de voz de mezzosoprano deja la mente en blanco y abre los oídos para que la charlatanería de su compañero ni siquiera le roce.

—Echo de menos leer algo de él —se lamenta Alcor.

Después de haber asesorado a José Luis López Torres en la distribución de los centinelas, Gerard Océano se concede un descanso; poca cosa, nada, lo mínimo para echarse al colete algo del vino eucarístico. Está en compañía del Largo Silver y de Natascha.

—Si todo hubiese seguido igual —comenta con una sonrisa encendida en los ojos—, terminaría de pagar la hipoteca de casa en 2015.

—Después de esto, ¿quedarán bancos a los que pagarlas? —bromea Largo Silver.

—Lo más jodido del asunto es que no sé si alegrarme o llorar. Eran casi setecientos euros al mes. Ahora ya no hay euríbor que valga.

—Tampoco sabemos cómo estarán las cosas afuera —interviene Natascha, que disimuladamente se acaricia la barriga. Apenas consigue disimular la preocupación. En parte es lógico que así sea: le restan pocos meses de embarazo y desconoce si dará a luz en un hospital, como Dios manda, o en cualquier lugar, el arcén de una carretera o dentro del autocar, auxiliada por alguna de sus compañeras.

—¡Francesc, para ya, joder! —grita Océano—. Por favor, nos vas a marear.

Francesc Maciá lanza la mirada en dirección de la noche y luego se lleva el índice a la oreja derecha. Con ese gesto quiere subrayar cómo, minuto a minuto, aumenta la desesperación de los pellejudos. Sus gritos son cada vez más aterradores.

—Descansa —le recomienda Océano—. José Luis está al tanto de todo. Ahora iré a echarle una mano, en cuanto me acabe la *sopa* —se refiere a ese vaso de plástico donde Italia le ha servido el vino de consagrar. Le guiña el ojo.

—Voy contigo —rumia Francesc. Se acaricia la barba descuidada y de varios días. Es evidente que los nervios le muerden el estómago; un animal enjaulado que no sabe estarse quieto.

Largo Silver, desinhibido por el alcohol, se atreve a hablar de su antiguo coche con la frialdad con que un forense habla del último fiambre que ha despedazado.

—Era un Rover. Me llevó años ahorrar el dinero. Era nuevecito, aún no le habían salido los dientes como quien dice. El próximo día quince cumpliría nueve meses. Aún olía a nuevo.

—¿Cuánto te falta para acabar, Gerard? —interviene Maciá. Desea que Océano apure cuanto antes la *sopa* para acercarse juntos a la posición de López Torres.

—Toma mi pistola y ve tú, joder.

Durante unos segundos se desafían con la mirada. Hay demasiados testigos como para intercambiar unas palabras. Maciá apuesta por el silencio. Todos saben que el fotógrafo no empuñará un arma de fuego, que antes prefiere un martillo o un machete. Así que rechaza el ofrecimiento con un gesto desabrido.

—Tómame una copa y respira.

Maciá neutraliza su impaciencia apretando con fuerza, dentro del bolsillo del chaquetón, la torre negra de ajedrez que le acompaña desde hace meses.

—Ahora mi Rover es siniestro total —dice Largo Silver, recuperando el hilo de la conversación—. Lo que no sé es cómo coño salí con vida de dentro. Os juro que no lo vi. Ese jodido muerto se me echó encima. Lo atropellé y perdí el control del coche.

La consigna es tan trivial como efectiva, al menos de momento; es la perseverancia de la palabra y la jactancia de los recuerdos más intrascendentes frente a la animalidad del hambre y la muerte errante que aguarda fuera. Es la manera que Largo tiene de olvidar que los resucitados no les concederán ni un solo segundo de tregua.

Mónica Mateo habla de Agatha Christie a Óscar Torres, Parasipunk para los amigos, sin importarle si este le escucha o no. Qué lejos quedan aquellos años en que ella estudiaba en un colegio de monjas o en que se decidió a montar una librería en Badalona.

—Me encantan los *Diez Negritos*.

Mientras habla, en el auditorio de su cerebro resuenan los compases de *Stars: Anyone who ever held you would tell you the way I'm feeling* (*Cualquiera que te haya abrazado, te diría lo que siento en este momento.*) Le trae tantos recuerdos este tema de *Simply Red*...

A Parasipunk le gustaría compartir esa afición que la badalonesa siente por Hércules Poirot; así sería más sencillo acercarse a ella, traspasar la frontera de la cordialidad establecida entre compañeros de tarea. Triste empeño el de Óscar, porque ella está más allá del deseo, anestesiada por la magnitud del drama que le ha robado hasta la cualidad de llorar.

—Prefiero el cine —apunta Parasipunk.

—No sé si te he dicho que me encanta Alfred Hitchcock —apunta Mónica sin dejar de tararear la música de *Simply Red*.

Todos los que escuchan a Largo Silver han torcido el gesto.

—¿Atropellaste a un podrido? —pregunta Natascha.

—Ya te digo. ¡Y cómo voló por los aires! Fue eso, la mirada que cambié con el retrovisor para ver el vuelo del pellejudo, lo que hizo que perdiese el control del Rover.

Esta es la última gansada que Francesc Maciá oye de boca de Silver. Ya está cansado de esperar a Gerard Océano. Que se quede él si quiere.

—¿A dónde vas, Llanero Solitario?

Maciá desatiende la llamada de Gerard; le desagradan sus bromas y su displicencia. Aprieta el paso, baja la escalinata de dos en dos. Encadena un rosario de insultos sin destinatario, lanza patadas al aire. A mitad de camino, le sale al paso Italia. La muchacha de las rastas le sonrío.

—Chica, ahora no tengo tiempo —ladra el fotógrafo.

Parece que Maciá le ha leído el pensamiento. Se ha anticipado a su petición: necesitaba que Francesc le concediese un minuto, tenía que contarle una cosa, pero la aspereza con que le ha hablado, sin detenerse siquiera, aborta la aproximación de Italia.

—¿Podremos hablar luego? —pregunta mientras esconde, con disimulo, la mano derecha en el bolsillo del pantalón.

—Luego —ladra Maciá. Por mucho que sonría, su enfado es innegable.

—¿Te pasa algo? —Se atreve a seguirle, le coge del brazo. El gesto es lo suficientemente cariñoso y la sonrisa lo bastante clara como para que el fotógrafo recapacite y dulcifique el tono de voz.

—Nada, Italia, no me pasa nada. De verdad.

—Océano y Largo Silver me han invitado a una copa. Vente. Son gente muy maja.

—Pues nada, a divertiros juntos que es la última noche —el empuje de las palabras recupera, en una décima de segundo, su fiereza inicial.

—¿No te molesta que beba con ellos?

—Chica, lo siento. Tengo prisa —se deshace del marcaje de la muchacha y sigue su camino.

—Bueno, ya sabes dónde encontrarme. Recuerda que tenemos que hablar. ¿Qué te parece cuando subamos al autocar?

—Luego.

Italia respira entre resignada y aliviada. Resignada porque no ha conseguido su objetivo; aliviada porque al menos Maciá no ha reparado en cómo escondía precipitadamente la mano en el bolsillo del pantalón. Entiende y comparte la preocupación de su compañero; sin embargo le hubiese gustado un poco más de atención por parte del fotógrafo. Con algo de suerte, a ver si luego se sientan el uno al lado del otro en el autocar y puede regalarle lo que esconde en el bolsillo.

—Maldito estúpido —escupe como desagravio.

—Perdí el Rover, pero aquel muerto no se volvió a levantar —dice Largo Silver—. Se abrió la cabeza contra el suelo.

—¿Cómo llegaste entonces hasta aquí arriba? —pregunta Natascha.

—También escribo a ratos perdidos —comenta Parasipunk.

—Haciendo autostop, Italia, qué te creías.

—Siempre he admirado a la gente que sabe escribir —confiesa Mónica.

—¿Tú haciendo autostop? —interviene Océano—. Eso habría que verlo.

Unos y otros se reúnen según afinidades, y hablan de todo un poco con tal de evitar los recuerdos más sangrantes. De quienes no se sabe nada, pues hace media hora que se les ha perdido el rastro, es de Inocencio Guerau y Quicá. Desde la muerte de Bernabé Arnaltes, Ino anda taciturno y evita la compañía de los demás vermellianos. La única que es capaz de llegar al lugar exacto donde se refugia el pensamiento de Ino es Quicá, aunque solo sea porque ella es capaz de ofrecerle algo más que un puñado de palabras.

De pronto, el final se precipita sobre el campamento Vermell, igual que un alud de nieve del que fuese imposible escapar a tiempo. A diferencia de otras ocasiones en que la alarma se ha localizado en un solo punto del perímetro defensivo, poco después de las once y media de la noche, despiertan ocho sirenas. Casi al unísono. La gravedad e importancia del asalto de los muertos vivientes queda patente desde el primer segundo. Nunca antes habían aullado ocho megáfonos a la vez.

De inmediato estalla el miedo de los presentes. Mueren las conversaciones. No es que parezca que la cosa va en serio, es que va muy en serio. Lo primero que se hace es cruzar, en silencio, la mirada con el superviviente con quien se comparte cena o alcohol; después, escupir un par de insultos.

Antes de que nadie mueva un solo músculo, los automóviles que se interponían entre los muertos y los supervivientes ceden al empuje de los primeros. Nada detendrá esta noche a los hambrientos, ni siquiera la primera andanada de disparos desde los distintos puestos de guardia. Es tan escaso el número de armas de fuego que apenas se consigue diezmar el número de los asaltantes. Casi un rasguño en el lomo de un elefante, casi una caricia. Demasiado poco ante un millar de pellejados que se disponen a pasar por encima de ellos.

Caen los primeros, los más impacientes: estallan los disparos en mitad de la frente y los cuerpos se desmadejan. De inmediato, los que marchan detrás pisotean a los que han caído, renovando la fiereza de quienes yacen muertos por segunda vez.

Antes de que López Torres llegue a dar la orden de retirada, una oleada de brazos se estrella contra los espigones de los coches calcinados y alcanzan a los centinelas en sus puestos de guardia. Las mandíbulas se hunden en el abdomen de los que ya pueden dar por huérfana la maleta que han dejado en el autocar. Los dientes mastican órganos vitales, manojos de arterias y venas con la voracidad de escualos. Nada queda a flote tras la inundación de cuerpos podridos. Por suerte, los que se han inmolado en la defensa del Vermell no se levantarán después de expirar: poco quedará de ellos capaz de ponerse en pie.

Aprovechando la confusión creada por el aullido de las sirenas, Ino descarga todo su deseo en el interior de Quicá. Poco importa que ésta proteste después de sentir dentro los espasmos del pene. Para colmo, Ino le regala un chupetón en el cuello.

—Te has corrido dentro —protesta Quicá.

No hace falta que se lo diga: él ya lo sabe. Era su oportunidad para conseguirlo sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo, y la ha aprovechado.

—Eres un jodido cabrón.

—Yo también te quiero —bromea Guerau.

No muy lejos de esa oficina estrecha y polvorienta han caído varios compañeros, devorados por los asaltantes. Los gritos de los vivos cada vez se oyen más cerca; lo mismo sucede con el idioma de los hambrientos, hecho de consonantes tronchadas como árboles abatidos tras un huracán, que casi les acaricia el cogote.

Por culpa de las prisas y del miedo, Quicá se enfunda los vaqueros y se olvida de las bragas. Siente cómo, a través de su sexo, fluye poco a poco el semen de Ino. Aunque arde de rabia y de impotencia, guarda silencio: tampoco quiere que el otro crea que es una maldita llorona. Debería darse prisa y dejar los remordimientos para después.

Por su parte, Ino ya se ha vestido y amantillado la Beretta. Se dispone a abandonar a la mayor brevedad posible el escenario de sus encuentros ocasionales. Él desdeña los remordimientos; con salvar el pellejo se da por satisfecho.

—No me dejes sola ahora —reclama Quicá.

—Vamos, hay que salir de aquí, ¡ya!

Varios disparos anuncian la proximidad de los hambrientos. Si Quicá e Ino no

salen pronto, quedarán atrapados.

—Espero que dentro de nueve meses, Ino, no haya que lamentar lo de esta noche.

—Estás como una puta cabra. El golpe te ha afectado la cabeza —señala la venda que lleva Quicá por sombrero—. De aquí a nueve meses... Lo primero es sobrevivir a esta noche.

—Hijoputa, ¿no serás capaz de hacer conmigo lo que hiciste a don Bernabé?

Es lo que le faltaba por escuchar. Ino escupe al suelo, maldice en arameo. Que la jodan. Ino abre la puerta mientras Quicá se ajusta el sujetador y se enfunda el chaquetón. Adelanta el brazo y la pistola en dirección a la noche. De pronto una sombra pasa, rauda, a su lado. Ha faltado muy poco para que apretase el gatillo. No lo ha hecho porque, en el último momento, ha reconocido la figura de Francesc Maciá.

—¡Al autocar! —grita el fotógrafo. Se aleja corriendo en dirección a la abadía.

Antes de que pueda preguntar nada, Francesc Maciá ha desaparecido. Quicá se pega a la espalda de Ino, le asegura que está muerta de miedo. Él también lo está, pero guarda silencio.

—Hay que llegar al autocar. ¡A la de tres: una, dos y tres!

Emprenden la carrera. Poco después de ganar el asfalto, Quicá tropieza y cae, con tan mala fortuna que se rompe la nariz contra el suelo. Explota un manantial de sangre. Casi se ahoga con ella.

—Ayúdame, Ino.

El camionero detiene sus pasos y abre fuego contra el muerto viviente que se abalanzaba ya contra su compañera. Antes de que Quicá se ponga en pie, cinco resucitados se ciernen sobre ella. En una décima de segundo Guerau es consciente de que ha perdido a su compañera, de que por mucho que apriete el gatillo será incapaz de contener toda esa hambre.

—No me hagas lo que a don Bernabé —suplica.

Son las últimas palabras de Quicá. Permanece sentada en el suelo, la ropa manchada por el manantial de sangre que brota de la nariz. Antes de que consiga llamar de nuevo a Ino, el dolor se cierne sobre ella. Su boca estalla en un grito. Los hambrientos le están devorando las piernas, el trasero, la espalda. Aún tiene la templanza necesaria para apretar el reloj que no funciona en su mano derecha e iniciar un Padrenuestro.

—Lo siento —dice Ino despidiéndose de su amante. Después le regala un disparo en la cabeza. Es lo mejor y lo único que ha podido hacer por ella. En realidad, el balazo es una prueba de amistad, si no de amor.

En esa suerte de redención para con Quicá, Ino ha perdido un tiempo precioso. Un pellejudo le alcanza del brazo. Forcejean. Ino lanza un par de patadas al muerto. Este, que no suelta la presa, termina por hacerle caer. Ruedan por el suelo.

La mala fortuna permite que el índice derecho de Ino apriete el gatillo de la pistola. El estampido casi le deja sordo. Pero el dolor que nace un segundo después, fulgurante igual que un relámpago, no fluye del interior de los tímpanos sino del

brazo izquierdo. Un agujero de fuego ha horadado los músculos. Por desgracia, el disparo le ha alcanzado.

Carece de margen para quejarse. Antes de que sea demasiado tarde, Ino se incorpora. O corre en dirección al autocar de Malavé, o perderá la vida no muy lejos de donde la ha dejado Quicá.

El hambriento con quien ha forcejeado con anterioridad vuelve a pisarle los talones. Está justo detrás de él, a un metro escaso. Si tropieza, quedará a merced de sus mordiscos. A lo lejos divisa el autocar designado para la huida que, en ese mismo instante, enciende los faros delanteros. Ese es el objetivo a conseguir, la única posibilidad que tiene de salvar la vida.

Gerard Océano y José Luis López Torres han quedado atrapados, sin posibilidad de huir, en el interior de un autocar inoperativo. Los muertos golpean el cristal de la puerta con la frente, en poco tiempo estarán dentro. Los dos saben que están acabados. A López Torres le sirve de estímulo la letra de *This is war* cantada por Jared Leto: *To the right, to the left. We will fight to the death...* La tatarea en el momento en que comprueba el cargador de su Smith & Wesson.

Los asaltantes han ganado el interior de la basílica. Prodigan sus aullidos blasfemos entre los bancos de piedra y las carreras de Mónica Mateo, Óscar Parasipunk Torres, Damián Alcor y Natascha. Esta es la primera en caer, por culpa de la torpeza de sus piernas y el peso de su embarazo. Alcor se apresta a defenderla interponiendo los bancos a modo de muralla; poca cosa frente a tanta hambre. Mónica y Óscar tratan de refugiarse en la sacristía. En vano. De allí huye el alcalde, que lleva sobre sus hombros a un cadáver que le lanza dentelladas a la nuca.

Gregorio Cuatro y Largo Silver son derribados antes de que puedan alcanzar el interior del autocar de Antonio Malavé. Desde la puerta les animan Italia y Maciá. Abuelo Ramírez se impacienta, pide al conductor que arranque de una vez. Mientras Parasipunk golpea al hambriento que lleva sobre sí el alcalde, Damián Alcor resiste como el general Custer ante los indios y el estallido de la sangre celebra cada nueva víctima. Malavé decide que es hora de marchar. Mete primera.

—Nos vamos —dice a Italia y Maciá.

Por sus antiguos compañeros de guardia solo puede hacer una cosa: despedirse en silencio, como también lo hace del campamento. De pronto, una sombra que cojea se interpone en el camino. Levanta las manos y le hace señales para que detenga la marcha.

En todo el recinto del Vermell corre la sangre. Las vísceras de muchos son ofrendas sobre el altar de los escalones que dan acceso al atrio de la iglesia. Segundo a segundo, muerte a muerte, la esperanza de un puñado de supervivientes acaba rota. Los hay que tropiezan con ella y rezan sus últimas oraciones. Sobre la masacre, queda el silencio de la noche y el de los gigantes de piedra que rodean la basílica.

ENTREVISTA A RODRIGO PÉREZ

Martes 28 de mayo de 2013, 10:15 horas
Sierra de la Demanda (Burgos)

[*No he viajado hasta el Valle del Tabladillo para irme de vacío. El testigo se retrasa, pero esperaré a que aparezca. Media hora más tarde Rodrigo Pérez Miguel se acerca montado sobre una bicicleta. Mucho más complicado ha sido que se decida a hablar conmigo. Parece temeroso de lo que pueda contarme. A cambio, he tenido que jurarle que no pienso quitar ni añadir nada a su narración.*]

—Un cúmulo de casualidades quiso que fuese testigo del inicio de la infección. Afirmar que aquella muerte, justamente aquella y no otra, fue la que terminó desencadenando el desastre que asoló Burgos, sería demasiado temerario. No lo sé con certeza, pero lo que sí puedo asegurarle es que, en cuestión de horas, la ciudad se desangraba de norte a sur.

Recuerdo que era 20 de marzo, justo un día antes del de mi cumpleaños. No iba a salir a dar una vuelta, me sentía cansado después de toda la brega de la semana. Pero al terminar el desayuno, me encontré mejor y decidí que podía pedalear un rato. Al llegar a la ribera del río, en el paseo del Espolón, muy cerca del Arco de Santa María, tuve un problema con la *Giant Composite 29er*: por culpa del cambio de marchas, se salió la cadena del plato pequeño. Parada obligatoria.

Como en Burgos el frío invernal aún muerde con saña a mediados de marzo, busqué un remanso de sol a lo largo del paseo. Justamente muy cerca de donde me detuve, al calor de aquella claridad, dormía un peregrino. Debí de recelar de inmediato. Algo grave sucedía: uno, el perro que le acompañaba lloraba sin consuelo; y dos, el alboroto organizado por un grupo de *skaters* no conseguía despertarle.

Una docena de chavales perfeccionaban sus malabarismos muy cerca del banco en que reposaba aquel atajo compuesto de mochila, colchón de goma enrollado, chubasqueros varios y cuerpo desmañado. Sentí vergüenza ajena por el comportamiento de aquellos niñatos, ese descaro por contravenir el más elemental de los civismos. Era evidente que se lo estaban pasando en grande a costa de aquel desgraciado.

En contra de lo previsto, el golpeteo de los monopatinos contra el suelo no obró el milagro; daba igual que los saltos tuviesen lugar a escaso medio metro del peregrino: este no despertaba. Recuerdo que uno de los integrantes del grupo puso pie a tierra y que, con el monopatín bajo el brazo izquierdo, se acercó al durmiente con el teléfono móvil en la mano derecha.

Aquel cabrón, espoleado por sus compañeros de gamberrada, sin atender a los gruñidos del perro que velaba por el descanso del amo, se atrevió a lanzar una patada contra las piernas que, desmadejadas, colgaban del banco. Nada. Repitió su hazaña

ante la atenta mirada de la cámara de su propio móvil.

Se volvió hacia sus amigos y se encogió de hombros. Aquello era un aburrimiento, debió pensar. Cuán equivocado estaba el muy gilipollas. Fue entonces, mientras dedicaba un corte de mangas al resto de *skaters*, cuando sintió el bocado. En un principio supongo que pensó que había sido el perro, que el animal le había mordido a la altura de la rodilla. Antes de descubrir la verdad, imagino que escuchó el crujido de la tibia y vio aquellos ojos de demonio y la dentadura podrida. El perro ladraba en respuesta a los chillidos que lanzaba el pobre chaval. El grupo de *skaters* se cernió sobre el objeto de su burla.

Devolví la cadena a su sitio lo más rápido que pude, pedaleé con fuerza. Mientras pasaba por debajo del Arco de Santa María, volví la cabeza. Una lluvia de patadas, puñetazos y golpes de monopatín se derrumbaba sobre el peregrino.

—¿Cuánto tiempo calcula que tardó en extenderse la infección?

— La epidemia creció exponencialmente, los asesinatos se multiplicaron a lo largo de todo el centro histórico para propagarse hasta los barrios más alejados. Tras esas primeras horas, la muerte superó todos los límites de lo imaginable. Cuando llegué a casa, encendí la radio y la televisión. Fue entonces cuando comprendí la verdadera magnitud del desastre. La ira de los muertos llamaba a las puertas, se escondía en las escaleras, en los ascensores; se amontonaba frente a la salida de los comercios.

Al día siguiente, justo el día de mi cumpleaños, Burgos ya hedía a tanatorio; la fetidez de los cuerpos que, desmembrados, eran incapaces de levantarse, se unió al hedor que arrastraban los muertos vivientes. Ese olor venció la resistencia de las ventanas y se acostó junto a nuestras camas. Era imposible tomarse un café y unas tostadas sin que los alimentos supiesen a esa muerte que se derramaba a oleadas por nuestra ciudad. O dormir toda la noche sin que te golpease una nueva vaharada de aquella descomposición que se colaba por debajo de las puertas, o de los grifos y sumideros.

[Rodrigo y yo estamos en mitad de la Sierra de la Demanda. Este paraje fue Inmortalizado como el cementerio de Sad Hill por Sergio Leone en su mejor espagueti western, El bueno, el feo y el malo. En él me siento como en casa, no en vano, conozco este rincón de la provincia de Burgos gracias a la búsqueda de la tumba sin nombre junto a la de Arch Stanton. A Rodrigo le pasa lo mismo: no hay más que reparar con qué añoranza observa todo lo que nos rodea.

Bien mirado, y puesto que es el recuerdo de la Guerra de la Doble Muerte lo que nos reúne en este lugar, parece casi una broma que estemos charlando precisamente en un cementerio. Da lo mismo que este sea imaginario y que de aquellas cruces y lápidas de atrezo no queden más que el hueco que han excavado en nuestra memoria.]

—Ahora que lo pienso, en realidad lo peor de todo no fue otra cosa que el silencio de los teléfonos, daba igual que fuesen fijos o móviles. Uno gastaba la paciencia a la

escucha: aquellos pitidos quedaron huérfanos de respuesta, o vomitaban aquellas voces programadas que repetían, con obstinación de autómatas, *teléfono fuera de cobertura*. Era desesperante.

Después de la toma de la ciudad por los muertos vivientes, las distancias se triplicaron. Con las calles *infectadas*, ir desde San Agustín hasta Gamonal a visitar a un amigo o familiar no era lo mismo que antes de la guerra, un simple paseo. La posibilidad de un mal tropiezo con grupos de resucitados o un disparo sin remite ni destinatario eran peligros demasiado reales como para no ser tenidos en cuenta.

—¿Cree usted que se tomaron las medidas necesarias para impedir la infección de Burgos?

—Después de lo que había sucedido en Andalucía a finales de enero de 2010, es cierto que, de manera preventiva, efectivos de la Brigada de Infantería Ligera *Galicia VII* y agentes de las fuerzas del orden, tanto Policía Nacional como Guardia Civil, tomaron Burgos. A este respecto no hay nada que objetar. Los controles a la entrada y salida de la ciudad se convirtieron en algo habitual, demasiado habitual y engorroso, diría yo.

Las caravanas alcanzaban varios kilómetros y taponaban las distintas vías de acceso a Burgos. Se inspeccionaban coches, autocares y camiones con un celo desesperante. La rutina diaria se alteró por completo debido a los controles. Pero a la vez era tranquilizador saber que se estaban tomando todas las medidas necesarias.

Con resignación, todos aceptamos las horas invertidas en aquella espera. Desde los más pequeños hasta los ancianos, desde quienes regresábamos de una escapada de fin de semana hasta el ejecutivo que acudía a una cita trascendental para sus negocios, todos entendimos que aquella era la única manera de impedir que la infección, que había arrasado Andalucía, no llegase a los pies de la Catedral o de la estatua del Cid Campeador. Por una vez, y sin que sirva de precedente, parecía que las autoridades sabían lo que era importante, y lo que no.

Sin embargo, ni ellos ni nosotros pensamos en los peregrinos. Ellos, caminantes de arcén, sudorosos y sucios por culpa de los cientos de kilómetros recorridos, entraban y salían de Burgos sin despertar entre policías y soldados más que una mueca de asco o algún chiste despiadado. Supongo que pensaron que registrar uno a uno a los peregrinos aumentaría exponencialmente la cantidad de vehículos que ya se amontonaban a las puertas de la ciudad.

En buena lógica, así fue cómo el peregrino que atacó al *skater* atravesó todos los controles sin despertar la más mínima sospecha. Bajo aquella costra de sudor y suciedad, nadie pudo adivinar los vestigios de un fallecimiento más que inminente. El resto es historia.

[*El entrevistado tiene treinta años y mide un metro ochenta de altura. Ayuno de carnes, Rodrigo centra todo el magnetismo de su personalidad en el aguamarina que inunda sus pupilas, tan magnético que no desmerece ni siquiera el cristal de las gafas que lleva. Con un pañuelo cubre su cabeza, anudado a la nuca.*

Sonríe con justeza, economiza gestos y no quita ojo de la Giant Composite en la que, según me dice al comienzo de la entrevista, ha recorrido toda la provincia de Burgos y parte de España. No hace falta que lo asegure: los músculos de sus piernas, duros como pedernal, dan fe de los kilómetros recorridos pedaleando.

Habla de su experiencia con la asepsia y eficacia de un cirujano. Disecciona recuerdos sin descomponer el gesto. Acaso traiciona esta imperturbabilidad cuando cambia miradas furtivas a nuestro alrededor. Parece nervioso, como si desconfiase de algo: diría que es un animal que permanece al acecho, a la espera de un peligro incierto.]

—Desde que tengo uso de razón los peregrinos se han paseado por Burgos igual que perros vagabundos, sin levantar la más mínima atención. Quiero creer que justamente ese fue el fallo.

—*¿Es cierto que fue rescatado cerca de Finisterre?*

—Sobre mi bicicleta soy capaz de imitar a Phileas Fogg. Hacerme quinientos kilómetros no es ninguna hazaña. Así que es cierto, no le han informado mal. Anduve por Vigo, Pontevedra, La Coruña, Santiago de Compostela... y Finisterre. Ahora que lo pienso, no sé la razón exacta de que tomase aquella dirección; bien podría haber pedaleado hacia el País Vasco o Aragón. Mis piernas decidieron el rumbo de mi huida, ellas y no yo. Había visto demasiados horrores como para que mi cabeza fuese capaz de ponerse al timón. Me dejaba llevar.

—*¿Por qué precisamente Finisterre? Casualidad o no, he entrevistado a algún que otro superviviente que fue recogido muy cerca de allí.*

—Ya le digo, puro capricho del destino.

—*En su huida, ¿se tropezó con algún muerto viviente que fuera capaz de razonar e, incluso, hablar? Han sido muy pocos los supervivientes que me han hablado de estos especímenes.*

—Nunca. Por un momento imaginé ese primitivismo de alimañas conducido por una inteligencia y perversidad casi humanas. Eso nos salvó del verdadero Apocalipsis; de lo contrario, habríamos sucumbido todos.

[Durante toda la entrevista me ha mirado a los ojos, ha acompañado su discurso con el diálogo silencioso de sus manos. Advierto que, tras esta respuesta, escupe mirando al suelo, las manos enterradas bajo las axilas. Con la punta del pie, escarba en la arenosa superficie del que fuera, casi cincuenta años atrás, el cementerio de Sad Hill.

Le comunico que ya estamos al final de la entrevista, pero que aún resta una última pregunta. Después de echar una rápida mirada a su reloj de pulsera, Rodrigo dice que tiene prisa, que ha de seguir con el plan de ejercicios previsto.]

—Sólo les movía el hambre.

—*Rodrigo, ¿ha oído hablar, durante la Guerra de la Doble Muerte, de los Ícaros?*

CAPÍTULO 11. POR EL MAR CORREN LAS LIEBRES

Domingo 28 de marzo de 2010. 17:50 horas.
Calle Tomás de Ibarra, Sevilla.

Inútiles el teléfono, la radio y la televisión, como adornos navideños a destiempo. Sin embargo, en casa de Jonás, no son las únicas cosas muertas y enterradas entre esas cuatro paredes. Si abres los grifos, estos no dejan de regurgitar su sed, alentando un ruido rugoso que circula bajo las paredes. Y los electrodomésticos como el frigorífico, el lavavajillas o el horno se han convertido en albergues de arañas, hormigas y cucarachas.

—No sé qué hemos venido a hacer —rumia Judith, dando patadas a la borra que se acumula en las esquinas del patio.

Pretende descargar la rabia acumulada: aún le quema en los ojos la imagen del resucitado colgado de la farola y su desesperación por librarse del mordisco de la sogá. Le enferma el recuerdo de los intestinos ofrendados como ancla de la cometa. No acierta a comprender quién es capaz de idear tal tortura.

Durante unos segundos se observa las manos, la piel cancerosa, el color ceniciento de la muerte en vida. Jura que ella no sería capaz de un horror semejante.

—Ya puedes marcharte cuando quieras —dice Jonás, que descansa retrepado contra la mesa que, volcada, sirve de defensa a la puerta de entrada.

Cargando con Jonás, Judith atraviesa el patio. Es evidente que su peso ha disminuido de manera más que preocupante. Es verdad que siempre ha sido un chico escuálido, mísero de carnes, pero ahora, tras varias semanas de apetito escaso y moral derrotada, es casi una sombra del que era hace dos meses. La carne se ha consumido y abraza con saña los huesos sobre los que se sostiene. El rostro y las manos de Jonás se parecen demasiado a los de los prisioneros de Auschwitz como para no tenerle compasión.

Sobre el sofá del salón, extremando los cuidados, deposita el cuerpo del compañero. Muy pausadamente, como si pretendiese ahorrar energía, Jonás se recompone la sudadera. Musita un gracias antes de que ella acceda a la cocina.

—Recuerdo que no quedaba gran cosa —es la voz de Judith a través del pasillo.

—No encontrarás nada —responde en voz baja.

Desde su posición, escucha que su compañera abre y cierra las portezuelas del mueble de la cocina, cómo trasiega en todos los cajones; incluso percibe el momento en que ella pasa revista al interior del frigorífico, tan muerto como el teléfono o las cañerías.

Media hora más tarde, los dos yacen arrumbados en el sofá, frente al televisor:

Judith se ha cansado de buscar entre arañas, hormigas y cucarachas algo que robar de sus dominios y llevarse a la boca; por su parte, Jonás se ha cansado de esperar. Ahora solo se escucha el ritmo de las dos respiraciones, más combativa la de ella, casi inexistente la de él.

He aprendido a reconocer en ese fantasma, en ese borrón que me observa a través de la pantalla ciega del televisor, a la Judith que soy ahora. Por eso sonrío a mi doble catódica. Lástima que el sofá se encuentre a dos metros de la pantalla y la sonrisa quede empequeñecida por la distancia. Conozco esa mueca: la he ensayado tantas veces frente a escaparates muertos de negocios muertos o arrodillada sobre un charco de agua, que es innecesario que me acerque al aparato. Imagino que la Judith del televisor sabrá disculparme.

Tras descansar durante un rato, me incorporo. El piso de arriba. Voy a subir a echar un vistazo; así se lo hago saber a mi compañero.

—No encontrarás nada —Jonás repite el pronóstico de antes.

Subo las escaleras sin prisas, escalón a escalón. No es cuestión de derrochar energías a la ligera. Si empleo diez minutos tampoco pasa nada: ya no tengo prisa. ¿A dónde habría de dirigir mi urgencia? No quedan más que un puñado de días antes del punto final.

Las piernas me duelen y el cansancio me atormenta. Me fatiga respirar y, aún más, la prolongación inútil de la vida. Una vez arriba, descanso durante unos minutos apoyada sobre la pared. Luego procedo al registro, a oscuras, del cuarto de baño. Es ciego, carece de ventana. Detecto el mismo olor que la otra vez que entré en él: el paso del tiempo no ha borrado el incierto hedor de la sangre seca que mancilla el suelo.

Me acerco al dormitorio de matrimonio, recuerdo que queda al final del pasillo. Por la ventana de dos hojas se derrama una claridad bonancible, de tarde que se retira de puntillas, muy poco a poco, por el oeste. Dentro del dormitorio, la cama sigue deshecha. No han desaparecido los restos de sangre que la afean, ni la segunda silla de ruedas que Jonás tenía para moverse por el piso de arriba; tampoco el enorme ropero que alguien debió jubilar hace ya bastante tiempo.

De pronto recuerdo aquellas palabras que, hace casi dos meses, Jonás dijo refiriéndose a su madre: «Mañana quiere que la peine». Pero no es este el único recuerdo que salta sobre mí como un animal al acecho; recupero la imagen de Jonás vistiendo el chal y una peluca de su madre, o su pasión por los cereales, que su progenitora censuraba con tiranía inquisidora.

La figura de Madre se hace tan vívida en el alud de recuerdos que no tengo más que agacharme y mirar bajo la cama: ahí continúa escondido su cadáver. Le doy las buenas tardes.

Cada día que pasa, mi cuerpo acusa durante más tiempo los esfuerzos realizados. Me encuentro más débil que hace una semana. Aunque no he alcanzado el estado terminal de Jonás, sé que voy camino de ello. Como el, también he adelgazado

mucho desde que huimos de la Ciudad Negra. De no haberle practicado un par de nuevos orificios a la correa del pantalón, ahora lo llevaría por los tobillos.

En la pared de al lado descubro el mismo calendario que ya me llamó la atención durante la primera visita a la casa de Jonás. Me acerco. Dice: diciembre de 2009. Bajo cada día, aparecen varios nombres de santos y la fase lunar correspondiente. Sobre el calendario se reproduce una fotografía de un campo verde esmeralda, infestado de calabazas panzudas. Durante un momento me mortifico tratando de recordar qué era de mi vida el año pasado, antes de que llegasen las últimas fiestas de Navidad. Cuando todavía estaba viva.

Gracias a la caída de la tarde, las sombras de las sillas y los muebles se alargan, centímetro a centímetro, por el suelo del salón. El polvo removido por las idas y venidas de Judith brilla a contraluz, como si se tratase de una nevada tímida. La danza de esas motas brillantes, la hermosura del momento detiene durante unos segundos a la resucitada.

—Háblame de ti —dice al sentarse junto a Jonás.

—Hay poco que contar —murmura el muchacho sin abrir los ojos.

—¿A qué curso ibas antes de todo esto?

—No lo recuerdo —miente, consciente de ello.

—Por favor.

—Después de perder las piernas, recuerdo que las clases pasaban sobre mi cabeza sin rozarme siquiera —manifiesta al cabo de un rato—. Atormenté a mi madre con las peores notas de mi vida. Recuerdo que, al regreso del hospital, suspendí todas las asignaturas —esboza una sonrisa de perro que gruñe en señal de advertencia.

De reojo, Judith observa el gesto; lo pasa por alto por no ahondar en la herida, bastante tiene con hilvanar los recuerdos y regurgitarlos en un murmullo casi inaudible.

—Ajeno a las clases, sólo aguardaba el momento del regreso a casa para, después de engullir el almuerzo, refugiarme en los videojuegos. Durante años he vivido dentro de ellos.

—¿No te gustaba el cine?

—No hay nada como un buen videojuego.

Si hace memoria, Judith es capaz de listar un buen puñado de cosas mil veces más fascinantes que perder la vista y los nervios frente a un videojuego. Pero permanece en silencio, deseosa de que el otro siga hablando. Con un poco de suerte, el cansancio que se abate sobre ella dejará paso al reconfortante sueño mientras Jonás habla. Su hilo de voz se ha convertido en la mejor nana: le acaricia el oído con la dulzura propia de una madre primeriza que prodiga canciones, aprendidas de su madre, al bebé que sostiene entre los brazos. Judith sonrío de felicidad al mismo tiempo que se zambulle en el sueño. Minuto a minuto, anochece la mirada.

A su lado, Jonás sonrío de malicia. Es la oportunidad que estaba aguardando desde que han regresado a casa. Y no piensa desperdiciarla.

—Dentro de los videojuegos era fuerte, me movía con rapidez —reanuda su cháchara, no vaya a ser que Judith despierte alertada por el silencio. Continuará hablando hasta que se duerma—. Daba igual que detrás de cada esquina acechase un peligro, o que pudieses morir mil veces. El *Game Over* no era más que el inicio de otro intento más por llegar al final.

(De *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar, I, 2, 12-17.)

... he llegado a la edad en que la vida, para cualquier hombre, es una derrota aceptada. Decir que mis días están contados no tiene sentido; así fue siempre; así es para todos. Pero la incertidumbre del lugar, de la hora y del modo, que nos impide distinguir con claridad ese fin hacia el cual avanzamos sin tregua, disminuye para mí a medida que la enfermedad mortal progresa.

Cuando despierta, Judith se encuentra sola. De Jonás, ni rastro. Lo llama a voces. Nada, solo obtiene por respuesta el silencio más ruidoso. Es hora de levantarse y buscar dónde ha ido.

Accede a la cocina. Salvo una hilera de hormigas que peregrina de los pies del lavavajillas al frigorífico, nada se mueve en su interior. Dejando atrás el salón, sale al patio central del inmueble, convocada por un ruido de origen incierto. De nuevo se reproduce el sonido, ahora en el interior de la casa: algo pesado ha caído al suelo.

La única pieza que queda por rastrear es el cuarto de baño. Pese a la oscuridad que reina dentro, de inmediato descubre en el suelo el bulto de una sombra. Es el cuerpo de Jonás.

—¿Te has hecho daño? —pregunta. Se apresura a sentarlo contra la pared del pasillo. El muchacho niega en silencio—. Podías haberme avisado.

—Tenía una urgencia —miente.

Dispuesto a llevar a cabo sus planes, Jonás no dudará en contar todas las mentiras del mundo, como en la canción infantil, *tralará*. Qué más da si por el mar corren las libres o si por el monte las sardinas; lo importante es que una mentira pase por una verdad. Para enmascarar el engaño, clava la mirada en su compañera. Luego agacha la cabeza.

—Estoy cansado, por favor, llévame al salón —una vez que ha guardado en el bolsillo de la sudadera lo que precisaba del cuarto de baño, lo mejor será abreviar el trance y regresar cuanto antes al sofá.

—Avísame la próxima vez —le regaña ella.

Jonás sacude la cabeza en sentido afirmativo. Cuanto menos hable, antes se cansará Judith.

—Escúchame: la próxima vez que necesites venir al baño, pides ayuda.

Aunque la penumbra que les rodea es casi tan testaruda como el mutismo de Jonás, Judith descubre cómo un moratón, tras la caída, adorna el pómulos derecho del muchacho.

—Te has herido —por mucho que él lo niegue, es evidente que se ha hecho daño al tirarse al suelo desde lo alto de la taza—. Por suerte no te has cortado.

En previsión de que el contenido del bolsillo de la sudadera acabe desparramado por el suelo, Jonás se apresura a enterrar la mano en él. Luego deja hacer a su compañera: Judith pasa sus brazos bajo las axilas del muchacho y lo levanta en peso. Paso a paso, lo conduce hasta el sofá del salón. Jonás agradece el esfuerzo y vuelve a escudarse tras el silencio.

—Sigue hablándome de los videojuegos —dice ella al cabo de un rato.

—Déjalo, te has quedado dormida antes —protesta Jonás.

—No volverá a suceder.

—Judith, ¿sabes una cosa?

—Dime.

Si Jonás está dispuesto a engañarla de nuevo, al menos debería hacer el esfuerzo de mirarla a la cara; de lo contrario ella podría sospechar. Pero es incapaz de enfrentar los ojos de su compañera. En cualquier caso espera que la propuesta sea lo suficientemente sensata como para que Judith no sospeche.

—Para no volver a cargar conmigo, a lo mejor deberías bajar la silla de ruedas que hay en el dormitorio de matrimonio.

—No es mala idea.

—Bájala antes de que se haga de noche.

Como quiera que la oscuridad va anegando el salón a medida que la tarde muere sobre Sevilla, Judith da por buena la petición del joven. Tiene razón, así no invertirá energías inútilmente. Se incorpora y se dispone a abandonar el salón. En el quicio de la puerta le detiene la voz quejumbrosa de Jonás.

—Ya que vas arriba, ¿podrías traerme de la mesita de noche un cómic que hay de la Marvel?

Ella afirma con un ademán de la cabeza. Tan pronto como se queda solo, Jonás extrae la mano del interior del bolsillo de la sudadera. El puñado de pastillas forma una pirámide en el cuenco de la mano, similar al puñado de gominolas que se ofrece a un niño a cambio de su buena conducta.

Su sonrisa lo dice todo: ha llegado al final del camino, a la última estación. Es la solución a todos sus problemas, esa colección de pequeños caramelos liberadores. A falta de *White Blanca*, se conformará con esa ensalada de pastillas y píldoras.

Jonás abre la boca y las va depositando una a una sobre la lengua. Una, dos, tres... Cuenta hasta cinco, después se las traga. Repite la acción de nuevo: una, dos, tres... Una vez ha lubricado las pastillas en saliva, las empuja con la lengua garganta abajo.

Cuenta cinco veces cinco. Entonces se incendia el estómago. En su interior explota el infierno de un dolor sin límites. Clava a Jonás al sillón y le llena de pólvora las venas. Aprieta los dientes y aguanta la necesidad que experimenta de gritar. Por nada del mundo ha de alertar a Judith; cuanto más tarde ella en darse cuenta de lo que ha hecho, menor será el margen que disponga de ayudarle.

En semejante trance, a Jonás le gustaría disponer de la suficiente lucidez y repasar

los mejores momentos de su vida, despedirse de alguna manera de quien ha sido; pero el dolor se hace de acero incandescente en los nervios y de magma volcánico en el abdomen. No ha tenido tiempo de lamentar su decisión, cuando el cerebro registra de inmediato la pesadez de brazos y piernas: se hunden sin remisión igual que un submarino alcanzado por una mina.

—Mañana quiere... que la peine —rumia tras sobreponerse como puede a la deflagración que le carboniza por dentro.

Al mismo tiempo que se extingue la última brizna de luz que se descuelga a través de la ventana, anochece la mirada de Jonás.

CAPÍTULO 12. EL ZOMBI VINO Y ME CANTÓ

Martes 30 de marzo de 2010. 21:10 horas.

Hostal Comala, Finisterre.

Oscurece cada vez más tarde, conforme se va olvidando el pasado invierno. La claridad del día se retira hacia el oeste. En la penumbra de la habitación 103 prenden, en ese momento, las miradas de los presentes. Una hora después, Jarque les hace entrega de un *vaso de fuego*. De esta manera, al menos, se verán las caras.

—*Duérmete niña, duérmete ya, que viene el coco y te llevará* —canta Aurora.

A esa hora, más de las diez de la noche, quien debería dormir no es Guguna, la muñeca. Debería hacerlo Aurora, que aún sigue despierta a pesar de que allí dentro no hay más diversión que el insustancial cambalache de palabras. La mirada de la niña sigue abierta de par en par.

—Duerme tú, Aurora —dice Natividad.

Es normal que una niña de cuatro años haga caso a los mayores, aun cuando no sean sus padres; da igual, la autoridad de un adulto es indiscutible.

—Duerme antes de que se apague el *vaso de fuego*.

El *vaso de fuego* no es más que una lata de refrescos, abierta en su parte superior, y en cuyo interior centellea una llama que los inquilinos de la habitación 103 han de alimentar con lo que tengan a mano si desean prolongar al máximo la vida de esa mínima luz; de lo contrario, el fuego morirá antes de que se atrevan a lamentarlo.

Hasta el día de antes de ayer, siempre a la misma hora, a la caída de la noche, o bien Úrsula o bien Jarque subían hasta la habitación 103 para dejarles el pertinente *vaso de fuego*. Por supuesto no había piedad ni compasión en ello; uno y otro no hacían más que cumplir el mandato del Jesualdo Bendaña. Aunque Jarque nunca ha osado ir más allá, la joven de los ojos verdes sí ha contravenido, en más de una ocasión, el encargo de J.B. a escondidas, les ha ido entregando distintos fajos de papeles que los prisioneros de la habitación 103 han ocultado bajo la ropa. Gracias a ellos, Natividad y Dantas han podido prolongar la vida luminosa del *vaso de fuego*.

Pero desde el sábado ninguno de los dos ha vuelto a llevarles el *vaso de fuego*; es más, se les ha hecho una visita para curar la cabeza de Javi Durán, han contado con la supervisión de Mamashe o de J.B, y de un arma de fuego. Javier Dantas, atento notario de cada detalle, observador incansable, ha registrado y anotado en su cabeza el cambio de actitud producido. Extraño cuando menos. Que desde antes de ayer siempre cuenten con la vigilancia de la Smith & Wesson de Mamashe es más que sospechoso.

No dice nada a sus compañeros, convencido de que si abre la boca alertará a sus captores. No le cabe la menor duda de que cualquier cosa que diga llegará a oídos de Bendaña. Y es que desde que él mismo propusiera atacar a Jarque o a Úrsula,

ninguno de ellos ha vuelto a visitarles a solas. Uno más uno siempre suman dos. Sin lugar a dudas hay un chivato entre sus compañeros de desgracia.

Cualquiera de ellos es sospechoso: Natividad, Aurora, mister Brooks o el último en llegar, Javi Durán. Desde que obtuviera semejante conclusión ha permanecido atento a cada palabra, a cada gesto, ha observado con lupa cada comportamiento, convencido de que, tarde o temprano, descubrirá al Judas que se sienta entre ellos, como lo hacía en la Última Cena sin levantar más sospechas que las de un solo individuo.

La habitación 103 carece de las más mínimas comodidades, salvo si se considera comodidad que Bendaña haya permitido cubrir el suelo con una alfombra compuesta por una docena de mantas. Desterradas camas, sillas, roperos, escritorios, espejos y cuadros decorativos, la habitación es más austera que la celda de un monasterio y mucho más que la de una cárcel.

El grupo de supervivientes descansa como puede tumbado sobre las mantas: Natividad y Aurora hablan casi en un susurro, Durán y mister Brooks comparten vivencias junto al ventanal, cegado desde el exterior por despieces de periódicos viejos—; y Javier Dantas, umbría la mirada, observa al resto desde el escepticismo propio de su antiguo oficio, donde todos eran sospechosos del crimen o del robo en tanto no se demostrase lo contrario. Por mucho que quiera, Dantas no consigue desconectar sus habilidades de inspector.

—Duerme antes de que se consuma el *vaso de fuego* —insiste Natividad, que ha pasado un brazo por encima de los hombros de la niña.

—¿Escuchas eso? —pregunta la pequeña.

—¿El qué, Aurora?

Natividad no oye otra cosa más que el silencio del hostel y, de fondo, el del pueblo de Finisterre. En la lejanía se deja sentir el aliento del mar, más bravío que en ocasiones anteriores.

—Eso —señala al techo—. Suena todas las noches.

Con suerte, la mujer consigue oír el crujido de las paredes o el chasquido de los periódicos con que Jesualdo cegó el ventanal antes de que apareciese el primer inquilino de la 103.

—¿Sabes una cosa?

—Dime, pequeña.

Natividad se equivoca: ella no es pequeña, ya tiene cuatro años y es capaz de bañarse o comer sola, sin ayuda. Natividad debería saberlo o darse cuenta, pero es una adulta y la mayoría de veces los adultos son ciegos y medio sordos. —A Guguna le da miedo ese ruido.

—Dale un beso y dile que se duerma. Que nosotras vigilemos para que no le pase nada.

La niña regala un beso a la muñeca, justo entre las dos cejas pintadas; después la tapa con el doblez de una de las mantas que cubren el suelo. Observa a Natividad y

sonríe. Le hace gracia: Natividad es como un espejo, o eso piensa la niña: si ella le sonríe, Natividad le sonríe.

—Nati, ¿por qué llevas una zapatilla de cada color?

—¿Te gusta? —pregunta tras apartar un mechón de pelo de la cara de la niña.

—Mi madre no dejaría que llevase un zapato de cada color.

—Pero ¿te gusta?

—Mucho. ¿Por qué llevas una zapatilla azul y otra verde?

Durán observa detenidamente el rostro de mister Brooks. Aún le cuesta asimilar su confesión. Según manifiesta, no es otro que el autor de *Guerra Mundial Z*.

—Yo, yo ser —dice con ese vago acento tejano.

Debido a la evidente dificultad del americano con el castellano, Durán y Brooks deciden emplear el inglés para que la conversación fluya de una manera más natural, y no se asemeje a una conversación entre una pareja de indios apaches.

—De alguna manera fui un iluminado —cuenta Brooks—. Mis libros tuvieron algo de premonitorio, ¿no crees?

—Aún no me creo que sea usted quien dice ser.

—Claro, quién voy a ser. Cosecha neoyorquina del año setenta y dos.

Durán recuerda haber visto, gracias a internet, alguna fotografía del escritor. Bien es verdad que nunca le prestó demasiada atención, pues la literatura zombi no es de su agrado, pero aún así recuerda que difiere en algo con la del tipo que tiene enfrente. Tal vez la sonrisa pícara y esos ojos, vivos como los de un hurón, sean los del hijo de Mel Brooks, pero la alopecia galopante y el exceso de kilos no parecen herencia de quien dice ser. Con suerte y obviando esa nariz ganchuda, podría dar por bueno que fuese el hermano mayor de Max, pero no el propio Max. Aunque esta diferencia de fisonomía y edad puede tener una explicación muy sencilla: en muchas ocasiones las editoriales recurren a fotos de archivo para mostrar más interesantes y atractivos a sus escritores de lo que son en realidad.

—Cuando empecé a escribir *Guerra Mundial Z*, nunca pensé que nada de eso pudiera ocurrir, por mucho que en las entrevistas dijese lo contrario. Es más, jamás creí que se publicaría, ni *WWZ* ni la *Zombi: Guía de Supervivencia*. Las escribí porque sí, más como cura de desintoxicación de *Saturday Night Live* que por pura necesidad literaria.

Como negando que mister Brooks sea el verdadero Max Brooks no va a conseguir sino que se enroque en un silencio defensivo, Durán decide cambiar de táctica: soltar carrete y dejar que el anzuelo vaya largo.

—¿Cómo se le ocurrió escribirla, mister Brooks?

—Muy sencillo. A veces la inspiración llama a la puerta de casa y uno tiene la suerte de tener encendido el ordenador. Sin embargo ese no fue mi caso —la pausa que abre a continuación multiplica por diez el interés de Durán. Brooks se pasa la palma de la mano por la calva—. Fue mucho más sencillo que todo eso: el zombi vino y me cantó.

—Te diré por qué llevo una zapatilla de cada color, para no olvidarme de echar por delante siempre el pie derecho, el de la zapatilla azul. Hace mucho tiempo se creía que la parte izquierda de las personas, el brazo izquierdo, la pierna izquierda, eran cosa del diablo.

Aurora atiende a la explicación con la boca abierta y el ceño fruncido; la boca abierta a causa del asombro provocado por las palabras de Natividad, y el ceño fruncido porque no cree que sea verdad. Si su profesora del colegio, la de Religión, decía que todos los hombres eran hijos de Dios, ¿cómo podía ser que una parte fuese propiedad del Diablo?

—Cuando vuelva al colegio, se lo preguntaré a la señorita Isabel. Ella lo sabe todo.

—Pregúntale, veras como te dice que sí.

—¿Volverá a abrir el colegio antes de las vacaciones de verano? ¿Cuánto queda para las vacaciones?

—Tres meses, pero no creo que en este curso haya más clases.

—Doña Isabel se va a enfadar —apunta la niña—. Siempre dice que todavía tenemos mucho que aprender.

—Bueno, Aurora, el curso próximo recuperaréis lo de éste.

—Bien. Este año entonces vamos a tener más vacaciones que nunca.

—Duerme ya —le reconviene Natividad mientras le acaricia el pelo.

Aurora cierra los ojos. Se empeña en hilvanar el sueño pensando que es otra persona quien le está acariciando el pelo a ella. Sí, físicamente es Natividad quien le regala atenciones, pero mentalmente está muy lejos de ese fondeadero de muertos, a cientos de kilómetros del hostel Comala.

Por descontado, obviará la última afirmación de mister Brooks. Tras dolerse en silencio de la cabeza, Javi Durán se decide a preguntarle la razón que le trajo a España.

—Fui invitado por la Universidad de Santiago de Compostela a dar unas charlas sobre literatura y cine apocalíptico. Al poco de desembarcar en La Coruña, estalló la guerra. Es posible que la seguridad nacional de los distintos países implicados haya favorecido la propagación del virus *Solanum*. Al menos eso fue lo que dijo el zombi que me cantó.

Antes de que el americano tenga ocasión de abundar en mayores explicaciones, la puerta de la habitación se abre con un chillido de cuervo. Javier Dantas, que se encontraba tumbado a un metro escaso de la entrada, se incorpora para dejar paso a Úrsula, la chica de los ojos verdes. En las manos trae una bandeja metálica, llena de gasas, un par de rollos de esparadrapo, una botella de agua oxigenada y unas pequeñas tijeras. Tras ella aparece Mamashe Correa. Se apoya en la jamba de la puerta, adopta un gesto de tótem, los brazos cruzados sobre el pecho y la pistola bien visible, a pesar de la penumbra que domina el pasillo.

—No quiero tonterías —ladra Mamashe—. Brooks, apártese del nuevo.

Mister Brooks obedece sin rechistar y se aleja un par de metros. Úrsula se sienta sobre sus piernas a escaso medio metro de Durán.

—A ver cómo va esa herida —la muchacha retira el apósito que la cubre.

Más que el daño físico, lo que de verdad le duele a Durán es la calva cobrada a causa del golpe, esa deforestación del tamaño de una mandarina en el tupido bosque de la cabellera que sus captosres le practicaron tan pronto como volvió en sí.

—No tiene mala pinta. De esto no te mueres, chaval —bromea la enfermera.

—A los futbolistas, cuando por culpa de un golpe se les abre la cabeza —interviene Mamashe desde la puerta—, el fisioterapeuta del equipo salta al terreno de juego, les limpia la herida y les practica un vendaje compresivo para que regresen lo antes posible.

La cháchara futbolera del centinela le trae sin cuidado a Durán; así que decide retomar la conversación que mantenía con mister Brooks justo en el lugar donde la interrumpió la visita de Correa.

—Explíquese, mister Brooks —dice empleando de nuevo el inglés—, ¿qué ha querido decir con eso de que el zombi le cantó?

—Es muy sencillo de explicar —responde el yanqui—. Estaba sentado, con una Dr Pepper bien fría en la mano, a la puerta de...

—¿Una qué?

—Una Dr Pepper. Es una lata de refresco similar a la CocaCola, pero que se distingue de ella por tener un sabor muy diferente y por no ser de cola.

—Prosiga.

Úrsula vierte agua oxigenada sobre la herida, luego limpia la herida seca con un trozo de gasa.

—Con una lata bien fría en la mano estaba sentado a la puerta de una cabaña de madera. Había llegado hasta allí en busca de inspiración. No diré su ubicación exacta, salvo que se halla en alguna parte de California. Propiedad de mi amigo escritor Carter Benson, es una cabaña levantada en mitad de ninguna parte, separada del vecino más próximo por kilómetro y medio.

—Este hombre está como una cabra —rumia Mamashe en voz baja.

—Sentado a la puerta, observé con desagrado cómo se levantaba una tormenta de arena. Antes de que tuviera tiempo de refugiarme dentro de la cabaña, apareció una sombra a paso ligero; nada de invertir más de un segundo en cada paso, como expliqué en la *Guía de Supervivencia Zombi*. Por suerte no se dirigió a mí empleando el consabido Mack, ni me atacó. Porque este zombi conservaba intactas ciertas facultades humanas. Se sentó en la silla que yo había dejado libre segundos antes para esconderme en la cabaña, apuró la lata de Dr Pepper y entonó una canción.

—Si hablaseis en cristiano, os entenderíamos —protesta Mamashe Correa. Ha manifestado su disconformidad más por incordiar que por otra cosa; en realidad a él le importa muy poco lo que pueda decir el alucinado de míster Brooks. Pero ni el americano ni su interlocutor hacen caso alguno a su comentario.

—Trágica como pocas, más larga que la más extensa de las óperas de Wagner — prosigue mister Brooks—, aquella canción hablaba del futuro, de la posibilidad de una enfermedad que resucitase a otros muertos como él, a millones por todo el mundo.

—¿Y no le atacó, mister Brooks?

—Antes de entonar aquella canción dijo llamarse Alphyn Frazer y llevar muerto más de cien años, lo que contradice la expectativa de vida de estos seres. Recuerdo que en la *Guía* la cifré entre tres y cinco años. A lo que iba: me explicó que los zombis de esa edad, centenarios como secuoyas, han perdido el instinto caníbal en beneficio de la memoria. Es de este modo cómo se convierten en evangelistas del peor Apocalipsis.

De repente algo sucede en el exterior del hostel: el ruido de un revuelo asciende hasta la habitación 103 para colarse por las rendijas del ventanal que J.B. cegó con un puzzle de periódicos viejos. Sin embargo mister Brooks no se altera lo más mínimo y sigue con su parlamento:

—¿Sabes la última frase que entonó, después de más de quince horas de cánticos más propios de Maldoror que de un zombi?

Durán mantiene silencio en espera de la revelación mientras Mamashe Correa atraviesa la habitación para asomarse al ventanal. Intento baldío: el mar de papeles muertos le impide la visión. Maldice en arameo.

—Me dijo que no era tiempo de besos, sino de barro rojo y cráneos rotos.

—Eso suena vagamente a Shakespeare —apunta Durán; no en vano el autor de *Othello* es uno de sus escritores favoritos.

—Hostia puta, no se ve nada desde aquí —ladra el centinela.

Al oído, Senén ordena a Úrsula que finalice con la cura del herido y salga lo antes posible de la habitación. Desde el vano de la puerta, Mamashe repite las órdenes.

—Cierra la puerta. Voy a preguntarle a Jes qué coño sucede.

El conductor del quitanieves no llegará a la planta baja a tiempo de distinguir en la lejanía la sombra fugaz de un ciclista que ha concitado el interés de Jesualdo Bendaña, pero tampoco será testigo de que Úrsula, ahora que se encuentra sola y libre de su vigilancia, arroja una bengala a los pies de Javier Dantas. Este mantiene silencio, se conforma con cruzar una mirada con la muchacha. A continuación se apresura a recogerla de las mantas que alfombran la habitación y a esconderla en la manga de su camisa. Le brinda a Úrsula una sonrisa a modo de recompensa.

Cuando la muchacha de los ojos verdes llega junto a sus compañeros, Jesualdo se ha asomado a la puerta del hostel. Al cabo de un rato, da media vuelta y enfrenta la curiosidad de Mamashe Correa.

—Creo haber visto la sombra de un ciclista a lo lejos.

Por mucho que el otro escrute dentro del pozo que es la noche honda que rodea el hostel, no distingue más que el contorno del pueblo y la arteria de la carretera que lo conecta con el resto del mundo.

—¿Un ciclista? ¿No habrá sido un muerto?

—A esa distancia y con esta oscuridad es muy difícil decir nada al respecto. Pero juraría que...

Úrsula, en un gesto cariñoso, se abraza a la espalda de J.B. y descansa la cabeza sobre el omóplato derecho del jefe.

—¿Crees que puede ser el mismo ciclista de Santiago? —pregunta Mamashe.

—No creo.

—¿A dónde ha ido?

—Ni idea, se ha debido de esconder en las primeras casas del pueblo. Mañana por la mañana iremos en su busca.

J.B. regresa al interior del hostel. Se sienta detrás del mostrador de recepción, Úrsula hace lo propio sobre las rodillas de Jes, que le sonríe.

—Oye, Senén, ¿por qué no sigues con las llamadas telefónicas?

—Que lo haga Jarque.

—Imposible, está haciendo guardia en las barricadas. Si no te apetece, cámbiale el puesto y que venga él a hacerlas.

—¿Y por qué no lo hace ella? —con la mirada ha señalado a Úrsula.

—Porque he dicho que lo hagas tú.

Tan pronto como Mamashe se pierde en una de las habitaciones del fondo del pasillo, Jes hunde la lengua en la boca de Úrsula. Escarba con fruición de buscador de oro. Ella abre los ojos durante unos segundos para observar a su amante, luego los cierra. Durante un segundo, mientras la lengua del jefe juega con sus dientes, barrunta la posibilidad de cerrar de improviso la boca y cortársela de cuajo. No lo hace porque sabe que luego, después de semejante atrevimiento, tendría que matarlo. Nadie se la juega a J.B. sin lamentarlo.

Dantas esconde la bengala. Natividad acuna el sueño de Aurora, que por fin se ha quedado dormida. Durán atiende a las explicaciones de mister Brooks acerca de las predicciones efectuadas por el zombi cantor. Jes y Úrsula se regalan besos cada vez más hondos y asfixiantes mientras las manos se zambullen en las entrepiernas.

Mamashe marca un nuevo número de teléfono, el enésimo, cansado de ese silencio de catacumba que siempre encuentra al otro lado del auricular. En cambio, hoy es diferente: hay línea. Al menos hay línea. Es casi un milagro. Sonríe de felicidad.

Sin embargo este no será el único motivo de alegría del muchacho. Le aguarda una sorpresa aún más grande. Y es que al sexto timbrado, para su asombro, alguien descuelga al otro extremo.

CAPÍTULO 13. EL MÉTODO MELBOURNE

Miércoles 31 de marzo de 2010. 10:20 horas.

Hostal Comala, Finisterre.

Casi, pero no lo es. Esto no es Melbourne, sino Finisterre, el último pedazo de tierra frente al Fin del Mundo. Tampoco esas conductas distan mucho de configurar ningún método. Llamar de esa manera a semejante carnicería no es sino un mero ejercicio de cinismo: el método Melbourne. Da igual que quien lo practique se llame Jonathan Brewster o Jesualdo Bendaña.

Antes de abandonar la cama, Úrsula se regala unos segundos de descanso: cierra los ojos y entona los primeros compases de una canción que le pellizca el corazón cada vez que la entona: se trata de *Sandy* de Alejandro Sanz. Renovada, purificada por la música, sin levantarse de la cama, recoge las bragas del suelo y se las pone arqueando la espalda y levantando las caderas; lo hace bajo las mantas. Si no fuese porque tiene atorada la nariz, descubriría sobre los brazos o los pechos la mezcla de tres olores diferentes: el de Jes, el de Mamashe y el suyo propio. Que su camastro no sea más que un fondeadero donde suelen bullir las gónadas de sus dos compañeros, que la sábana sea bautizada noche tras noche por el semen de dos buques diferentes, tampoco le resulta tan desagradable. Antes de la Guerra de la Doble Muerte era una niña bien, pródiga en caprichos y amores, señorita de gustos caros y pasiones bajas; así que tampoco ha cambiado demasiado el panorama de su vida, salvo que ha tenido que prescindir de los gustos caros.

Lo que más le molesta es que J.B. y Correa se sirvan de ella para atemperar inquietudes y nunca para la toma de decisiones, que es más o menos lo mismo que hacían sus padres: estos nunca consideraron que su voz fuese lo suficientemente madura como para ser tomada en cuenta. Por eso, y porque le ardía el cuerpo, ya entonces se dejaba manosear por los compañeros de la universidad y por los vecinos, en un arrebató de rebeldía que se recrudecía cada vez que en casa le llamaban la atención. Ahora, después de la resurrección de los muertos, al menos ha salido ganando con el cambio: nadie la regaña.

Se suena varias veces la nariz con una esquina de la sábana. Antes de que se vista, aparece Jarque. Es el muchacho que no llega a la veintena de primaveras, que guardaba la empalizada de entrada a Finisterre cuando el quitanieves de Mamashe regresaba desde Santiago de Compostela con Javi Durán. Viste el mismo chándal de marca de hace tres días, y por uno de los bolsillos asoma la goma del mismo tirachinas. Se acoda sobre el quicio de la puerta. Estrena una sonrisa bovina, más propia de Algernon o de Azarías que de un chico guapo y bien parecido como él.

—¿Cansada, Úrsula?

—Más bien atorada —contesta la muchacha de ojos verdes—. Esta alergia no me

deja vivir.

—Atorada no creo —bromea.

Úrsula, que no ha entendido el juego de palabras, respira por la nariz, aspira y expira como prueba de que es verdad lo que dice: la alergia le ha taponado la nariz.

—Ya ves, es horrible.

—No me refería a eso. Creo que anoche Jesualdo y Senén estuvieron desatorándote un rato —ahora la sonrisa es la de una hiena, todo dientes y carroña en estado puro.

¿Qué puede decir ella? Cabecea en sentido negativo y agacha la mirada hasta arrastrarla por el suelo, aunque solo sea para no ver la erección completa que el pantalón del chándal apenas consigue disimular. Alguna vez, casi como un juego, ha masturbado al chaval. Pero el juego no ha rebasado esa frontera. Aunque Jarque es bien parecido, y en cualquier otra circunstancia le habría regalado un revolcón, le recuerda demasiado a su hermano pequeño como para intentar un mayor acercamiento. Tiene cinco años menos que ella.

El joven se sienta en la cama, se echa hacia atrás hasta clavar los codos en el colchón y se jacta en silencio de la turgencia de su sexo. Úrsula se incorpora. Cuanto antes se vista mejor que mejor. Le da la espalda. Ella se agacha para buscar el vaquero bajo la cama. En semejante postura se marca, bajo el algodón de la braga y enmarcada por el alabastro de las piernas, la depresión bivalva de su sexo.

—Nunca quieres jugar conmigo.

—Calla y levanta de mi cama —protesta mientras se abrocha el vaquero y se embute en un chaquetón lo suficientemente largo como para que le cubra hasta las rodillas.

—Con Senén y Jesualdo sí que te gusta jugar.

—Ellos son mayores que tú. Entretente con Natividad o con Almudena.

—Violar a esas perras no es lo mismo que follar contigo, Úrsula. Coño, no soy tan feo. Más contrahecho es Senén, y Jes podría ser tu padre.

Como no está dispuesta a verbalizar el pensamiento que le cruza en ese instante por la cabeza, como no está dispuesta a hablar de su hermano pequeño, Úrsula se despide con una sonrisa de circunstancias y un corte de mangas amistoso.

Encuentra a J.B. en la cocina, atareado en la limpieza de la jaula de los canarios. Se ha descamisado para no mancharse. Que haya sobrepasado la frontera de los cincuenta años, no quita para que luzca un cuerpo digno de admiración. Modelado a base de flexiones y abdominales, no presenta ni rastro de la flacidez propia de los más de cincuenta años que ya cuenta.

J.B. retira las heces de los barrotes del suelo; para ello se ayuda de la punta de un cuchillo. Luego los enjuaga con un estropajo. Limpia los bebederos, los llena de agua y los coloca en su sitio, junto a las dos cañas donde descansan los pájaros. Úrsula observa que, mientras se afana en esas tareas, el tatuaje se mueve igual que si el Crucificado se estuviese retorciendo a causa de la agonía.

—Ya no cantan tus pájaros.

—Buenos días, Úrsula. No cantan porque los asusta el llanto de los rojos.

—Entonces son casi tan humanos como nosotros —bromea.

—Diría que casi más que nosotros —en el tono adoptado por Jesualdo es imposible distinguir el más mínimo rastro de chanza; lo ha dicho de corazón, plenamente convencido.

—¿Qué vas a hacer con el tipo que contestó a la llamada telefónica? Mamashe me ha dicho que utilizó un nombre en clave: *Excesus*.

—Posiblemente vayamos a buscarle —dice sin abandonar la limpieza de sus animales. Aldo introduce la mano dentro de la jaula, coge a uno de los canarios y lo baña bajo el hilo de agua que cuelga del grifo. A continuación procede de la misma manera con el otro.

—Extraño, ¿no, Jes?

—¿El qué?

—Que diese un nombre en clave.

J.B. se encoge de hombros. Tampoco cree que tenga tanta importancia, o al menos él no se la concede. Posiblemente no sea más que otro alucinado más. Después de esta segunda guerra civil en la que han luchado hermanos contra hermanos, padres contra hijos, ¿quién no se ha vuelto un poco loco?

—¿No tenemos ya bastante con los inquilinos de las habitaciones 103 y 202? —protesta la muchacha.

—Tienes la nariz taponada.

—La maldita alergia, ya sabes. Pero no te escurras y contesta a mi pregunta.

—De cara al invierno, los animales se aprovisionan, cuanto más mejor. Nunca es bastante. ¿A que sí, Jeremías? —pregunta al canario que tiene apresado en el puño. Lo aproxima a la boca y le da un beso en la coronilla.

—Pero ya hemos dejado atrás el invierno, y no somos animales.

—¿Puedes asegurarme eso?

—¿El qué?

—Que no seamos animales.

—¿Vas a ir tú a por él?

—Como siempre. Iremos Mamashe y yo. Ráscame la barba, por favor, bajo el mentón —Úrsula escarba con las uñas en la maleza frondosa que es la barba del jefe —. Gracias, nena.

—Voy a desayunar algo.

La muchacha sale de la habitación y gana la de al lado, la cocina. Desde allí no quita oído a las explicaciones de J.B.

—Se quedarán contigo Jarque y los *otros*. Espero que no haya problema con ellos durante nuestra ausencia.

Regresa junto al dueño de los canarios. Tras abrir una lata de melocotones en almíbar, mordisquea la fruta con cualidad de roedor. Luego manifiesta a su

compañero que cada vez se encuentra más incómoda con la actitud de Elías Jarque. Como J.B. sabe de sobras a qué se refiere, lo único que hace es encogerse de hombros y darle, de alguna manera, la razón al chaval.

—Nena, tiene diecinueve años.

—¿Por qué no os lo lleváis con vosotros? —adelanta el tenedor y le ofrece medio melocotón a Jess, que abre la boca y mastica con avidez. Él no es un roedor, sino un depredador.

—¿Y que te dejemos a ti sola con los inquilinos de Comala? Es demasiado peligroso. Los de la 202 están demasiado atemorizados como para intentar algo. Pero no me fío de los de la 103. Habría que trasladar a Brooks a la 202 y bajar a Almudena a la 103.

—Pero si el yanqui es nuestro amigo.

—Por eso mismo. Dantas empieza a desconfiar de él.

(Del *Evangelio de un superviviente*, de Javier Dantas, XL, 32-36.)

Utiliza la delación en tu propio beneficio. No dudes en señalar a un semejante si el beneficio que te puede reportar tal acción es lo suficientemente provechoso. Recuerdo que en situaciones extremas nadie es imprescindible y que ha de primar tu instinto de supervivencia por encima de todo.

Una vez finalizada la limpieza de la jaula y el baño de los canarios, Jesualdo llena a rebosar de alpiste los comederos. Observa con detenimiento el trasegar de los pájaros de los comederos a las cañas, y de estas a aquellos, una y otra vez, con una cadencia de autómatas de fábrica metropolitana.

—¿De él? Imposible, Jes —asegura Úrsula—. ¿Dantas dices? No le creo tan inteligente como para eso. Es verdad que habla mucho, pero...

Jesualdo Bendaña se pone la camisa, abrocha los botones uno a uno, sin acelerar los tiempos, dejando que la mirada de su compañera apure hasta el final la contemplación del pecho musculoso.

—No subestimes a este tío. Gasta ojos de superviviente.

Tiene gracia que le diga eso cuando ayer ella se atrevió a entregarle una bengala precisamente a Javier Dantas. Así que será mejor rebajar la desconfianza del otro con unas mentiras.

—No le creo capaz de nada, Jes. Es un cobarde y un alelado, siempre tiene la cabeza en otro sitio, más cerca de la luna que de aquí.

J.B. se ha cruzado de brazos, no responde a Úrsula. Únicamente se deja alimentar por ella: recibe con agrado los trozos de melocotón que su chica le va acercando con el tenedor.

Después de tres semanas en que ninguno de ellos ha sido *retirado* de la habitación, ni Natividad ha sido violada por Mamashe o J.B., es lógico que los inquilinos de la habitación 103 recelen. Dantas y compañía empiezan a sospechar que ellos no son los únicos supervivientes retenidos en el hostel Comala contra su voluntad. De lo contrario no se entiende esa moratoria. Y es que, aunque ninguno lo manifieste, todos

sospechan que J.B. y su gente están alimentándose de carne humana.

Sin embargo no es esta la cuestión que los divide; el asunto que ha dividido las posturas entre ellos es el gesto que tuvo ayer Úrsula: la bengala que arrojó a los pies de Dantas.

—Con una Dr Pepper pensaría con mayor lucidez —bromea mister Brooks en inglés.

Como es una solemne majadería, Durán se abstiene de traducirla, mucho más interesado en participar de las decisiones del grupo que en permanecer atento a las astracanadas de quien afirma ser Max Brooks.

—Podría ser una trampa —objeta—. O no, quién sabe. A lo mejor esa mujer quiere ayudarnos de verdad.

—Deberías devolverla —interviene Natividad.

—¿Qué es una bengala? —pregunta la niña, que no se separa en ningún momento de Guguna, su muñeca.

—¿Devolver qué, quién? —pregunta Brooks en un español de película de indios—. Vamos a delatar a nosotros.

Javier Dantas permanece en silencio. No puede dejar de pensar en cuál fue la verdadera intención de Úrsula al entregarle la bengala. Independientemente de que la maquinaria de su cabeza no deje de ronronear, observa sus compañeros: la manera en que se expresan, las miradas que cambian unos y otros. Presta atención especial a Javi Durán, que para eso es el nuevo, el elemento desestabilizador en un grupo que se conoce desde hace semanas. Si hace memoria, cuando él propuso atacar a Úrsula o a Jarque, Durán estaba inconsciente a causa del golpe recibido en la cabeza. Otra cosa es ¿quién sabe si estaba fingiendo y, con posterioridad, ha pasado sus informes de manera cifrada al grupo de Bendaña?

Dando por buena la inconsciencia de Durán, solo oyeron su propuesta Aurora, Natividad, míster Brooks y él mismo. Parece ilógico sospechar de Aurora, una niña de cuatro años. Así que únicamente ha de centrar su atención en Natividad y mister Brooks.

—Lo mejor sería devolverla —insiste Natividad, que no deja de pasear nerviosa a lo largo de la pieza. Le sigue cerca Aurora—. Y cuanto antes. Será peor si dejamos que pasen más días. Pensarán que pretendíamos fugarnos.

—Se trata de eso —sentencia Durán—, ¿no crees? De escaparnos.

—Sí, ¿pero a qué precio?

Dantas interviene para pedirles que hablen más bajo, que dará igual lo que decidan si sus captores les escuchan desde el otro lado de la puerta. Les ruega un poco de cabeza y no dejarse confundir por los nervios.

—Peor si quedar de brazo cruzar —apunta el yanqui.

—Ahí está otra vez ese ruido —interviene Aurora, que abraza a Guguna, no se sabe si por quitarle el miedo o porque la muñeca le preste el debido consuelo.

Antes de que Jesualdo husmee su nerviosismo, ese que le ha llevado a esconder las

manos en los bolsillos de los vaqueros, Úrsula decide que es hora de visitar a Mamashe Correa. Con anterioridad ha rehuido la compañía de Jarque porque el chaval le ofendía con una erección apenas disimulable; ahora huye de Jesualdo antes de que descubra, en la arboleda verde de sus ojos, el miedo a ser descubierta.

—A mis niños no les faltará de nada mientras yo siga aquí, dando guerra —es lo último que dice J.B. en alusión a los pájaros.

Úrsula recorre la calle Santa Catalina en dirección a la muralla de vehículos y sacos terreros que defienden Finisterre de la invasión de la hambruna y la rabia. Aprieta el paso. Respira por la boca, inutilizada la nariz por culpa de la alergia.

—Eres una tonta —dice para sí.

Es consciente de que ayer cometió un error al lanzar la bengala a los pies de Javier Dantas. Con mister Brooks en la habitación 103, tarde o temprano se acabarán enterando Mamashe y J.B. Eso siempre y cuando los supervivientes no hayan empezado a sospechar de él, y no le ajusten las cuentas antes al yanqui. Ella siempre ha tenido un sexto sentido para los hombres: hace semanas que ha reparado la mirada de Javier Dantas, arrogante como la de un perro de presa, astuta como la de un zorro. Él será su mejor aliado para liquidar a mister Brooks.

—¿Cómo tú por aquí? —pregunta Mamashe al verla llegar.

Hasta las doce del mediodía es él, Senén, el encargado de la vigilancia de la muralla defensiva levantada en la confluencia de las calles Coruña y Prado da Viña. Como siempre que abandona el hostel Comala, lleva puesta la máscara antigás y la capucha echada sobre la cabeza. Desconfía hasta del aire que respira cuando está cerca de los muertos vivientes.

—Si olvidamos al pringado de Jarque, te recuerdo que soy la que más guardias se ha chupado —protesta la muchacha de los ojos verdes—. Así que no me vengas con esa gilipollez.

—No solo has chupado guardias —el chiste estaba servido, así que no ha tenido más que escupirlo a tiempo. La carcajada bajo la máscara es propia de un cínico, o de un actor de tercera.

—¿No te ahogas con eso? —Úrsula casi se asfixia con solo pensar que tuviese que llevar puesta la máscara.

—Cuando te acostumbras a ello, no.

—Senén, he venido a relevarte. Creo que vais a ir en busca del nuevo pardillo.

—Como hacían los banqueros antes de la guerra, vivimos de los pardillos. Como los banqueros antes del desastre, nos alimentamos de las esperanzas de gente confiada.

Mamashe se sube a uno de los automóviles de la muralla defensiva. Concita la atención de uno de los muertos más próximo.

—Ven, hijito, acércate al banquillo que el entrenador quiere hablar contigo —el resucitado arrastra los pies y el alma hasta quedar debajo de Mamashe—. Úrsula, con el cuerpo que tiene este, sería un buen fichaje para el Deportivo de la Coruña, ¿no

crees?

No hay ocasión a que la muchacha responda: antes sucede algo inesperado. El podrido proyecta la mirada hacia la lejanía, se olvida de la carne fresca, y señala con el brazo izquierdo el monte sobre el que se yergue el faro de Finisterre.

—Mi... casa —regurgita con un sonido de cañería atorada—, teléfono —Rebusca en los bolsillos de la chaqueta. Encuentra lo que buscaba: un móvil tan muerto como su dueño. Pero este, enajenado por la lentitud a la que bombea su corazón muerto, se obstina en teclear un número. Se enfurece ante la torpeza de los dedos cancerosos.

—Telé... fono, mi casa —rumia, las sílabas hechas cascotes de un derribo.

—Creo que este tipo no quiere jugar en el Deportivo —bromea Mamashe bajo la máscara.

Antes de que el muerto pueda decir nada más, el muchacho le pateo con saña la cabeza, también antes de que le desabroche los cordones de las botas militares. El crujido del parietal ha quedado en nada por culpa del atronador aullido que profieren los que cobijan a una rata negra dentro del estómago. El hambre es un feroz roedor que muerde sus entrañas, mucho más que la rabia que pueda acumular el conductor del quitanieves. Pero éste ha experimentado la rotura del parietal en su propio cuerpo: en los dientes, en la torrentera de sangre que se agolpa de pronto en la cavidad esponjosa de su sexo.

—No hagas eso, gilipollas —le increpa Úrsula—. Vas a enfurecerlos.

La intervención de la niña, el anuncio de que vuelve a oír el ruido de otras ocasiones, ha dejado en suspenso, de momento, la deliberación sobre qué hacer con la bengala que Dantas escondió bajo las mantas.

—No hagas eso —masculla Natividad. Con el canto de la mano, propina un golpecito a los dientes de Aurora. No soporta que los cruja unos contra otros. La saca de quicio.

—Así suena en mi cabeza —explica la niña.

Antes de que vuelva a hacerlo, para darle la razón de debajo de las mantas aparece una rata color cemento. Es tan grande como un gato castrado y bien cebado. El roedor olisquea a los humanos; estos han quedado paralizados.

Lo mismo les sucede a Úrsula y a Correa, que permanecen clavados al suelo mientras observan cómo uno de los muertos vivientes supera la frontera impuesta por los sacos llenos de tierra tras empujarlos.

—¡Dispárale! —grita Úrsula.

Mamashe, ya sea por los nervios o porque no ve bien con la máscara, no consigue extraer la pistola a tiempo. Cuando lo hace y la amartilla, uno de los brazos del pellejudo ha alcanzado la pierna derecha de su compañera y ha dado un fuerte tirón de ella.

El primero en moverse es Durán, que se aproxima poco a poco, paso a paso. Se interpone entre la posición ocupada por el animal y el lugar de donde ha emergido. Dantas le obsequia con el pulgar hacia arriba y luego se acerca al roedor.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Natividad, que se ha apresurado a coger en brazos a Aurora.

—¡Quédate quieta, Úrsula! Pienso volarle la cabeza —grita Mamashe. Acerca el cañón de la pistola a la sien derecha del muerto, sin darle demasiada importancia a los tirones que el resucitado propina a la pierna de Úrsula.

—Quedaos quietas, no os asustéis. No creo que muerda.

—¡Coño, Senén, date prisa!

Es tal el temblor que sacude la mano ejecutora, que Mamashe se ha visto en la necesidad de acercar el cañón al objetivo. De esta manera no errará el disparo y herirá a su amante y compañera. Como los segundos se hacen eternos en ese momento en que todo sucede a velocidad de vértigo, Úrsula aún dispone de margen para entornar el estribillo de *Sandy*, imitando en su cabeza la voz de Alejandro Sanz. *Sandy, el dinero nos mata, el dinero duele. Sandy, el dinero se hace rico mientras que el alma muere. Sandy, el poder que no puede, qué quieren oír. Sandy a orilla do mundo, y se va a morir.* Luego siente el bocado de hielo que le atraviesa la pantorrilla. La música se hace añicos y el grito tensa hasta el mismo límite de lo soportable las cuerdas vocales. La arboleda verde de los ojos arde, igual que un bosque vietnamita al contacto con napalm yanqui.

La patada alcanza a la rata cuando esta intentaba escapar de la ira de Dantas. Los sesos del muerto viviente estallan igual que una sandía que reventase por dentro. Dantas ha estado más rápido que la rata. Pese al disparo, el resucitado ha estado más rápido que Correa. El animal vuela por los aires. Se estrella contra la pared de enfrente. Úrsula aúlla como una loca, desbaratada por el dolor y el convencimiento de que apenas le quedan segundos de vida. Descansa en paz, ojos verdes.

CAPÍTULO 14. VAMOS A LA CAMA QUE HAY QUE DESCANSAR

Domingo 28 de marzo de 2010. 21:10 horas.
Calle Tomás de Ibarra, Sevilla.

A la muerte dedicó Federico García Lorca uno de sus poemas. En él decía que la muerte entraba y salía, salía y entraba de la taberna. Y aunque Jonás nunca ha leído nada del poeta granadino, experimenta la misma angustia que embargó a Lorca aquel día en que los nacionales se disponían a *pasearlo* entre Víznar y Alfacar. Con cada inspiración y expiración, Jonás percibe cómo la muerte entra y sale, sale y entra de su cuerpo por el corredor de la garganta; se encuentra tan débil que ya es incapaz de respirar por la nariz.

Ha perdido la noción del tiempo, tanto que imagina que el incendio que arde en su estómago lo hace desde hace semanas, quizá meses. Cada bocanada de aire que se hunde en el abismo de los pulmones aviva las llamas. Durante los primeros momentos, cuando la indigestión de fármacos acababa de reventarle por dentro, creyó que sería incapaz de aguantar el dolor. Pero minutos después, semanas para él, a medida que la muerte ha ido anegando su cuerpo, ha terminado por acostumbrarse e, incluso, regodearse en el sufrimiento. De forma inesperada, la quemazón se ha hecho cómoda, casi amistosa, como un sendero que ya hubiese hollado cuando era niño y reconociese de inmediato.

Sonríe. Al menos se consuela con la certeza de que se encuentra solo, a salvo del mundo. O eso cree. Porque, de improviso, cuando más confortable se ha hecho el dolor, cuando los meses se consumen con la misma rapidez que su propio estómago, Jonás siente que alguien le llama desde la lejanía:

—¡Jonás!

Al principio sospecha que solo es el eco cansino de su corazón, que se apaga lentamente mientras dice su nombre, Jo-nás, Jo-nás, Jo-nás.

—¡Jonás!

De repente todo se derrumba: ese espejismo de soledad se evapora y vuelve a sentir la proximidad de una presencia indeseable. La sístole y la diástole del corazón, Jo-nás, Jo-nás, Jo-nás, en cuestión de segundos se le antoja la voz de una mujer.

¿Pero quién? Trata de recordar qué es en realidad una mujer. Se estremece al reparar en el verdadero significado de la palabra: un animal dispuesto a burlarse de su mutilación, de la falta de sus piernas, o a azuzarle con mil y una obligaciones domésticas.

Muy lejos del presente, perdido en un laberinto de recuerdos, Jonás baraja la posibilidad de que sea Madre. Sólo puede ser ella.

Debería sonreír de manera cínica y pasar por alto que ella le ponga la mano sobre el hombro, pese a que ese gesto desde siempre le ha desagradado en extremo. Debería decirle que no le sucede nada, que eso que se ha tragado no son más que un puñado de gominolas; que él solo está jugando al escondite con la amiga muerte.

De regreso al salón, Judith descubre el engaño de Jonás. Le ha mandado al piso de arriba para ganar tiempo y atiborrarse de pastillas. Tras llamarle a voces y abofetearle varias veces, necesita que vuelva en sí, decide que lo mejor será subirlo la silla de ruedas y correr en dirección al cuarto de baño.

Una vez frente a la taza del retrete, introduce los dedos índice y corazón en la boca del moribundo. Los dientes sajan la piel podrida de los dedos cada vez que trata de alcanzar el fondo de la garganta.

—¿Pero qué has hecho? —rumia Judith una y otra vez.

El joven regresa de bruces al escenario de sus últimos momentos. Antes de que sea capaz de frenar, se estrella contra la realidad de esos dos gusanos que le hurgan en la boca. Durante un segundo imagina que está muerto y enterrado, que es violado oralmente por los necrófagos, que no han esperado a que la saliva ni siquiera se seque. Una arcada le sacude el cuerpo, pero se detiene antes de explotar garganta arriba.

—Devuélvelo —dice una voz que no es la de Madre.

Antes de la segunda arcada y de que los dos gusanos que habitan la caverna de la boca consigan su objetivo, Jonás recuerda esas ocasiones en que retaba a su madre con la comida. Lo mismo le daba que fuese de día o de noche; lo importante era no probar bocado. Pero siempre terminaba venciendo la paciencia de Madre. Aquellas confrontaciones silenciosas podían durar dos o tres horas.

Jonás percibe que el incendio del estómago asciende garganta arriba. Instintivamente cierra la boca, pero su intención encuentra un obstáculo: los dedos índice y corazón de Judith. Los gusanos no se arredran y renuevan su obstinación perforadora.

—Devuélvelo.

No puede más. Al final se da por vencido, como cuando Madre le ganaba sin decir ni una sola palabra, sentada allí frente a él a la espera de que diese cumplida cuenta del almuerzo o de la cena. Le gustaría retener a la Doble Muerte dentro de él, ahora que se habían hecho medio amigos; pero la vomita desde la taberna del estómago.

El cuerpo se estremece, se encoge para ejercer la mayor fuerza posible y así expulsarlo todo. El cuerpo se ha rebelado contra la voluntad de su dueño y apuesta por la supervivencia. Aún se dispone a resistir unas cuantas horas más; todo lo contrario que Jonás, que, vencido, ha arrojado la toalla.

—Así me gusta —dice una voz de mujer a su espalda, similar a la de Madre. Tal vez le confunde el hecho de emplear la misma frase con que ella celebraba sus triunfos frente a la comida: *así me gusta*.

Entiendo su desesperación, esa necesidad de acabar con todo. A veces yo he sentido ese mismo impulso. Y es que aunque nos empeñemos en seguir viviendo, ¿qué nos espera si todo el país se ha muerto?, ¿un desierto inacabable de días, todos idénticos? Sin la más mínima esperanza, la lucha carece de sentido. Comprendo su desesperación. Egoístamente, mientras Jonás permanezca a mi lado, aún dispongo de una motivación para luchar.

—¿Estás mejor? —le pregunto. Parece más doble muerto que nunca. El cuello apenas sostiene el peso de la cabeza—. Ya ha pasado todo.

Observo los dedos índice y corazón. Menudo bocado. Ha estado a punto de arrancármelos. Del interior de uno de los cajones, a tientas, alcanzo unas tiritas y un poco de esparadrapo. Lo guardo todo en el bolsillo del pantalón.

—¿Quieres descansar? —pregunto—. ¿Te subo a la cama?

Jonás sigue sin responder. No ha dejado de respirar, es cierto, pero apenas reacciona al estímulo de mi voz. Mientras empujo la silla de ruedas a través del pasillo en penumbra, no dejo de hablarle, de animarle. Con cada giro del pasillo, la cabeza se bambolea como si el cuello fuese de trapo.

Accedo al salón, prácticamente a oscuras. Aparto la sombra pequeña del sofá de una plaza para acercar la silla de ruedas a la sombra grande del tresillo. Así podremos estar muy cerca el uno del otro. Me espera una larga noche, lo presiento.

—Dime que te encuentras mejor. ¿Jonás?

Por única respuesta obtengo su respiración áspera. Algo es algo. Sonrío. Qué importa que la noche nos haga invisibles el uno al otro. Me decido a hablarle de alguno de mis recuerdos, más claros, más vívidos día a día.

—¿Sabes una cosa? De pequeña quería ser bailarina —empiezo.

Retrocedo al inicio de los tiempos, o eso parece, tan lejano presiento aquellos años en que aún era una niña, casi tan remotos como aquellos días en que se pintaron las primeras cuevas con sangre de animales y el carbón de la lumbre.

Palabra a palabra, conjuro el olvido; tengo la sensación de que ellas son la linterna con que he de alumbrar el largo camino, lleno de sombras, que nos espera.

—Bailarina. ¿Tú qué querías ser de mayor?

Igual que antes, me responde el resuello fatigoso de Jonás. No me desanimo: con un poco de suerte, conseguiré que hable.

En mitad de la oscuridad, la voz de Judith resplandece de añoranzas. Acaricia con sus labios cada palabra, igual que si fuese el objeto más delicado y hermoso del mundo. No hay brusquedad en su tono de voz, todo es del color tornasolado de un atardecer infinito de verano. Tampoco hay prisa alguna en su parlamento: abrillanta cada palabra y luego deja que resbale amorosamente por el contorno de los labios.

—Recuerdo que se lo dije a mi padre en la playa. Habíamos bajado hasta allí para volar una cometa. El viento había levantado aquel trozo de plástico adornado con el dibujo de un Zero japonés. Volaba muy por encima de nuestras cabezas cuando le revelé mi anhelo.

«Él ni siquiera me respondió, se conformó con dedicarme una mirada amistosa y una sonrisa cómplice. Por aquel entonces nos entendíamos sin hablar, entre él y yo bastaba el lenguaje de los ojos. Pese a que había obtenido su aprobación silenciosa, necesitaba conocer su opinión. ¿A que no sabes lo que me dijo?

Jonás se ha retorcido sobre la silla de ruedas, lo que es en sí mismo todo un milagro. Hacía rato que no se movía. Judith lo celebra con una sonrisa.

—Oye, ¿te encuentras mejor? —alarga el brazo en mitad de la oscuridad, coge entre sus manos la de Jonás—. Dime que ya ha pasado todo.

En esta ocasión, el muchacho hace un esfuerzo por corresponder a su preocupación. Emite un gruñido, casi un sí, en mitad del oleaje enfebrecido de su respiración.

—Me alegro. ¿Sabes lo que dijo cuando le conté que quería ser bailarina? Media hora después, Judith solo ha conseguido arrancar de boca de Jonás un par de gruñidos más. Demasiado poco. Ello no hace más que ratificar la gravedad de su estado: a Jonás no le quedan más que unas horas de no vida.

Tras semejante conclusión, decide que será mejor apostar por el silencio y dejarle tranquilo. No tiene que ser agradable, imagina, que uno quiera morir y que una voz te retenga en contra de tu voluntad.

Judith respira hondo, resignada al fin. Durante un segundo piensa que, de no haberle provocado el vómito a Jonás, el muchacho ya llevaría muerto un rato. Maldice en silencio su egoísmo. Respira de nuevo, más resignada aún que segundos antes.

—So... nic —balbucea Jonás en dos golpes de voz.

Judith se incorpora alentada por el prodigio. Regala caricias a la mano de Jonás.

—¿Dime?

Pese a que hace rato que el incendio del estómago ha sido sofocado, la muerte sigue entrando y saliendo, saliendo y entrando del cuerpo de Jonás como si este no fuese otra cosa que una taberna lorquiana. Huérfano de fuerzas, Jonás es incapaz de repetir lo que ha dicho. Sin embargo el cerebro del moribundo se mantiene activo y rescata el mejor de sus recuerdos; en ese instante es como un volcán dormido: inerte en la superficie y vivo, por obra y gracia del magma de su interior.

Para bien o para mal, el recuerdo termina por pervertir la realidad. De pronto esa mano que le acaricia no es la de su compañera de desgracia, sino la del primo Miguelín. Tampoco están en su casa de Tomás de Ibarra, sino en la de la tía Engracia y el tío Obdulio, los padres de Miguelín, el primo con quien compartía juegos y confidencias.

Siempre que Miguelín estaba cerca de él, la tristeza que arrastraba de casa se evaporaba, lo mismo que un mal sueño. Daba igual a lo que dedicasen aquellos ratos de ocio: su sola presencia magnificaba aquellas visitas. Daba igual que montasen en bici, Miguelín sabría advertirle de los peligros del tráfico. Que jugasen al fútbol con otros niños del barrio, Miguelín se empeñaría en jugasen juntos en el mismo equipo.

Al observar a su primo, no podía dejar de sonreír. Con el paso de los años, por desgracia llegó el distanciamiento, sobre todo después del accidente de Jonás y de que perdiese las dos piernas. La traición de Miguelín quedaba todavía muy lejos aún de esos días que, al borde de la doble muerte, ha rescatado del olvido. Por aquel entonces, Miguelín tenía nueve años y Jonás ocho, y eran inseparables.

Nada tenía sentido si no lo compartía con él. Ni las clases, ni los exámenes, ni las niñas que le miraban de reojo; tampoco Virginia, que siempre que tenía ocasión se arrimaba a Jonás, ya fuese para compartir desayuno en el recreo o para enseñarle unos cromos. Nada era lo mismo sin su primo.

En el décimo cumpleaños de Miguelín, a su primo le regalaron un videojuego. Ese sería el inicio del camino que conduciría a Jonás, años después, hasta *Silent Hill*. Aquel videojuego se llamaba *Sonic, el erizo*.

El cerebro recuerda que, por aquel entonces, a Jonás le dio por decir que de mayor quería ser no astronauta como decían otros niños del colegio, ni futbolista ni bombero. Nada de eso: Jonás quería ser Sonic el Erizo. Así jugaría siempre con el primo Miguelín.

Judith, ajena al magma de los recuerdos, a la volcánica erupción de los mismos, no entiende qué ha querido decir Jonás con esos dos golpes de voz: So... nic. Así que es lógico que insista.

El moribundo se enroca en una sonrisa de máscara veneciana, acartonada, fingida. No abandonará ese escudo por nada del mundo. Una sonrisa como una bandera blanca: Jonás apuesta por una tregua. Sin embargo Judith no puede verla por culpa de la oscuridad reinante, e insiste con una batería de preguntas.

—¿Estás mejor?... ¿Se te ha pasado ya?... ¿Quieres algo?... ¿Qué has dicho antes?... Dime.

Basta que ella acerque la mano y le acaricie el rostro para que la imagen de Jonás niño, resplandeciente luciérnaga, se materialice en mitad de la noche que cerca a Jonás. Camina sobre sus dos piernas, porque a esa edad, a los ocho años, aún no había sufrido el accidente que se las arrebató.

La aparición se sienta sobre el brazo derecho de la silla de ruedas, casi en equilibrio. El Jonás que agoniza sonríe con más fuerza si cabe mientras Jonás niño le acaricia el rostro y promete que irán a jugar con Miguelín en cuanto se haya quedado dormido. Luego le dice al oído: *Duerme*.

—Jonás, ¿quieres que te suba a la cama? Así dormirás más cómodo.

La voz de Judith apenas le roza. Es una brisa que, con suerte, logra erizarle el vello de los brazos. Perdido en la ensoñación final, Jonás se encuentra demasiado lejos como para entender la proposición de Judith. Solamente responde a las caricias que le prodiga. Imagina que responden al interés de Jonás niño por hacerle más cómodo el último tránsito.

—Así te... pareces a... Miguelín —murmura Jonás a su imagen infantil. Tal vez porque esa sonrisa y esa complicidad solo las encontró en su primo.

—¿Miguelín? —pregunta Judith—. Soy Judith.

Ella debería interpretar de manera correcta el prolongado suspiro, por mucho que le duela. Solo negando la realidad, desoyendo el estertor final, es capaz de ignorar una prueba tan evidente. Jonás se ha marchado de la mano de Jonás niño, camino de la casa de Miguelín.

Zarandea el cuerpo inerte del muchacho. Recoge las manos de Jonás entre las suyas y trata de hacerlas entrar en calor. No haya gesto más inútil que este. De pronto, el silencio más impenetrable asfixia a Judith, le roba el aire de los pulmones.

—Jonás, soy Judith.

Su voz es la obstinación de un despertador que nadie oye, que chilla amanecer tras amanecer después de haber sido olvidado en una mudanza. Es el goteo milenario que se despeña de una estalactita y que sólo es percibido por el silencio que sobrevive en una cueva perdida. Una bailarina que ensaya en la soledad de un escenario sin que le acompañe música de piano.

CAPÍTULO 15. TE MATARÉ

Jueves Santo 1 de abril de 2010. 9:50 horas.
Nacional N-II, cerca de Zaragoza.

Loco está Antonio Malavé al circular a esa velocidad. En el interior del autocar se deja sentir el zumbido del motor, exprimido hasta alcanzar los cien kilómetros por hora, y el estruendoso silencio de quienes ocupan los asientos. Nadie duerme en este momento, nadie, aunque varios descansan con los ojos cerrados. Es mayor el griterío que cada uno registra dentro de su cabeza, infectada por los peores recuerdos del campamento Vermell, que la necesidad de descansar de la falta de sueño. Después de lo sucedido durante la última noche, el silencio pesa más que una manta mojada por la lluvia.

Después de abandonar la sierra de Montserrat, todos han esquivado la mirada del compañero de desgracia. Mejor eso que enfrentarse al espejo de las pupilas, emborronadas por las imágenes de la matanza acontecida a las puertas de la abadía. Es preferible estirar la mirada en busca de los kilómetros de carretera que les separan de ninguna parte.

Sin embargo, tras el amanecer, los supervivientes ya se han atrevido a cruzar miradas y cambiar alguna que sonrisa de circunstancias, un milagro comparado con el mutismo que se ha cernido sobre el autocar. Por eso es de agradecer, para acallar los recuerdos e incentivar el diálogo, que Antonio Malavé haya alcanzado el micrófono del salpicadero y les dedique una canción. El tema ya tiene sus añitos, pero a él sigue gustándole como el primer día.

—*Yo la sentaba en mi regazo, enloquecía sólo a su contacto*—canta—. *La he conservado en la memoria. Tal como estaba.*

La celebridad de Loquillo y los Trogloditas caducó hace al menos una década. ¿Quién se acuerda de ellos y de esa canción? A él le importa un carajo: siempre ha sido hombre de ideas fijas. Prosigue con la canción, entonándola con la mayor efusividad.

Como sostiene el micrófono con la izquierda y conduce con la derecha, aminora la marcha hasta los sesenta kilómetros por hora. No va a arriesgarse a sufrir un accidente.

—*Y ella me sonreía y miraba hacia el mar. Me emborrachaba entre sus brazos.*

En uno de los dos asientos que hay junto a la entrada del vehículo reposa Antonio Ramírez. Cómplice, deseoso de olvidar el asalto de los hambrientos, Abuelo hace los coros a Malavé, celebrando los momentos de la letra más políticamente incorrectos: *Por favor sólo quiero matarla*. Carece de importancia que la canción elegida no sea del todo de su agrado, que Loquillo jamás haya sido santo de su devoción; él preferiría algo de Héroes del Silencio, un tema más musical, algo más poético.

Durante un segundo la melodía de *El estanque* resucita un aluvión de recuerdos en la cabeza de Ramírez.

Durante los minutos que dura el tema de Loquillo en la interpretación de Malavé, el interior del autocar ha dejado de ser ese cementerio en que se había convertido. Hacia la mitad del vehículo, descansa Francesc Maciá, descalzo y colgadas las piernas del reposabrazos del asiento que hay a su izquierda. Le desagrade el exhibicionismo de Antonio Malavé, su empeño por hacerse notar en todo momento. Pero ha de reconocer que el sevillano es una pieza fundamental en el grupo: no en vano fue él quien logró salir del campamento Vermell gracias a su pericia al volante. Así que se traga los reproches: será mejor no afeár el exhibicionismo del sevillano.

Maciá apostaría por un silencio analgésico, aunque con ello los gritos de Natascha, Largo Silver y Gerard Océano despertasen de nuevo en su memoria. No pudo hacer nada por salvarlos. Cínico, el fotógrafo sonríe cuando siente sobre sí el peso de la mirada de Malavé a través del rectángulo del espejo retrovisor.

—Anímate, Francesc —dice el conductor mientras Abuelo le hace los coros.

—*Por favor sólo quiero matarla a punta de navaja. Besándola una vez más.*

Ocupando los últimos cinco asientos del vehículo, yace acostado Inocencio Guerau. Con los reposabrazos alzados, esos cinco asientos hacen las veces de cama. Ino lleva el brazo vendado con los jirones de una camiseta que Malavé ha tomado de una de las mochilas almacenadas en el maletero. Por fortuna la herida dejó de sangrar al cabo de un par de horas.

Desde el primer momento, tras abandonar Montserrat, Maciá y Abuelo Ramírez se negaron a continuar viaje con un herido a bordo. ¿Y si moría por culpa del balazo? Después de la exploración inicial practicada por Italia, el grupo descartó que la herida fuese producto de un mordisco. Eso le salvaba y le permitía ir con ellos, al menos de momento. De haber mediado la más mínima señal de infección, Maciá y el Abuelo habrían hecho prevalecer su juicio: abandonar a Ino a su suerte al pie de la carretera.

Al cuidado del herido, ya sea para velar por su sueño o para practicarle las curas pertinentes, permanece Italia.

—Ino, ¿cómo te encuentras? —pregunta.

—Mejor, de verdad —contesta el otro sin abrir siquiera los ojos.

—¿Quieres un poco de agua?

—No, gracias. Descansa tú ahora.

Italia mira de reojo a Francesc Maciá. Es verdad que, nada más romper la mañana, ha cruzado alguna que otra mirada con él. Pero desde que abandonaron el Vermell, el fotógrafo anda evitándola siempre que tiene ocasión.

Posa un beso en la mejilla de Ino y le reconviene para que descansa. Luego avanza a lo largo del pasillo. Antes de llegar a la altura del asiento ocupado por Maciá, elige uno y se derrumba sobre él. Todavía esconde dentro del bolsillo lo que quiso regalarle a Francesc cuando se cruzaron durante la última noche en el campamento.

Bueno, piensa mientras se acaricia las rastas, ya habrá ocasión de hablar y de preguntarle qué mosca le ha picado. Sospecha que anda enfadado a cuenta de las atenciones que ella prodiga a Ino, el canalla que, según se rumoreaba en el campamento, obligaba a don Bernabé a hacer sus guardias nocturnas. Pero ella dedicaría las mismas atenciones a cualquier otro herido, se llamase Moriarty o Barbarroja.

La canción entonada por Malavé acaba entre los aplausos y bromas de Ramírez.

—Italia, ¿quieres alguna canción en especial? —pregunta valiéndose del micrófono.

Ella levanta la mano, el dedo corazón enhiesto; es más un gesto cariñoso que combativo. Para sí misma entona los compases de *Time after time*. Prefiere mil veces esa balada de Cindy Lauper a la canción de Loquillo.

—Maciá, elige tú entonces una canción.

Aunque no abra los ojos, Francesc registra el peso incierto de la mirada del sevillano a través del espejo retrovisor. Le basta con mover la cabeza en sentido negativo para dejar clara su postura al respecto: prefiere el silencio.

—Sois todos unos tristes, joder —bromea Malavé sin soltar el micrófono—. A ver si, al final, va a resultar que hemos sobrevivido los más aburridos.

Las bromas son demasiado cargantes, pero nadie le reprende. Piensan que se aburrirá y que entonces los dejará tranquilos durante un rato. Es encomiable su interés por negar la tragedia vivida en el campamento y hacérsela olvidar al resto, pero al final resulta agotador.

—Si tuviese aquí mi guitarra...

Malavé se aburre y deja el micrófono en su sitio. Maldice en voz baja. El silencio de sus cuatro compañeros ha terminado por arrinconarle, muy a su pesar. Vencido, los recuerdos le asaltan mientras conduce: su trabajo en Mairena del Aljarafe, ese gabinete de peritaciones; también las escapadas a Sierra Nevada y aquella época en que jugando al rugby formó parte del Monte Ciencias CR.

—En lo que vengo a cantar, de cien palabras a veces sobran mas de la mitad —rumia en voz baja recordando a Rafael Alberti.

El instante de tregua es aprovechado por Abuelo Ramírez, que abandona su asiento junto al conductor y se encamina hacia la parte trasera del vehículo. Pese a que Maciá advierte la proximidad de sus pasos, mantiene cerrados los ojos.

—Francesc, ¿cómo estás? —le pregunta.

—De puta madre —contesta y sonrío.

—¿Te haces cargo entonces del siguiente turno?

—Claro. Así Malavé soltará el micrófono. Que me tiene frito.

—Lo hace de buen rollo. Entiéndelo.

—Antes preferiría un coro de muertos vivientes —se burla.

—Mira que eres exagerado.

—Exagerado no. Realista, Ramírez.

—Pues ya sabes: en la siguiente parada te encargas del volante.

Abuelo Ramírez, que de alguna manera ha asumido la función de cabecilla del quinteto, se encarga de coordinar los distintos turnos de conducción. En realidad hay poco que coordinar: sin el concurso de Ino, que permanece herido, ni el de Italia, que no sabe conducir, únicamente restan Malavé, Maciá y él para repartirse la labor. Cada cuatro horas tiene efecto el cambio de conductor. Han juzgado preferible que las tandas sean cortas a que el cansancio les exponga a un accidente.

—¿A alguien le queda un pitillo? —pregunta Maciá.

Italia levanta el brazo, uno de sus pitillos entre los dedos. Antes de que el fotógrafo diga nada, Abuelo se acerca hasta la muchacha y lo recoge.

—Abuelo, no te lo fumes tú —bromea Malavé sin quitar ojo a la carretera.

Italia y Maciá son los únicos fumadores del grupo. Conscientes de lo aprensivos que pueden ser quienes desprecian el tabaco, el fotógrafo no lo encenderá hasta la próxima parada.

Si al aproximarse a un pueblo o una ciudad se detecta la existencia de un número considerable de resucitados, el vehículo da media vuelta antes de dar ocasión a los lamentos. Solo siendo prudentes llegarán lejos. Ya tuvieron bastante con la masacre vivida en el Vermell como para aventurarse a afrontar otra.

Así evitan las poblaciones de Igualada, Santa María de Miralles, Querol y Juneda, infectadas de resucitados, auténticos mataderos al aire libre. Por el contrario, en Aiguamúrcia el grupo determina hacer una breve parada: allí, en un colmado que permanecía con las persianas levantadas se abastecen para varios días.

Aunque desde lejos, el grupo es testigo de las peores escenas en Lleida, concretamente en los alrededores del Centro Penitenciario. Vivos y muertos, presos y fuerzas del orden, luchan sin cuartel, sin descanso. Se dispara o se muerde a quien se tiene enfrente sin atender a otra bandera que la desesperación. El autocar se aleja camino de Almacelles sin mirar atrás. Se hace noche en una estación solitaria después de organizar unos turnos de guardia.

Al día siguiente en Vilella de Cinca atropellan a media docena de cuerpos que les salen al paso. Pese a las protestas de Italia, no se distingue entre supervivientes o hambrientos: el infeliz que se atrevió a plantarse en mitad de la calzada es embestido a cien por hora.

Ahora, a diez kilómetros del centro histórico de Zaragoza, los supervivientes del Vermell descubren la presencia de un helicóptero de la policía. El aparato sobrevuela la zona trazando grandes círculos. Maciá pisa el freno y detiene la marcha en mitad de la carretera.

—Voy a subirme al techo y a hacerles señales —dice dejando el volante.

Antonio Malavé le detiene antes de que abandone el vehículo: hay que ser prudentes. Será mejor que, antes de cometer una tontería, el fotógrafo eche mano de sus prismáticos y observe el comportamiento del helicóptero. No está claro que les haya divisado: sobrevuela el centro de la ciudad, no muy lejos de la mole de la

basílica del Pilar.

A cuarenta kilómetros por hora, el autocar avanza a través de la circunvalación norte que rodea los barrios de La Jota, Arrabal y Actur.

—Detén el autocar —ordena Malavé al conductor.

Aunque el frenazo no es demasiado agresivo, el cuerpo de Inocencio Guerau rueda hasta el suelo. Maciá observa, a través del espejo retrovisor, al camionero que se incorpora con dificultad antes de que corra en su auxilio Italia. El fotógrafo no puede reprimir una sonrisa de satisfacción.

—Déjame los prismáticos —dice Malavé. El fotógrafo se los alcanza.

El sevillano enfoca la lejanía, el inicio de la avenida de los Pirineos. A casi dos kilómetros de distancia distingue un camión de soldados que, justo en ese momento, se detiene frente a un bloque de viviendas. Del interior del inmueble aparecen dos cuerpos, los brazos en alto.

—Creo que han encontrado un nido de supervivientes —comunica al resto sin perder detalle de la escena—. Es una pareja.

Observa cómo los soldados descienden del camión y cómo los supervivientes son obligados a ponerse cuerpo a tierra. Malavé guarda silencio, queda a la expectativa.

—Venga, dinos, ¿qué están haciendo? —es Abuelo, incapaz de cerrar el pico.

—Creo que los van a cachear —miente, porque no es eso precisamente lo que está sucediendo al otro lado de los prismáticos.

No los van a cachear, que sería lo más lógico. Uno de los soldados ha disparado a bocajarro al hombre. A causa de la distancia y de la irracionalidad del instante, Malavé imagina que está viendo una película de terror. Después de liquidar al hombre, dos soldados levantan en volandas a la mujer. La zarandean. Se doblan de la risa mientras desnudan a la infeliz: le arrancan a manotazos la ropa.

Durante un momento el observador duda. Piensa en la eventualidad de que la pareja no sea otra cosa que dos muertos vivientes que se han rendido ante la superioridad numérica de los soldados. Pero no: Malavé juraría que esa pareja no conoce el hambre sin medida ni la muerte resucitadora.

De lo que no cabe ninguna duda es de lo que sucede a continuación. No puede dar crédito a lo que está viendo con la ayuda de los prismáticos.

—Vámonos. Arranca, Francesc —dice cuando se recobra de la impresión—. Por favor.

—¿Qué sucede?

La curiosidad de Abuelo Ramírez merecería que le contase toda la verdad. Pero no lo hará. Las palabras le dolerían igual que si fuesen cristales dentro de la boca. Será mejor que no diga nada. La imagen del soldado cabalgando sobre la cintura desnuda de la superviviente se hace fuego en su cerebro y le hace hervir la sangre de impotencia. No puede ser: tiene que estar soñando.

—¿No vamos a pedir ayuda al ejército? —pregunta Maciá.

—Por favor, Francesc, vámonos.

El sevillano devuelve los prismáticos a su dueño sin levantar la mirada. Cuando el vehículo reanuda la marcha y toma asiento, es entonces cuando Malavé esconde la cara entre las manos. Ojalá todo sea un sueño dentro de otro sueño, como contaba Edgar Allan Poe.

Capítulo 16. HIPOTIPOSIS

Jueves Santo 1 de abril de 2010. 16:45 horas.
Hostal Comala, Finisterre.

Zelmira, la madre de Elías Jarque, conoció a Gervasio Bendaña, el hermano de J.B., gracias a Sinéad O'Connor; más concretamente, a uno de sus mayores éxitos, *Nothing compares 2U*. Aunque había demasiados cuerpos entre los dos en aquella fiesta, demasiadas charlas intrascendentes y demasiados cubatas sacrificados en aras de un estado de conciencia superior, los ojos de uno y de otra se reconocieron al instante. Nunca antes habían cruzado una mirada, pero se reconocieron. Un par de años después la canción de Sinéad O'Connor, que iba a acompañar el primer baile de los recién casados, sonaba a crisantemos en boca de la desdichada novia. El padre de Jarque decidió poner tierra de por medio y desentenderse del bebé de cinco meses que era Elías. El repentino abandono y la cancelación de la boda pesaron en el ánimo de la familia de Zelmira como si ella fuese la culpable del oprobio a que habían sido sometidos.

Desde entonces el pequeño Jarque creció sin el abrigo benefactor de sus abuelos, ni conoció tampoco a ninguno de sus tíos ni de sus primos. El único que quebró aquel ostracismo fue Jesualdo Bendaña.

—Gervasio es mi hermano pequeño y Elías es mi sobrino del alma —decía J.B. a todo aquel que quería escucharle, ya fuese en el cuartel donde trabajaba por aquella época o en un bar. Era cierto: uno era su hermano y el otro su sobrino. Pero del primero, Gervasio, nunca se supo más en Valladolid.

Jesualdo Bendaña siguió visitando a su cuñada y a su sobrino, ese niño enclenque y llorón con quien jugó al fútbol Elías cuando contaba cinco años de edad; a quien consagró varios veranos al culto de las piscinas y los cuerpos bronceados a los diez; y con quien compartió varios abonos de temporada en el Estadio José Zorrilla a los quince.

Por mucho que Elías llevase únicamente los apellidos de la madre y de Bendaña no quedase ni la sombra, seguía siendo su sobrino, ese hijo que J.B. nunca tuvo porque siempre fue un hombre demasiado inestable en las relaciones y peregrino en demasiadas camas.

Tío y sobrino se han reencontrado en Finisterre, tras llevar cinco años distanciados por culpa de los estudios de uno y de la profesión militar del otro. Tío y sobrino nunca han hablado de aquellos tiempos, como si el silencio fuera el mejor epitafio con que sepultar los recuerdos. Aunque ninguno lo reconozca en voz alta, de alguna manera el tema de Sinéad O'Connor les mantiene unidos. Da igual que a Jarque le parezca una verdadera antigualla, digna de recopilatorios del día de San Valentín sin más valor que el de desatar la nostalgia, igual que si fuese un nudo, en el corazón de

hombres y mujeres con más años que un bosque. Y a Jesualdo, que gusta de la música de los años setenta, se le antoje una de esas modernidades que jamás debieron componerse. Porque sus recuerdos convergen en las notas cantadas por Sinéad O'Connor.

Para el resto de supervivientes del hostel Comala, no existe el más mínimo vínculo familiar entre ambos. Ninguno lo conoce. La única que sabía el parentesco que une al ogro del tatuaje y al joven del tirachinas era Úrsula. Y ella ya no irá con el cuento a Senén. Desde ayer, desde la imprudencia cometida por Mamashe, brama al otro lado de la muralla levantada con coches y sacos llenos de tierra. Desde ayer, después de la resurrección, la muchacha de los ojos verdes ha perdido gran parte de sus recuerdos. Con suerte la hambrienta Úrsula será capaz de recordar el eco lejano de una canción, que no es de O'Connor, ni de Basilio, ni de El Arrebató: es posible que el hálito de *Sandy* aún arda en su cerebro, alentado por la voz de Alejandro Sanz. Pero nunca más será capaz de recordar el parentesco que unía a J.B. y a Jarque.

Desde ayer Jesualdo no es el mismo. Es verdad que no ha dejado de limpiar la jaula de los pájaros y que su voz baritonal entona en voz baja, cuando se encuentra a solas, la canción favorita de Basilio, *Cisne cuello negro, cisne cuello blanco*. La letra se revela entonces como un potente anestésico, sobre todo si es capaz de repetirla una y otra vez, hasta la extenuación: *No hay un lago negro, hay un lago blanco, hay un lago blanco. Hay un lago inmenso lleno de fango, lleno de fango*. Sin embargo, desde la muerte de Úrsula, su barba parece menos abundante y el cuerpo menos musculoso.

Si de Simbad el Marino se ha escrito que en sus ojos era posible ver países en fiesta, ahora en los de Jes no hay más que árboles huraños, tierra enferma como la del Golgotha y sepulcros blanqueados. Cercados por unas ojeras hondas como ciénagas, pues no ha dormido en toda la noche, esos ojos desafían en fiereza a los de los rojos que cercan Finisterre con sus alaridos. Émulo de Maldoror, alcanzaría la navaja de afeitar de Mamashe y se abriría la carne donde se unen los labios para así, con esa sonrisa de *Joker*, desmentir la fatalidad de su mirada.

Sin mediar la tragedia de la muchacha que ha compartido últimamente su cama, ayer mismo habría organizado la expedición para recoger a Excesus, el superviviente que respondió a la llamada telefónica. Hay que reponer el material en las despensas del hostel Comala; él lo sabe mejor que nadie. Pero desde ayer no ha decidido nada al respecto, por mucho que Mamashe haya insistido en recordarle que superviviente precavido vale por dos.

—Tenemos que salir antes de que anochezca.

—Ya iremos, ya iremos a por él.

—¿Hoy?

El conductor del quitanieves se aburre antes de conseguir nada del jefe. En cuanto se queda a solas, Bendaña deposita un beso sobre el tatuaje del crucificado. Los únicos testigos del gesto son Jeremías e Isaías, que no dejan de mirarle desde el encierro de su jaula. Por mucho que píen, ni Jarque ni Mamashe entenderán lo que los

pájaros quieren decir. Jes es el único capaz de comprenderlos, de hablar con ellos. La tragedia vivida ayer ha llegado a oídos de los inquilinos de las habitaciones 202 y 103. Ha sido el propio Mamashe quien les ha hablado de ello, del inesperado asalto de los muertos y de cómo él hizo todo lo posible por salvar a la muchacha de los ojos verdes.

—Una lástima lo de esa muchacha —apunta Natividad, cuando Mamashe cierra la puerta. Para ocultar el nerviosismo, entretiene las manos probando distintos nudos para sus zapatillas deportivas de distinto color.

—¿Vosotros creer todo lo que dicho esa gente? —pregunta míster Brooks. El escritor permanece de pie, su figura recortada contra la claridad que anega el mar de papeles del ventanal, las manos cogidas a la espalda. Lo que daría él por dar un paseo por el pueblo y estirar las piernas. Lo que daría por ver un partido de béisbol o por refrescarse el gáznate con una Dr Pepper bien fría.

Cuando salga del hostel Comala lo primero que hará será ir, al amparo de la noche, al lugar donde, antes de ser apresado por J.B. y Mamashe, había enterrado la última lata de Dr Pepper de que disponía.

—Ahora que lo dice usted... —reflexiona Natividad—. Lo mismo la muchacha está viva y...

—Tal vez tenga razón míster Brooks —interviene Durán. Javi yace tendido sobre las mantas, las manos detrás de la nuca a modo de almohada—. ¿Por qué iban a contarnos la verdad?

Permanecen callados Aurora y Javier Dantas en todo momento: la niña de cuatro años porque yace tumbada junto a la muñeca Guguna a quien dedica toda su atención, y el antiguo inspector porque sigue estudiando a sus compañeros de desgracia, convencido de la existencia de un delator entre ellos.

Gracias a la experiencia cobrada en Umbría como inspector de policía, Dantas es consciente de que la observación detallada de las distintas pistas arrojará, tarde o temprano, algún tipo de conclusión. Desde hace días sospecha del escritor americano; es más, juraría que no es escritor ni americano, sino que ha adoptado esa personalidad para esconderse tras ella. Contradice su hipótesis que aún no les haya delatado, que no haya aprovechado una visita de Mamashe o de J.B. para revelar la existencia de la bengala que le diera Úrsula. ¿A qué está esperando?

—Míster Brooks —interpela al objeto de sus sospechas—, ¿cómo salimos de aquí?

Sin volverse hacia él, el americano se encoge de hombros y luego se señala las orejas. Ante un gesto tan inequívoco a Durán no le queda más remedio que intervenir: traduce la pregunta de Dantas. Míster Brooks cabecea pensativo, pero no dice nada.

—Podríamos romper el cristal —se adelanta Natividad.

—¿Con qué? —pregunta Dantas.

—Bastaría con una patada, supongo —apunta la mujer.

—De acuerdo, pero suponiendo que no resultase herido quien lo rompa, ¿qué

haríamos luego, saltar? Es una primera planta, no hay demasiada altura, pero es más que suficiente para partirse un tobillo.

—Esa no es la solución, caballeros —interviene míster Brooks en inglés. Cambia una mirada para que Durán proceda con la pertinente traducción—. Como dice el compañero es demasiada altura. Además, con suerte, podríamos escapar un par de nosotros antes de que nuestros captores se dieran cuenta.

Dantas, dispuesto a socavar la seguridad que demuestra el escritor, apunta que sea él, Brooks, quien proponga el mejor método para fugarse.

—Según parece, usted ha escrito varios libros sobre situaciones similares a la que estamos padeciendo en España. ¿Qué dice esa guía de la que tanto nos ha hablado? ¿Qué recomienda en casos como este?

Por fortuna para el yanqui, la respiración gruesa de Aurora llena el silencio abierto tras la pregunta formulada por Dantas. Natividad les ruega que hablen más bajo. Dado que la niña ha dormido poco durante la última noche, ahora, a media tarde, ha sido vencida por el peso del sueño. Duerme abrazada a la muñeca con una sonrisa colgada de los labios.

—A saber qué habrá visto y cómo ha llegado hasta aquí —murmura Natividad después de anudar con doble lazo las zapatillas.

Jarque ha ido cauterizando heridas con el bálsamo de la música. Se identifica con Estopa, esos dos tipos de Cornellá de Llobregat que se muestran naturales en entrevistas y conciertos, pese a cobrar en un año lo que él nunca conseguirá en su puta vida.

Pensabas que vivía dentro de un cuento con argumento. Pensabas que sentía lo que yo siento siempre por dentro, entona la letra de *Cuando amanece*, esa que suena en el tuétano de sus huesos, que se sienta a su lado cuando, como ahora, hace guardia sobre la muralla defensiva de la avenida Coruña, esquina con Prado da Viña, cercado por el clamor lejano de los muertos vivientes. Le importa muy poco que para su tío Jes los de Estopa no sean más que un par de críos con mucho salero y poco genio. A él le gusta y punto; su tío es un carroza anclado en el pasado.

—Díganos qué nos recomienda, mister Brooks —insiste Dantas.

Para Jarque, Estopa es una seña de identidad, como lo es para Jesualdo el llevar el pelo muy muy corto, la barba muy crecida y lucir el tatuaje del Crucificado en el brazo. Entre ellos, Estopa y Jarque, no hace falta traductores; todo lo contrario que le sucede a míster Brooks, a quien cada vez le cuesta más hacerse entender a pesar de contar con la ayuda de Durán.

—En estos casos nunca está de más —reflexiona el americano— pensar en la posibilidad de pactar con el enemigo. Si no puedes vencerle, únete a él.

La carcajada con que Dantas rubrica el comentario del escritor coincide con la que profiere Jarque, que exaltado por la energía de la música de Estopa, ríe en voz alta y mueve los pies como si le fuese la vida en ello. Nada importa, ni siquiera que al otro lado de la muralla defensiva, apenas a unos metros de él, los resucitados no dejen

de cantar su desgracia con unos alaridos que tienen algo de condena y de llanto.

—¿Has visto hoy a Úrsula? —es la voz de su tío J.B. la que suena tras él.

De inmediato Jarque abandona el baile, como un niño pillado en falta. Cuando se da la vuelta, encuentra a Jesualdo mesándose la barba.

—Anda como perdida. Parece como si se acordase de nosotros.

—Seguro que se acuerda —rumia el ex militar—. Ella nunca será una roja como los otros.

—¿No crees que deberíamos abreviar su sufrimiento? —pregunta el muchacho apuntando con el tirachinas a la cabeza del pellejudo que tiene más cerca.

Eso mismo ha pensado él. Si aún no ha tomado una decisión al respecto es porque está supeditado a las órdenes de un superior. Y él, que se ha ganado la vida como militar hasta que del ejército no ha quedado más que un rosario de compañías desperdigadas y podridas de mercenarios, él que ha hecho de la obediencia ciega su manera de vida, no piensa desobedecer las órdenes de quien habita el muro de la última farola. Por nada del mundo. Si ese habitante, su superior, ha decidido que tiene reservado una misión para Úrsula, J.B. no abreviará el sufrimiento de la muchacha por mucho que le duela.

—¿Se acerca a verte?

—Qué va. Se mantiene lejos, como si temiese lo que estamos pensando.

—No creo que los rojos mantengan esa capacidad.

—Pues míster Brooks dice que...

—¿Tú te fiarías de lo que dice un chivato?

¿Qué puede decirle? En ese momento el muchacho, más alto que un campanario de iglesia, no recuerda ninguna canción de Estopa que hable de ello, que le pueda ofrecer algún tipo de respuesta. Se encoge de hombros y escupe contra el suelo.

—Todavía no conozco a ningún podrido capaz de razonar, y mucho menos hablar —miente con impunidad. Lo hace tan convencido que parece que es verdad. Su sobrino no ha sufrido ni sobrevivido a la batalla de Burgos, y él sí. Elías vivía con su madre en Valladolid y no sabe lo que ocurrió en Burgos.

Será mejor silenciar lo que vio allí, sobre el margen del río Arlanzón. Jesualdo recuerda que llegó, después de desertar, a la capital burgalesa huyendo de otros desastres y de otras matanzas. Se cambió de ropa, convencido de que le iría mejor sin el uniforme militar. Fue peor el remedio que la enfermedad, porque allí estuvo a punto de descubrir un pasadizo hacia la locura.

Al quedar cercada la ciudad por la horda de muertos, no le quedó más remedio que participar en la defensa de la plaza. Le iba la vida en ello. Armado con un pico, se camufló como pudo y ayudó a los vecinos. Las fuerzas del orden y voluntarios de toda clase y condición estuvieron limpiando el centro histórico de cadáveres que parecían peregrinos, y de peregrinos que parecían cadáveres. Pero la riada de muertos se mostraba dispuesta a arrasar con todo cuanto encontrase a su paso.

Los supervivientes celebraban cada receso en el asalto de los pellejudos como si

fuese lo más grande que habían conseguido en sus tristes vidas. Tan pronto como la noche caía o se relajaba la vigilancia, los hambrientos volvían a la carga.

A los aullidos se respondía con el tableteo de las armas. A los mordiscos, con el certero disparo en mitad de la frente. Sin embargo la insistencia de los hambrientos doblegaba la paciencia de los vivos.

Jesualdo recuerda que a la segunda mañana sucedió algo realmente extraordinario. Uno de sus compañeros de barricadas le dio un codazo.

—Mira eso —le dijo.

Al asomar la cabeza, se le dislocó la mandíbula y se le desencuadernó la mirada. Se restregó los ojos, pensó que estaba soñando, que despertaría antes de volverse loco. Pero no, hacía rato que había amanecido un nuevo día.

—¿Quién es ese?

Desde su posición, J.B. no alcanzó a distinguir los ojos de hiena, ni tampoco la ausencia de parpadeo; estaba demasiado lejos para apreciar tales detalles. Sin embargo si advirtió que ese muerto actuaba de manera menos impulsiva que el resto de rojos. Que se parapetaba tras la balaustrada del puente que cruza el Arlanzón y que segundos después, se incorporaba y, con un gesto del brazo, incitaba a la batalla al resto de pellejudos.

No se conformó con aullar; gritó a pleno pulmón, con una voz como hecha de cristales y restos de huesos:

—¡A por ellos!

Así que Jesualdo Bendaña ha mentido a su sobrino. Tal vez para preservar la cordura del muchacho. Mejor para él cuanto menos sepa.

CAPÍTULO 17. PARA QUE YO ME LLAME JESUALDO BENDAÑA

Sábado 3 de abril de 2010. 11:25 horas.

Hostal Comala, Finisterre.

A Mamashe le desagrada el silencio. Ha colgado el teléfono con un mohín de desencanto. Hace días que Excesus no contesta a las llamadas, de modo que ha vuelto a la idea original: telefonar de manera aleatoria a distintos números sin superar la frontera de la comunidad gallega. Pero el resultado ha sido el mismo, el silencio más desolador.

—Nada, tampoco hoy —informa a Jes.

Jesualdo Bendaña levanta la vista al cielo. Por él corren, a toda velocidad, un rebaño de nubes oscuras; se avecina tormenta. Supersticioso, como si invocase la buena suerte, roza el tatuaje del Crucificado y traza discretamente sobre él la señal de la cruz. Es el mismo gesto que realizara, durante la batalla de Burgos, al ver a aquel zombi que encabezaba la horda de cuerpos podridos que le seguían con la misma ceguera con que, siglos antes, otros ejércitos habían seguido a Napoleón o al almirante Nelson.

Recuerda que se asomó a la barricada, que se restregó los ojos. No, definitivamente no estaba soñando. Por culpa de la distancia no alcanzó a distinguir los ojos de hiena, ni tampoco la ausencia de parpadeo. Pero su comportamiento era muy diferente al ofuscamiento brutal de sus compañeros de desgracia. Aquel pellejudo parecía capaz de razonar, además de no haber perdido el don del habla.

Nunca ha contado a nadie nada de lo que vio en Burgos. No lo ha creído necesario, ni oportuno. Tampoco va a asustar gratuitamente a Jarque y Mamashe. Ya llegará el momento de la revelación: el habitante que se esconde en la última farola marcará el instante cuando baje hasta el hostal Comala.

—Senén, prepara el quitanieves que...

—Está preparado desde que Excesus respondiese la llamada.

J.B. obsequia al conductor con un cariñoso puñetazo en el hombro, gesto que el otro recibe con una sonrisa de estupidez gregaria. Que Jesualdo, el líder del campamento, le tenga por su mano derecha, a Mamashe le llena de orgullo.

—Salimos en media hora. Así que ve por la máscara. Díselo a Jarque.

Ahora las nubes negras no solo corren por el cielo. También lo hacen, como en un espejo, sobre el pozo de las pupilas de J.B., donde ensombrecen ideas y recuerdos. Valiéndose de la máquina quitanieves, Mamashe y Jes han dejado atrás las defensas de Finisterre sin otro contratiempo que el de haber atropellado a un montón de cadáveres andantes. Bajo los neumáticos han crujido las voces de pura impotencia y

se han lamentado los huesos entre chasquidos atronadores: una cacofonía que ha inflamado el ánimo de Senén. A través de la máscara antigás, les ha dedicado una retahíla de insultos, la ventanilla abierta para escupir todo el veneno que acumula desde hace semanas. Cuanto mayores han sido los alaridos de los muertos bajo los neumáticos, más intensamente ha sonado la música de *El Arrebato* en el caldero de la máscara, la letra igual que una bandera bajo la que luchar, santo y seña de su victoria: *Que salga el sol por donde quiera, que se desplomen las estrellas, que España nunca meta un gol, que no haya vino en la nevera.*

En ningún momento la difunta Úrsula se ha acercado lo suficiente al quitanieves como para que J.B. haya tenido ocasión de dedicarle un beso. De nada han servido las palabras que le ha dedicado a su antigua amante, cariñosas como quien llama la atención de un perro asustado. La muchacha se ha escondido al paso del vehículo en las entrañas de una casa.

—Jodidos muertos —escupe Mamashe al descubrir al último grupo que se opone a la partida del quitanieves. Son cuatro muertos arrogantes, erguidos como pistoleros en la hora del último duelo al sol. Si conservasen parte de la escasa inteligencia de que gozaron en vida, se apartarían a la menor señal de peligro, pero las ideas han cementado lo suficiente dentro de la hormigonera de la cabeza como para mantener la posición. Ahí, en mitad del asfalto, tiesos como bolos.

Cuando Mamashe embiste a los resucitados, hace rato que J.B. ha desconectado de la realidad y ha regresado a la batalla de Burgos.

Aquella mañana, su mirada se desordenó definitivamente. Desde entonces es fácil ver cómo crecen en los ojos de Jesualdo árboles huraños, cómo se colman de tierra enferma y cómo se desnudan sepulcros blanqueados.

Aquella revelación, el hecho de que algunos resucitados conservasen la capacidad del lenguaje y del pensamiento, quebró sus rígidos esquemas mentales, igual que una crecida del río hace inútil el empeño de una presa por contener el exceso de agua. Se desbordaron la locura y el miedo.

Desde su posición, junto a los vecinos de Burgos, observó con detenimiento a aquel muerto que encabezaba la horda antes de abalanzarse sobre las trincheras que ellos defendían con picos, palas y sus propias manos. Fue entonces, a la vista de todos, cuando entonó una suerte de canto. Las notas se sobrepusieron a aquella voz como hecha de cristales y restos de huesos:

—*Si eres tan titán...*

J.B. no podía ni imaginar que ese hambriento había combatido en Despeñaperros. Y que había sobrevivido al ataque de dos aviones *Mirage* que rociaron de bombas Mk 77 la ciudad de Granada. Y que también sobrevivió a la masacre perpetrada por la Legión en las escaleras del Bajondillo de Torremolinos. No podía sospechar que ese caminante había conocido los intestinos de la llamada Ciudad Negra.

—*Si eres tan titán...*

Sin embargo aquella mañana de hace más de tres semanas obtuvo una conclusión

de lo más aterradora: que frente a semejante magia, más propia del infierno que del virus *Solanum* o de cualquier otra explicación científica, solo quedaba un camino posible: la huida.

Se persignó antes de abandonar el pico y la defensa de las barricadas. Para que siguiera llamándose Jesualdo Bendaña, para sobrevivir al desastre, J.B. decidió que era mejor abandonar Burgos. Porfiar en la defensa numantina de la ciudad no le llevaba a ninguna parte: tarde o temprano, sucumbiría a la ira de los resucitados como ya lo habían hecho Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao y tantas otras. Además, allí nada le ataba, ni siquiera la fogosidad de Maricarmen Horcas, la escritora con quien había compartido unos días de alcohol y sexo. Había huido de demasiados lugares como para apostar el pellejo a doble o nada. Su credo de superviviente a toda costa no contemplaba tal sacrificio, ni siquiera por los besos de esa veinteañera de pelo ensortijado y piel melaza. Si hubiese tenido ocasión, habría corrido en auxilio de Maricarmen: no lo habría dudado. Le agradaba aquella pasión de Maricarmen por los libros y por sus escritos. Sin embargo, llegar hasta Gamonal hubiera sido una locura con los miles de rojos que habían tomado al asalto las calles. Ni dominando los poderes del Barón Lacroix habría podido hacer nada por ella. Le dedicó un último pensamiento antes de echar a correr.

Antes de entrar en Castroforte del Baralla, Mamashe y J.B. han repostado en una gasolinera que han encontrado sin infectar. El dueño de la máscara conduce despacio, el codo por fuera de la ventanilla.

—No te gusta mucho el fútbol, ¿no, Jes?

—No demasiado, la verdad —responde Bendaña, la voz más oscura que de costumbre, más cavernosa que baritonal.

—¿Sabes lo que sucedió en el Sánchez Pizjuán en un partido que enfrentaba al Sporting de Gijón contra el Sevilla?

—Algo escuché en la radio. Pero eso ocurrió antes del estallido de la guerra.

—En las pasadas navidades, a mediados de diciembre.

—Con lo que ha llovido desde entonces, es como si hubiese ocurrido en el siglo XIX.

Jesualdo desea que su compañero guarde silencio, que se concentre en la conducción y le deje en paz. En cambio, lejos de contrariarse, sonríe y cabecea como si el tema le interesara vagamente, cuando en realidad le importa un bledo. Neutralizaría la cháchara del Senén tan pronto como recordase esa canción de Basilio que le sirve de brújula en los peores momentos. Sin embargo, en esta ocasión se deja arrastrar por la pasión futbolística de su compañero.

—Se adelantó el Sevilla: gol de Kanouté a pase de Navas. Con el resultado de cero a uno se llegó al descanso. Fue un shock ver aquello por la televisión.

J.B. no quita ojo a los rótulos que bautizan las calles; de esta manera será más sencillo orientarse a través de Castroforte del Baralla con la ayuda del mapa. A medida que avanzan a través del pueblo, señala la dirección a tomar con el puntero

del índice. El destino es la plaza de los Marinos Efesios.

—Saltó un *nota* del público —continúa el conductor—. Todos pensamos que era el típico hincha, ciego hasta arriba de alcohol. Apenas se podía sostener en pie. Su efusividad desagradó a todos, y más que a nadie a Palop, que fue quien la sufrió en primera persona. Trataron de reducirle cinco guardas de seguridad.

—Si no recuerdo mal, —dice J.B.—. Sevilla fue una de las primeras ciudades en caer bajo el terror de los muertos.

—La matanza del Sánchez Pizjuán ocurrió antes de que el gobierno ordenase la deportación de los podridos en el interior de la Ciudad Negra. Encerrados allí dentro, Jes, como si fuese un gigantesco campo de concentración —Senén gira el volante del quitanieves hacia la derecha después de que J.B. le indique la dirección a tomar.

Mamashe conduce con una sola mano, como demostración de su habilidad al volante; con la otra lleva el ritmo de la canción de El Arrebato que se atreve a entonar a media voz.

Tras andar y desandar el camino varias veces por culpa de los coches y autobuses que colman el centro de Castroforte, no han encontrado otra cosa más que incendios aún vivos, restos de vísceras esparcidas por aceras y asfalto, y cientos de cuerpos bamboleantes. Hay demasiados muertos por metro cuadrado como para insistir en la búsqueda de Excesus. Pese a ello, J.B. no piensa dejar pasar la oportunidad de cazar otro superviviente.

—Si Excesus no ha abandonado Castroforte, hace días que se ha unido al enemigo —rumia Mamashe—. Aquí es imposible sobrevivir ni veinticuatro horas.

—Ni hablar, da otra vuelta más a ver si encontramos la jodida plaza —dice J.B., los ojos fijos en la máscara del compañero. Así, oculto bajo ella, Senén parece un ser capaz de convertirse en el octavo pasajero de la Nostromo.

Al abandonar la calle Torrente Ballester, Mamashe embiste a un par de muertos vivientes, la pala del quitanieves a media altura. Uno de ellos sucumbe al primer golpe y cae bajo el peso de las ruedas. El otro, en cambio, ha resistido la embestida y cuelga de la pala, medio cuerpo dentro y las piernas al aire, pedaleando en la nada. La violencia del impacto ha debido de romperle la cintura, y a pesar de ello el resucitado no se da por vencido: repta, se retuerce, patalea; desea encaramarse a la pala para intentar un nuevo ataque. Es mayor la intensidad del hambre que el dolor que le barrena la cintura.

Jesualdo debería imponerse, hacer oír su voz y detener a su compañero. Hasta para un rojo es más que suficiente. Pero mantiene silencio, la vista arponeada sobre el cuerpo del leviatán que Senén ha pescado en mitad del asfalto.

A diferencia de la tripulación del Pequod, que cuando se enfrentaba a Moby Dick solía apostar la vida en el empeño, aquí el combate es de lo más desigual: Mamashe Correa cuenta a su favor con el quitanieves, y lo usará con mayor ferocidad que los marineros del Pequod con sus arpones. Al hambriento solo le resta gritar su desgracia.

El conductor levanta un poco más la pala para dejar colgado el cuerpo del desgraciado, lo justo para que sus esfuerzos por encaramarse sean baldíos. Jes mantiene silencio, abrumado por el lastre de todos los fracasos que ha cosechado durante su vida, esos escombros que carga a la espalda con la tenacidad de Sísifo. Tiene demasiado en qué pensar, demasiados nombres que rescatar del olvido, como para reprender a su compañero. Que haga lo que le salga de la polla, piensa.

Mamashe ha doblado a la derecha, se sube a la acera. Acerca la pala y la presa al frontal de una casa. Cuando el resucitado siente bajo los zapatos el apoyo de la pared, empuja hacia adelante, convencido en su ceguera de que es capaz de doblegar la fuerza de la máquina. Pero ni siquiera la resurrección de la carne es capaz de resistir al empuje de esa fiera; es demasiada fuerza como para oponerse con el único auxilio de unas piernas podridas y una cadera quebrada.

El vehículo avanza medio metro más. El hambriento queda aprisionado entre la pared y el filo de la pala quitanieve, estrangulado de cintura para abajo. Así, solo puede mover los brazos y lanzar dentelladas al aire.

Jesualdo Bendaña resiste a la enloquecida fuerza del desaliento que se abate por momentos sobre él. Empieza a estar cansado de todo. Resiste con la ayuda de su canción favorita: le basta con tararearla dentro de su cabeza para las notas cantadas por Basilio le limpien la sangre y el desaliento enloquecido remita poco a poco, como una mala fiebre.

Aunque le desagrada lo que Mamashe se propone hacer con el enemigo de España, prefiere mantener los ojos abiertos; quién sabe si, tras la oscuridad de los párpados, podría asaltarle la imagen de aquel muerto viviente que vio en Burgos, aquel podrido que cantaba y dirigía a sus congéneres. Los pellejudos marchaban tras sus pasos como si él fuese el verdadero Mesías, alguien que gritara sobre una montaña de cadáveres: *bienaventurados los que ejercen la venganza, porque de ellos será el reino de Seth.*

Por fortuna, el pellejudo que se debate entre la pala quitanieves y la pared carece de las cualidades humanas de aquel Salvador de los muertos, de aquel Uncido con el don de la voz y el pensamiento. El que se dispone a ajusticiar su compañero apenas alcanza a gruñir su desamparo.

—Desearías estar muerto de verdad, cabrón —gruñe Mamashe, borracho de violencia y sediento de venganza.

El conductor levanta muy lentamente el pie del freno, lo justo para que la máquina avance apenas diez centímetros y los huesos se hagan astillas bajo el empuje del acero y la resistencia de los ladrillos. Un centímetro más y la pala se abre paso entre la carne, besa los intestinos. Otro centímetro más, otro, y otro más, hasta dejar anclada la pala contra la columna vertebral.

—Vas a pagar lo que le habéis hecho a Úrsula —gruñe la máscara.

Si Jesualdo no corriese tras la estela de cisnes de cuello negro y cisnes de cuello blanco, a lo mejor celebraría el comentario de Senén. Sin embargo se encuentra tan

lejos de la realidad que el sacrificio gratuito del muerto viviente ni siquiera le roza.

Mamashe Correa se escupe en los mitones, luego en la yema de los dedos, con la displicencia del verdugo que se dispone a empuñar el hacha. Se aferra al volante. La sangre, enfurecida por la urgencia de lo inevitable, se arremolina en la alberca de la ingle. Lo hace en tal cantidad que, al cabo de un minuto, sale a flote el madero del pene. Levanta muy poco a poco el pedal del freno y las ruedas del quitanieves giran en dirección a la casa.

El crujido de la columna. La desconexión definitiva. El silencio sobrevenido tras la segunda expiración.

(Del *Almas Podridas*, de Emilio J. Bernal: x, 15-18.)

Una gota cae sobre mi frente. Paso la mano por ella, pero está seca. Intento dormir el resto de la noche. No lo consigo. Me visita noche tras noche, y aumenta su frecuencia. Cuando quiero darme cuenta, ha transcurrido una semana. Ahora el goteo es continuo. En cuanto cierro los ojos ahí está de nuevo. Las gotas amartillan mi cabeza sin mojarme. Me voy a volver loco.

Circulan a moderada velocidad por Castroforte del Baralla. La ciudad no despierta de la pesadilla que se ha derrumbado sobre ella, ni siquiera alentada por la insidia de la megafonía. Pese al peligro que entraña, a que concitará la atención de cuantos pellejudos haya en varios kilómetros a la redonda, J.B. se ha decidido a valerse del micrófono para acelerar la búsqueda.

—Excesus, hemos venido a por usted. Estamos aquí para ayudarle. En Finisterre se encontrará a salvo, allí le brindaremos la ayuda necesaria.

La tarde envejece a un ritmo preocupante. Lo ideal sería que, antes de que se haga de noche, estuviesen de regreso a Finisterre; de lo contrario, van a pasarlo muy mal. Pueden exponerse a la eventualidad de circular de noche, si ello fuese necesario, pero nunca han de esperar que la oscuridad les sobrevenga en mitad de Castroforte del Baralla y al descubierto. Sería un error de principiantes.

Una hora más tarde las sombras se han alargado peligrosamente. Están a punto de abandonar la búsqueda, cuando encuentran por fin la plaza de los Marineros Efesios. De inmediato, una figura llama la atención de los ocupantes del quitanieves: asomada a la terraza del primer piso de una de las casas de enfrente, mueve los brazos en aspas para que le vean.

—¿Excesus, es usted?!

La figura señala una persiana metálica que hay bajo el balcón.

—¿Qué pretende decirnos? —pregunta el conductor.

Jesualdo ordena silencio, luego observa la máscara antigás que lleva puesta su compañero. Esta se muestra más amenazante a medida que la luz se retira de los aleros de la tarde.

—Creo que le he entendido —responde J.B. mientras se rasca la barba—. Creo que va a abrirnos la persiana.

—Lo mejor sería que Excesus se subiese al quitanieves —apunta Senén— y salir

de aquí a toda pastilla.

Antes de que Jes exponga su parecer, la puerta metálica se iza con un zumbido de panal de abejas. Ahí tiene la respuesta.

Después de que el vehículo haya quedado a salvo dentro del garaje, Mamashe Correa detiene el motor. La luz de los faros se extingue y quedan completamente a oscuras. A tientas, Senén se desembaraza de la máscara. Tras la necesaria aclimatación de las pupilas, los recién llegados distinguen que en la pared del fondo se abre una portezuela. Por ella aparece una sombra aún más insondable que la propia oscuridad que les rodea.

—Será mejor que pasen la noche aquí dentro.

Ni Jes ni su compañero abandonan la seguridad de la cabina del quitanieves. Precaución ante todo, no hay que precipitarse. En ocasiones, los supervivientes pueden ser más peligrosos que los propios caminantes.

—¿Cómo podemos fiarnos de usted? —pregunta J.B.

—Ustedes me llamaron —dice la sombra.

—¿Va armado?

—¿Me creerán si les digo que no, que sólo dispongo de una llave inglesa?

—Por supuesto. En todo caso, arrójela al suelo.

—Era broma, no voy armado.

—Arrójela al suelo, por favor —insiste Jes.

—Entre supervivientes no deberían de existir estas dudas —protesta la sombra—.

De alguna manera estamos en el mismo barco.

—Déjese de barcos, grumete, y haga caso al capitán.

La sombra entonces se guarece tras la puerta y les desafía a que se vayan por donde han llegado. Allí ellos son los invitados.

—¿Son ellos? —de pronto se oye una segunda voz detrás de la puerta.

—¿Quién está con usted, Excesus?

—Si no están de acuerdo ya pueden volverse por donde han venido —repite el dueño de la casa y de la situación. Antes de que añada nada más, se oyen los alaridos de los muertos vivientes que pueblan la plaza de los Marineros Efesios. Ello deja sin argumentos a Jesualdo. Tanto es así que es lógico que al final, aunque a regañadientes, haya de rebajar el tono impertinente de sus palabras.

CAPÍTULO 18. SEIS Y DOS SON OCHO, Y OCHO DIECISÉIS

Domingo 28 de marzo de 2010. 22:35 horas.
Calle Tomás de Ibarra, Sevilla.

Descansa, Jonás, mientras hago memoria de estos últimos meses. Lo primero que encuentro, pese a lo que cabría imaginar tan pronto como entreabro la trampa de los recuerdos, es la imagen de quien fue nuestro compañero hasta que le perdimos el rastro en la Ciudad Negra: Salvador. ¿Recuerdas cómo entró en nuestras miserables vidas?

El encuentro tuvo lugar en las proximidades del estadio de fútbol de Málaga. Desde el primer momento me impresionó su mirada cancerosa, aquellos ojos de hiena, la ausencia de parpadeos. Más peligroso que un arma cargada. Por aquel entonces aún vestía aquella guerrera de camuflaje con el logotipo de User Ne que nunca se quitaba; ni siquiera para dormir.

Todavía recuerdo que amenazó con pinchar la rueda de nuestro vehículo valiéndose de un machete. Estaba dispuesto a subirse a cualquier precio. Con nosotros, Jonás, por aquel entonces viajaba... Rubén.

—Antes que flagelarme con el recuerdo de Rubén, prefiero dormir. ¿Qué te parece, Jonás?

Hace tiempo que duermes, compañero, me alegro por ti. Sin embargo, yo no reúno el sosiego suficiente para dormirme. Cuanto más empeño pongo en ello, más me desvelo; y cuanto más me desvelo, más temo que me asalte el recuerdo de Rubén. Pobre niño. Lo último que deseo es recuperar su triste final, su agonía, el miedo que me guardaba. Antes de que su imagen se convierta en una úlcera, acude en mi auxilio la memoria de Salvador.

—Jonás, ¿recuerdas a Salvador?

Guardas silencio. No respondes, hace rato que te has dormido. Entiendo: procuraré no molestarte más.

Vaya si me acuerdo de él. Salvador, el primer Durmiente. Recuerda que fuiste tú quien dijiste que era un nuevo Frankenstein. ¿Qué destino le aguardaba en manos del doctor Hawthorne? ¿Qué habrá sido de él?

—Ahora que lo pienso, ¿te acuerdas del doctor Hawthorne?

Jonás deja huérfanas las preguntas de Judith; aún no se conoce ningún caso de doble resurrección. Después de la doble muerte, el cadáver de Jonás no tiene nada más que decir. Por mucho que Judith se obstine en negar la realidad, su compañero la ha abandonado igual que se abandona un perro en el arcén de la carretera, a traición y sin previo aviso.

Jonás hace caso omiso: su cuerpo se ha hecho uno con Jonás niño. Gracias a esta transfiguración, ha recuperado las piernas y puede caminar sobre ellas por la Sevilla de su infancia, hecha de días largos, sol a raudales y visitas a casa del primo Miguelín.

A él le bastaba cualquier excusa para abandonar a Madre, subirse al autobús y acercarse a Nervión. ¿Qué importaba si era mentira que necesitara que Miguelín le explicase cierto problema de Matemáticas? Madre refunfuñaba, pero se tragaba el embuste y al final le dejaba ir.

—¿Otra vez jugando a *Sonic el Erizo*?

Miguelín solía revolverle el flequillo. Era un gesto que Jonás no soportaba, y su primo lo repetía siempre que tenía ocasión. Verle de morros era un placer al que no podía sustraerse.

Miguelín agradecía la visita interrumpiendo su propia partida, daba igual lo avanzada que se encontrase. Preferían compartir el juego. Entonces se retaban en la pantalla de la cascada: competían por ver quién de los dos era capaz de terminarla en menos tiempo. El placer estribaba justamente en eso, en conseguir que el Sonic que manejaba Miguelín fuese más rápido que el de Jonás, y viceversa.

O eso pensaba Jonás, inocente él. Y es que Miguelín disfrutaba, además, con la simple contemplación de su primo. Aprovechaba el instante en que Jonás se abstraía con las volteretas y saltos del erizo, y observaba con detenimiento su rostro, cómo arrugaba los ojos y los labios, o cómo asomaba la punta de la lengua entre estos.

Miguelín se dejaba ganar aposta; no en vano su habilidad en el manejo de Sonic era muy superior a la de su primo. Lo hacía porque Jonás, preso de la emoción, nunca puso objeciones a que se abrazasen.

—Jonás, eres el mejor.

Gracias a la euforia, Jonás permanecía sordo, ciego e insensible durante un rato, tanto que no se enteraba de nada. Esa sensación de aleteo en el cuerpo, de sangre hecha de colores y de rapidez en los dedos era la misma que experimentaba Miguelín mientras le abrazaba.

Desde que exhaló el último aliento, el cadáver de Jonás se ha ido enfriando a razón de un grado por hora. Este proceso se prolonga durante toda la madrugada hasta que la temperatura del cuerpo y la del ambiente se igualan. En circunstancias normales, un cadáver invertiría veinte horas más en semejante proceso; como quiera que el cuerpo de Jonás ya había muerto una vez, su temperatura corporal era mucho más baja y el proceso se acelera.

Diez horas después, cuando Judith despierta tras una noche erizada de pesadillas, las manos de Jonás presentan una frialdad de catacumba. El enfriamiento de un cadáver es inexorable y no entiende de nostalgias. Pero ella, ciega de recuerdos, se obstina en driblar a la realidad.

—Buenos días, Jonás —susurra. No ha alzado demasiado la voz para no despertarlo de manera brusca—. Espero que hayas dormido bien.

Ha amanecido un lunes algo frío. Judith sube a las habitaciones de arriba. Del interior del ropero elige una manta. Con ella, arropa el cuerpo de su compañero. Este sigue sin abrir los ojos, pese a la claridad jubilosa que se derrama a través de la ventana del salón. Judith coloca el embozo a la altura del cuello y ajusta la manta al cuerpo de su amigo.

—Así estarás caliente.

Por mucho que lo tape, el cadáver ya ha adoptado como suya la frialdad de la mañana. Ella aún desconoce este extremo. Lo que importa es que no coja frío y que entienda que ella está allí para cuidarle.

Otro signo incontestable de la definitiva muerte de Jonás es la depresión de sus globos oculares. Parecen dos socavones en mitad del asfalto cuarteado del rostro, hecho de piel apergaminada, excavado de llagas; dos pozos dispuestos a engullir la canica de los ojos. La sombra que se acuclilla bajo las cejas no deja lugar a dudas, y Judith debería de darse cuenta.

Si se atreviera a levantarle los párpados, descubriría la opacidad lechosa de la córnea propia de los muertos. Sus ojos se han escarchado por completo. En ellos, en esa blancura antinatural, debería encontrar otra prueba irrefutable de la marcha de quien ha sido su compañero en los últimos meses. Seis y dos son ocho, y ocho dieciséis, lo saben hasta los niños. Solo hay que sumar evidencias para obtener el resultado. Pero ella se obstina en no sumar nada, convencida de que su compañero simplemente duerme.

—Anoche te hablaba de Salvador y del doctor Hawthorne, ¿te acuerdas de ellos? La región interna de los labios de Jonás se ha deshidratado, la rigidez cadavérica ha desaparecido por completo, y la red venosa se ha coloreado, cubriendo de un intenso verde el tórax y los brazos. Con el nacimiento del nuevo día es la hora en que las larvas de las moscas, que anidaban en la bodega del estómago, eclosionen. Un revuelo de alas asciende por la garganta y escapan por la alcantarilla de la boca como si les fuese la existencia en ello. La brevedad de sus vidas no deja lugar a dudas.

—Esta noche parece que has comido moscas —bromea Judith que, después de espantar a una que se detiene un segundo en el muro cuarteado de los labios, se abraza al cuerpo de Jonás.

En esa postura, la cabeza reposada sobre la manta que abriga el pecho del compañero, advierte la ausencia de respiración. Al principio piensa que es una broma de Jonás. En cambio no lo es: nadie sería capaz de detener el ritmo de los pulmones por espacio de cinco minutos. Ni siquiera un resucitado como él. De modo que Judith levanta la cabeza y observa el rostro de Jonás.

Al primer sol de la mañana, advierte que la piel del muchacho se ha consumido en el transcurso de las últimas horas y el contorno de los huesos ha terminado por salir a flote. De pronto repara en la potencia del hedor, mucho más corpulento que el de la propia muerte en vida, un hedor que gatea a través de las fosas nasales y le barrena el cerebro. La fetidez de los gases estomacales que escapan a través de la

boca entreabierta o los efluvios que manan por el ano a causa de la relajación de esfínteres son las pruebas definitivas. Ya no puede negar que seis y dos son ocho, y ocho dieciséis.

El resultado de la suma le golpea con la fuerza de un mazazo: Jonás se ha marchado a *Silent Hill* y ella se ha quedado definitivamente sola. Adiós, compañero.

Durante unos minutos llora su memoria; de alguna manera también lo hace por Salvador, por el doctor Hawthorne y por todos los hambrientos que ha visto caer bajo el empuje del ejército. Ahí están también la muerte de su sobrino Rubén, o la carnicería que provocó en el 4º B, B de bazofia: la decapitación de Andrés, las muertes de Clara y Olga. Y por último la pérdida de la abuela Luisa: no pudo ayudar a su abuela por culpa de su primera muerte, del accidente que sufrió en el Honda Accord.

Desbaratada por el dolor, Judith se aparta del cuerpo de quien hasta ayer fue su compañero. Se restriega los ojos con saña; hinca los nudillos en la carnosidad de los párpados. Por mucho que apriete, se le antoja poco castigo. Así que cierra los puños, lo más fuerte que puede, hasta sentir que los huesos podrían quebrarse unos contra otros; en aquellos concentra toda la rabia que crepita en la sangre y que tensa cada músculo como si fuese el arco de Ulises.

El primer golpe castiga la ceja derecha. La piel se abre. De la vaginal herida brota un fluido parduzco que tiene algo de menstruación. Antes de que descargue el segundo puñetazo, la sangre se derrama despaciosamente sobre el párpado. Ahora el golpe le parte los labios. Lo que en otro momento la habría enardecido, el sabor ferruginoso de la sangre, ahora le asquea. Escupe salivazos sanguinolentos hasta que le duele la boca.

Luego castiga los pechos, una y otra y otra vez. Lloro. Cuanto más llora, mayor fuerza imprime a cada golpe, y es que cada lágrima que se desbarranca desde la agonía de los ojos le incita a aumentar el correctivo. Busca entonces el abdomen y lo golpea con violencia. Con cada puñetazo parece que quisiera machacar esa rata negra que anida en el estómago: el hambre que aún la envilece.

Al cabo de un rato las fuerzas la abandonan; los músculos pierden la tensión inicial y la sangre se enfría a la misma velocidad que se avivan los fuegos que palpitan en la ceja derecha, los labios, los pechos y el abdomen.

Ya nada la retiene en casa de Jonás. Pese a ello, aún vegeta otro día más entre esas paredes. Duerme sentada en las escaleras, o echada sobre la mesa de la cocina mientras su amigo todavía yace sobre el sofá, en la misma postura en que expiró. Judith se pasa las horas muertas mirando a través de la ventana del dormitorio, estudiando el viaje de la luz y de las sombras sobre las casas de enfrente. Duerme de día, a deshoras, y se mantiene alerta de noche, paseando de un lado a otro, sin rumbo, entre los cuartos oscuros. Es un barco perdido en mitad de la niebla más densa.

A media mañana, se incorpora y recoge el cuerpo de Jonás, que previamente ha envuelto en una manta, a modo de sudario. Perdida la rigidez cadavérica, el cuerpo

del inválido parece una marioneta rota. Pesa lo mismo que un muñeco: en realidad Jonás no es más que un saco de huesos. Cargando con él, Judith abandona el salón y atraviesa el patio de la casa.

Deja el cuerpo en el suelo antes de retirar la mesa que protege la puerta principal. Arrastra el cadáver por el suelo, es la única manera que se le ocurre de salvar el obstáculo que es el camión de congelados: por supuesto éste permanece volcado sobre la fachada.

Una vez en la calle, Judith recoge del suelo el cuerpo de Jonás. Entonces se detiene durante unos segundos, como quien lo hace al borde de un acantilado. A sus pies, sin embargo, no hay un mar enloquecido; solo se abre la soledad más absoluta y el silencio más empecinado del mundo. Llora al mismo tiempo que sonrío, no sabe si de rabia, de felicidad o de cansancio.

Durante ese compás de espera, el viento columpia una congregación de palomas que descansa sobre el tendido eléctrico que atraviesa la calle Tomás de Ibarra. Los gatos inspeccionan por enésima vez los mismos coches de siempre, como si con la renovación de las pesquisas pudiesen encontrar algo digno de sus garras que se les hubiese pasado por alto. Al otro lado del barrio, el Guadalquivir navega sin levantar la voz sobre el camposanto sevillano, sobrecogido por la desolación que se asoma sus márgenes.

Judith aterriza en la realidad. Lo hace gracias a la intervención de una mosca que se aventura por el interminable desierto que es la manta que cubre a Jonás. Durante un segundo baraja la posibilidad de que haya nacido dentro del cuerpo del compañero. En tal caso, sería el único familiar que ha sobrevivido al muchacho. Antes de que pueda decir nada, el insecto levanta el vuelo. Mientras asciende, se lleva la mirada de la hambrienta.

Sobre la ciudad descansa un cielo tan puro y tan azul que duele solo con contemplarlo. Los ojos de Judith aprehenden la única nube que se atreve a surcar su espacio, igual que si fuese el hilo de una cometa blanca.

De nuevo, los recuerdos. Los ojos acaban por emborronarse.

CAPÍTULO 19. EGUZKI Y COMPAÑÍA

Viernes Santo 2 de abril de 2010. 11:30 horas.

Durango, Vizcaya.

O aminora la velocidad, o las curvas cerradas terminarán lanzando el vehículo contra las casas que se arrodillan junto al asfalto. Antes de que sea demasiado tarde, Abuelo Ramírez afloja la marcha. En el interior del autocar todos respiran aliviados.

Han accedido al centro de Durango. A simple vista no se advierte la presencia de pellejudos. El grupo necesita abastecerse de agua y de alimentos.

—Detente aquí —ordena Malavé a Abuelo. Este pisa el freno y el autocar se detiene, bufando.

Frente a ellos se yergue una gasolinera. Es el lugar idóneo para hacer un descanso y recoger todo cuanto sea de provecho. No hay sombras tambaleantes a la vista y el silencio de Durango sólo es quebrado por el chillido de los vencejos.

En cualquier caso, previniendo una inesperada aparición de los muertos vivientes, Ramírez no sólo no se aparta del volante, sino que ni siquiera apaga el motor. Lo mantiene al ralentí, en punto muerto. No quita ojo de los espejos retrovisores. Ha consensuado con Maciá, Italia y Malavé que, a la menor señal de peligro, les avisará con dos toques de claxon: será la señal para que regresen a la carrera.

—No me gusta este silencio —dice Ino Guerau al final del pasillo. Él no ha bajado con los otros porque, durante las últimas horas, lejos de encontrarse mejor, le ha subido la fiebre y le palpita la herida. Se encuentra muy débil, y come y bebe lo mínimo.

—Ellos saben lo que hacen —responde Ramírez. En el fondo, por mucho que diga lo contrario, él es de la misma opinión que Ino: en cualquier momento la situación podría empeorar. De mediar un asalto, salir del pueblo se convertirá en una odisea: hay demasiadas callejuelas estrechas y curvas de noventa grados que negociar. Sería una temeridad pisar alegremente el acelerador.

Mientras se estira, Abuelo descubre algo en el espejo retrovisor. Es una sombra. Se acerca demasiado deprisa. Está a punto de presionar el claxon cuando... Un segundo: la sombra se aproxima montada sobre un monopatín. Semejante habilidad solo es propia de un superviviente, o eso cree: él jamás ha visto a un resucitado que conserve cualidades propias de quienes resisten al empuje de los muertos. Tal vez es un superviviente que se ha hecho fuerte en Durango, alguien que precisa de ayuda. En realidad poco importa que sea una cosa u otra, piensa Abuelo: no hay excesiva diferencia entre un superviviente o un resucitado, ninguno es de fiar.

—Hay que salir de aquí a toda leche —aprieta el claxon dos veces.

—¿Qué pasa? —pregunta Ino desde el fondo del vehículo.

(Del *Apuntes sobre el infortunio*, de Ricard Millàs: XLII, 4-10.)

Lo imprevisto surge como una dentellada en la oscuridad, rasgando de súbito la tela negra de la noche. Capaz de romper con todos los planes, las fauces de una situación distinta, que quiebra esquemas y envilece perspectivas, propina mordiscos sin dueño y distorsiona cualquier atisbo de razón que el individuo haya construido en su cabeza. No hay tiempo para trazar una nueva ruta; el monstruo de lo imprevisible se adueña de la situación como si nada pudiera resquebrajar sus intenciones.

De inmediato Malavé, Maciá e Italia abandonan las dependencias interiores de la gasolinera, cargando con todo lo que han podido coger: bolsas de patatas, botellines de agua, revistas y viandas varias.

Con un gesto Abuelo indica a Francesc Maciá que la amenaza se encuentra agazapada en la parte trasera del autocar, que lleve cuidado. Mientras Italia y Malavé acceden al interior del vehículo, el fotógrafo avanza paso a paso. Adelanta el brazo empuñando la Beretta de Ino.

—Sube, por favor —ruega Abuelo a Italia.

La muchacha de las rastas ha puesto un pie fuera del vehículo: no quiere dejar solo ante el peligro a Maciá. Malavé le agarra del brazo y tira de ella hacia adentro.

Ahora Ramírez distingue con claridad la sombra a través del espejo retrovisor derecho. Es una mujer joven, de eso no hay duda. Frisa los treinta años. Pisa un monopatín con el pie izquierdo. Si aguza la mirada, Abuelo descubrirá que, además, es morena y bien parecida por mucho que el ayuno forzoso le haya hundido los ojos y afilado los huesos.

Los ojos de la superviviente son de color miel. Además del monopatín y el pañuelo que lleva anudado a la cabeza, singulariza a la desconocida el empleo de guantes negros, decorados con los dos martillos cruzados en aspa de *The Wall*. Sólo alguien de la perspicacia y agudeza visual de un Sherlock Holmes sería capaz de añadir que es zurda, aunque solo sea por el hecho de que esconde bajo la ropa un bulto, justamente a la altura de la cadera izquierda.

—No tengan miedo, soy una superviviente —dice la *skater* y alza la mano derecha, la que le queda libre, en señal de paz. Que sea una superviviente no resta un ápice de desconfianza a los ocupantes del vehículo.

—¡Échate al suelo! —grita Maciá antes de amartillar el arma.

—No voy armada, joder —protesta la desconocida.

—Échate al suelo y deja a un lado lo que escondes bajo la ropa.

Del interior del autocar llega la voz de Italia, emborronada por la preocupación:

—Déjala ya y sube aquí —con la mirada requiere la intervención de sus compañeros. Si se lo proponen, entre todos conseguirán que Francesc regrese al interior del vehículo.

—Haz caso a Italia— interviene Abuelo.

Antes de que pueda apretar el gatillo, la *skater* extrae, como en un truco de magia,

una navaja del interior de la manga derecha. La abre con un giro de muñeca y se arrodilla junto a la rueda que tiene a su derecha. Está dispuesta a jugar a doble o nada: la punta de la navaja descansa sobre el neumático. A poco que apriete...

—Cuanto antes salgamos de Durango, mejor para todos —apunta la desconocida.

—Tú no irás a ningún lado mientras no te echés cuerpo a tierra, y sueltes la navaja y el bulto que escondes.

Antonio Malavé ha descendido del autocar, dispuesto a ver de cerca a la mujer que les mantiene en jaque. Es cierto que tiene los ojos color miel y que es bien parecida. Bajo la ropa deportiva que viste, se intuye una figura más que apetecible, acaso más que la de Italia, toda flacucha y llena de huesos.

—Seamos civilizados —propone Malavé.

—Dejadme subir al autocar, por favor. Contestaré a todas las preguntas que queráis cuando estemos fuera del pueblo.

—¿Hay muchos muertos vivientes? —pregunta Malavé.

—No tantos como para volcar vuestro cacharro, pero a poco que os descuidéis, podrían tenderos una emboscada. Me necesitáis para salir del laberinto que es Durango.

—¡No le hagáis caso! —grita Italia, sin apartarse de la puerta del autocar.

—¿La dejamos subir? —pregunta el sevillano al llegar a la altura de Maciá.

—Y una mierda —dice Italia—. Nada de polizones a bordo. Eso dijimos al abandonar Montserrat.

—¿De dónde sois? Por vuestro acento apostarí a que...

—¡Calla! —ordena Maciá, el brazo aún empuña la Beretta.

—¿Qué hacemos, Abuelo? —pregunta Malavé.

—Que suba —rumia el conductor. Luego se encoge de hombros. ¿Qué otra cosa puede hacer? Será mejor eso que permitir que la situación se eternice y, después de todo, se vean rodeados de muertos—. Ya veremos lo que hacemos luego.

—Perfecto, pero antes este cabrón ha de guardar el arma —dice la *skater*.

—Maciá, por favor —el tono empleado por Abuelo es de lo más conciliador.

El fotógrafo esconde el arma en uno de los bolsillos de su chaquetón. Escupe unos insultos y corre en dirección a la puerta del vehículo. Le sigue Malavé, después de animar a la desconocida a hacer lo mismo.

—No te haremos daño.

A la salida de Durango, el grupo encuentra a una docena de resucitados que se empeñan en juntar los morros de dos coches. Al escuchar el motor del autocar, se han propuesto cerrarles el paso.

—No te detengas —murmura la desconocida.

Abuelo Ramírez hunde el pedal del acelerador. El autocar avanza a ochenta kilómetros por hora. Ante la inminencia del impacto, los que viajan en el autocar se sientan y se aferran con fuerza de los antebrazos.

—*Las leyes salvajes empañan mi huida* —canta el conductor el tema de *Héroes*

del Silencio. Es su manera de combatir el miedo que se le escapa por los ojos.

El autocar se abre paso sin demasiadas dificultades entre los dos coches. Luego, los cuerpos que se interponen en mitad del asfalto acaban reventados por el beso acelerado del metal y triturados por los neumáticos. Por fortuna el grupo no ha tenido mayores contratiempos, salvo que han estallado los faros delanteros, e Inocencio Guerau han rodado por el suelo.

Italia corre en auxilio del herido: le ayuda a incorporarse y lo tumba de nuevo sobre los cinco asientos en línea.

—¿Sois catalanes? Lo digo por el acento —apunta la desconocida. Ni sentada, abandona el monopatín ni el bulto que esconde bajo el brazo izquierdo.

—¿Es importante que lo sepas? —interviene Italia, el tono de lo más impertinente.

—Chica, era por hablar de algo. No seas tan susceptible.

—Italia, por favor, deja a la nueva —propone Malavé.

—OK. Somos de Barcelona —dice Italia, que se aproxima a la nueva. La observa sin el más mínimo escrúpulo y le dedica una sonrisa tan antinatural como la fuerza que mueve a los muertos vivientes.

—Oye, que yo soy de Mairena del Aljarafe —protesta Malavé con una mueca de falso enojo.

—Y yo de Málaga —añade Abuelo Ramírez.

—Lo que quería decir es que el grupo proviene de Barcelona —Italia se ha sentado en el reposabrazos del asiento que ocupa Francesc Maciá.

—Entiendo —La desconocida cabecea en sentido afirmativo.

—Y tú, ¿eres de Durango?

—No, de Zaldívar. Es un pueblecito que está aquí al lado. ¿A dónde os dirigís?

—¿No tendrás un pitillo? —interviene Maciá.

—No fumo —contesta la *skater* mientras se desprende del pañuelo de la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Abuelo Ramírez sin quitarle ojo a la carretera.

Dice llamarse Eguzki: un nombre poco corriente, tanto que parece un seudónimo, el nombre artístico de una actriz. Francesc Maciá abre una de las bolsas de patatas fritas que han confiscado en la gasolinera. Al menos le servirá para engañar la necesidad de nicotina. La bolsa pasa de mano en mano sin que nadie se apropie de ella.

Al principio todos son sonrisas, tensas y expectantes, pero sonrisas al fin y al cabo. Y comentarios intrascendentes acerca de la afición al monopatín y de los guantes señalados con los martillos de *The Wall* de Eguzki. Italia no participa de la conversación; arruga el entrecejo y observa a Eguzki. Ni tan siquiera se esfuerza por disimular su desagrado: no le gusta ese aire de desamparo e inocencia que desprende la nueva viajera.

—Necesitamos saber qué escondes bajo la ropa antes de seguir camino —interviene cuando sus compañeros empiezan a simpatizar con la dueña del

monopatín. No suaviza el tono, de modo que esas palabras han sonado casi como una acusación.

—Eso —secunda Ramírez desde el volante.

De debajo de la sudadera, Eguzki extrae con sumo cuidado una bola de pelo blanco y gris. Al sentir que ha quedado descubierto, separado del calor corporal de su dueña, el perrito alza la cabeza y observa a quienes le rodean. Tuerce la cabeza ante la extrañeza de los humanos.

—Vaya monada. ¿Cómo se llama? —interviene Maciá.

—Totoro.

—¿Como el de los dibujos animados?

—Exacto.

—¿Querrá una patata?

—Seguro que sí.

Maciá acerca una patata al perrito, que de momento se muestra receloso. Olfatea, mira de reajo a su dueña y al final se decide a lanzar la primera dentellada.

En vista de que no ha conseguido su objetivo de acorralar a la nueva, Italia se dispone dar otra vuelta de tuerca a la situación, aunque solo sea para medir su aguante.

—Deberías entregarnos la navaja —dice.

—No hay problema —responde Eguzki—. Lo entiendo —adelanta el arma en dirección a la muchacha de las rastas—. Ya tendréis tiempo de devolvérmela.

Italia bufa su malhumor entre dientes. No conforme con la actitud colaboradora de Eguzki, se apresta a soltar el as que esconde.

—Otra cosa más —dice—. Deberíamos saber si estás limpia de heridas, ¿no crees? Sería una putada que estuvieses infectada y que te sirviésemos de cena.

El silencio se desploma sobre los presentes, acusando directamente a la recién llegada. Hasta Ramírez ha dejado de cantar por Héroes del Silencio. Tan solo se escucha el crujido de las patatas y el de la bolsa de plástico que viaja de mano en mano. Es innecesario que el resto manifieste su parecer: todos están de acuerdo con el comentario de la compañera. Al parecer la duda planteada es más que razonable: así lo han entendido todos.

Al fin Italia ha conseguido acorralar a la nueva. No ha sido fácil. Ahora sonrío, consciente de haberse salido con la suya.

—No entiendo a qué te refieres —se defiende Eguzki.

—Tía, es muy sencillo, ¿has sido herida por los pellejudos? Solo queremos saber eso.

—Estoy limpia.

Malavé abre la lata de cerveza que le alcanza Maciá, le da un buche. De momento, tanto al sevillano como al fotógrafo les resulta divertido el duelo establecido entre las dos mujeres. Pero enseguida las miradas de una y de otra se afilan y la tensión palpita igual que una bomba que estuviese a punto de estallar.

—Tranquilidad, chicas —interviene Maciá—. Por favor, Italia.

Pero quien se ganaba la vida vendiendo pulseras en las Ramblas, no está dispuesta a ceder terreno.

—¿Crees que nos basta con tu palabra? —pregunta Italia—. Hace un rato querías pinchar una de nuestras ruedas.

—¿Y cómo quieres que lo demuestre?

—Desnúdate para que veamos que estás limpia.

—No creo que sea... —interviene Malavé. No concluye la frase porque Italia ha levantado la mano y ruega silencio. Para distender el ambiente, le ofrece una lata de cerveza. Nada: Italia se mantiene firme en su propósito. Observa a Ino, que sigue la escena desde el fondo del vehículo. Luego cambia una mirada con Maciá y por último con Malavé. En silencio, está solicitando el apoyo de sus compañeros. Además, desea que entiendan que no lo hace por despecho, sino para preservar la seguridad del grupo.

—De acuerdo —responde Eguzki—. Pero luego os desnudaréis todos, uno a uno. Si no os fiáis de mi palabra, ¿por qué habría de hacerlo yo de la vuestra?

—Ninguno de nosotros está infectado —interviene Ino a pesar de que debería permanecer calladito y apartado de la escena. Su mala cara no le da derecho a exigir nada.

Eguzki sonríe, retrocede unos pasos. Cuando más acorralada se siente por la muchacha de las rastas, la suerte se alía con ella. El autocar ha dejado atrás un cambio de sentido y unos indicadores que anuncian la distancia que separa al vehículo de Bilbao. Eguzki estira la mirada a través de los cristales.

—¿A dónde os dirigís? —pregunta.

—A Bilbao —dice Abuelo Ramírez.

—¿Bilbao? Sería mejor que cambiaseis de rumbo.

Ino, Maciá, Italia, Malavé y Totoro la observan en silencio, a la espera de la oportuna explicación. Su observación ha sonado de lo más sombría. Por un momento se olvidan de las patatas, de las cervezas y de la acusación de Italia.

—¿A qué te refieres? —pregunta el conductor, sus ojos azules clavados en el espejo retrovisor.

El motor ruge bajo los pies de los supervivientes. La carretera les acerca a su destino. La ciudad ya es visible a lo lejos. Eguzki se estremece, aprieta contra sí la bola de pelo de Totoro. Y niega con la cabeza.

—Dad media vuelta. Hacedme caso.

El temor irreprímible de la *skater*. Su mirada huidiza. Esa necesidad que ha sentido por abrazar al perrito y luego por recoger el monopatín del suelo. Semejante colección de indicios debería alertar al grupo.

Antes de que sea demasiado tarde, Eguzki se deshace del marcaje de Italia de un suave empujón. Avanza pasillo adelante. Al llegar a la altura del conductor, le ruega que detenga la marcha y la deje en el arcén. Ya se las arreglará ella sola.

—¿Tan grave es la situación en Bilbao?

Eguzki asiente con la cabeza. Los recuerdos que ha enterrado durante los últimos días, durante su estancia en Durango, son exhumados de repente, a paletadas.

—¿De dónde habéis salido vosotros? —pregunta.

—De un campamento establecido en lo alto de la sierra de Montserrat —explica Malavé, cruzado de brazos.

Maciá e Italia cuchichean entre sí, lo suficientemente lejos de la recién llegada como para que no les escuche. Ino Guerau presta oído a las palabras que cruzan uno y otra.

—¿Y volveríais al campamento?

La respuesta es evidente: no. Sin embargo nadie contesta. En silencio le están dando la razón a Eguzki. Es innecesario que ella abunde en mayores explicaciones. Al igual que el campamento Vermell, que ahora es terreno enemigo, consagrado a los muertos vivientes, Bilbao es un avispero donde varias compañías de la Brigada de Infantería Ligera San Marcial V combaten calle a calle, plaza a plaza, contra vivos y muertos.

—Chicos, ¿qué hacemos? —pregunta Abuelo, que ha disminuido la velocidad a cuarenta kilómetros por hora.

—Yo quiero mi paquete de cigarrillos —bromea Maciá—, ya lo sabéis. En la gasolinera de Durango no quedaba ni una sola cajetilla.

—Toma un cigarrillo y calla —dice Italia tendiéndole uno de los que ella lía.

—Sois unos jodidos capullos —ladra Eguzki. Ahora se halla lo bastante cerca del conductor como para amenazarle con el monopatín—. Por favor, déjame bajar. No me lo pongas difícil.

La mirada de Abuelo se descoyunta, atenta a lugares distintos: la carretera, la *skater* y la imagen de sus compañeros en el retrovisor. Traga saliva. No sabe qué hacer.

—Tranquila, mujer —acierta a decir.

Gracias al espejo descubre cómo Francesc Maciá arrastra la mano derecha, muy poco a poco, en dirección a la Beretta que esconde en uno de los bolsillos del chaquetón.

CAPÍTULO 20. ATIENDE LA LLAMADA

Viernes Santo 2 de abril de 2010. 13:10 horas.
Autopista del Cantábrico, cerca de Bilbao.

El Teatro Arriaga es un montón de escombros: un cementerio de butacas aterciopeladas, cortinajes, brocados en oro y partituras huérfanas en el foso de la orquesta. En su interior, nada más que se mueven las ratas y un acomodador, fallecido y resucitado, para su desgracia, en el interior de un palco.

Las ratas y el infeliz acomodador se comunican a través de la puerta: basta que ellas arañen la madera para que él recuerde cual era su trabajo antes de la muerte y renueve sus denuedos con el pomo, que se resiste a girar en la dirección oportuna.

En el exterior del teatro, al aire libre, la situación es bastante más grave que en sus entrañas. A unos metros de sus muros, sobre el cauce de la ría, flotan un extraño banco de peces; extraño porque no son tales, sino cadáveres que han caído al agua y luchan inútilmente contra la losa de sus miembros y el peso de la ropa. Los que ya se han dado por vencidos sirven de improvisadas traineras a gaviotas del tamaño de halcones.

Las aves picotean la cabeza, el cuello y el filo de las orejas de los muertos. Son peores que las ratas. Me dan asco y algo de miedo. Creo que ya hemos hablado sobre ellas, ¿recuerdas? A cuenta de la película de Alfred Hitchcock.

El autocar enfila una gran avenida. En un indicador se anuncia el estadio de San Mamés. A ninguno nos gusta lo bastante el fútbol como para desviarnos. Tampoco estamos de excursión. Manda la supervivencia y es obligatorio evitar las calles más estrechas y retorcidas.

Aunque extrememos el cuidado y Antonio Malavé, que es quien conduce ahora, no se aparte del centro de la calzada, antes de que nos demos cuenta llueven objetos desde las ventanas. Nos han descubierto y los supervivientes nos muestran su rechazo. El chaparrón de botellas, piedras, bolsas, aparatos de radio, utensilios de cocina y cristales ralentiza la marcha del autocar.

Por un momento piensas, no sin razón, en la eventualidad de un pinchazo. Así se lo haces saber a Malavé. Al final va tener razón Eguzki: era una locura adentrarse en Bilbao.

—Teníamos que haberle hecho caso —dices en voz baja.

Eguzki permanece atada a uno de los asientos delanteros, no muy lejos de Antonio Malavé. A su lado duerme Totoro, haciendo oídos sordos a las imprecaciones de su dueña.

—Hace un mes ya era una ratonera —se lamenta.

Lo más conveniente, sin duda, sería darnos la vuelta, pero permanecemos en silencio. Avanzamos en paralelo a la corriente de agua, superamos el cadáver del

tranvía. Atrapados en su interior, hay un par de pellejudos que se obstinan en romper las ventanas con el fanatismo de sus cabezazos.

No encontramos mayor contratiempo hasta que, a la altura de un semáforo próximo al Museo Guggenheim, algo detiene al vehículo. Malavé ha pisado el freno sin importarle que Eguzki redoble ahora sus improperios. Te revuelves inquieto, Maciá, en el asiento: miras a Inocencio Guerau, que se ha quedado dormido. Luego observas al objeto que concita la atención del grupo.

—Vamos a morir todos —vaticinas. Te mesas la barba, cada día más poblada.

—No seas agorero —ladra Abuelo Ramírez, que se acerca al conductor. Cuchichean durante unos segundos. Luego se vuelve y enfrenta al resto—. ¿Qué hacemos? A esta distancia parece una niña.

Claro que es una niña, joder. ¿Es que no os dais cuenta? Si estuviese despierto, hasta Ino Guerau podría certificar, sin el auxilio de sus gafas, que es una pequeña de no más de seis años. Va vestida como si fuese camino del colegio, uniforme compuesto por una falda plisada gris, camisa blanca y un suéter verde.

—Está infectada, ¿es que no os dais cuenta? —dice Eguzki, que se revuelve contra la cuerda que la mantiene atada al asiento—. Olvidaros de ella.

Esa es la cuestión que nos hace dudar. ¿Está infectada o solo se ha caído al barro? Metro a metro, el autocar avanza hasta quedar a unos cincuenta metros. La colegiala se sostiene apoyada contra el semáforo.

Antes de que pueda impedirlo, te levantas y pides permiso a Abuelo para bajar del autocar. Aunque el permiso de quien era uno de los hombres de confianza del alcalde de Vermell te importa lo mismo que a mí, le concedes esa prerrogativa, más que nada porque siga creyendo que es el líder del grupo.

—Francesc —levanto la voz y te llamo.

En vano. Ya desciendes los escalones y ganas el exterior. Avanzas paso a paso, restando metros a la distancia que te separa de la niña. En ningún momento echas mano a la Beretta, entiendo que para no asustarla.

—¿Tú no bajas, Italia? —me pregunta Abuelo. Me mira con sus ojos azul piscina y me obsequia con una sonrisa de compromiso. Pese a que trata de disimularlo, su cuerpo tiembla de nerviosismo, más que el mío.

De repente sucede algo imprevisto. Suena el teléfono de una cabina cercana, próxima al semáforo y a la chiquilla vestida de colegiala. Chilla con una insistencia casi agónica. ¿Todavía funcionan las líneas? ¿Es posible que alguien, que no nos quita ojo desde uno de los edificios colindantes, quiera decirnos algo? Presiento que atender esa llamada es de vital importancia para la supervivencia del grupo. Así que intento bajar del vehículo y responderla yo misma.

—Deja a Maciá —me dice Ramírez, que interpone su cuerpo entre la puerta de salida y mi intención de responder al teléfono. Jodido cabrón. Podría pegarle un cabezazo, desembarazarme de su marcaje, pero no sé si llegaré a tiempo de levantar el auricular. Maciá, coge tú la llamada.

— *Francesc sabe lo que se trae entre manos.*

Pero no es verdad: no sabes nada. Te has dejado engañar por la imagen casi idílica de una niña que se ha extraviado y no encuentra el camino hacia su colegio. Porque eso que afea sus manos no es barro, ni la mochila que cuelga a la espalda va llena de libros. Apártate de ella, Maciá, por favor. Olvídate de ella y responde el teléfono. Es más importante y menos peligroso.

No me escuchas, como casi siempre. No me escuchas y así te luce, Francesc. Antes de que llegues a alcanzar la Beretta, la niña se abalanza sobre ti y te muerde en el pómulo derecho. Sientes cómo se quiebra el hueso bajo la presión de sus dientes. En mi propia carne experimento tu miedo, ese foganazo que te estremece de arriba a abajo.

—*Elvirita, ¿qué has hecho? —dices.*

¡Coño, pégale un tiro y contesta la llamada! Sin embargo ya no te queda margen. La muerta, pese a su corta edad y esculpida figura, no se detiene ante el codazo que le propinas. Se rehace, regresa sobre el festín de tu cuerpo y te alcanza en el cuello. De un bocado cercena la aorta y un géiser de sangre entinta de rojo su suéter verde.

Así, manchada hasta arriba de sangre, el conserje no dejará pasar a Elvirita al interior del colegio. En ello piensas durante el delirio de la muerte que, a contra latido, se cierne sobre ti. Absurdo o no, dentro de mi cabeza suena el Time after time de Cindy Lauper mientras un charco de petróleo carmesí señala el fin de tus días, Francesc. Y todo por no hacerme caso.

Soliviantada, aturdida a partes iguales, Italia se levanta como impulsada por un resorte. Se planta en mitad del pasillo. Observa a Maciá, que sigue permanece dentro del autocar, y a Eguzki, que se pelea con la cuerda que la mantiene atada al asiento. Estira la mirada por una de las ventanillas: por fortuna aún dispone de margen suficiente para impedir la tragedia. Están a las afueras de Bilbao. Será mejor que el grupo no tiente a la suerte.

—Un momento —llama la atención de sus compañeros. Cambia una mirada con Eguzki—. Será mejor que hagamos caso a la nueva —señala a la *skater* con un golpe de cabeza—. No se nos ha perdido nada en Bilbao.

La conversación que, hasta ese momento, mantenían Malavé, Ramírez y Maciá ha quedado en suspenso y cede su protagonismo a los ronquidos de Inocencio Guerau.

—Menos mal que alguien ha entrado en razón —bufa la prisionera—. Creo que es hora de que me soltéis.

—¿Y mi tabaco qué? —pregunta el fotógrafo.

Antonio Malavé ha detenido el autocar en mitad de uno de los cambios de sentido que jalonan la autovía que abraza la ciudad.

—Ya lo encontraremos en otro sitio —dice Italia, la voz de mezzosoprano emborronada por la inminencia del peligro.

—Desde aquí no se advierte demasiado movimiento —tercia Abuelo Ramírez—. Así que yo echaría un vistazo.

—Vamos a votarlo —propone Malavé. Desde que abandonaron el Vermell ese es el método más empleado por el grupo—. ¿Qué os parece?

—Cojonudo —dice Abuelo.

—¿Qué hacemos con Ino? —pregunta Italia.

—Dejemos que duerma —responde el conductor—. La pregunta no es esa: es si contamos o no con Eguzki.

—Antes desatadme —objeta la *skater*. Totoro ladra una sola vez, como si quisiese dar la razón a su dueña.

—Abreviemos —interviene Maciá, que se apresura a desatar a la nueva después de obtener el mudo consentimiento de sus compañeros de viaje.

—Gracias —dice la *skater*.

—¿Votos a favor de entrar en Bilbao? —pregunta Abuelo.

Dos: Antonio Malavé y el propio Antonio Abuelo Ramírez levantan la mano.

—¿Votos en contra?

Otros dos: Eguzki e Italia hacen lo propio.

—Quedas tú, Francesc —dice la muchacha de las rastas.

Durante unos segundos, el fotógrafo medita su voto. Juega a darle vueltas a la torre de ajedrez que guarda como recuerdo de los buenos tiempos. Siente sobre sí el peso de las miradas de sus compañeros y el del futuro incierto del grupo. Optaría por la abstención y así mantener la igualdad: lo haría si no fuera porque intuye que el miedo que se le escapa a Italia por los ojos tiene algo de premonitorio. No hace falta que se lo suplique juntando las manos: ya se ha decidido.

—Voto que no entremos —dice al fin.

Los perdedores rumian su malhumor. Italia y Eguzki se estrechan la mano después de que esta se haya desprendido del guante derecho.

Minutos después, Italia pide permiso para sentarse junto al fotógrafo. Maciá no pone mayor objeción que la de cambiar de asiento: él prefiere el de la ventanilla y dejarle a la compañera el que ocupaba hasta ese momento.

—Gracias, Francesc.

—¿Por? —Maciá estira la mirada hacia el exterior. Es una manera como otra cualquiera de disimular su incomodidad. Cada vez que la muchacha se le acerca, sin pretenderlo tuerce el gesto.

—Por votar a nuestro favor.

—Bah, me ha dado por ahí —miente; tampoco quiere darle demasiada importancia al hecho.

—Oye, una cosa.

—Dime.

—Francesc, ¿quién es Elvirita? —pregunta tras un incómodo silencio que ella misma ha dejado crecer. Al momento, un segundo después de formular la pregunta, se arrepiente. Y es que ni siquiera Maciá sabe lo de sus premoniciones.

—No conozco a ninguna Elvira —vuelve a mentir.

En lugar de abortar la conversación, Italia se empeña en seguir adelante, estimulada por la mentira de Maciá. Sabe que no es cierto; es más, recuerda perfectamente que, durante la premonición, Francesc ha llamado Elvirita a la colegiala.

—¿Seguro? Mírame a los ojos y dime que no conoces a ninguna Elvira. Es el último cigarrillo que me queda —le hace entrega del pitillo. Italia debería darse cuenta de que Francesc se ha enrocado en defensa de su pasado.

—No entiendo por qué me lo preguntas.

—Por nada —susurra. Ahora es ella quien se encuentra en un apuro. Si el fotógrafo se empeña en conocer el origen de ese interés repentino, será ella la que haya de jugar el as de una mentira. Por ahora no piensa hablarle de las premoniciones.

—Por algo me lo habrás preguntado.

La muchacha niega con la cabeza. ¿Qué otra cosa puede hacer ahora? Será mejor cambiar de tema a la mayor brevedad.

—Ino cada vez se encuentra peor —apunta con la esperanza de que Maciá se olvide de su obstinación anterior. Apenas levanta la voz: desea evitar que el resto de compañeros permanezca atento a la conversación que mantiene con el fotógrafo—. No le baja la fiebre.

Maciá tarda unos segundos en responder, como si estuviese sopesando qué hacer con la conversación.

—Yo no hubiera subido a Guerau al autocar —murmura al fin—. La culpa es de Antonio Malavé, que lo recogió cuando debió dejarlo allí. ¿Hace falta que te recuerde lo que hizo con don Bernabé?

Si la suerte de Guerau dependiese del fotógrafo, haría ya un par de jornadas que habría finiquitado el problema. Lo habría abandonado en Durango o incluso antes, en Zaragoza.

—¿Crees que morirá?

—Espero que no, Italia. En todo caso, habrá que permanecer muy atentos a su estado.

—De acuerdo. Por cierto, ¿qué te parece la nueva?

Consciente de que cuanto más tiempo retrase la respuesta mayor será la ansiedad de Italia, Maciá echa el vaho contra el cristal de la ventanilla. Sobre el borrón blanco podría escribir cualquier cosa, acaso un nombre, cualquiera menos el de Elvirita. No hace nada al respecto y deja que desaparezca poco a poco.

—¿Me preguntas por Eguzki? —Se acerca al oído de Italia y dice: —Me parece atractiva. Es más, no me importaría que posase para mí.

La muchacha retira el oído y le observa atentamente. Rastrea la mirada insalubre de su compañero en busca del menor atisbo de broma. El intento es baldío: Francesc ha reprimido a tiempo una sonrisa y permanece inalterable, el rostro casi tan inexpresivo como la máscara antigás que usa Mamashe Correa cuando abandona

Finisterre. La muchacha no sabe qué pensar.

—Oye, ¿no tenemos un asunto pendiente?

—¿A qué te refieres, Francesc?

—La noche en que abandonamos el campamento Vermell me dijiste que tenías de decirme algo. Ahora es el momento, ¿no crees?

Todavía sigue guardando lo que quiso regalarle aquella última noche en Montserrat. No lo ha perdido; es más, ni siquiera lo ha sacado del bolsillo donde lo escondió tras el rechazo inicial del fotógrafo. Ahora es ella quien se hace de rogar. Regala un beso en la mejilla a su compañero y se incorpora. Antes que darle ese placer, prefiere acercarse a Malavé y cantar con él la canción de Loquillo que tanto gusta al sevillano.

—*Por favor sólo quiero matarla. A punta de navaja. Besándola una vez más.*

Dicen que en un pueblo de Escocia venden libros con una página en blanco, extraviada a lo largo del mismo. Dicen que si un lector encuentra esa página justo al dar las tres de la tarde, fallece. Así, sin más.

Aunque el grupo ha dejado atrás Bilbao sin mayor contratiempo, todavía están muy lejos de Escocia. Y aún mucho más de acercarse a una librería en busca de esos libros significados con la dichosa página en blanco. Ninguno de los supervivientes antepone la continuidad del viaje a algo tan pueril. Lo que no quita para que uno de ellos, sin que lo imagine, haya sido señalado por la desgracia. Da igual que no sean las tres de la tarde, ni que no haya abierto un solo libro desde que huyó de la sierra de Montserrat.

En las afueras de Castro Urdiales, Francesc Maciá pisa el freno y detiene el autocar, obligado por la presencia de una barrera compuesta de muebles viejos, contenedores de basura y neumáticos desgastados, levantada a la altura del primer rebaño de casas.

Menos Ino Guerau y Maciá, que no puede despegarse del volante, los demás descienden al asfalto, entre ellos aquel a quien apenas le restan unos minutos de vida. Quienes han ganado el exterior son Abuelo Ramírez, que sostiene la Beretta igual que si fuese una rata muerta; Italia, que aún rumia su malhumor contra el fotógrafo; Antonio Malavé, que aprovecha la ocasión para repasar el trasero de la muchacha de las rastas; y Eguzki, que ha dejado a Totoro en el asiento. Ninguno de ellos deja de mirar a un lado y a otro, sabedores de que el obstáculo de la barrera no es casual.

Menos Maciá y Guerau, los otros quedan expuestos a una posible emboscada. Sin embargo solo uno de ellos, desconocedor de la leyenda escocesa, es el que abrirá, imaginariamente, el libro maldito y encontrará la página en blanco justo a las tres de la tarde.

Mientras Abuelo les cubre con la Beretta, Malavé, Italia y Eguzki se afanan sobre la barrera. Cuanto antes liberen el paso, antes podrán regresar a la seguridad del autocar.

—Daos prisa, joder —masculla el malagueño de los ojos azules. Apenas logra

disimular el temblor de la mano que sostiene la pistola. Si de improviso apareciera un resucitado o un superviviente, sería capaz de herir a cualquiera. Y la verdad es que ya tienen bastante con un herido a bordo.

—Si nos ayudas, Abuelo, acabaríamos antes —protesta Malavé tras cambiar una mirada de complicidad con Italia. Ha verbalizado lo que ella pensaba.

—Alguien tiene que vigilar esas casas.

Como la conversación no conduce más que a un callejón sin salida, erizado de reproches, Abuelo dobla el espinazo, alcanza un neumático y lo lanza en dirección al arcén.

En ese instante suena el timbrado de un teléfono; proviene del interior de una de las casas. Todos los que han quedado expuestos en mitad de la carretera se observan. La insistencia de la llamada telefónica, -un timbrado, cinco, quince-, se antoja ajena a la casualidad o a un fallo imprevisto de la línea.

Es hora de regresar a la seguridad del vehículo. No importa que aún no hayan abierto un hueco suficiente como para que el autocar atraviese la barrera sin problemas. Siempre quedará la opción de que Maciá dé marcha atrás, gane unos metros y la embista a toda velocidad.

—Atiende la llamada —dice Italia. No ha dirigido su petición a nadie en concreto. Supone que es vital que alguien atienda la llamada, pero no conoce la razón: el verdadero motivo ha quedado enterrado y sin resolver en la premonición que ha sufrido a las afueras de Bilbao.

Dentro del autocar, Ino y Maciá se miden en silencio valiéndose del espejo retrovisor. ¿A qué obedece esa llamada? ¿Todavía funciona la línea telefónica? Todos se formulan las mismas preguntas.

La pistola en manos de Abuelo Ramírez. El timbrado telefónico que, si cabe, chilla con más desesperación que antes. La advertencia de Italia para que alguien atienda la llamada. Y varias sombras que se agazapan en el interior de las casas.

ENTREVISTA A EGUZKI MOLINA

Lunes 17 de junio de 2013, 11:30 horas
Plaza de la Marina, Málaga.

[Se yergue a nuestras espaldas el edificio de la Equitativa. En su interior, tras la reconquista de la ciudad, se encontraron tantos restos despedazados que a uno le cuesta imaginar qué ocurrió al abrigo de sus paredes. Un periodista de Nuevo Sur me ha confirmado que, cuando se accedió al interior del bloque para proceder a la limpieza, agentes de la policía nacional descubrieron un verdadero cementerio sobre las escaleras. Cuerpos descuartizados de toda clase y condición.

Por momentos se levanta una ligera brisa que sacude el flequillo de Eguzki. Lleva un pelado tan corto que me recuerda a viejas fotografías de Jean Seberg.

A sus pies duerme un perro algo más pequeño que un pastor alemán; a juzgar por sus rasgos, supongo que es un mestizo de mestizos. Se parece a demasiadas razas como para ser heredero de una sola. De pelaje blanco y gris, su dueña me dice que se llama Totoro. Como el de la película, añade con una sonrisa de niña pequeña y traviesa.]

—Había que sortear la muerte a diario. Así que resistir en la ciudad habría sido una locura. Por aquel entonces yo aún montaba en monopatín y Totoro era una cría.

—*Ha traído al perro, ¿y el monopatín?*

—Me estoy haciendo mayor, ¿no cree? *[La verdad es que es una mujer que aparenta menos edad que los treinta y dos años que me ha asegurado que tiene; cualquiera podría calcularle veinticinco primaveras. O se ha burlado de mí, o la naturaleza le ha dado una piel excepcional.]* Lo he dejado en casa: ahora prefiero la bicicleta.

—*Cuénteme dónde y cómo sobrevivieron el perro y usted.*

—Toda la culpa fue de Totoro. *[Acaricia al animal, que se arrima y se deja hacer, el hocico hacia arriba para que ella le rasque el cuello. Entorna los ojos de pura felicidad.]* Por aquel entonces, hablamos de 2010, Totoro tenía apenas cuatro meses. Aunque era poco más que un cachorro, supo conducirme hasta el mejor escondite. Abandonamos Vizcaya en compañía de otros supervivientes. Viajaban en autocar. Todavía me acuerdo de los nombres de algunos de ellos: Maciá, Italia, Abuelo nosequé...

—*Un momento, ¿conoció a Italia Segorve?*

— No recuerdo el apellido, la verdad. Creo que nunca lo empleó. ¿La conoce usted? Por aquel entonces era una chica de lo más singular: destacaba sobre todo por sus rastas.

[Antes de que pregunte, le digo que Italia sobrevivió a la devastación promovida por la resurrección de los muertos. Que la he conocido con ocasión de las entrevistas

que estoy realizando a distintos supervivientes de la Guerra de la Doble Muerte. Añado que ha escrito un libro y que vive en Francia.]

—¿Un libro? Quién lo diría.

—*Además es un libro fundamental para conocer lo que ocurrió en España hace tres años. Se titula Memorias de una hippie en el Infierno. Su publicación le está reportando cierto éxito.*

—Me alegro por ella. *[Lo dice sin demasiada convicción. Aunque me gustaría preguntar qué clase de relación mantuvieron en aquel autocar, decido dejarlo para luego; sobre todo por ver si coincide con la versión que la propia Italia ha contado en su libro. Sería un experimento de lo más divertido.]* Con Italia, Maciá y el resto, compartí parte del viaje. Por lo visto habían escapado de la Sierra de Montserrat. Marchábamos sin rumbo fijo hasta que sucedió algo. Extrañamente recibimos una llamada en... Castro Urdiales, creo recordar. No es que aquella llamada me pareciera sospechosa, es que yo ya tenía prefijados de antemano mis planes. Así que decidí separarme del grupo.

A donde pensaba ir, solo me podía acompañar Totoro. Sobrevivir en grupo siempre acarrea problemas; al final terminan aflorando las rencillas. Otra cosa es que, de haberles contado mis planes, ellos hubiesen cambiado de rumbo.

—*En el mail que me envió, aseguraba haber vivido durante meses en Camaleño, provincia de Cantabria.*

—Sí y no. En Camaleño sólo estuve unos días: al primer signo de peligro escapé montaña arriba. Ese era mi destino final. Cuanto más bajase la temperatura, mayores serían las posibilidades de sobrevivir a los muertos. Sólo había que ir bien abrigada y contar con las suficientes provisiones.

En el ayuntamiento de Camaleño, mientras hojeaba prospectos turísticos, encontré lo que buscaba. En mitad de los Picos de Europa, no muy lejos de Peña Vieja, a más de dos mil metros de altitud, se levanta Cabaña Verónica. ¿La conoce? *[Niego con la cabeza.]* Tampoco me extraña, muy pocos saben de su existencia. Es casi insignificante, una cúpula metálica de tan solo nueve metros cuadrados.

Allí, cerca de las nubes, sobreviví hasta la primavera del año siguiente. Fue duro, muy duro, no se lo imagina. No tanto por el frío y las tormentas que azotaban la cabaña con la llegada del invierno; el lugar estaba acondicionado para ello y aprovisionado con suficiencia. Lo peor era cuando Totoro abandonaba su molicie habitual, esa desidia en que se refugiaba cada vez que nos metíamos dentro de la cúpula; entonces tensaba las orejas y alzaba el hocico en dirección al exterior. Era la señal de que algo o alguien se acercaba.

La mayoría de las veces fueron falsas alarmas. Bastaba que rodase una piedra para que Totoro aguzase su olfato de centinela. Otras veces, con la llegada del verano, nos visitaban aves de presa. Por fortuna, Cabaña Verónica parecía un lugar olvidado por todos. Es probable que quienes conocían su existencia, montañeros de corazón y de espíritu, hubiesen sucumbido bajo el empuje de los hambrientos. Ello me prestaba

cierta confianza de no ser descubierta nunca. Nadie que no conociera de antemano el enclave de la cabaña, o que no consultase los folletos de Camaleño que yo había hojeado, daría con ella.

[Dejo que Eguzki se sienta cómoda al abrigo de los recuerdos. Guardo silencio y observo a Totoro antes que agobiarla con el peso de mi mirada. Además, Eguzki es una mujer lo suficientemente atractiva como para desestabilizar la entrevista. Nunca se debe coquetear con quien es objeto de estudio.]

—Solo en una ocasión la alarma de Totoro fue real. Recuerdo que me asomé a la puerta de la cabaña, convencida de ver la enésima piedra rodando ladera abajo o un águila demasiado atrevida como para acercarse a la cabaña. Sin embargo, de inmediato, reparé en que algo pasaba.

Recuerdo que pensé en la posibilidad de que fuese un resucitado, un montañero que hubiese fallecido no muy lejos de allí. *[La entrevistada no puede reprimir un estremecimiento, a pesar de que en mitad de la plaza de la Marina, el sol de finales de primavera amenaza con derretir las ideas. Pese a que arrecia el calor, ella siente frío al recordar lo que vivió allá arriba.]* Era aún peor. Enfrentarse a un muerto viviente habría sido sencillo, créame, pero hacerlo contra un superviviente era distinto.

Traté de ahuyentar a aquel hombre a pedradas. Tenía a mano munición de sobra, bastaba con recogerla del suelo. Además, la pendiente me confería cierta ventaja. Totoro ladraba sin parar. *[El animal levanta el hocico al sentir que hablan de él otra vez.]* Otro, en mi lugar, lo habría azuzado contra el invasor. No lo hice porque nunca quise exponerlo al más mínimo peligro.

Durante dos días y dos noches luché contra aquel hombre. Ni de noche descansábamos. Recuerdo que bastaba que Totoro se moviese para despertar. Entonces me asomaba a la puerta de la cabaña y lanzaba una pedrada contra la madrugada.

El cansancio y la tensión acumulada empezaron a hacer mella en mi ánimo. Hasta pensé que sería incapaz de resistir el asedio si se prolongaba durante varias jornadas más.

Por fortuna, al tercer día, Totoro regresó a su molicie diaria. Asomé la cabeza: solo divisé la ladera de la montaña y la quietud del cielo que casi podía rozar con la yema de los dedos. Nunca más volví a ver a aquel hombre. Quiero creer que encontró otro escondite y que sobrevivió a la guerra.

—*¿No habría sido mejor compartir la supervivencia? [Ella niega en silencio. Elijo otra pregunta] Antes de esconderse en la cumbre de aquella montaña, ¿se tropezó con algún muerto viviente que fuera capaz de razonar o hablar?*

—Nunca. Sí conocí, por el contrario, a supervivientes que habían perdido ciertas capacidades humanas. Por las razones que fuesen, en semejante estado, esos hombres y mujeres apenas se diferenciaban de los animales o de los podridos.

—*Una última pregunta: ¿ha oído hablar del grupo de los Ícaros?*

—¿Tenía que haberlo hecho? No sé exactamente a qué se refiere. Así, a bote pronto, me suena a un grupo musical. Y ni eso, la verdad.

CAPÍTULO 21. ESTABA EL SEÑOR DON GATO

Martes 30 de marzo de 2010. 18.20 horas.
Calle Temprado, Sevilla.

Huérfana de compañía, avanzo paso a paso, sintiendo cómo se mueve cada músculo, cada articulación. Lucho contra la lentitud de la sangre y de los miembros. Me duele el corazón.

Llevar a cuestras la muerte de Jonás, más la que arrastro y me pertenece, es más penoso de lo que había imaginado antes de abandonar la casa. De todas formas, no pienso abandonar.

Supero cada bache o cada losa rota con todo el esfuerzo del mundo. Doblo cada esquina con temor a caerme y hacer añicos el cuerpo del inválido. Busco las sombras que se acuclillan junto a las aceras porque el sol se hace fuerte en las horas centrales del día. Respiro por la boca, y si es necesario cierro los ojos.

Sé que estoy cerca del límite, que no debo porfiar más. Sin embargo le debo un entierro digno a Jonás, así que he de seguir adelante. Busco una parcela de tierra donde sepultar su cadáver, un lugar donde solo los gusanos hagan pasto de su carne y monden los huesos; prefiero la labor de los necrófagos que dejarlo a merced de ratas o de algún hambriento que acceda al interior de la casa que compartía con Madre.

Lo haré por ti, compañero, no te preocupes. Aunque en ello invierta las uñas y las últimas fuerzas. Si he de desfallecer, que sea al lado de un amigo.

Al llegar a calle Temprado, lo primero que hago es echar un vistazo a la farola de la que pendía el cuerpo del resucitado que hacía de ancla a la cometa blanca. Ya no se debate desesperadamente, ni lanza patadas al aire. Menos mal que se han acabado sus penurias. Pende de la soga que le muerde el cuello sin que advierta el más mínimo signo de vida. El cabo de la cometa sigue anudado y tironeando de los intestinos. Sin embargo ya no hay ocasión de quejarse.

Entre tanto asfalto en varios kilómetros a la redonda, encontrar una parcela de tierra donde proceder al entierro de Jonás se me antoja tarea casi imposible. Cuando empiezo a pensar que me he equivocado al sacar su cuerpo a la calle, obtengo la solución al problema. Ahí está, delante de mí: el parque austero y liliputiense que se levanta frente al Hospital de la Caridad, a un costado de la plaza de toros.

Defendido por unas verjas de hierro y presidido por la estatua de bronce, no hay mejor lugar para descansar, Jonás. Aquí dormirás a salvo de los carroñeros.

Al llegar al pedestal de la estatua, deposito tu cuerpo sobre la tierra. Remeto el sobrante de la manta bajo tu cuerpo, consciente de que cavar la fosa me llevará bastante tiempo.

Mejor empezar cuanto antes. Araño la tierra, reseca por la escasez de la lluvia y

endurecida por la inclemencia del calor. Nunca fui niña que gustase de hacer castillos de arena en la playa: prefería bañarme o jugar a la pelota antes que embadurnarme de arena; pocas veces me entretuve con la arquitectura arenosa y pasajera de los castillos.

Arañar la tierra marchita resulta doloroso. Los guijarros se entierran bajo las uñas. Por su culpa, he de detener la excavación durante minutos. Con la punta de una ramita extraigo las pequeñas piedras escondidas bajo ellas.

Reanudo el trabajo de inmediato. Escupo sobre el suelo con la esperanza de reblandecer la tierra. No da resultado: necesitaría demasiada saliva para que fuese efectiva la medida.

Las sombras de árboles y de verjas cambian de posición y se alargan conforme envejece la tarde. De vez en cuando levanto la mirada al cielo y advierto que el fulgor del día mengua minuto a minuto. Es entonces cuando obtengo la certeza de que no seré capaz de acabar la tumba antes de que se presente la noche.

Porfío en la labor, convencida de que al menos y en el peor de los casos, seré capaz de acabarla antes de la medianoche. Tan pronto como acelero el ritmo de los brazos, la respiración me abandona y se me nubla la vista. Me duelen todas las heridas que me infligió el domingo, la ceja y los labios partidos.

Da igual que descanse un rato, recomponga la respiración y aplique masajes a las manos. Al reanudar el trabajo, regresan el ahogo y el borrón que se cierne sobre los ojos.

—Vas a darme trabajo incluso después de muerto por segunda vez —bromeo por no llorar—. Pero descansarás como es debido, aunque tenga que dejarme la piel en ello.

La noche se precipita sobre la ciudad. Si a mediodía ha brillado un sol de justicia y, por momentos, ha hecho un calor sofocante, con la llegada de la oscuridad se han desplomado las temperaturas. Muerta en vida, Judith no goza de las suficientes reservas energéticas dentro del cuerpo como para combatir el frío que le acorrala. Castañetea los dientes, tiritita. Se abraza, trata de hacer entrar en calor los brazos con friegas. Siempre en vano.

Antes de que sea demasiado tarde y no consiga arrancarse el frío del tuétano de los huesos, Judith se mete bajo la manta que cubre el cadáver del compañero. Ahí dentro no huele demasiado bien, mucho peor que ella. Eso sí, solo tiene que darle la espalda y olvidarse de la proximidad del cuerpo. Diferente es que vaya a conciliar el sueño: el suelo es muy duro y le duelen todos los huesos.

—¿Te he contado que, de pequeña, me gustaba volar una cometa? Supongo que sí —susurra.

Así gasta la primera media hora de oscuridad, hablando con Jonás en un hilo de voz, en vista de que el sueño es un extraño que no se digna a acudir a su llamada. Espalda contra espalda, Jonás y Judith yacen bajo la manta en la postura de dos amantes que, después del fulgor del coito, comparten confidencias y cigarrillos.

—Iba con mi padre. Él me enseñó a volarla. No era fácil, ¿sabes? Sobre todo durante los días de viento. En una de aquellas mañanas, frente a la inmensidad del mar, le dije a mi padre lo que quería ser de mayor. Habíamos bajado hasta allí para volar una cometa. El viento la arrastraba muy por encima de nuestras cabezas cuando le conté mi anhelo. ¿Sabes?, no me respondió, simplemente me miró y se sonrió. Aunque a nosotros nos bastaba con los ojos para entendernos, quise oír su opinión.

Durante un segundo detiene el parlamento. Aguza el oído. No hay duda: algo se aproxima a la manta bajo la que yace.

Maldice en silencio. Empieza a cansarse de tener miedo a todas horas. Ojalá todo acabe pronto. Pero alcanzar el final no va a ser tan fácil como ingerir el brebaje que Isolda ofrece a Tristán: el filtro de la muerte. Si ella dispusiese de semejante elixir, capaz de aliviar el dolor más profundo, lo bebería sin dudar.

Un rumor de hojas cruza el recinto del jardín de una punta a otra, revelando la proximidad de una presencia. Judith guarda silencio, escruta la oscuridad en busca de respuestas.

Justo cuando piensa reanudar el monólogo, convencida de que ha pasado el peligro, distingue el contorno de una sombra en la oscuridad. A juzgar por el tamaño solo puede ser un perro pequeño, un gato o un roedor de gran tamaño. Descartada la posibilidad de que sea un hambriento o un superviviente, respira aliviada. Algo es algo. No hay gran cosa que temer.

—Quería ser bailarina. ¿Sabes lo que me dijo... —Judith reanuda el monólogo justo donde lo dejó— ...cuando le pregunté qué pensaba de ello? Me dijo: «*Mira la cometa allá arriba. ¿La ves? Pues así bailarás cuando seas mayor*».

El suspiro que media a continuación es el mejor epitafio bajo el que enterrar aquella vida que disfrutó antes de la resurrección: dobla los recuerdos igual que si fuesen un pañuelo, exactos los dobleces, y luego los arrumba en el trastero de la habitación 101. Se encuentra demasiado sola. Lo que daría porque Jonás aún estuviera con ella, lo que daría por hablar con él.

Poco a poco le vence el sueño, latido a latido. Justo en el instante en que se duerme, acaricia un último pensamiento: la sudadera de *Silent Hill*. Lo primero que hace Judith a la mañana siguiente es apartar la manta a un lado. Se arrodilla junto al compañero y procede a quitarle la sudadera señalada con el anagrama de *Silent Hill*: primero hay que liberar el brazo derecho, luego el izquierdo y por último la cabeza.

—Espero que sepas perdonarme, Jonás.

No ha acabado de disculparse cuando siente una presencia a la espalda. No hace falta que la vea para percibirla. Durante un segundo baraja la posibilidad de que sea un hambriento o un superviviente. En tal caso, solo desea que el final sea lo más rápido posible. Un disparo no estaría mal, o un golpe fatal en la nuca con una piedra de gran tamaño.

Buenos días, Angélica, no tema.

Cuando se da la vuelta, descubre que lo que le acecha no es otra cosa que... un gato, dorado el pelaje como un campo de trigo poco antes de la recogida. Judith apostaría que no es un gato de raza, aunque su porte sea realmente noble. Presupone que es un mestizo de padres mestizos, un superviviente callejero de esos que han visitado mil azoteas y olisqueado mil portales. Se restriega los ojos, no da crédito a lo que está viendo.

Es de mala educación no responder cuando la saludan.

Que los ojos del animal parezcan de vidrio emplomado no es lo que mantiene paralizada a Judith, ni tampoco que posea dos orejas grandes como de murciélago. Es la apostura con que se mantiene en pie, sobre las dos patas traseras, a imitación de un humano. También el traje color vainilla que viste, completado con chaleco verde y pajarita roja con lunares naranjas. No sabe qué pensar: la ropa no parece parte de un disfraz; no, ello le distingue y diferencia del resto de sus congéneres.

—¿Cómo sabe mi nombre? —pregunta en cuanto recupera el habla.

Señorita, esa no es la pregunta.

La voz del gato resuena dentro de la cabeza de Judith, únicamente ahí dentro. Si en ese instante Jonás resucitase por segunda vez, nada más que escucharía una retahíla de maullidos y la voz de su amiga.

—No entiendo qué quiere decirme.

Que hay otras preguntas más importantes que responder.

—Déjeme en paz, no quiero volverme loca.

Solo he venido a decirle un par de cosas, nada más. Me marcharé enseguida.

Judith recompone la manta para que cubra por completo el cadáver de Jonás. Haciendo caso omiso de la palabrería del gato, retoma la excavación de la tumba para su amigo. Tras la experiencia de ayer, sabe que no conseguirá nada acelerando el ritmo. Frente a la tiranía de la extenuación y la flaqueza de sus fuerzas, mejor tomarse las cosas con calma.

Excava muy poco a poco, un puñado de tierra tras otro, hasta delimitar el rectángulo exacto que habrá de servir de tumba a su amigo.

Es loable su empeño para con Jonás.

—¿Cómo sabe mi nombre, cómo sabe el de mi compañero?

Esa no es la pregunta. Si lo que pretende es que el cuerpo de Jonás descanse en paz para siempre, yo cavaría lo más cerca posible del pedestal sobre el que se levanta la estatua. O incluso debajo de él. Así se garantiza que la tumba sobreviva al paso de tiempo y a la arbitrariedad humana. Porque no le quepa ninguna duda que los vivos ganarán la guerra y que, con el paso de los meses o los años, alguien podría roturar la tierra y descubrir el puñado de huesos en que se convertirá su compañero. Llegado el caso, su esfuerzo habría sido completamente baldío.

—Gracias por el consejo, señor... —acaba la frase sin acabarla, a la espera de que el gato diga su nombre. Pero el otro no mueve un solo bigote, ni pestaña.

Judith se incorpora y se sacude la tierra de la ropa. El gato tiene razón, de eso no

hay duda. Con los zapatos devuelve la tierra al interior del hoyo. Ha de cubrirlo antes de comenzar otro. Trabaja sin prisas, bajo la atenta mirada del gato.

Luego aparta el cuerpo de Jonás, lo deja bajo la sombra de un árbol. Bajo esa misma sombra se apresura a cobijarse el distinguido visitante. Y es que el sol de finales de marzo se hace fuerte conforme se acerca el mediodía. Judith observa al animal durante un segundo y se maravilla de la apostura con que se desenvuelve, como si el escenario de sus movimientos no fuese un jardincillo olvidado de la mano de Dios, sino un auténtico palacio. Cruzando las garras de una mano con las de la otra, se ajusta los guantes; luego se recoloca la pajarita y se atusa los bigotes.

—¿Cuáles son esas dos cosas que ha venido a decirme?

Ya le he dicho la primera. De no haberle advertido de su error, habría excavado en el lugar equivocado.

—De acuerdo, ¿cuál es la segunda?

Algo que ya sospecha, Angélica. Nunca ha existido una cura para la resurrección; ni ha existido, ni existirá. Recuerde que el país ha sucumbido a la enfermedad, que muy pocos han sido los que se han salvado, y que las prioridades de esos hombres y mujeres serán otras. Nadie se ocupará de ustedes.

—Este segundo anuncio se lo pudo ahorrar.

Seguramente tenga razón, señorita, pero he venido a recordárselo, sobre todo para que no albergue infundadas esperanzas.

—Nunca he albergado esperanza alguna.

No mienta, pues de lo contrario no habría ido a la Ciudad Negra. Aunque usted sospechaba que el anuncio de la posible vacuna no era otra cosa que una patraña, fue hasta allí. Incluso así.

Durante un segundo, Judith siente la tentación de hacerle una pregunta, una nada más, sin duda la más importante: ¿cómo acabar con ese calvario en que se ha convertido su no—vida? Antes de que tenga ocasión de desestimarla, el gato se apresta a responderla:

Angélica, depende mucho del lugar adonde quiera ir.

En previsión de que el turno de preguntas y respuestas se convierta en el juego del ratón y del gato, Judith decide zanjar el asunto.

—De acuerdo, ya ha cumplido su cometido. Ahora déjeme trabajar.

En cuanto se arrodilla junto al pedestal sobre el que se alza la figura de Miguel Mañara y araña la tierra a la sombra del mármol, obtiene la certeza de que el gato se ha esfumado. De él no queda, flotando en el aire, ni el rastro incierto de su sonrisa. Ese gato no es el de Cheshire, ni ella es Alicia. Solo queda el eco de las palabras que le ha dedicado en el auditorio de su cabeza.

Amanece. Chillan los pájaros en la soledad que se enseñoorea en toda la ciudad. El primer rayo de sol despierta a Judith. Mientras se restriega los ojos y bosteza, una voz aletea en el interior de su cabeza, como un pájaro prisionero en una jaula: *No mienta, pues de lo contrario no habría ido a la Ciudad Negra. Aunque usted sospechaba que*

el anuncio de la posible vacuna no era otra cosa sino una patraña, fue hasta allí. Incluso así.

Del señorial gato no queda más rastro que ese, el arrullo de sus palabras. Por mucho que se obstine en buscarlo tras los matorrales o a la espalda del pedestal, no encuentra de él ni tan siquiera el rastro de las pisadas. Recorre todo el contorno del jardín. Nada, ha desaparecido por completo.

No obstante, y convencida de que el animal tenía razón, Judith se dispone a hacerle caso. Verdaderamente el mejor lugar para emplazar la tumba de Jonás es bajo el pedestal. De manera que se sirve de los zapatos para devolver toda la tierra extraída en el día de ayer sobre el hoyo. Pisa los terrones para que se asienten. En el espacio de una hora completa la acción: ha conseguido que sólo quede el rastro de un rectángulo de arena removida.

A continuación se arrodilla junto a la base del pedestal de mármol. Araña la tierra con las uñas. Un poco más. La aparta a un lado. Repite la acción. Estos primeros momentos son los más dolorosos; la piel reseca de la tierra quebranta las uñas, hiere la yema de los dedos. Para evitar que la fricción termine por arrancar trozos de su carne cancerosa y los esparza a un lado y a otro, para aligerar el sufrimiento, se ayuda de una piedra puntiaguda. La hunde en el suelo igual que si fuese un cuchillo.

CAPÍTULO 23. LAS NIÑAS BONITAS NO PAGAN DINERO

Jueves Santo 1 de abril de 2010. 7:10 horas.
Calle Temprado, Sevilla.

Reventada de cansancio, extenuada, ayer por la noche buscó cobijo en el interior del Hospital de la Caridad. Después de poner a buen recaudo el cadáver de su compañero sobre el altar de la iglesia, Judith durmió al pie del *Entierro de Cristo*, tallado en madera por Pedro Roldán, y rodeada por los lienzos de Murillo que decoran los laterales.

Hoy, antes de regresar al jardincillo y a la excavación de la tumba, Judith ha inspeccionado arriba y abajo el hospital y la iglesia que Miguel de Mañara levantase para mayor gloria de la Hermandad de la Caridad. Busca algo de comida, acuciada por el hambre. Sube y baja escaleras negando el cansancio extremo que arrastra después de tanto esfuerzo, sufrimiento y días de ayuno.

En el patio bebe de la fuente coronada con la Caridad, rebosante de agua el cuenco de mármol gracias a las últimas lluvias. Aparta hojas e insectos muertos y hunde el rostro en el líquido. Sumergida media cabeza, abre un poco los labios y bebe con moderación. El frescor del agua la vivifica durante unos segundos. Aunque sabe que es un espejismo, merece la pena sentir que, de nuevo, otra vez, está viva. Qué más da que sea mentira.

Judith no toca nada, no cambia nada de sitio. Curioseas en todas las estancias, las que antes de la guerra eran visitadas por el público y las que no, las que nunca se expusieron a la curiosidad de los turistas, esas que siglos atrás albergaron el atribulado corazón de Miguel de Mañara.

Su curiosidad va de un lado a otro, la arrastra a través de habitaciones, pasillos y escaleras, la obliga a registrar todos los muebles, a inspeccionar cajones, arcones, baúles y cofres. No ha tocado nada, salvo una cosa.

Un momento: no tan deprisa, Judith. Ha sucedido en el último instante, como si estuviese predestinado a ocurrir así. Como de casualidad, mis ojos han registrado algo. Me estaba despidiendo en silencio de un dormitorio, cuando algo ha concitado mi atención.

Me detengo, la mano sobre el pomo, a medio metro de alcanzar el pasillo. Durante un segundo dudo, ¿debo olvidarme de lo que he visto? Sería lo más razonable, actuar como hasta ahora. Pero desobedezco mis principios.

En la sombra que se hacina tras la puerta descubro algo. Parece un pedazo de papel. Con todo el esfuerzo del mundo, me agacho a recogerlo. No es un papel, sino el sobre de una carta.

Con la ayuda del pomo de la puerta, a modo de asidero, me pongo en pie. Junto a una ventana, contemplo el sobre al trasluz. No cabe duda: en su interior esconde un papel manuscrito. De repente siento cómo me muerde la curiosidad, a dentelladas, igual que una colegiala que se dispone a hojear a escondidas el diario de una compañera. No hay más que leer la leyenda que figura en el anverso para experimentar esa sensación: Desafío del doctor Hawthorne a los Ícaros.

El doctor Hawthorne se cruza de nuevo en mi camino. La leyenda suena tan novelesca que me vence la curiosidad. Me gustaría saber más del doctor Hawthorne. Así que traiciono mis principios y cojo una cosa que no me pertenece. Me convengo de que el secreto que esconde en su interior bien merece el atrevimiento. Cuando lea la carta, me pregunto, ¿seré capaz de entender su significado? ¿Quiénes son los Ícaros a los que el doctor Hawthorne desafía?

Lo guardo en el bolsillo de la sudadera de Silent Hill. Ya habrá ocasión más tarde para leer la carta. De momento voy a ser disciplinada y a desoír la curiosidad. Antes he de enterrar a Jonás y luego abandonar la zona.

Judith cambia una mirada con el hambriento que permanece colgado de la farola, ancla de la cometa blanca. Si contase con el auxilio de una escalera, descolgaría el cuerpo. Bien es cierto que una vez en el suelo, el cadáver sería pasto de las alimañas que sobreviven en la ciudad. Pero es preferible eso a quedar colgado ahí hasta el fin de los días o la victoria de los vivos.

—Disfruta de la vista —se despide del ahorcado. No hay el más mínimo rastro de broma en sus palabras, acaso la convicción del pesimismo—. Desde ahí arriba, el cielo se verá más cerca.

Judith ha invertido todo un día en excavar la tumba de Jonás. Ahora no queda más rastro de esta que ese parche de arena removida junto al pedestal sobre el que se yergue la estatua de Mañara. Cambia una última mirada con la sepultura, aferrada a los barrotes que circundan el jardincillo, los pómulos apoyados en el metal.

Embutida en la sudadera de Jonás, borracha de recuerdos, no consigue evitar a tiempo ese suspiro que se escapa de entre los labios. La desesperación se lo ha arrancado de dentro del pecho. No sabe qué hacer a continuación, tampoco adónde dirigirse. Bien pensado, no tienen demasiado sentido semejantes dudas: ya todo da igual. No encontrará nada ni a nadie, salvo una ciudad muerta.

Durante unos minutos cierra los ojos. El sol de la mañana le besa la cara. A estas horas, aún es agradable. Reprime el amago de una lágrima; no es ocasión de llorar, ni tan siquiera por quien ha sido su último amigo.

—¿Adónde has ido?

Igual que una ventisca, las notas de *My Immortal* atraviesan su cabeza, haciendo sonar los batientes de la memoria. La música de *Evanescence* aúlla con la fuerza de un huracán mientras ella se aferra a la verja para no ser barrida del mapa.

Después de reflexionar sobre lo que le dijo don Gato, echa a andar en dirección al río. Se encuentra al límite de la desesperación. Se sabe sola y huérfana de futuro.

Como le advirtió el animal del traje vainilla, soñar con una posible cura para la resurrección es inútil, un placebo, un engaño.

No encuentra consuelo posible en ninguno de los recuerdos que atesora después de haberlos rescatado, a golpe de memoria, del más recalcitrante olvido. Hoy, ni siquiera la figura de su padre le sirve de guía. Si se dejase vencer por el abatimiento, dormiría sobre la tumba de Jonás hasta el último aliento. Si se diese por vencida, esperaría a la Doble Muerte sobre la tierra removida, sin mover un solo músculo, boca arriba, la mirada prendida de las nubes y el cuerpo anclado a tierra.

Sin embargo, todavía está dispuesta a luchar hasta el instante final. Se refugia en semejante tenacidad para seguir andando, los pasos cada vez más cortos y dolorosos. Cada pocos metros siente la necesidad de hacer un descanso, a ser posible al abrigo de una buena sombra. De lo contrario no llegará a ningún lado.

—Abuela —musita cada vez que barrunta la posibilidad de dar la batalla por perdida.

La abuela Luisa siempre fue un ejemplo para toda la familia, no ya por la abnegación con que había sacado adelante a sus hijos, pese a enviudar muy pronto, sino por el pulso que había mantenido durante los últimos años contra el cáncer. En presencia de ella, nunca se hablaba de su enfermedad salvo en voz muy baja. La palabra cáncer fue proscrita de la vida familiar por consenso espontáneo entre hijos y nietos. Pero todos sabían que luchaba a brazo partido contra aquella enfermedad.

Luisa, la abuela Luisa, se convirtió sin pretenderlo en ejemplo para todos. Si por cualquier circunstancia un hijo perdía el trabajo, la abnegación de la madre servía de consuelo. *Lo de mamá es peor*. Si un nieto suspendía un curso, la entereza de la abuela contagiaba al desdichado estudiante. *Lo de la abuela es aún más grave*.

Ella, Judith, nunca estuvo más orgullosa de ese cuerpo encorvado, de ese montón de huesos que le hacía un corte de mangas al cáncer, que cuando su padre le habló de la gravedad de la enfermedad que padecía su madre, la abuela.

—Abuela —balbucea Judith antes de echar a andar de nuevo. Únicamente invocando el espíritu de la madre de su padre alcanzará su objetivo final.

Quince años de batalla diaria, quince años de supervivencia frente a la enfermedad más mortífera del siglo xx no es un logro al alcance de cualquiera. Lo hará por ella. Seguirá en la brecha por la abuela.

Descansa durante las horas de mayor inclemencia solar, cuando el asfalto abrasa y las sombras se muestran amables. Solo cuando la tarde comienza a estirar las sombras, prosigue camino. De no mediar la resurrección de los muertos, a esa hora sería imposible andar por Sevilla: es Jueves Santo, y el centro histórico estaría rebosante de turistas, pasos de Semana Santa y nazarenos. En cambio, hoy no queda ni siquiera el rastro de una saeta.

En la medida de lo posible, a fin de evitar los sobreesfuerzos, Judith camina por el asfalto, apoyándose en los coches que han quedado aparcados y olvidados. Y es que subir bordillos o esquivar alcorques, en el estado de máxima debilidad en que se

encuentra, se convierte en un verdadero suplicio.

La tarde muere rápidamente. Enseguida se le echa encima la noche. Judith duerme en el interior de un portal, a cubierto, en un pequeño cuartucho que, meses atrás, servía de almacén de productos de limpieza. Se hace un hueco entre escobas, cepillos, y cubos, y se deja vencer por el sueño.

Con la llegada del nuevo día se impone proseguir camino. Elige una escoba, desenrosca el cepillo; lo desdeña y se queda solo con el largo palo de madera. Le servirá de cayado; de ese modo, cuando más débil se encuentre, contará con una ayuda.

La idea es buena, pero antes de una hora se ha deshecho del improvisado báculo. Pesa demasiado y sus brazos ya no pueden con él. Lo abandona junto a un bordillo y sigue caminando. Ahora se sirve de las paredes para avanzar. Apoya en ellas un hombro. Y sigue hacia adelante.

—Abuela —dice, cada vez con la voz más débil.

Antes del mediodía los músculos se han cementado, las articulaciones parecen hechas de aristas. El dolor que le atraviesa el estómago es similar al de un navajazo que le desparramase las tripas por el suelo. Se sienta en el escalón de un portal y recuerda.

—*Angélica, ¿dónde estas? —La voz de la abuela se asoma a la ventana de su casa. Desde allí asciende igual que si fuese un globo.*

—*Estoy en la terraza —responde sin dejar de saltar a la comba.*

Debería sonreír al recordar aquellas tardes de principios de verano en que subía a la terraza y gastaba las suelas de los zapatos de tanto saltar a la comba. Debería hacerlo, pero ha perdido todas las fuerzas. Se sostiene gracias a la jamba de la puerta; de lo contrario hace rato que habría besado el suelo.

—*Baja de ahí, se te van a derretir las ideas con el calor que hace.*

—*Déjame que juegue un poco más.*

Judith lanza una mirada a las manos, las mismas que veinte años atrás aferraban los extremos de aquella comba. De color ceniciento, llenas de heridas y pústulas, en nada se parecen a aquellas. Si antes no ha podido sonreír, ahora tampoco encuentra el camino que la llevaría hacia el llanto. Ahorra y administra las pocas fuerzas de que dispone para respirar o para abrir y cerrar los ojos.

—*A eso me refiero, Angélica, ¿qué estás haciendo?*

—*Estoy saltando a la comba.*

Después de un breve descanso, Judith se anima a continuar. Quiere llegar a casa de la abuela Luisa antes de que se haga de noche, y todavía le queda un buen trecho. Así que es hora de ponerse en pie.

Con el hombro apoyado en la jamba de la puerta, trata de izar la escombrera de su cuerpo; después de todo lo que ha sufrido, pesa como mil lápidas. Las rodillas gritan de dolor y las piernas se tambalean.

Resuella. Aprieta los dientes. Y vuelve a intentarlo. En esta ocasión hace bueno el esfuerzo: al fin ha logrado ponerse en pie. Ahora solo tiene que caminar. Antes de

lanzar el primer paso, le asalta de nuevo el recuerdo de aquellas tardes de juegos en casa de la abuela Luisa.

—*Deja eso un rato y baja a merendar, Angélica. Te he hecho un Cola Cao y he comprado una caja de napolitanas. —No hay mayor tentación para ella que el dulce sabor de las galletas con sabor a canela. La abuela lo sabe y por eso la chantajea con las meriendas.*

—*Ahora bajo, déjame media hora más. Por favor, por favor.*

Judith adelanta el pie derecho sin atreverse a abandonar el auxilio de la jamba. Aunque le tiemblan las piernas, se sostiene en pie. Algo es algo. Ahora le resta lo más difícil, recoger el pie y la pierna izquierda que han quedado atrás, y conducirlos hacia adelante. Será el momento de separarse definitivamente de la puerta.

—*De acuerdo, pero no saltes más a la comba.*

—*¿No puedo jugar a la comba? —la pregunta de la niña se asemeja al llanto—. ¿Por qué?*

Nunca un solo paso ha resultado tan decisivo. No se halla en mitad de un campo minado, ni al borde de un precipicio, pero la sensación es igual de extrema: no se fía del terreno, capaz de ponerle la zancadilla en cualquier instante.

—*Baja y mira cómo se mueve la lámpara del salón.*

—*Vale, abuela, ya voy —responde Angélica enrollando sobre una mano la comba. No puede reprimir un mohín de disgusto.*

La Judith que es ahora ha de levantar la mirada y los hombros, y luego caminar. Cuanto más se lo piense, peor. Mayor será el miedo.

—*Mira —dice la abuela mientras señala el techo del salón. La sombra que se descuelga de la lámpara se bambolea de una pared a otra, igual que si estuviesen en alta mar y en mitad de una tormenta.*

—*Abuela —la niña le regala una sonrisa—, no se mueve: está bailando.*

Bailan los recuerdos al mismo tiempo que se decide a recoger la pierna retrasada y a soltar la jamba. Durante un segundo, después del titánico esfuerzo, parece que todo marcha a la perfección, que todos sus temores eran infundados. Antes de que sea capaz de celebrar el triunfo, los tobillos se reblandecen, los muslos tiemblan, las piernas bailan. Incapaces de sostener al cuerpo, unos y otras ceden bajo su peso. Cae al suelo, desmadejada. Por fortuna ha sido lo suficientemente rápida como para amortiguar el golpe con la ayuda de las manos.

Resuella. Fuerza la respiración, el pecho y el abdomen contra la acera, la nariz aplastada. Lloro sin lágrimas. A ras de suelo, observa la larga fila de hormigas que va y viene a cuatro losas de distancia. Un simple soplido suyo significaría un verdadero huracán para las hormigas, pero no puede dejar de admirar su resistencia. A pesar de su insignificancia, las hormigas han sobrevivido a la Guerra de la Doble Muerte y a la devastación auspiciada por hambrientos y soldados.

Cierra los ojos. A oscuras, Judith percibe de manera más clara los sonidos que acompañan su vía crucis: los trinos de los pájaros, el susurro de las copas de los

árboles más cercanos, el aleteo del viento, el siseo de alguna hoja de periódico que corretea de un lado para otro.

Todo sería maravilloso, la tenacidad de la naturaleza que desobedece a la destrucción, la insignificancia del drama humano frente a esa perseverancia, todo sería digno de admirar si ella fuese capaz de sobreponerse a la agonía. Pero bastante hace con seguir viviendo y no desfallecer sobre la acera, como para celebrar lo que sucede a su alrededor.

—Abuela —murmura.

La lucha que mantuvo la abuela contra su enfermedad durante años le sirve de acicate, de estímulo para no darse por vencida. No lo hará ahí, en mitad de la acera, en una calle que ahora no identifica.

Consciente de que ya no se sostendrá de pie, decide que será mejor avanzar a gatas. Proyecta las escasas fuerzas que le restan a los brazos y a las piernas. Las rodillas y las palmas de las manos sostienen ahora todo el esfuerzo. De momento, no se tambalea como cuando estaba de pie.

A gatas avanza metro a metro. Al principio lo hace por mitad de la acera, pero al doblar una esquina, decide hacerlo junto a la pared más cercana. Es una manera de aligerar el esfuerzo, o al menos de compartirlo con los edificios que la ven gatear igual que un bebé de un año. Le servirán de báculo.

Bajo la tela del pantalón, las rodillas pierden poco a poco pedazos de carne cancerosa. No es que se las esté despellejando, es que a ese ritmo, en el espacio de una hora, el hueso de la rótula asomará por entre los jirones de carne. Judith es consciente de todo ello; no en vano aumenta el dolor con cada metro conquistado. Pero llegará a casa de la abuela cueste lo que le cueste, aunque se deje las rodillas, las manos y los intestinos en el intento.

CAPÍTULO 24. NO MIRES ATRÁS

Jueves Santo 1 de abril de 2010. 8:10 horas
Carretera nacional N-634, camino de Unquera.

Martirizada por los recuerdos de dos días atrás, cabecea en silencio. Aunque no fue responsable de lo que le sucedió a Abuelo Ramírez, Eguzki arrastra esa culpa sin que los lametones de Totoro cautericen la herida, ni detengan la hemorragia de reproches. Niega la ayuda y el consuelo que el resto de compañeros le ha ofrecido durante las últimas cuarenta y ocho horas.

—Mujer, fui yo quien le dijo que contestase la llamada telefónica —Italia se sienta a su lado. Miente a sabiendas de que lo hace. Si ella asume la culpa, la *skater* dejará de llorar.

—Se me pasará —farfulla entre hipidos—, de verdad.

Mentira, se sigue sintiendo culpable. Ella fue la que desaconsejó al grupo que accediese al centro de Bilbao. A lo mejor, de haberse internado en sus calles, todo sería distinto ahora. Quién sabe si habrían encontrado un nido de supervivientes lo suficientemente seguro como para aguardar, a buen recaudo, el fin de la Guerra de la Doble Muerte.

Sin embargo ella no es la única que se siente mal por la baja de Abuelo: Italia se desangra entre reproches. Diferente es que se haga la fuerte y se sostenga en pie sobre los restos de su integridad. De habersele adelantado Eguzki, ella le habría pedido a Abuelo Ramírez que contestase la llamada.

En cualquier caso, ninguno de los presentes puede desescombrar de la memoria esas imágenes que la tragedia ha grabado a sangre y fuego.

—Deja ya de llorar, mujer —le pide Maciá.

Como el timbrado del teléfono chillaba en el interior de una casa que se asomaba a la carretera, ninguno de ellos vio si el malagueño de los ojos azules llegó o no a levantar el auricular. Y en caso de hacerlo, si llegó a oír a alguien al otro lado. Es lo de menos. Lo verdaderamente grave ocurrió a la vista de todos, cuando Antonio Ramírez, después de ser atacado, ganó a trompicones el exterior.

Aún hoy, dos días después del ataque sufrido a la entrada de Castro Urdiales, cada vez que los supervivientes concilian el sueño, oyen las últimas palabras de Abuelo mientras abría fuego con la Beretta. Unas palabras que sonarían a burla de no ser porque fueron proferidas cien latidos antes de que el corazón se le gripase y renegara de él en el peor de los momentos. Con dos muertos vivientes colgados de los brazos, arrancándole a bocados los músculos, uno no tiene tiempo ni ganas de bromear.

—¡Corred, insensatos! —gritó en dirección al autocar.

Epitafio estúpido o no, intencionado o casual, porque de alguna manera él era ese Gandalf que detenía al Balrog sobre el puente de Moria, consciente de que sacrificaba

su vida en beneficio del grupo, para que Malavé, Italia y Eguzki dispusieran del margen de tiempo necesario para subir al vehículo.

Antes de que los pellejados acabasen con su vida, de que la letra de *El estanque* empañase su postrera huida, quien fuera operario en el aeropuerto de Málaga consiguió abrir fuego sin que le temblase la mano, ni se hiriese en el empeño. Por tres veces. Lo habría hecho una cuarta vez de no ser porque la fiereza de los atacantes silenció los latidos de su corazón en menos de un minuto.

Pese a que perdían la Beretta y a un compañero, ninguno se atrevió a formular la disparatada idea de socorrerle. En menos tiempo del que tardó Maciá en dar marcha atrás unos metros y pisar a fondo el acelerador, la carretera se infectó de cuerpos que se estrellaban, la cabeza como ariete, contra la carrocería del autocar. Habría sido un suicidio intentarlo.

Por fortuna, el vehículo ya había ganado la velocidad suficiente como para saltar por encima de los restos de la barricada que se alzaba en el asfalto.

La música de *Héroes del Silencio* yace estancada, podrida como la carne, en el cerebro resucitado de Abuelo Ramírez a muchos kilómetros de distancia de donde resuenan los compases de *No mires atrás*: la cabeza de Eguzki. Nacida en el año mil novecientos ochenta, la *skater* era una niña cuando *Sangre Azul* triunfaba y editaba el álbum que, a finales de esa década, contenía esa canción. A ella, que crecía de la mano de Heidi o de los Mosqueperros, aquella música le sonaba tan lacada como los cardados que coronaban las cabezas de los integrantes del grupo.

Años después, en cambio, inspirada por la rebeldía congénita de la adolescencia, Eguzki fue convertida al credo estético del grupo gracias a un amigo. Ahora que lo piensa, tiene gracia que se hiciese seguidora de *Sangre Azul* justo cuando la fama de la banda madrileña no era más que una sombra arrumbada en las profundidades abisales de los recuerdos.

Ella se fue en silencio no se atrevió a decir adiós, canta para sí. Y un tren de media noche a cualquier parte la llevó.

Por fortuna, se encuentra mucho mejor que hace unas horas. A diferencia de esta mañana, ahora es capaz de hablar sin que se le astille la voz por culpa del llanto. De manera que aprovecha una de las paradas que el grupo hace cada cuatro horas para acercarse a Francesc Maciá.

—Hemos perdido demasiado tiempo en Torrelavega —dice.

—Teníamos que hacer algo por Guerau —responde el fotógrafo. Bajo la lápida de una sonrisa entierra su disgusto. Y es que no ganará nada renovando su aversión contra el camionero.

—De poco han servido las curas, Francesc. Sigue bastante grave. Yo no apostaría mi monopatín a su favor.

—No creas, la mala hierba nunca muere. Sobrevivirá —masculla. Está plenamente convencido: Ino superará la fiebre y volverá a ser el que era antes de acabar herido por su propia arma, la misma Beretta que ahora yace a la entrada de

Castro Urdiales, en el lugar donde la perdió Abuelo Ramírez, en el instante de su primera muerte.

—Deberíais abandonarlo. Imagina que fallece: en unos minutos tendríais un hambriento dentro del autocar.

—Hablas como si no formases parte del grupo —Maciá propina una patada a una lata vacía que hay en el borde del arcén. En ese momento siente una mirada sobre su espalda, igual que si fuese una mochila cargada de piedras. Apostaría sus prismáticos a que acierta con el nombre de la responsable.

—Eres al primero al que se lo cuento —murmura la *skater*, que se ha acuclillado y comparte juegos con su perrito. El fotógrafo hace lo mismo para quedar a la misma altura—. Primero quiero que lo sepas tú, luego se lo diré a los demás.

—Tan seria parece más vieja.

—Ja, ja. ¿Cuántos años me echas?

Nada más que para hacerla rabiar, dice que treinta y cinco, dos más que Jesucristo. Ella se cruza de brazos, le ruega que sea sincero. El fotógrafo dice que veinticinco años.

—Casi. En diciembre cumplí veintinueve.

Maciá podría decir que no los aparenta, que se conserva muy bien, que luce un tipo estupendo; pero rehúye de toda galantería, no porque cada vez sienta a su espalda la mirada de Italia, sino porque desea abreviar la charla.

—Lo que daría por un cigarrillo —murmura—. Bueno, ¿qué querías contarme?

—Nada, poca cosa. En el próximo cruce de carreteras, abandono el grupo.

—¿Y eso?

Ante Maciá ha pensado sincerarse. No sólo le parece un hombre de lo más atractivo, pese a la barba que le cerca el rostro. La empatía entre ambos va más allá de una mera atracción física. Eguzki es consciente de que es idéntica a él, casi dos almas gemelas: introvertidos por naturaleza, saben ser sociables cuando la situación lo requiere y no únicamente cuando han ganado la confianza necesaria. Es por esto que le comunica sus planes.

—Creo que la salvación se encuentra en lo alto de las montañas. Allá en las cumbres, si han sido capaces de llegar tan arriba, los muertos vivientes serán más torpes y acabarán congelados con las primeras nevadas.

Maciá señala los guantes, los martillos cruzados de *The Wall*. Mira a la *skater* a los ojos. Eguzki entiende la pregunta silenciosa que le ha formulado.

—Otro ladrillo en el muro.

—Entiendo. Te gusta Pink Floyd.

Sí, claro que le gusta. Aunque el fotógrafo emule a Sherlock Holmes, la conclusión era más que evidente. Nada más había que reconocer los dos martillos rojinegros y cruzados.

—Hoy más que nunca somos ladrillos en un muro, pero para contener la Epidemia.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Todavía estamos en primavera, mujer.

—Me iré aclimatando al paisaje.

—Asumes que *esto* va para largo.

—¿Tú no? Hasta ahora el ejército se ha mostrado impotente no sólo para acabar con la plaga, ni siquiera para detenerla. No podemos esperar la ayuda de compañías y batallones desperdigados que hacen su propia guerra sin un objetivo claro. Combaten como perros rabiosos.

Lástima que no esté presente en la conversación Antonio Malavé para contar lo que vio, con la ayuda de los prismáticos, a la entrada de Zaragoza. Aquella pareja de supervivientes, aquella violación.

—Sé de lo que hablo, Francesc. A escondidas, los he visto actuar en Bilbao. Se han vuelto más peligrosos que los pellejudos.

—Quién sabe, lo mismo recibimos ayuda logística de la OTAN.

—En ese caso, por culpa de la muerte de la radio y de la televisión, no podremos saberlo hasta que no sea una realidad y lo veamos con nuestros propios ojos. Mientras tanto no pienso servir de cena a unos, ni de diana o ramera a otros.

La aproximación de Italia coincide con el aviso de Malavé: ya se han cumplido los quince minutos. Es hora de seguir camino. La muchacha de las rastas no goza del tiempo necesario para sumarse, o inmiscuirse según se mire, en la conversación que mantienen Eguzki y Maciá. Apenas le da tiempo a decir:

—Tienes un perro muy cariñoso.

Italia le acaricia el lomo y le acerca el índice derecho para que Totoro lo lama. Al subir el último, el fotógrafo se detiene junto a Malavé, de cara al resto de los compañeros. Bastará con que levante la mano para que la atención del grupo converja sobre él.

—Italia, hazme el favor y mira cómo se encuentra Ino.

La muchacha de voz de mezzosoprano obedece de mala gana. Si no sonase a rabieta infantil, le diría que lo hiciese la dueña de Totoro. Neutraliza el ardor de la sangre e invierte todo su esfuerzo en una sonrisa de circunstancias.

—Ha vuelto a subirle la fiebre —informa tras posar dos dedos sobre la frente del enfermo.

—¿Y la herida?

El conductor pisa el embrague y mete primera. Con la colaboración del espejo retrovisor, Malavé permanece atento a la escena. Necesita saber hasta dónde quiere llegar Maciá.

—No sé qué decirte. Carezco de los conocimientos necesarios como para ofrecer un diagnóstico —bufa Italia.

—¿Pero tiene o no tiene peor aspecto?

Italia se ahorra la respuesta. Podría añadir su valoración; si no lo hace es porque lo considera completamente innecesario. El fotógrafo cambia una mirada con cada uno de los supervivientes, el ceño fruncido, la boca arrugada en una mueca de

contrariedad, los ojos más envejecidos que nunca. Italia, Eguzki y Malavé intuyen que va a abordar el tema que llevan evitando desde que las curas efectuadas en un ambulatorio de Torrelavega se mostrasen ineficaces.

—Creo que ha llegado el momento de decidir si queremos que Inocencio Guerau siga con nosotros —dice Maciá—. En su estado, no es más que un lastre.

Debería añadir, como agravante, el trato que dispensaba a don Bernabé en el campamento Vermell. Hablarles del abuso continuado y del miedo que el maestro le profesaba. En más de una ocasión Virginia Lito le hacía partícipe de conversaciones que había tenido con el jubilado.

—¿A qué te refieres exactamente? —La pregunta de Malavé sobra. Todos saben que Maciá está hablando del posible abandono del enfermo.

Nadie expresa el miedo que experimentan, noche tras noche, a que Ino fallezca y resucite antes de que se dé la voz de alarma. Se habla de lastre, de carga, de que en su estado retrasa la marcha del grupo hacia donde quiera que vaya, pero no es más que un eufemismo. Lo realmente grave es la posibilidad de que se convierta en un pellejudo mientras duermen.

—A que ya es hora de abandonarlo —responde Maciá.

—Eres un perfecto hijo de puta —bromea Malavé mirando con un ojo la carretera y con otro al fotógrafo.

—Quiero que votemos. Aceptaré lo que decida la mayoría.

Eguzki se incorpora, se calza los guantes de los martillos cruzados, recoge en brazos a Totoro y toma la palabra, decidida a hacerse oír.

—Necesito deciros una cosa —observa a sus compañeros, uno a uno—. Ya se lo he dicho a Francesc, nada tiene que ver mi decisión con el estado de Guerau. Totoro y yo nos apearemos a la altura de Unquera.

—¿Adónde piensas ir? —pregunta Italia, imprimiendo a sus palabras el tono falsamente amistoso que los compañeros de trabajo emplean con el indeseable de la oficina.

En otra ocasión, de no mediar la supervivencia, la *skater* esgrimiría la verdad, como ha hecho hace un rato con Maciá. En las circunstancias excepcionales propias de la supervivencia, después de guiñar un ojo al fotógrafo, dice:

—He de visitar un tío abuelo que vive en Unquera.

La intervención de Eguzki, sin pretenderlo, ha pospuesto hasta otro momento la deliberación del grupo sobre el futuro de Inocencio Guerau. El fotógrafo se lamenta por ello en silencio. Podría enumerar la cantidad de guardias que el jubilado ha hecho a Guerau. Podría hablarles del peligro que comportaba aquel comportamiento irregular para la seguridad del campamento Vermell. Sin embargo se enroca en el silencio. Desea evitar a toda costa que piensen que tras todo ello no hay más que una enemistad personal que trasciende a la supervivencia.

Totoro es el primero en descender del vehículo, como si tuviese prisa por ir a alguna parte. Con el monopatín bajo el brazo izquierdo, Eguzki se despide del grupo con el

pulgar hacia arriba. Personalizar la despedida sería absurdo y prolongaría el trance. Menos Guerau, que es incapaz de abrir los ojos, los demás observan la figura de Eguzki en la orilla de la carretera. Italia mira de reojo a Maciá. Su rostro es tan impenetrable como el de Marlon Brando, tallado en piedra. Malavé aún tiene tiempo de asomarse a la puerta y decir una última gracia.

—Escríbenos una carta. A ver cómo se las apaña el cartero para entregarla.

La *skater* bate la mano en el aire mientras bufa el motor del autocar. En su cabeza suena los compases de *No mires atrás*, la letra es casi una despedida: *Ella se fue en silencio no se atrevió a decir adiós. Y un tren de media noche a cualquier parte la llevó.*

Conforme aumenta la distancia entre el vehículo y Eguzki en los espejos retrovisores, la figura de esta se convierte en un borrón oscuro. Hasta que la carretera no tuerce hacia la izquierda doscientos metros más adelante, el conductor no deja de verla, allá a lo lejos. Malavé le desea buena suerte antes de pisar el embrague, meter cuarta y trazar la curva invadiendo el carril contrario.

Con el paso de las horas, un rosario de canciones ha ido envejeciendo en los labios de Antonio Malavé, treinta y un años de edad, dueño de un gabinete de peritaciones antes de la primacía de la supervivencia. Han envejecido hasta sonar rancias. Así que es lógico que exhume su tesoro máspreciado, el tema de Loquillo y los trogloditas:

—*Me emborrachaba entre sus brazos. Ella nunca bebía, ni la vi llorando. Yo hubiera muerto por su risa.*

La única contrapartida es que no sólo ha desenterrado la canción, también el recuerdo de Antonio *Abuelo* Ramírez, que tantas veces le hacía el coro mientras él la cantaba. El de Abuelo y el de otros muchos amigos que cayeron mucho antes. O eso imagina. Y es que desde hace más de un mes no tiene noticias de ninguno de ellos ni de su familia.

Durante los primeros días, Malavé gastó docenas de veces la batería del móvil llamando a todas sus amistades, a sus padres, a los hermanos. Siempre en vano.

—*Qué dolor sucio y traidor me envenena el corazón* —canta a plena pulmón en un intento por acallar las voces que despiertan con cada uno de esos recuerdos—. *Sé que ella nunca enloqueció. Jamás perdió el control.*

Antes de llegar al desvío hacia Ribadesella, detiene el autocar bajo el alero de una gasolinera. Pese a las protestas del resto, apaga el motor y se retira del volante. Necesita echar un vistazo a la tienda de la gasolinera. Con suerte encontrará algo que llevarse a la boca que no sea comida enlatada.

—¿A dónde crees que vas? —pregunta Maciá.

—Es sólo un minuto.

—De eso nada, seguimos camino.

Forcejea con Maciá, que le ha agarrado del brazo. Da un fuerte tirón al mismo. Cuando consigue que el fotógrafo caiga en mitad del pasillo, gana el exterior. A falta de la Beretta que Abuelo perdió en la tragedia de Castro Urdiales, Malavé va armado

con una llave inglesa. Al primer bulto sospechoso que se le acerque, le abrirá el cráneo.

Haría bien en subir al autocar y largarse de allí antes de que sea demasiado tarde.

CAPÍTULO 25. ZOOM, ZOOM... CULOMBIO, CULOMBIO

Viernes Santo 2 de abril de 2010. 08:35 horas.
Calle Adriano, Sevilla.

A cierto personaje de Julio Cortázar le gusta decir que *pasado mañana es después de mañana, y mañana es mucho después de hoy*. Es justo eso lo que piensa Judith, emulando al *jazzman* cortazariano, que aún le queda mucho trecho para alcanzar el día de pasado mañana. Ojalá pudiera olvidarse del tiempo y beber algo caliente. Pero no: está ahí, en mitad de la acera, vencida, derrotada por la extenuación y la falta de alimento.

Desconoce que ha transcurrido un día completo desde que se refugiase en el interior de un contenedor de basura volcado. Lleno de cartones, le ha servido de cama durante veinticuatro horas. En el transcurso de las mismas, despertaba, abría los ojos y antes de que fuese capaz de gatear, había perdido de nuevo la conciencia.

No habría abandonado semejante escondite de no ser por la amenaza de las ratas y los gatos. Cuando no eran unas, eran otros los que se acercaban a olisquear su cuerpo abatido, acurrucado dentro del estómago del contenedor de basura. De no ser porque las alimañas se habían atrevido a lanzarle el primer mordisco, aún seguiría tumbada, deshechos los músculos, adormecido el espíritu de lucha.

Pasado mañana es después de mañana, y mañana es mucho después de hoy. Y ahora, justo ahora, es el momento de regresar a la acera. Le duelen las rodillas. Se arremanga la pernera derecha del pantalón. Descubre una llaga tan profunda que, entre la carne podrida, asoma la rótula. Alrededor de la herida, hay jirones de carne que se pegan o despegan al arbitrio de la sangre reseca y el manantial de pus. No merece la pena recomponer los trozos, colocarlos en su sitio como un puzzle de carne. Porque ésta se ha hinchado, así que se antoja imposible la reconstrucción. Con una mueca a mitad de camino entre el dolor y el asco, Judith baja la pernera del pantalón.

De pronto hace un calor espantoso. La primavera ha despertado al fin, igual que las chicharras. Estas chillan contra el sol que fríe las azoteas y calles de Sevilla. Quema la acera. Hierven las pocas ideas que Judith es capaz de mantener a buen recaudo dentro del cofre del cerebro. Conforme se acerca el mediodía, las sombras se estrechan en torno a árboles, vehículos y edificios.

El perseguidor del que habla Cortázar abandonaría al mínimo contratiempo, empeñaría el saxofón y se acurrucaría en un sillón, cansado de correr tras el futuro. Pero ella va a luchar hasta el final, hasta el último aliento.

Es hora de retomar el camino. Al gatear todas las articulaciones aúllan de dolor. Me

duele la respiración y el simple esfuerzo de mantener los ojos abiertos.

Me aproximo a la pared del edificio más próximo. Avanzo metro a metro, rozando contra esa pared el hombro, la cadera y la pierna. Al menos he dejado atrás las ratas y los gatos. Por nada del mundo me convertiría en menú para alimañas.

Seguiré adelante por Rubén y por todos los que han muerto por culpa del hambre que despertó en mi estómago con la resurrección. Continuaré camino por Jonás; él querría que no abandonase. Agacho la mirada y observo la sudadera de Silent Hill. Tú eres más fuerte que yo, me dijo en una ocasión. También seguiré adelante por Salvador, donde quiera que se encuentre. Y por mi padre. Y por la abuela Luisa.

No hago caso al calor sofocante que nace del asfalto derretido y que, empujado por el viento, se sube a la acera y me golpea con la fuerza de un martillo. Tampoco hago caso al dolor de las rodillas, ni al destrozo de la carne. He de conseguirlo por todos los que ya no están conmigo.

Apenas una hora después y cien metros más adelante, los bordillos se han convertido en muros infranqueables, barreras que impiden sus movimientos. Los alcorques parecen islas de tierra en mitad del océano ajedrezado de losas. Una calle asemeja una autopista que une el país de una esquina con el de la siguiente. Cada metro ganado es un triunfo, un corte de mangas a la segunda muerte que le muerde los tobillos con la dulzura del sueño.

—Abuela —rumia. Con la cabeza entre los hombros, mirando al suelo, la palabra casi se le ha caído de los labios. El simple esfuerzo de darle forma dentro del cerebro, levantar la mirada y decirla en voz alta es inabordable para ella en su estado. Así que se le ha caído.

Está a punto de abandonar, de apartarse a un lado y esperar el final, cuando siente que una oscuridad se avecina por el horizonte. Viaja mucho más rápido que ella, así que en menos de un cuarto de hora le da alcance.

Un rebaño de nubes plomizas se ha apiadado de su esfuerzo y se ha interpuesto entre el sol y ella. *Con un poco de suerte, lloverá*, piensa Judith mientras descansa durante unos segundos.

Antes de que sea capaz de sentarse sobre los tobillos, la bautizan las primeras gotas. Son gordas, insolentes como escupitajos. De inmediato, un aliento a tierra húmeda y a asfalto mojado taladra su olfato.

Minuto a minuto cada vez llueve con más fuerza, con rabia. Alza la cara, cierra los ojos. Pese a que se encuentra al borde de la extenuación, aún puede permitirse el lujo de una sonrisa. Estira los labios, asoman los dientes. La sonrisa da paso a la necesidad de beber del cielo: abre la boca de par en par y degusta el sabor neutro de la lluvia. Porque es incapaz de descubrir el aroma a muerte que flota en el aire y que impregna cada gota de agua.

Sin embargo esto no es suficiente para apagar la sed. De modo que se acerca al bordillo. Junto a éste crece un remedo de charco. Por fortuna se encuentra a suficiente distancia de una alcantarilla como para que ésta le hurte el agua. Bebe con justeza,

muy poco a poco, para no aspirar la tierra y las piedrecillas que descansan en el fondo del minúsculo charco.

Gracias a la lluvia, puedo deslizarme con mayor facilidad sobre la acera, aunque sea a rastras. Prefiero seguir camino así, aunque emplee más tiempo, que dejarme las rodillas contra el borde de las losas. Hay que distribuir el esfuerzo, repartir el dolor. Durante un rato pruebo a sacrificar los codos, clavarlos contra el piso y avanzar igual que si lo hiciese sobre la superficie del mar.

Otro Viernes Santo que llueve sobre Sevilla. Los truenos sacuden la ciudad, zarandean el silencio, soliviantan a pájaros y gatos. La ciudad, más muerta que viva, destripada, expone sus entrañas a la lluvia. Nada queda a salvo del aguacero que, por momentos, se recrudece igual que una lluvia de latigazos. La orden de Pilatos sajó la espalda de Jesús; la de Claggart, la tierna piel de Billy Budd. Con una saña similar, llueve sobre la ciudad. El agua penetra en el interior de los pisos a través de las ventanas heridas por explosiones, disparos erráticos o por algún suicida que se arrojó al vacío antes de caer en manos de los siervos del doctor Hawthorne.

Las lágrimas de Judith, perdidas en mitad de la lluvia, hablan no ya del esfuerzo por llegar a la casa de la abuela Isabel, sino de los recuerdos que arrastra consigo, tan pesados como su cuerpo moribundo.

De pronto exhuma los despojos de una canción que suena en sus oídos con la inefabilidad de una aparición, con la insistencia de una tormenta de primavera. Amanece en la madrugada de su cerebro una melodía: los electroduendes y la Bruja Avería cantan aquello de *zoom, zoom... culombio, culombio*. En la época en que ella veía *La bola de cristal* no tenía padre ni madre, o solo una madre: la abuela Luisa. Por aquel entonces aún era muy pequeña para comprender el laberíntico mundo de reproches y problemas que construyen las personas mayores para hacerse la vida más difícil.

—Cada día hacen programas más raros —rezongaba la abuela cuando veía aquellos extraños muñecos de trapo, feos como demonios, casi tan repulsivos como los muertos vivientes que fueron a buscarla a casa.

Angélica bailaba al son de la música, *zoom, zoom*, mientras merendaba y guiñaba un ojo a aquella mujer que lucharía contra el cáncer durante años, *culombio, culombio*.

(De *Sara y los sueños en la casa del tiempo*, de Vanessa Benítez Jaime XXI, 3-7.)

Un aroma de recuerdos me envuelve. Retazos de una vida pasada, un mar de imágenes que baña mi memoria. Lágrimas perdidas en la tormenta, tristezas que jamás olvidaré. Nada será igual a entonces. Nada. El aroma del café recién hecho, el sabor de unos dulces caseros, el sonido de una voz familiar, el tacto de un abrazo... Recuerdos, instantes de una vida anterior.

Es curioso, casi un chiste que ahí, derrotada, bajo la lluvia, tirada en mitad de la acera, Judith se sienta más viva que cuando vivía medio muerta bajo la opresión de Daniel, aquel hombre con quien se casó en mala hora. Igual que los últimos rescoldos

de una hoguera, que aún se mantienen calientes bajo la ceniza blanquecina que anuncia la extinción definitiva, la vida bulle bajo los despojos en los que se ha convertido. Da igual que la sangre sea espesa como melaza y los pulmones dos fuelles rotos; da igual que en el estómago anide un roedor de negro pelaje. Lo que alienta su esfuerzo, ese rescoldo que sobrevive de la hoguera, es la vitalidad del cerebro: un volcán que, después de entrar en erupción, no deja de escupir lava, ardiente como la sangre.

Esos son los primeros recuerdos que posee, los de aquella niña que merendaba frente a la Bruja Avería. Galletas con sabor a canela y estética ochentera para unos muñecos de trapo que eran del desagrado de su abuela.

—Angélica, seguro que tu padre no dejaría que vieses esta tontería —decía.

Pero su padre aún estaba lejos de su vida. Llegaría con el paso de los años, tal vez por la época en que hizo la primera comunión. Al menos, las fotografías tomadas a la puerta de la iglesia de Santa María Magdalena dan testimonio de aquella aparición, casi tan furtiva como la de aquellos Reyes Magos que visitaban la casa que la abuela tenía en la calle Julio César y que compartía con su nieta y el tío Rogelio, que entonces no se había marchado de casa.

Judith clava los codos en la acera, niega el dolor lacerante de la carne que se desmigaja con cada roce contra el suelo. Remolca su cuerpo, saco de huesos y vísceras hediondas, ante la mirada de las ratas que se asoman a las grietas, y de los pájaros que se guarecen del chaparrón bajo los aleros.

Los Reyes Magos no se prodigaban en la misma medida con que lo hacían con algunas de sus amigas del colegio o del vecindario. Ella nunca tuvo las muñecas anunciadas en la tele, ni una bicicleta, ni tan siquiera unos tristes patines. Por mucho que prodigase besos y arrumacos a la abuela para que ésta, en calidad de intermediaria, hablase en su favor a Sus Majestades de Oriente, Angélica siempre tenía que conformarse con la caprichosa elección de los Magos.

El aguacero cesa como por ensalmo, como si alguien hubiese cortado de repente el agua que alimentaba las nubes. Han enmudecido las gotas que golpeaban los edificios o los coches abandonados. Renace el silencio y otra débil lluvia cae bajo la copa de los árboles. Borrachos de agua, los naranjos se inclinan bajo su peso; las gotas resbalan a lo largo de las hojas y se precipitan al vacío.

La arbitrariedad de los Reyes Magos le deparaba no pocas sorpresas, desagradables en muchas ocasiones. Unas era una rebeca de lana, otras una muñeca triste y apocada, nada de Nancys ni Barriguitas. O una comba. O unos zapatos nuevos. Con el tiempo, ya mediada la adolescencia, conoció la verdadera razón de aquella escasez de regalos: la paga de la abuela no alcanzaba para dispendios, sobre todo si había de alimentar al tío Rogelio cada vez que quedaba en paro y a la nieta que le dejaron en prenda.

Recuerda que su padre apareció el día de su primera comunión. Igual que hiciera Omero Antonutti en la de su hija, el padre de Angélica se mantuvo en segundo plano, sentado al fondo de la iglesia. Tan solo se acercó a ella en un par de ocasiones: la

primera para entregarle tres billetes de cinco mil pesetas, y la segunda para dejarse fotografiar junto a su niña.

Aquella mañana de abril de hace más de veinte años hervía un sol de justicia sobre los tejados. Judith recuerda el frescor de las sombras y el tacto de los besos de su padre. Ahora se encuentra bajo otros naranjos, pero no muy lejos de aquellos que quedaron inmortalizados el día de su primera comunión.

El cielo permanece amenazante, pese a que ha cesado la lluvia. Parece más una tregua en mitad de la tormenta que el final de la misma.

Gracias al agua que anega las aceras, Judith sigue camino sin sufrir demasiado. De pronto la mirada reconoce cada esquina, cada calle, casi cada bache. Ese es el escenario de su infancia y de su adolescencia. Qué mejor lugar que ese para dormir definitivamente. Porque hay una idea que palpita con fuerza en su cabeza: no habrá más viaje que aquel.

Nunca ha existido una cura para la resurrección; ni ha existido, ni existirá, le dijo don Gato en el jardincillo que hay frente al Hospital de la Caridad.

En la esquina de la calle Julio César, Judith hace un alto. Trata de recuperar el aliento, la boca a un palmo del asfalto mojado. Bebe agua con cierta pausa de un charco. Con el rabillo de la memoria observa esa misma calle en el año noventa y dos. Por aquel entonces Angélica llevaba una camiseta decorada con Curro, la mascota de la Exposición Universal de Sevilla de aquel año. Iba de la mano de la abuela, que torcía el gesto en cuanto se abría la puerta del coche que había aparcado sobre la acera.

—Me alegra ver que estás tan bien, madre —decía su padre mientras salía del coche.

—Tráela de vuelta antes de las siete de la tarde —ladraba la abuela.

—De eso nada, hoy te vienes con nosotros —Padre sonreía con todo el cuerpo, consciente del efecto balsámico de su propuesta.

Desde aquel entonces, Padre fue una presencia casi diaria en la vida de Angélica. La abuela le perdonó y desarrugó aquel gesto hosco que componía cada vez que llegaba a casa. No sé si es la memoria que inventa y fabula por sí sola, pero recuerdo que la abuela aprovechó una de las visitas de Padre para hablarle de aquel programa de los electroduendes y la Bruja Avería, tal vez en espera de que abominase de semejante tontería. Padre sonrió, la boca torcida hacia la derecha en un gesto de galán de cine. Solo le faltaba el bigotillo para parecerse a Rhatt Butler.

—Parece mentira que te rías.

Inmune al reproche de la abuela, Padre tarareó la canción de La Bola de Cristal mientras se levantaba de la mesa y me entregaba una bolsa de plástico de grandes dimensiones.

—La consientes mucho —refunfuñó la abuela.

Dentro de la bolsa dormía una cometa señalada con el dibujo de un Zero japonés. Extendida sobre la mesa, aquel rombo de plástico me pareció lo más

hermoso que había visto en mi vida.

Por fortuna no sale el sol, y el asfalto y las aceras se mantienen húmedas. Ya queda poco, pero no ha de confiarse. Quiere llegar a casa antes de la caída de la noche. Es verdad que ahora, tras la batalla librada a las puertas de la Ciudad Negra, la noche de Sevilla no es el territorio peligroso que era antes, cuando los siervos del doctor Hawthorne llevaban pedazos de los muertos caídos en la toma de la estación de Santa Justa, y el doctor reconstruía cadáveres y despertaba Durmientes.

Judith se arrastra de nuevo. Lloro en silencio cuando la carne de los codos y de los tobillos se le abre. Cada metro ganado supone un triunfo. Sumados unos a otros, alcanza la victoria definitiva. No puede dejar de sonreír tumbada delante de la puerta de la casa de la abuela Luisa, la cabeza echada sobre la almohada de piedra del escalón de entrada.

CAPÍTULO 26. DOS ÍCAROS EN FINISTERRE, UNA ADVERTENCIA

Domingo de Resurrección, 2 de abril de 2010. 01:05 horas.
Hostal Comala, Finisterre.

Ni siquiera tienen ocasión de quejarse. Carlos y Kaneda son usados como escudos humanos por J.B. y Mamashe. Atados de manos y persuadidos por la pistola que maneja J.B. no tienen más remedio que avanzar hacia esa oscuridad más profunda que la misma madrugada. Sin que la devoción sobrepase la frontera de los labios, ambos rezan a todos los dioses que conocen y hasta a los que no, hasta a los Primigenios llegado el caso. Y es que cada vez los gritos suenan más agónicos. El cuarteto inicia el ascenso de las escaleras.

—Callad —ordena Dantas a sus compañeros de desgracia.

Al pasar junto a la puerta cerrada de la habitación 103, Mamashe Correa aplica la oreja a la madera. Dentro no se escucha el más mínimo ruido. Al otro lado de la puerta, Dantas hace lo mismo: contiene el aliento y escucha.

—Jes, deberíamos echar un vistazo dentro —propone al oído del compañero.

El silencio adoptado por el ex militar obliga a Mamashe a encender momentáneamente la linterna. J.B. achica los ojos ante el flogonazo de luz, luego niega en silencio. Por ahora, la suerte que hayan corrido Aurora, Natividad, Durán, míster Brooks y Dantas no le importa lo más mínimo. J.B. señala con el índice el piso de arriba.

—Dejad que nos vayamos, por favor —llora Kaneda a mitad del segundo tramo de escaleras.

El atrevimiento del tipo de ojos de forense recibe el castigo de un codazo en la espalda. Jes no va a permitir que retrocedan un solo metro.

—Arriba —ladra.

El ímpetu de los gritos cesa de repente. Casualidad o no, coincide con el instante en que los escudos humanos han alcanzado el segundo piso. La oscuridad, agigantada ahora por el silencio, se hace si cabe más amenazante. Un nido de miedos e inseguridades perfora el estómago de los presentes. Mientras Carlos y Kaneda lamentan el infortunio de haberse fiado de sus captores, J.B. y Mamashe son cada vez más conscientes de que se están jugando la vida. Se amontona un puñado de segundos en que la oscuridad, el silencio y los cuatro recién llegados se mantienen expectantes.

—¿Qué hacemos, Jes? —pregunta Senén al oído de su compañero. Después se enfunda la máscara antigás. Por nada del mundo permitiría que el aliento de los muertos vivientes pusiera en peligro su supervivencia.

—Esperar —dice J.B.

De pronto algo borbotea, de manera casi inaudible, en mitad de la noche prisionera del pasillo. Ni J.B. ni Mamashe aciertan a adivinar de qué se trata; el pánico arrincona las palabras y anula la heroicidad. El cuerpo de uno de los escudos humanos reacciona sin atender al más mínimo decoro: una respuesta húmeda y caliente chorrea pierna abajo y termina por mancillar los cordones y los zapatos.

Antes de que el conductor del quitanieves tenga ocasión de encender la linterna para descubrir el origen de ese borboteo, el lamento de los goznes de una puerta astilla el silencio. Pese a la oscuridad que les rodea, que anula las formas y multiplica los miedos, J.B. y su compañero apostarían cien litros de gasolina a que es la puerta de la habitación 202 la que se ha abierto. Y es que no puede ser otra; el resto fueron cerradas con llave antes de que llegasen los primeros rehenes.

El pulgar de Mamashe se detiene antes de presionar el botón que activa la linterna. ¿Debe encenderla? Por una parte piensa que sí, que así descubrirá quién o qué ha abierto la puerta. Por otro lado teme que, al hacerlo, delatará la posición que ocupa el cuarteto al pie de las escaleras. Y es que aún es incapaz de determinar si los gritos eran emitidos por muertos vivientes que hubiesen asaltado el Comala o si, por el contrario, eran proferidos por los prisioneros de la 202. En cualquier caso habrá de esperar acontecimientos: ahora no puede abrir la boca para preguntarle a Jes qué debe hacer.

Al otro lado de la oscuridad y del pasillo se escucha un paso. Una sombra ha ocupado la ciénaga oscura que es la puerta y guarda silencio. La distancia entre ese misterio y el montón de miedos que arrastran los cuatro recién llegados no es mayor de veinte metros. Muy pocos si llega el momento de una huida precipitada, y demasiados para adivinar de quién se trata.

La mano de J.B. sostiene con fuerza la pistola, el dedo sobre el gatillo, dispuesto a neutralizar cualquier acercamiento poco amistoso. Traga saliva. Por primera vez desde que abandonara Burgos, no sabe cómo obrar. ¿Lo correcto sería abrir fuego y luego preguntar, o al revés? Aquí, como en Burgos, aún dispone de la oportunidad de huir, abandonando a su suerte a Senén y a los dos escudos humanos. Sin embargo atornilla los pies al suelo y resiste la tormenta del miedo y los latidos precipitados del corazón. Aprieta los dientes y aguarda. No en vano ha de cumplir su cometido, se lo ha prometido al habitante de la última farola. Por nada del mundo piensa abandonar el hostel Comala.

Vuelve a tragar saliva, siente en tensión todos los músculos, la mandíbula apretada como si fuese una sola pieza de acero.

—Elías, ¿eres tú? —pregunta Bendaña a la noche del pasillo.

Obtiene por respuesta un gruñido que suena a afirmación. Ha sonado tan animal que podría resultar completamente humano. Senén no alberga la más mínima duda de que se enfrentan a muertos vivientes.

—¡Dispara! —grita, convencido de que ese gruñido no pertenece a Elías Jarque.

Pero de pronto sucede algo que acalla su afán justiciero.

—¿Jes?

La sombra ha hablado. La pregunta, lanzada desde la otra orilla del pasillo, golpea la conciencia del líder del campamento. Aunque distorsionada hasta resultar casi irreconocible, a J.B. no le cabe la más mínima duda de que es la voz de Elías Jarque, su sobrino, el hijo de Zelmira. Ante el aluvión de recuerdos que caen sobre el ex militar, a este no le queda más remedio que retirar el dedo del gatillo.

—Úrsula ha vuelto —dice en mitad de la oscuridad Jarque.

—¿Qué eran esos gritos, Elías?

La respuesta parece que tarda en llegar. Aprovechando el compás de espera, Mamashe enciende la linterna y apunta con la luz a Jarque. Se habría quedado bien quieto de haber imaginado lo que encontraría.

El sobrino de Jesualdo Bendaña, más alto que el campanario de una iglesia, está completamente bañado en sangre. El color del chándal de marca es irreconocible. Ni cayendo dentro de la bañera de la condesa Báthory habría cobrado semejante cantidad de sangre.

En el breve espacio de tiempo en que la linterna de Senén permanece encendida, Carlos ha reparado en la ausencia de la oreja derecha, se diría que arrancada de un bocado. Señalaría ese detalle a J.B. si no fuese porque teme tanto a quien está al otro lado del pasillo como al que aguarda a su espalda, empuñando una pistola.

Con la sangre hasta la cintura, algunas veces con la sangre hasta el borde de la boca, recuerda Kaneda los versos de Blas de Otero. La luz de la sangre roja derramada de la que habla el poeta brilla en los ojos de Jarque.

—Nada, Jes, la gente que no sabe morir —apunta Jarque, las palabras hechas cascotes dentro de la garganta. Con la mano derecha trata de protegerse de la luz inclemente de la linterna.

—¿Qué ha pasado con Almudena y compañía?

—Úrsula ha vuelto... y me cantó al oído.

J.B. recuerda, en ese instante, las palabras de mister Brooks. Porque a él también le ha contado la historia aquella de la cabaña donde buscaba inspiración. Y que se le apareció aquel resucitado que le cantó todo lo que ocurriría en el futuro.

—¿Qué Úrsula?

La pregunta es inútil e innecesaria: no hay más Úrsula que la muchacha de ojos verdes que, durante tantas noches, ocupó su cama. De pronto recuerda la fragancia de su larga melena negra y del fondeadero en mitad de sus piernas.

—Úrsula —responde la madrugada que llena el pasillo.

Gracias a lo que contempló en Burgos, a aquel muerto viviente que era capaz de hablar y razonar, y que arengaba a las huestes de podridos, Jesualdo es consciente de que la resurrección no afecta a todos los cuerpos por igual. Así que no es descabellado que Úrsula, después de su primera muerte, haya regresado al hogar de sus últimos días.

—Tengo miedo.

No ha sido Carlos quien ha puesto voz a ese pellizco que tiene en el estómago; tampoco José Antonio Carrasco. Ha sido Elías Jarque.

—Sabes que estoy aquí para ayudarte —apunta Jes. Él siempre ha estado dispuesto a echarle una mano. Desde hace años, desde que Gervasio Bendaña, su hermano, abandonara a Zelmira y al pequeño Elías.

—Úrsula no está muerta, ha regresado.

Si no fuese Jarque, si no les uniese el recuerdo de los años que compartieron en Valladolid, Jesualdo acabaría con ese rastro de palabras muertas. Bastaría con el punto final de un disparo en el entrecejo para poner fin al disparate. Sin embargo es la memoria de las charlas que han compartido a cuenta de la música de los años ochenta y los noventa, y las películas que han visto juntos, la que frena su impulso, la que impide que apriete el gatillo. Es por esto que desoye a Senén Correa, que no se cansa de pedirle que abra fuego. Pero claro, Mamashe desconoce el parentesco que une a uno y a otro. Solo Úrsula sabía que Jarque es sobrino de J.B.

—Ha vuelto para guiarnos, Jes.

—¿A dónde? —pregunta el ex militar.

—No lo sé. Ha vuelto para guiarme.

—Saliendo de Finisterre no iréis muy lejos.

—¿Lejos? Úrsula dice que ha venido porque se lo han ordenado.

—¿Quién?

—La sombra alargada, el reconstructor de cadáveres.

—No existe esa sombra. Has soñado eso mientras estabas vivo.

—La sombra habita el muro de la última farola —precisa Jarque, las palabras enlutadas como cuervos. A continuación recuerda la profecía que ha venido repitiendo Jesualdo desde hace semanas—. Vive donde ningún ser vivo puede vivir: en el muro de la última farola.

—Finisterre —murmura Carlos—, la última luz del mundo.

Una oleada de pánico se estrella contra la entereza de Bendaña. La mar gruesa de sus miedos le sacude con la fuerza de una tormenta. Por un momento teme que Mamashe, Carlos y Kaneda descubran el secreto que ha guardado desde el principio. Porque él sí sabe que el faro de Finisterre da cobijo a la sombra alargada. Es más, alguna madrugada ha burlado la vigilancia de sus compañeros y ha ascendido a lo alto de la montaña que se levanta a espaldas del pueblo.

—Elías, ¿dónde está Úrsula? —pregunta tratando de desviar la atención de Mamashe hacia otro tema.

En ese instante advierte que Carlos y Kaneda Carrasco retroceden unos pasos, muy poco a poco. Los tiene demasiado cerca, tanto que huele el miedo que les condena en mitad de la oscuridad. Sabedor de que, en caso de resultar embestidos por Jarque, caerán sobre él, besa la nuca de uno y de otro con el cañón de la pistola.

—Ni un paso más —ladra al oído de los rehenes. Luego se dirige de manera

cariñosa al que ha sido su sobrino: —Elías, ¿dónde está Úrsula?

—Ella ha regresado.

—¿Está dentro del hostel?

—¿Hostal? Ha regresado —responde, la voz cargada de palabras más pesadas y duras que peñascos—. Úrsula es ahora Salvador.

—¿Ha subido Úrsula al faro? ¿Está allí?

—¿Allí?

Jarque no responde a la pregunta de su tío. Adelanta un paso. Gruñe igual que un perro rabioso. Carlos empuja a Kaneda, este tropieza y cae sobre Jesualdo. J.B. termina rodando por el suelo antes de que tenga tiempo de apretar el gatillo.

No hay pasos titubeantes entre las mil calles pobladas de lápidas. Ni tampoco carreras en derredor del centro circular del cementerio de Sad Hill. Nada es heroico en esta mañana, tampoco esa es la intención de Rodrigo Pérez. Su intención es muy distinta a la de Tucco, Sentencia y Rubio: él no busca una tumba en cuyo interior habrá de encontrar una salida a la vida de pillaje que arrastran los tres gañanes de la película de Sergio Leone. Rodrigo busca una salida al cementerio en que se ha convertido la vida desde que la Ciudad Negra, a principios de febrero, vomitara miles de kilos de carne muerta sobre el ejército que defendía la posición de San Fernando.

Son las ocho de la mañana, amanece el Viernes Santo. Rodrigo se detiene en el arcén. El pañuelo que lleva anudado sobre la cabeza le identifica, como también lo hace la bicicleta que monta y el chubasquero azul cielo. Durante días merodeó por Santiago de Compostela. Después ha visitado Padrón, Muros, Finisterre y otras poblaciones de la Costa da Morte. Ha bajado hasta O Pindo y de nuevo está de vuelta en Finisterre.

Bebe con la medida propia del racionamiento, apenas se humedece los labios. Ha de continuar la búsqueda de su compañero. Está completamente convencido de que Javier Dantas nunca se dejaría atrapar por un puñado de pellejudos. Mas descreído que Deckard, más insensible incluso, Dantas no se dejaría embaucar por una replicante que no conociese su condición o por una zombi que conservase ciertas cualidades humanas. Ni siquiera alguien como Salvador o Judith atraparía a un sabueso como Dantas, perro viejo, rastreador infatigable. Al menos ese convencimiento es el que mantiene activo al ciclista solitario.

No le hace falta acercarse demasiado a Finisterre para descubrir el estado en que se encuentra el pueblo. A diferencia de la primera vez que llegó hasta su frontera, ahora las barricadas de vehículos, reforzadas con sacos llenos de tierra, han cedido frente al empuje de los muertos vivientes.

Gracias a la megafonía del quitanieves que visitaba Santiago de Compostela la semana pasada, sabe de la existencia del campamento. Pese a ello todavía no se ha atrevido a entrar en el pueblo. Prudencia ante todo.

Hace demasiado tiempo que Rodrigo no sabe nada del ex inspector Javier Dantas. Ha de encontrarlo a la mayor brevedad: desea contarle que ha visto, aunque de lejos, a

Moby Dick, el leviatán blanco. Después de tanto tiempo, desde que se le perdiese el rastro en la Ciudad Negra, la ballena ha emergido por fin a la superficie. Javier Dantas debe saberlo, si es que no lo sabe ya.

Aquí, a diferencia de la novela de Melville, la pieza a cazar se parece demasiado al cazador, casi como dos gotas de agua. No es lo mismo arponear a un gigante de tropecientas toneladas de peso desde el Pequod o desde una de sus barcas, que levantar el brazo y dirigir el arpón contra uno mismo. El capitán Ahab cazando a Ahab, menuda ironía.

Rodrigo siempre ha sido un hombre de imaginación fértil, consecuencia de sus muchas lecturas. Así que es normal que le guste fabular con los ojos abiertos, hilvanar las historias más novelescas sobre el tapiz del cerebro.

En ese momento, a punto de dar las ocho y media de la mañana, piensa en la contingencia de que la plaga de errantes haya alcanzado las costas de Norteamérica, aunque debe de haberlo hecho la noticia de la magnitud que ha cobrado en España, y quién sabe si en el resto de Europa. A salvo de los hambrientos en Cayo Largo, uno de sus novelistas favoritos, el casi nonagenario Ray Bradbury tendrá ocasión de componer un cuento con la historia de los Ícaros y la captura del doctor Arvo Hawthorne. Porque Hawthorne es la gran ballena blanca que los Ícaros andan buscando. Y que él, Rodrigo Pérez Miguel, aparezca en ese cuento como uno de los Ícaros protagonistas, junto a Javier Dantas. Sería el sueño de su vida: aparecer en la obra de un autor al que admira.

—Sería bonito —confiesa al viento.

Desatiende el cansancio de la bicicleta, la extenuación de los neumáticos; desoye el diálogo de las gaviotas que se dan aviso del lugar exacto donde aún queda carne muerta que llevarse a los picos; no presta oídos la confesión del océano que se vuelca, furioso, sobre las playas cercanas. Nada de eso tiene importancia ante la fecundidad de su imaginación.

El viento arrastra sobre el asfalto el bramido de un grupo de muertos que abandonan, de manera atropellada, el interior de una de las primeras casas de Finisterre. Es así cómo el ciclista despierta de la ensoñación bradburiana.

Mira el reloj: las ocho y media. Ya es hora de entrar en el pueblo. Si quiere dar con Dantas, habrá de encontrar antes el campamento que el quitanieves pregonaba en Santiago de Compostela. Si los supervivientes no se muestran demasiado beligerantes, preguntará por su amigo. Alguien le tiene que haber visto.

Rodrigo desata el pañuelo, lo estruja. Logra que un par de gotas de sudor caigan sobre el asfalto. Luego lo sacude y se lo vuelve a poner en la cabeza, el nudo bien fuerte sobre la nuca. La tensión en las piernas anuncia el esfuerzo que habrá de afrontar al adentrarse en el pueblo a toda velocidad. Solo así evitará el abrazo de los muertos.

Pedalea con fuerza. Atraviesa la calle Alcalde Fernández, tuerce por Mixirica, baja por Federico Ávila y desemboca en la zona del puerto. Solo la casualidad ha querido

que no vea el quitanieves aparcado delante del hostel Comala. A su paso no halla más que el rastro de las luchas libradas desde que el pueblo fuese cercado por los muertos vivientes.

Cuando descubre que los pellejados tratan de cerrarle el paso en la bocana del puerto, regresa a toda velocidad al interior del pueblo. Sale de él por Federico Ávila, deja a un lado la iglesia de Nosa Señora das Areas. Frente a él se yergue el peñón sobre el que descansa el faro de Finisterre. Es una señora ascensión, un trecho bien largo. Pero ha de subir hasta allí para cerciorarse de que Dantas no se ha refugiado dentro del faro, una idea nada descabellada conociendo al ex inspector. Gracias a la maniobrabilidad de la *Giant Composite 29er*, sortea a varios resucitados, le basta con un zigzag, y se dispone a afrontar la subida. Se levanta sobre los pedales para imprimir un ritmo mayor al pedaleo.

Pasadas las nueve de la mañana, Rodrigo ha culminado la ascensión. Doscientos metros le separan del faro del fin del mundo, ese vigía blanco que se yergue sobre el peñasco de piedra. El mar besa los pies del peñasco sobre el que descansa. Es una mañana apacible, de cielo claro y aire manso. El vuelo de las gaviotas presta cierta normalidad al momento, aunque el ciclista solitario es consciente de que no debe confiarse. Sobre todo habrá de extremar las precauciones cuando acceda al interior del faro.

Antes de que gaste la primera pedalada, un tableteo rueda por la bóveda del cielo. Viene de mar adentro, dirección oeste. En cuestión de minutos distingue un punto negro sobre el horizonte. Poco después reconoce el objeto: es un helicóptero.

Con un poco de suerte, cuando sobrevuele la zona, podrá ver bajo qué bandera vuela. Durante una décima de segundo piensa en esos *western* en los que, cuando más encarnizado es el cerco de los indios, suena una trompeta en la lejanía, igual que en muchas películas de John Ford. Con un poco de suerte será el Séptimo de Caballería.

CAPÍTULO 27. EL PATIO DE MI CASA ES PARTICULAR

Viernes Santo, 2 de abril de 2010. 14:45 horas.
Calle Julio César, Sevilla.

Oscurece. No, qué va, es mediodía. ¿*Dónde estoy?* En casa. *Esta no es mi casa, sino el cementerio de San Fernando.* Te equivocas. En todo caso, ese olor a crisantemos que percibes lo arrastras tú; lo despide el cementerio de tu cuerpo. Tus ideas son terrones de arena compactados por la última tormenta, tu cuerpo no es más que una fosa donde yacerá tu no—vida en breve. *Este no es el palacio de Holofernes.* Ni tú te llamas Judith, por mucho que empleases ese nombre tras decapitar a quien fuera tu cuñado. *Esto tampoco es Kareol.* Ni tú eres Isolda. Hazte a la idea de que has llegado a casa, tal y como deseabas desde que enterraste a Jonás. Puedes negar la realidad las veces que quieras. Da igual. Aquí creciste junto a la abuela Luisa. *Mientes, no reconozco la puerta de entrada; tampoco la capa de polvo que cubre el pasillo y el taquillón que queda a la derecha. La abuela nunca consentiría en su casa semejante suciedad.* Desengañate, esta es la casa de la abuela Luisa. Hazme caso. Arrastra el osario de tus huesos, atraviesa el pasillo y entra en la cocina. Aunque volcada y manchada de sangre anónima, ahí está tu silla, sí, la tuya; la que ocupabas cuando almorzabais con el tío Rogelio. Nadie se podía sentar en ella sin tu consentimiento. ¿Recuerdas el motivo de semejante predilección? Angélica, la niña que fuiste, eligió aquella silla porque, desde allí, le bastaba con alargar la mirada a través de la ventana para distinguir un trozo de calle. Desde allí veías los geranios de la vecina Carmeli y a Sandokán, aquel chucho bonancible con el que jugabas de regreso del colegio. Judith ha encontrado la puerta abierta, así que no le ha resultado difícil acceder al interior de la casa. Lo más complicado ha sido salvar el escalón de la entrada, arrastrar su cuerpo, izar las piernas por encima del farallón de mármol. Poco importa que haya invertido tres horas en conseguirlo si al final está dentro de la casa.

Desde el primer momento debería recelar, incluso antes de ver más nada; debería desoír esa voz que le bulle en la cabeza. Porque la casa de la abuela Luisa contaba con tres escalones de entrada, y no uno. Tres, *uno, dos, tres, pollito inglés*, cantaba Angélica de regreso del colegio.

Clava los codos en el polvo que blanquea el pasillo, como si una ventisca de arena se hubiese levantado en mitad de esas paredes. Aprieta los dientes, hace fuerza, remolca las piernas.

También debería considerar el hecho de que, sobre el polvo del suelo, no queda ni el más mínimo rastro de las huellas que ella dejó durante su anterior visita a la casa cuando descubrió el trágico final de la abuela Luisa.

Las huellas han desaparecido. Como si nunca hubiese estado allí después de la resurrección. Y sí, estuvo allí, buscando a la madre de su padre. Tampoco ha transcurrido tanto tiempo, dos meses escasos. Judith aún recuerda el sobre pegado en el techo, aquella nerviosa caligrafía y ese grito de auxilio que, en forma de mensaje, la abuela lanzaba al desamparo más absoluto: *Para Angélica, en caso de que muera.*

Atravesar el pasillo y asomarse a la cocina le lleva dos horas, ganado cada centímetro con el esfuerzo del escalador que se enfrenta a una pared vertical con el único auxilio de las manos y los pies.

Creo que nos hemos equivocado de casa, que la de la abuela queda un poco más adelante. Guarda cierto parecido con ella, pero no es la de la abuela. No digas tonterías: haz caso a tu instinto y descansa de una vez. Recuerdo aquellas mañanas de Navidad en que juntas, la abuela y yo, hacíamos borrachuelos y rosquillas. Aquella masa sabrosa y caliente. Y ese olor a matalahúga que lo impregnaba todo. Despejabais la mesa, esa que tienes enfrente, y gastabais toda la mañana entre villancicos y la cháchara de la radio que emitía el sorteo de Navidad, el hilo musical de los niños de San Ildefonso. Por aquella época los niños cantaban los premios en pesetas, la peseta de toda la vida, como decía la abuela, y no en euros.

A la entrada de la cocina la noche alcanza a Judith, esa noche que se desplaza mucho más rápido que ella. A oscuras, se empeña en controlar la respiración, en bajar la intensidad de los latidos grumosos del corazón. Una hora después lo ha logrado. Una sonrisa rubrica el esfuerzo.

Paso la noche debajo de la mesa de la cocina. Aunque me lo propusiese, tampoco soy capaz de llegar mucho más lejos; me siento incapaz de alcanzar el salón y mucho menos de encaramarme al sofá.

A oscuras, antes de hilvanar el sueño, alzo la mano. Con la yema de los dedos repaso, centímetro a centímetro, el reverso de la mesa. Recuerdo que, al poco de comenzar los estudios en el instituto, me dio por arañar la madera con la punta de un bolígrafo. Prodiqué aquel esfuerzo durante días cuando la abuela salía de la cocina a tender la ropa o a descolgar el teléfono. Conseguí el dibujo imperfecto de una A de Angélica y de una E, la inicial del chico que me gustaba.

Que ahora no recuerde con exactitud si se llamaba Ernesto o Esteban carece de importancia; lo sustantivo es que ahora localice esas dos letras con la yema de los dedos. Pero no hay ni rastro de ellas.

De manera violenta, una arcada despierta a Judith a última hora de la madrugada, como si fuese el canto de un gallo que anunciase la proximidad del alba. Todavía no ha despertado del todo cuando se retuerce en el suelo, desbaratada por el dolor, la nariz trazando extraños dibujos sobre el polvo. Es el hambre irracional de los muertos que la asedia. Escupe un gargajo, baba, bilis y algo de sangre. Al abrir los ojos, descubre cómo la primera claridad del día se descuelga a través de la ventana. Observa la consistencia del esputo e imagina un universo de microbios nadando en las procelosas aguas del mismo.

—Buenos días —murmura.

En menos de un minuto se repite la arcada, esta vez si cabe más intensa. Le duelen las sienes, los músculos del cuello, el interior de la garganta. Pero lo peor está a punto de llegar. Una tercera arcada sacude su cuerpo cuando se creía a salvo. Es tan violenta que, por culpa de una contorsión, termina por golpearse la cara contra una de las patas de la mesa.

Se rompe la nariz. El hueso ha sonado igual que un barquillo de galletas al quebrarse. Dentro de su cabeza ha sonado mucho más fuerte, igual que un hachazo. Ese dolor iguala el de los mordiscos del hambre. Una cascada sanguinolenta se desbarranca desde el acantilado de los labios y cae al suelo. En cuestión de segundos la sangre que mana de la nariz cubre el esputo de baba y bilis.

—Si me viese la abuela... —murmura, las palabras ensangrentadas.

Sonríe al pensar que la abuela entrase en la cocina y la descubriese en semejante estado: sospecharía que regresaba de una noche de bailes, cigarros y borracheras.

Minuto a minuto la hemorragia disminuye, obstruida la nariz por la propia sangre que ha ido fraguando en su interior. El dolor ha remitido lo suficiente como para conceder de nuevo todo el protagonismo a los mordiscos del hambre animal de los resucitados.

Ahora recuerda lo que pensó anoche. Busca con la mirada las dos iniciales, la A y la E. Nada. *Puede ser que la abuela haya cambiado la mesa de la cocina después de que me fuese a vivir con mi ex marido. Aunque lo dudo: ella no era amiga de hacer cambios por el simple gusto de hacerlos.*

No sabe qué hacer, si regresar al exterior, echar un vistazo a la calle, reconocer la casa que busco y ganar su interior, o si por el contrario debe quedarse ahí dentro y buscar otras evidencias.

Es la casa en que viviste con la abuela, Angélica, no te quepa ninguna duda. *Calla, tú no sabes nada, de modo que estarás mejor en silencio.* Sal al patio y reconocerás las sillas de la playa, aquella bicicleta que tuviste de niña con las dos ruedecitas auxiliares para que no te volcases. Que siempre fuiste muy miedosa.

Antes de ganar el patio interior, ha de satisfacer al estómago y a la irritación del hambre. Arrastra la necrópolis de huesos, músculos y vísceras en dirección al frigorífico. Desde el suelo, a los pies del electrodoméstico, el tirador se antoja demasiado alto. Se siente una hormiga ante el desafío de ascender al Everest.

Durante una hora trata de sentarse, la espalda apoyada contra la puerta del frigorífico. Cuando está cerca de conseguirlo, resbala y cae; vuelta a empezar. Sin embargo no se dará por vencida. Hince el codo en el suelo y trata de izar el cuerpo de nuevo. Desfallece y cae. Una vez más.

Desde ahí, derrotada, la cabeza contra el suelo y la vista lanzada hacia arriba, Judith obtiene una conclusión: será imposible que alcance el objetivo del tirador. Llora sin lágrimas. Si tan sólo pudiera asomarse al vientre del electrodoméstico... Con algo de suerte encontraría una fruslería que llevarse a la boca y así podría

engañar durante horas la dictadura del hambre.

—Abuela.

A cada minuto que pasa, me encuentro más débil. De modo que si no me doy prisa, seré incapaz de alcanzar el patio. Invierto las uñas en las juntas de las losas. Las sacrifico, las quiebro, hasta el punto de que por debajo de ellas, asoma la carne putrefacta del dedo. Me olvido de las que se han desportillado, me deshago de las uñas levantadas antes de que aumente el dolor. Basta con que las muerda y luego las arranque de un tirón.

Avanzo medio metro más y hago un nuevo alto en el camino. Ya no queda demasiado para alcanzar la puerta de acceso al patio. Descanso unos minutos, el rostro apoyado contra el suelo, ladeado lo justo para salvaguardar la nariz fracturada. El golpe cobrado contra la jamba de la puerta ha sido demasiado violento. Por fortuna hace días que las piernas no me sostienen y, como consecuencia de ello, he sido desterrada del territorio donde moran los espejos.

Hacia el mediodía, cuando la luz se hace más descarnada, Judith alcanza su objetivo: apoya la frente sobre el cristal de la puerta de acceso al patio. A través de la misma puede ver una manguera enrollada y una pila de ladrillos. Pero nada más, para su desgracia: el ángulo en que está construido no le permite la visión plena del mismo; desde esa posición no alcanza a ver las sillas plegables, ni la bicicleta que tuvo cuando era niña. Hasta que no gane el exterior continuará con las dudas, seguirá sin saber si se encuentra dentro de casa de la abuela o en la de algún vecino.

Llora sin lágrimas, sin fuerzas, solo el lamento del pecho en forma de hipido. Es consciente del reto que ha de afrontar si desea resolver la incógnita. Ha de serenarse y no invertir ni una lágrima seca más, ni un hipido más; descansar tanto como le sea posible. ¿Qué más da el tiempo que gaste si luego alcanza el pomo y gana el exterior?

Tres horas más tarde, Judith ha logrado sentarse en el suelo, la espalda apoyada contra el cristal de la puerta. Treinta minutos después la mano derecha aferra el pomo, el brazo completamente estirado. Descansa durante un rato, una sonrisa colgada de los labios. Al pensar en la muerte de la abuela, en lo que sufrió al ser acosada y devorada por los hambrientos, la sonrisa se le despeña desde la boca y se hace añicos sobre el regazo.

Ya están aquí. Y no me dejan leer en paz. Recuerda las últimas palabras que la abuela le dedicó en aquella carta que, ingeniosamente, había pegado en el techo para salvaguardarla del derramamiento de sangre y de la ira de los muertos vivientes.

Gira la muñeca. De inmediato percibe que, por fortuna, no está echada la llave. Hubiese sido un verdadero calvario el buscarla por toda la cocina. Cede a la fuerza del giro y se abre. Apoyada la espalda contra el cristal, volcado todo el peso del cuerpo sobre él, es lógico que suceda lo que tiene que suceder.

—Dios mío —gruñe antes de que la fuerza de la gravedad la arrastre hacia abajo.

La puerta se abre de un empellón y Judith cae. Descontrolado, el cuerpo rueda por encima de los dos escalones que median entre la cocina y el patio. Gira por el suelo

hasta que se detiene con un sonoro golpe en la cabeza. En la estrechez del patio ha sonado como un tamborazo que anunciase el inicio de una procesión de Semana Santa.

La vista se nubla por momentos, un rebaño de cirros oscurece los ojos. Menos mal que en cuestión de minutos todo regresa a la normalidad.

—Abue... la, a... quí es... toy —su voz es un fantasma en mitad de esa tarde que envejece mientras ella recupera las fuerzas sin mover un solo músculo. Tan solo pestañea, deseosa de aprehender la belleza de esas naves algodonosas que surcan el ancho mar del cielo, que se mueve igual que una barca a la deriva.

Asume el sol. Desnazca sobre el mundo la noche. Echadme tierra, escribió en una ocasión Blas de Otero, hace tanto tiempo que las palabras del poeta bilbaíno no son más que un eco que resuena solo entre páginas olvidadas en bibliotecas que nadie visita. En eso piensa Judith, en que sólo falta que le echen tierra encima. Poco importa que salga el sol aún siete veces más y que desnazcan otras tantas noches. Lo único cierto es que ya no puede más, que apenas le resta morirse por segunda vez.

Aun así, se empeña en luchar un poco más. Clava los codos en el suelo e iza el cuerpo. Descuelga la mirada del cielo y barre con ella todo el perímetro del patio.

No hay que precipitarse al sacar conclusiones. A su izquierda hay una pila de ladrillos y una montonera de sacos de cemento. A la derecha, un socavón excavado a saber con qué objetivo, unas pirámides de tierra y un puñado de herramientas de albañil. Esta debería resultar la prueba definitiva de que se ha equivocado de casa. La abuela nunca le dijo, antes de comenzar la guerra, que fuese a hacer obras en el patio.

Aun así, no se da por vencida a la primera y busca las sillas plegables y aquella bicicleta que tuvo cuando se llamaba Angélica y era una niña de seis años. En vano: por mucho que tuerza el cuello a uno y otro lado, por mucho que arrastre la mirada de una esquina a la otra del patio, no encuentra el más mínimo vestigio de su infancia. Entre esas paredes no ha jugado a la comba, ni ha merendado bocadillos de Nocilla. Por mucho que le duela, al fin obtiene la conclusión que no quería, máxime después del esfuerzo invertido, de las fuerzas dilapidadas. Y es que por mucho que la voz que habita dentro de su cabeza diga lo contrario, definitivamente esa no es la casa de la abuela Luisa.

CAPÍTULO 28. CRECIDA

Viernes Santo, 2 de abril de 2010. 11:15 horas.
Carretera N-364, cerca de Ribadesella.

Demasiado deprisa. Todo sucede a una velocidad que presagia lo peor: dentro de la tienda, anexa a la gasolinera, Malavé ha encontrado una media docena de latas de conservas. Está dispuesto a llevárselas todas. Su alegría se hace canción de Loquillo. *Yo la sentaba en mi regazo, enloquecía sólo a su contacto. La he conservado en la memoria. Tal como estaba.*

A su espalda, de pronto, escucha un gruñido. Al girarse, descubre que su emisor es uno de los empleados de la gasolinera, alertado por el robo. La ferocidad con que gruñe no habla de guardias nocturnas a destiempo, ni de horas extras no cobradas, ni de desajustes en la caja que él ha de reponer de su propio bolsillo. No, es otro tipo de ferocidad la que le embarga, la misma que demostraron los asaltantes al campamento de Montserrat o los que devoraron a Abuelo Ramírez.

—*Pensaba que había cantado por última vez por Loquillo.*

Con las latas en los brazos y la llave inglesa en el bolsillo trasero del pantalón, no le queda otro recurso. Convoca su pasado como jugador de rugby del Monte Ciencias CR y embiste al pellejudo con la cabeza. Producto del golpe, el muerto viviente cae sobre los estantes y rueda por el suelo. El reglamento del rugby considera punible hacer una corbata o golpear con los puños a un rival, pero permite pasar por encima de él si ha caído. Así que, visto y no visto, Malavé se limpia las suelas de los zapatos con el cuerpo del podrido antes de ganar el exterior.

—*Pensaba que había cantado por última vez por Loquillo.*

Ha eludido al primer rival, pero fuera le esperan otros dos hambrientos, grandes como defensas neozelandeses. Le impiden el acceso a la zona de ensayo, que no es otra que el autocar. Con un poco de suerte, piensa, podrá zigzaguear entre ellos, esquivarlos con su antiguo juego de cadera. Sin embargo no es tan sencillo. Está convencido de que los muertos le bloquearán y derribarán antes de lograr su objetivo.

De pronto es consciente de que no saldrá con vida del desafío. En tal caso morirá matando, con las botas puestas. Se dispone a invocar el espíritu de la batalla de *Little Big Horn* cuando descubre que, más silenciosa que los gatos, Italia aparece por la banda. Paso a paso, viene acortando distancias.

La muchacha empuña un destornillador. Se maneja con cierta seguridad, o al menos no parece superada por la situación. Basta con que taladre la sien de uno de los muertos y desconecte su cerebro, para que él repita la jugada de antes y embista al que queda en pie.

Cuando el podrido quiere darse cuenta, tiene el destornillador enterrado en la sien. La Doble Muerte le hace de trapo antes de que caiga al suelo, lánguido. Italia

retira la herramienta y limpia la sangre con la ropa del infeliz. En ese instante Malavé emprende una nueva carrera, encoge la cabeza entre los hombros y percute contra el otro hambriento. Aunque está a punto de caer, el sevillano consigue rehacerse y continuar en camino de conseguir el ensayo. Al subir al autocar, Italia es la primera en felicitarle.

Desde que salvase el pellejo, Malavé no ha dejado de repetir la misma frase, conduciendo o descansando en un asiento, mientras almuerza u observa la lejanía con los prismáticos de Maciá. Es el estribillo de lo que pudo ser su desgracia.

—Pensaba que había cantado por última vez por Loquillo —bromea guiñando el ojo en un gesto de complicidad con Italia. Pero sigue con vida y al volante del autocar, un ojo atento a la carretera y el otro sobre su salvadora.

La mañana ha amanecido lluviosa. No se ha desatado una tormenta espectacular, solamente es el cansancio de una llovizna indolente que termina resultando desesperante más por su insistencia que por su beligerancia. Los cristales, enjorjados de gotas, distorsionan el paisaje hasta convertirlo en un remedo de pecera y aislar a los supervivientes en el albergue de sus miedos.

Es entonces cuando Italia, dando un portazo a sus peores recuerdos, guiña el ojo a Malavé y se incorpora, decidida a aprovechar la ocasión. Se sienta junto a Maciá, que no disimula una leve incomodidad.

—Francesc, ¿molesto? —nada más abrir la boca, Italia siente el merodeo de la mirada de Malavé buceando en el espejo retrovisor, atento a cada movimiento. El experto en peritaciones lleva así de raro desde que ella le ha salvado la vida—. Espero que no

—Qué va, mujer —miente el fotógrafo de la peor manera posible, para que ella se dé cuenta.

—Si quiere lo dejamos para otro día.

—No seas tonta —bufa dando un manotazo al asiento libre que hay a su lado.

—Todavía tenemos una conversación pendiente desde Montserrat, ¿recuerdas?

—Pues no será por falta de tiempo, hemos tenido todo el del mundo —aunque lo ha intentado, Maciá no dulcificado a tiempo el barniz impertinente de la respuesta.

—Tampoco he venido a discutir contigo —la voz de mezzosoprano de Italia se muestra conciliadora, exenta de reproches, tersa como sus veinte años. Por si no fuera bastante para vencer la reticencia inicial de su compañero, le regala una sonrisa franca, sin ambages ni dobleces.

—Perdona si he sido brusco.

—Nada, a lo que venía: desde que abandonamos Montserrat he querido regalarte esto y no he encontrado la ocasión.

Se contorsiona sobre el asiento para introducir la mano en el bolsillo trasero del vaquero. A causa de la postura, el filo del jersey se sube lo justo para dejar a la vista un triángulo de piel, un pedazo de ese estómago liso y la oquedad del ombligo. Aunque no ha sido algo premeditado, Italia tampoco se apresura por recomponer la

prenda. No le incomoda que la mirada de su compañero le roce la piel.

—No hace falta que... —se interrumpe Maciá.

El regalo se resiste a ser exhumado del bolsillo. Los dedos tiran de él, pero está aprisionado por el peso del trasero de la muchacha. Al forzar aún más la postura, sin pretenderlo la rodilla derecha besa la izquierda del fotógrafo. Él no se aparta, ni lo castiga con un mal gesto. Por ahora, tras el desabrido inicio de conversación, Maciá se muestra indulgente, como el maestro que se arma de paciencia frente a la alumna que no encuentra en el interior de la mochila la libreta de los deberes.

(De *Memorias de una hippie en el Infierno*, de Italia Segorve: IX, 31-35)

Con la cantidad de horrores que había presenciado desde mi huida de Barcelona, debí afrontar aquel momento de otra manera, con otra valentía. Acercarse a hablar con un hombre como F.M. tampoco era tan arriesgado, no mucho más que enfrentarse a diez pellejudos. Sin embargo su lejanía, esa distancia que a veces interponía entre nosotros, me intimidaba.

No es un regalo insignificante, por mucho que ella se empeñe en gruñir *es tuyo* como quien entrega a un antiguo compañero de piso una bolsa de ropa olvidada en la mudanza. En la palma de la mano derecha yace algo que se parece a una serpiente tricolor: verde, blanca y roja. Es una de esas pulseras con que solía ganarse la vida, cuando la vida era vida y no una carrera de obstáculos hacia ninguna parte; es una de las marroquinerías con que comerciaba en las Ramblas, bajo la sombra de la estatua de Colón, la única que sobrevivió a la desesperación propia de la huida.

Francesc observa a Italia durante un segundo, sus ojos desgastados sobre los de ella. Entonces sucede algo inaprensible. El relámpago no ha centelleado sobre el paisaje anunciado un recrudecimiento de la lluvia. Por mucho que ambos lo nieguen en silencio, el chispazo ha sido real, aunque interno. La sangre de la muchacha y del fotógrafo se han convertido en hielo y fuego, risa nerviosa y llanto jovial, miedo y deseo.

En algún lugar de la cabeza de Italia suena el *Time after time* invocado por la voz de Cindy Lauper, en honor a los viejos tiempos, a los buenos recuerdos, al mismo tiempo que un hormigueo de emociones le crece dentro del estómago.

¿Prisa? Ninguna. Ni tan siquiera para morir, piensa invocando un texto de Blas de Otero. Porque a ella siempre le ha gustado leer poesía.

Preferiría no hacerlo, dice Francesc para sí, valiéndose de las palabras de Bartleby. La ebullición de la sangre ha abierto, de par en par, las puertas de las emociones. Un viento helado recorre todo su cuerpo haciendo restallar la colada de sus reservas, de sus excusas. Así, desguarnecido, es fácil que oiga en la campiña de su cerebro el *Danny Boy* que tantos recuerdos desentierra de sus reportajes fotográficos en Irlanda.

Si Italia ha sido capaz de perfeccionar previamente el encuentro valiéndose de una premonición, es algo que no piensa revelar a Maciá. Como en el póquer, uno no enseña las cartas al rival. Sea como fuere, natural o estudiado, lo cierto es que su

forma de amasar las rastas de manera nerviosa, su sonrisa, su ausencia de reproches, favorece al fin la rendición de Maciá. Porque es él quien retira la mirada antes de que...

—Siento haber sido algo brusco contigo, Italia. Perdona mi mal carácter.

—No pasa nada.

—Es muy bonita —prueba la pulsera sobre la muñeca derecha, luego sobre la izquierda.

—Me gustaría que la llevaras puesta —apunta antes de dar una vuelta de tuerca más a su representación. Adopta la expresión de la niña que fue hace quince años y que lloraba sin derramar una sola lágrima ante los castigos paternos y la permisividad materna—. Así, cuando nos separemos, recordarás siempre a Italia.

—No digas tonterías.

—Lo digo por los colores de la pulsera: verde, blanco y rojo.

—¿Por qué hemos de separarnos?

—Me refiero a cuando acabe todo esto.

Maciá cabecea. OK, se refiere a la guerra. Aunque desconoce la existencia de una sombra que, grave como Ahab, conoce el secreto mismo de la muerte; aunque ignora que, mientras el doctor Hawthorne no purgue el infortunio de su vida errabunda, ninguna nación estará a salvo de la resurrección de los muertos. Francesc Maciá sí posee la suficiente clarividencia como para sospechar que el final de la guerra se encuentra muy lejos de ninguna parte, más próximo del fin del mundo, del Apocalipsis vaticinado por San Juan, que de la doble muerte del último de los resucitados. Nada ni nadie le hará cambiar de opinión, ni tan siquiera conocer de primera mano los movimientos de tropas que el gobierno estadounidense está realizando desde mediados de marzo para que la amenaza de los muertos vivientes no subvierta el orden mundial.

Se sobrepone a la fatalidad de sus pensamientos, a la oscuridad abisal de ese futuro que vislumbra sin contar con las capacidades premonitorias de Italia, para decirle a la muchacha:

—La llevaré siempre puesta, dalo por hecho.

—Gracias.

—A ti por acordarte de mí.

—Gracias —repite Italia, que por primera vez se siente algo incómoda ante la cercanía del fotógrafo. Incómoda, desarmada, vencida.

Durante un segundo piensa en lo irónico del hecho: siendo ambos naturales de Barcelona, nunca antes se habían cruzado en el Mercat de Sant Antoni, en los jardines de Montjuic o en las Ramblas. Y más irónico aún que ha sido justamente la barbarie la que los unió en el campamento Vermell.

—Si alguna vez te he importunado, perdóname —manifiesta mientras juega con una de las rastas—. A veces soy muy pesada.

No lo precisa, pero se refiere a aquella ocasión en que, a las afueras de Bilbao, le

preguntó por Elvirita, aquella niña que vestía uniforme como si fuera camino del colegio. Otra cosa es que el fotógrafo sepa a qué se refiere con un comentario tan impreciso.

—No tiene importancia —responde. Luego le ofrece la pulsera y la muñeca: le gustaría que ella se la anudase.

Por fortuna el temblor de manos de Italia es casi imperceptible y no le delata; se odiaría de por vida si, después de contener durante días sus sentimientos, ahora se descubriese de manera tan artera. Ha de mantener la firmeza demostrada cuando compartían las charlas intrascendentes del Vermell. Es cierto que ahora tiene el camino libre, ya desaparecieron el resto de compañeras: Natascha, que aunque embarazada, lucía un cuerpo digno de desear; ni Mónica Mateo, que siempre prodigó atenciones y sonrisas al fotógrafo, ni Quicá, que pese a que andaba en celo tras Ino Guerau, se beneficiaba a cuantos compañeros claudicasen a sus encantos. Es más, tras la inesperada marcha de Eguzki, Italia no cuenta con mayor rival que su propia precipitación.

¿Prisa? Ninguna. Ni tan siquiera para morir, se reconviene en silencio.

—Gracias —dice.

La indecisión y el miedo, la prudencia y el hormigueo de la sangre terminan por sofocar la necesidad que ambos experimentan por prolongar la conversación. Las palabras mueren en la garganta sin que ninguno de los dos sea capaz de evitarlo. Carece de importancia: Italia y Francesc saben que habrá ocasión de reanudar todo esto más adelante y terminar lo que ha nacido tras el relámpago inicial. Ahora es mejor permanecer callados, cerrar los ojos y olvidarse de la mirada inquisitorial de Malavé.

Con la sangre hasta la cintura, avanzas sobre el empedrado, ahíto de sangre. Como ese exceso de agua que, tras un aguacero, se remansa a la sombra de los bordillos o en los desniveles de aceras y asfalto, la profundidad de los charcos sanguinolentos cataloga, por calles, la fiereza de los combates. Has entrado en Avilés, vas calle La Ferrería arriba. Avanzas apretando el paso, tanto que te hallas demasiado lejos y no te veo bien, Maciá.

Es extraño. Pese a la sangre que mancilla los bajos de tu pantalón y anega los zapatos, no hay ningún hambriento a la vista. Muy extraño. Además tampoco hay ningún cadáver destripado y olvidado en el suelo.

Es al llegar a la plaza del Ayuntamiento cuando resuelves el misterio: los muertos se asoman a las ventanas de las casas colindantes, como espectros que se reflejasen en los vidrios de las habitaciones más altas de un palacio o una mansión victoriana.

El cielo de nubes bajas, pesadas como un rebaño de reses muertas, refleja la sangre derramada aquí abajo. A mediodía, por culpa de la tenacidad de la tormenta, se hace casi de noche. Como no funciona el alumbrado público, las sombras de los edificios se agigantan y te brindan su cobijo.

Debes regresar al autocar, si es que eres capaz de encontrar el camino de vuelta. Recuerda que nos hemos detenido en la explanada de la estación del tren de cercanías. Pero no haces caso.

Con la sangre anegando los calcetines, eliges un soportal y la primera puerta que encuentras a mano. Al otro lado de la madera, aguarda a que la liberes una sombra espesa que hierve con la ebullición del hambre entre la penumbra dormida de las escaleras. Quizás ansíes encontrarte de nuevo con Elvirita, vestida como si fuera camino del colegio. Da igual que no te encuentres en Bilbao; piensas que ella te persigue en los sueños. Quizá la encuentres en otro sitio, pero no ahí detrás. Al otro lado, tú no me hagas caso, únicamente hallarás un grito en mitad de la sangre.

Al regresar a la realidad, lo primero que Italia escucha es la voz de Francesc Maciá. Asomado a la puerta del autocar, vocea a la ciudad:

—¿A dónde crees que vas?

Antonio Malavé ha abandonado su puesto frente al volante. Camina avenida arriba. Debería ser consciente del riesgo que asume al alejarse tanto del autocar, sobre todo en una ciudad que le es extraña. Lo que ninguno de sus compañeros puede saber, porque no se lo ha contado a nadie, es que hace ya varios años pasó unas vacaciones en Oviedo y que frecuentó Avilés. De modo que el menor de los peligros que afronta es el de perderse. Conoce de sobra las calles y sabe perfectamente hacia dónde se dirige.

—¡Vuelve, joder! —grita Maciá.

—¿Qué mosca le ha picado? —pregunta Italia apoyada sobre la espalda del compañero, aún confundida por la gravedad de la premonición. Por la gravedad y por la equivocación; y es que no es Maciá quien ha bajado del autocar.

—No sé.

En ese instante, a sus espaldas, se escucha un gruñido. Proviene del fondo del pasillo. Solo puede ser Inocencio Guerau.

—Voy a ver qué quiere —dice Italia.

Antes de que se aleje demasiado, el fotógrafo llama la atención de la muchacha. Basta con un siseo. Con el índice le pide que vuelva sobre sus pasos. Ino vuelve a gruñir, pero ella es incapaz de resistirse a la llamada de Maciá.

Antes de que abra la boca, Italia descubre las verdaderas intenciones de Francesc en su mirada insalubre, más envejecida que nunca. Ella niega con la cabeza: no puede ser que otra vez vuelva a plantear la posibilidad de abandonar a Guerau.

—No pongas esa cara, chica.

Como temía, quiere aprovechar la ausencia de Malavé para deshacerse del malherido.

—Ni hablar, Francesc.

—¿Y eso?

—¿No hablarás en serio?

—Sabes tan bien como yo —Maciá baja la voz hasta hacerla casi inaudible— que

Guerau abusó de la predisposición de don Bernabé a ayudar a los demás. Cada vez se encuentra peor. No le baja la fiebre y delira por las noches. ¿Y si se muere dentro del autocar?

El fotógrafo alcanza la muñeca derecha de la muchacha y tira de ella hacia sí. Por nada del mundo permitiría que el camionero escuchase lo que tiene que decirle:

—Se lo debemos a don Bernabé, que murió por culpa de Guerau. Sabes tan bien como yo que de no haber estado haciendo aquella guardia, habría salvado la vida.

—Siempre habrá tiempo de rematarlo si fallece —protesta Italia en un susurro.

—¿Con el destornillador, con una llave inglesa? ¿Y quién lo hará, tú?

Si supiese conducir, ella misma se sentaría frente al volante, dispuesta a acabar con la conversación y dejar la palabra a los hechos. Porque lo que le importa de verdad, en ese momento, es correr en busca del sevillano. Esa sería la mejor forma de zanjar el asunto.

En ese mismo momento, Antonio Malavé accede a la plaza del Ayuntamiento, borracho de los recuerdos que resucitan desde aquel verano que disfrutó a mitad de camino entre Oviedo y Avilés. Con un poco de suerte, sabrá llegar al portal de la casa donde dejaba, a última hora de la noche o a primera de la mañana, a aquella novia ocasional con quien compartió noches, copas y cama.

CAPÍTULO 29. GATO POR LIEBRE

Domingo de Resurrección 4 de abril de 2010. 01:55 horas.

Hostal Comala, Finisterre.

El yanqui se incorpora. Varias horas antes de que el ciclista solitario entre en Finisterre y se decida a echar un vistazo al faro, míster Brooks pasea nervioso por la habitación, bajo la atenta mirada de los otros prisioneros. Hace un rato que se han acallado los gritos que provenían del segundo piso. Se restriega las manos y añora el consuelo de una Dr Pepper. A falta de algo más refrescante, trata de templar los nervios tarareando unos compases de *In the mood*, de Glenn Miller.

Agónicas, aún brillan las últimas brasas del *vaso de fuego*. Gracias a ellas, Natividad es la primera en darse cuenta de lo que va a hacer el americano. Lo malo es que cuando quiere reaccionar para dar aviso a los compañeros, ya es tarde: la puerta se abre y deja ver la figura de J.B. Ante el ex militar será mejor estarse quietecita.

A lo lejos, por el oeste, se oyen los primeros truenos. Una tormenta se cierne sobre el faro del fin del mundo. Quizá el yanqui se asusta al ver todo el cuerpo de Jesualdo ungido en sangre: los brazos, las manos, la cara. O quizá, por un momento, teme que alguno de los dos hombres que le acompañan usurpe su puesto de confidente. En cualquier caso, míster Brooks se decide a pasar a la acción cuando ve que J.B. se aparta a un lado para dejar paso a Carlos y a Kaneda. Conduce al ex militar hasta el escondrijo donde Javier Dantas todavía guarda la bengala de Úrsula.

—Dar Úrsula —confiesa Brooks—. Ella fue.

El drama vivido en el pasillo del segundo piso, la lucha librada con Jarque y el sacrificio final de Mamashe Correa han dejado sin palabras a Jesualdo Bendaña, casi sin fuerzas, ni capacidad de reacción. Así que sólo se apropia de la bengala y regala una patada al bulto agazapado de Javier Dantas. Este consigue atenuar la fuerza del impacto ayudándose del antebrazo.

—Llevar con usted —implora míster Brooks al ver que el otro se dispone a salir sin premiar su delación.

En silencio J.B. se culpa de la suerte que han corrido sus tres colaboradores: Úrsula, muerta y resucitada días atrás. Mamashe, quien tras ser mordido por Jarque ha sido rematado a patadas por él mismo. Y Elías, su sobrino, ejecutado de un certero disparo. De pronto se siente solo, abatido, asqueado. En semejante estado es normal que haga caso omiso a la súplica del confidente.

—Llevar con usted, *please*.

Por mucho que míster Brooks redoble el llanto, el ex militar permanece impasible. Sabedor de que, tras la confidencia, queda a merced de la ira de sus compañeros, redobla su solicitud; da igual que J.B. ya se haya marchado. Golpea la puerta hasta que le duelen los puños. Después, se traga el miedo y llora en silencio.

Cuando se cansa de implorar la ayuda de J.B. están a punto de dar las tres de la mañana. Entonces escupe una sarta de insultos en inglés. Se deja caer al suelo, el corazón enardecido de hipidos y el estómago helado por el miedo. Ahora es de esperar la reacción de los otros prisioneros.

—Míster Brooks, creo que tenemos que hablar un par de cosas usted y yo —es la voz de Javier Dantas, que se sobrepone al eco de los primeros truenos que sacuden la noche.

Aunque no ha entendido el exacto significado de las palabras, el americano sí ha captado el tono amenazante que encierran. Tampoco hay que ser muy listo, ni haber escrito ningún libro, para prever la ira del hombre a quien ha delatado. En ese mismo instante se apaga el *vaso de fuego* y la pieza queda a oscuras.

Durante cinco minutos Dantas golpea al bulto oscuro que es el escritor, sin descanso, a pesar de los ruegos de Natividad. Bien es verdad que ella comprende la ira de Dantas, pero quiere evitar que haya violencia en presencia de Aurora.

—¡Tiene cuatro años, joder! —grita sobre los gritos del americano.

Los puñetazos y patadas han llovido sobre míster Brooks con la intensidad del aguacero más incansable. Cuando la tormenta ejemplarizante remite, de la oscuridad emerge la voz de Javi Durán:

—Ahora sería pertinente amordazarle.

Los prisioneros de la habitación 103 no conciliaron el sueño hasta casi las cinco de la madrugada. Ha sido la noche más larga y agónica del mundo, sobre todo por culpa de la tormenta que, rabiosa como los mismos hambrientos, se cernió sobre el pueblo en mitad de la madrugada. Así que es normal que a las diez de la mañana aún sigan durmiendo.

La primera es abrir un ojo es Aurora. Lo primero que hace es alcanzar a su muñeca Guguna; le ordena el pelo y le regala un beso, como hace todas las mañanas. Y le dice al oído:

—Olvida a los hombres *rotos*.

No ha acabado de hablar con la muñeca cuando escucha ese ruido procedente del cielo. El tableteo se acerca rápidamente. Procede del oeste, de la dirección en que se yergue el monte que duerme a espaldas del pueblo, ese peñasco coronado por el faro. Hasta ella, a sus cuatro años de edad, repara en la excepcionalidad del instante.

—Despierta —llama a Natividad. Como no responde, la zarandea hasta que reacciona y abre los ojos.

—¿Qué pasa, Aurora? —pregunta en mitad de un bostezo. .

—Escucha eso.

—¿El qué?

La niña señala entonces el techo. Pero Natividad no entiende lo que pretende decirle, tal vez por culpa de la tenacidad del sueño; aún no ha despertado del todo.

—Cariño, ya no se escuchan más gritos. Olvida eso.

—No, escucha. Suena fuera —precisa la niña.

—Son las gaviotas —responde la mujer que calza una zapatilla deportiva de color verde y otra azul. Poco importa que las gaviotas estén en silencio: lo fundamental es no perder la estela del sueño y regresar cuanto antes a su cobijo.

—No son las gaviotas —bufa Aurora—. Suena fuera.

Ante la insistencia de la pequeña, Natividad se da por vencida.

—¿Qué quieres que oiga? —se incorpora sobre un codo y aguza el oído. Antes de que sea capaz de reconocer la procedencia y origen de ese tableteo, siente sobre sí la mirada de míster Brooks.

El americano sólo puede expresar su desesperación mediante el diálogo mudo de los ojos: la mordaza le impide hablar. Natividad se desentiende del cabeceo suplicante del yanqui. Por nada del mundo ayudaría a un chivato como él. Ella no hubiese obrado de la manera en que se manifestó Javier Dantas, pero tampoco le habría dejado sin castigo. Seguramente habría apostado por robarle el rancho diario.

—No son gaviotas —insiste Aurora. Para reforzar sus palabras, muestra a su compañera el cabeceo afirmativo de la muñeca Guguna, que ella misma propicia con su mano izquierda.

—Parece un helicóptero —interviene Carlos, que ha dormido junto a la puerta. A su lado despierta Kaneda.

Javier Dantas abre los ojos en ese instante, alertado por las palabras del nuevo inquilino. El inspector no media palabra; cambia una mirada con Natividad. Luego se incorpora y se acerca al ventanal con la esperanza de oír con mayor claridad el ruido del que habla Aurora.

Todos están despiertos, todos escuchan ese tableteo procedente del oeste; todos menos Javi Durán, que sigue dormido. En otras circunstancias, las manchas de sangre que salpican la ropa de los dos nuevos habrían concitado toda la atención de los presentes. Sin embargo ninguno repara en pequeñeces. Lo que importa es averiguar la verdadera naturaleza del ruido que se aproxima desde el faro.

—Parece un helicóptero —repite Carlos tras cruzar una mirada con Kaneda.

Cuando el tableteo rueda por encima de los tejados del pueblo, a ninguno le cabe ninguna duda de que, como dice el nuevo, es un helicóptero. En silencio Javier Dantas lamenta el hecho de que míster Brooks delatase a J.B. la existencia de la bengala. Una ocasión como esta no se presenta todos los días, y él es consciente de ello. Todos lo saben. De contar con la bengala, Dantas rompería la ventana de una patada y la lanzaría al aire. Con un poco de suerte, el helicóptero la distinguiría a tiempo antes de alejarse de Finisterre.

—¿Crees que Jes llamará la atención del helicóptero? —pregunta Natividad, que se ha acercado al ventanal.

—Eso carece de importancia —responde Dantas.

—¿A qué te refieres?

—Si ese hijoputa consigue que le vean desde el aire, nunca se acordará de nosotros. Nos dejará aquí dentro.

—Estoy de acuerdo, pero si se marchase, al menos, no tendríamos que preocuparnos de él —apunta—. Nos habríamos quitado un enemigo.

No hace falta que le otorgue la razón a Natividad, porque la tiene.

El tableteo se aleja antes de que ninguno sea capaz de urdir un plan con que llamar la atención de la aeronave. Después de que el helicóptero se pierda tierra adentro, un silencio de panteón se derrumba sobre la habitación 103.

—Habrá que ir pensando en salir de aquí —murmura Kaneda. Se pone en pie y observa al resto de rehenes.

Tras unos segundos de silencio, es el momento de que los dos nuevos inquilinos se presenten.

—Me llamo Carlos Sisí, mi compañero es José Antonio Carrasco, Kaneda para los amigos.

No hay apretones de mano, ni siquiera intercambio de sonrisas. Los que ya llevan bastante tiempo en la habitación 103 recelan de los recién llegados. Se miden desde la prudencia. Pensar que Carlos y Kaneda puedan ser los nuevos chivatos de J.B. tampoco es tan descabellado. De pronto el silencio se hace incómodo.

Con las manos enterradas en los bolsillos del pantalón, Kaneda se acerca a míster Brooks. Se arrodilla ante él y, durante unos segundos, calibra la arrogancia de la mirada del amordazado.

—Mira sus ojos, Carlos, son mares grises.

—¿Alguno de vosotros tendría un cigarrillo? —pregunta Carlos, que no sabe qué hacer con las manos y con ese hormigueo que siente dentro de los pulmones. Lleva demasiadas horas sin fumar y se está volviendo loco.

—Carlos, estos mares sí sueñan con mi muerte.

—¿Nadie? —Carlos observa uno a uno a sus compañeros de desgracia. La única que le sonrío es la pequeña Aurora.

—¿Quién es aquí el delator? —pregunta Kaneda, cada vez más interesado en el prisionero de los prisioneros.

—Un desgraciado al que debí matar anoche —rumia Dantas. Se acerca a míster Brooks y le propina una patada a la altura de los tobillos.

—Un loco, nada más —apunta Natividad.

—¿Loco? —interviene Carlos, que se mesa la perilla sin dejar de observar al sujeto de la conversación. Mejor interactuar con el resto de compañeros que sentir la dependencia de la nicotina—. Creo que el loco es el otro.

—No solo él —dice Natividad—. No hay que olvidar a Mamashe y a Jarque.

—De esos desgraciados ya es inútil preocuparse —murmura Carlos. El silencio con que subraya su afirmación es lo suficientemente explícito como para que ninguno de los presentes se atreva a preguntar nada más. En cambio será él mismo quien ofrezca la respuesta: —Bendaña los liquidó. Casi nos cuesta la vida a Kaneda y a mí.

Dantas deja de mirar por el ventanal, da media vuelta y muestra una media sonrisa. Está feliz. Celebra la suerte corrida por Elías Jarque y Mamashe Correa.

—Ahora está solo entonces —apunta Natividad.

Dantas recuerda lo apuntado por la mujer de las zapatillas de distintos colores acerca del estado mental del yanqui.

—Más que loco, es un chalado. Un alucinado con malas intenciones. Si no hubiese revelado el escondrijo de la bengala, habríamos podido llamar la atención del helicóptero.

—Escribe libros —apunta Aurora, abrazada a Guguna como si le fuese la vida en ello.

—¿Libros? —pregunta Carlos que se arrodilla frente a la pequeña.

—Dice que un hombre *roto* le cantó.

—¿Hombre roto?

—Se refiere a un zombi —puntualiza Dantas—. Un hombre roto es un muerto viviente.

—Está loco —dice la niña. A continuación se ríe.

A Aurora aún le gusta imaginar vidas y personalidades para Guguna; no en vano tiene cuatro años y una fantasía desbordante. Pero gracias a lo que ha visto y sufrido durante el último mes, ya sabe lo que es un hombre *roto* y nunca ha visto ninguno que sea capaz de cantar.

Carlos recuerda los primeros acordes de *Man in the mirror*, de Michael Jackson: *I'm Gonna Make A Change, For Once In My Life. It's Gonna Feel Real Good, Gonna Make A Difference, Gonna Make It Right...* Es uno de esos músicos que le han gustado desde siempre, un referente en su vida; así que es lógico que en la desgracia también le acompañe el recuerdo de la música que Jackson grabara a finales de los ochenta y de principio de los noventa. En el interior de su cabeza reconstruye las notas y ordena la letra de la canción. De alguna manera y aunque sea casi una ironía, debido a las últimas operaciones con que el cantante pretendió negar los orígenes raciales de su piel, Michael Jackson era lo más parecido a un zombi cantante.

—¿Ha dicho que es escritor? —pregunta Carlos al regresar en sí. Vuelve la cabeza en dirección a Dantas, a quien desde el primer momento ha identificado como líder de los prisioneros.

—Eso dice —responde el ex inspector.

—¿Ha dicho su nombre?

No ha acabado de formular su pregunta cuando despierta Javi Durán. Como tiene el sueño más pesado que el de un elefante, le resulta difícil regresar del interior del gusano al que le ha abocado la pesadilla orquestada por su subconsciente con la música de *Motörhead* de fondo. Se restriega los ojos y no duda en estirar los brazos, aunque sabe que es el epicentro de todas las miradas. A esta altura del desastre no piensa reparar en semejantes formalidades. Si tiene ganas de estirarse, lo hace y punto.

Durán gatea en dirección al amordazado y le saluda en inglés. Se sienta a su lado y, vuelto hacia los demás, media los buenos días en español.

—Coño, pero mira a quién tenemos aquí —bromea Carlos.

—¿Cómo tú por Finisterre? —pregunta Durán después de reconocer al recién llegado. Y es que es la primera vez que repara en él, que se detiene a observarle. Anoche fue incapaz de reconocerle.

—Ya ves, tirando —dice Carlos—. ¿Y tú?

—La vida. Ya te contaré lo que me trajo a Galicia.

Durán estrecha la mano de Carlos. Ahora sí que firman el momento con un sólido apretón de manos. Durán no recela de Carlos, y este tampoco recela de él. No hay duda de que ambos se conocen con anterioridad: lo atestiguan las palabras intercambiadas y el tiempo que mantienen las manos entrelazadas.

—Tiene gracia, Carlos, que nos encontremos tan lejos de Málaga. Te veo más delgado.

—Dieta de superviviente. De ti no puedo decir lo mismo, porque siempre has sido un...

—... un tirillas, dilo. ¿Dónde te sorprendió la guerra?

—En Castroforte del Baralla —dice Carlos.

—¿Dónde?

—Castroforte del Baralla. Es una ciudad de la Costa del Morrazo, perdida de la mano de Dios. Allí conocí a José Antonio Carrasco, ¿lo conoces?

—Creo que de Facebook.

—Encantado —dice Durán estrechando la mano del amigo de su amigo.

—Los colegas me llaman Kaneda —apunta Carrasco.

—Coño, me alegra verte con tan buen aspecto —Carlos echa un brazo por encima del hombro de su viejo amigo.

—No me puedo quejar: la profesión de superviviente es más dura de lo que nos contaste —bromea Durán.

—Coño, no es lo mismo sobrevivir dentro de Carranque que hacerlo a campo abierto. Aunque no me puedo quejar. Aquí estoy, dispuesto a seguir en la brecha. Por cierto, ¿no tendrás un cigarrillo?

—No fumo. Por cierto, aún no he encontrado al padre Isidro.

—Joder, estamos muy al norte de su parroquia.

—Oye, ¿te has fijado a quién tenemos aquí? No te lo vas a creer —Durán señala al americano—. Parece una broma del destino.

—¿No será Judas? —bromea Carlos.

—No, hombre. Tampoco es Juan Aranda. Mira —retira la mordaza al americano pese a la oposición de Dantas—. Será solo un segundo.

Dantas empuja a Durán. Se suceden unos segundos de tensión. Parece que toda la rabia contenida por unos y otros pudiese estallar en cualquier momento. Kaneda y Carlos separan a Durán y a Dantas.

—Por favor, Dantas, sólo será un segundo. Quiero que mi amigo reconozca al americano.

Carlos se cruza de brazos, arruga una ceja. Observa durante unos segundos a míster Brooks. Negativo: no acierta a reconocerle. Ante la insistencia de Durán, se arrodilla ante él. Por mucho que se esfuerce, nada; le es completamente desconocido. Bate la cabeza a un lado a otro.

—No sé quién es.

—Joder, ¿no lo reconoces?

—Ese vocabulario, señores —sanciona Natividad, que con la mirada se apresura a señalar a Aurora.

—Joder —repite la niña a modo de juego.

Durán junta las manos en actitud de pedir perdón. Luego se incorpora y revela a Carlos al oído la identidad del prisionero, que está siendo amordazado de nuevo por Dantas.

Ante lo extraordinario de la revelación, a Carlos no le queda más remedio que romper a reír, igual que si Durán le hubiese contado el chiste más gracioso del mundo.

—Aurora, las niñas no dicen palabrotas —regaña Natividad a la pequeña.

—¿Qué son palabrotas?

—¿A qué viene esa risa, Carlos?

—Palabrotas son palabras que nunca deben decir los niños. Te lo han tenido que enseñar en el colegio.

—Ese hombre no es Max Brooks —ríe Carlos. Ha visto demasiadas fotos del autor de *Guerra Mundial Z* como para dar por sentado que semejante escombros sea Max Brooks.

—¿Entonces quién es? —pregunta Durán.

—La señorita Isabel castiga sin recreo a los niños que dicen palabrotas.

—Maldito cabrón —ladra entre dientes el ex inspector—. A lo mejor tampoco es americano y nos ha estado tomando el pelo.

—Su dicción es perfecta —apunta Durán. Por un instante duda. Tal vez es demasiado perfecta; un americano jamás hablaría como un actor que declamase a *Hamlet*. Pero mantiene silencio.

Tampoco tiene demasiada importancia cuál sea la verdadera identidad del americano, si es originario o no de los Estados Unidos. Eso es secundario, piensa Javi Durán. Lo realmente importante es que ha encontrado a un amigo de antes de la Guerra de la Doble Muerte.

—Dantas, aquí mi amigo Carlos es escritor.

—¿Otro? —refunfuña el ex inspector.

—Ha escrito *Los caminantes*. Es un especialista en materia de muertos vivientes.

—Como sea como míster Brooks, que Dios nos pille confesados.

—Él es Carlos Sisí, te lo aseguro. Nos conocemos de Málaga. Ha escrito sobre zombis, así que puede sernos de gran ayuda.

—Tampoco creas que tanto —interviene Carlos.

Hace una hora que el tableteo del helicóptero se ha perdido tierra adentro. J.B. tararea los compases de *Cisne cuello negro*, *cisne cuello blanco*. Cuelga la jaula del quicio de la ventana. No tiene prisa. Por ahora, y hasta nueva orden, dispone de todo el tiempo del mundo. Ha de mantener la posición tal y como le ha ordenado la sombra que habita en la última farola. Además, está Úrsula, o lo que queda de ella. Será mejor que disfrute del momento, mientras pueda. Tiene a los pájaros y a su chica de los ojos verdes.

Ni J.B. ni los rehenes de la habitación 103 pueden imaginar que, justo en ese instante, a un kilómetro de Finisterre, se detiene un autocar. Lo hace junto al arcén. Lleva recorridos más de mil kilómetros desde que abandonara la abadía de Montserrat. Los que habitan el hostel Comala permanecen ciegos al prodigio.

El único que sí ha reparado en su presencia es Rodrigo Pérez, que regresa a Finisterre a lomos de su bicicleta. A tumba abierta, esquiva a todos los muertos que le salen al paso. Si ha de enfrentarse a la *ballena blanca*, antes es necesario, casi obligatorio, que encuentre a Javier Dantas. Por un momento ha barajado la posibilidad de que se encuentre en el interior del autocar que aguarda a las afueras de Finisterre.

CAPÍTULO 30. LA VIDA ES UN GLOBO QUE SE ME ESCAPÓ

Sábado, 3 de abril de 2010. 12:25 horas.
Calle Julio César, Sevilla.

La clave de todo radica en la proximidad de la otra orilla de la laguna Estigia y del nuevo esfuerzo de Caronte. Pese a que está agonizando, Judith aún es capaz de sentir presencias en la habitación 101 del cerebro. Otra vez Estigia, y otra vez Caronte. Boca arriba, anhela el latido postrero.

Después de arrastrarse hasta la herida del suelo, ese socavón que ocupa una esquina del patio y que huele a fosa; después de volcar su cuerpo en su interior, después de acomodarse en el hueco dejado por la tierra exiliada, Judith permanece inmóvil. Ha invertido las fuerzas que le quedaban en arrastrarse hasta allí, hasta el borde y en voltear el cuerpo. Ahora se enfrenta a una espera que ojalá no se haga interminable. Boca arriba, anhela el aliento final.

Con la palma de las manos reconoce el tacto de la tierra que la acoge. Al mismo tiempo se formula un millón de preguntas, incapaz de responder a ninguna de ellas. Angustiada por la inminencia del fin. Satisfecha por la certeza de que apenas le restan unas horas para finiquitar el calvario de los últimos días. Boca arriba, aguarda la unión de la carne con la tierra.

Respira por inercia, porque el cuerpo lo hace todo por ella. Judith solo tiene que concentrarse en el sonido que genera el aire al atravesar las fosas nasales. Inspirar, expirar. Inspirar, expirar. No es más que un juego, inspirar, expirar, sentir cómo se hincha el pecho bajo la ropa y luego se desinfla. El olor de la tierra, humedecida por las lluvias de los últimos días, le arropa, la protege como si se encontrase dentro de una vaina, sólo que esta es transparente, intangible. Ella es la única que siente su presencia, ella, Judith, la desahuciada que espera cruzar por segunda y última vez la laguna Estigia con la ayuda de Caronte.

La muerte la está buscando por el barrio, abriendo y cerrando puertas en las casas de la calle Julio César, jugando al escondite con su desesperación. Los portazos, que truenan en la hondura de la tarde, aún quedan demasiado lejos de ese patio en que ha decidido poner punto y final a la aventura de su segunda vida, muy lejos de esa casa que no es la de la abuela Luisa. En otra ocasión, en circunstancias menos adversas, izaría al peso sus huesos muertos, recogería la carne cancerosa y saldría a la calle en busca de la casa de su infancia. Pero está demasiado débil como para intentarlo. Será mejor prepararse para morir en tierra ajena, rodeada de unas paredes que no la conocen, de unos objetos que le son extraños.

Me caigo en lo más hondo de mi propio cuerpo. Resbalo piel adentro sin que consiga

evitarlo. Por mucho que los pulmones trabajen por su propia cuenta, por mucho que se obstinen en mantenerme a flote, resbalo piel adentro, incapaz de aferrarme a los huesos. Estiro los brazos imaginarios de mis miedos bien hacia arriba, pero solo aprehendo carne hueca, agujerada por la necrosis y por la labor incipiente de los gusanos.

—Jonás —murmuro tras juntar todas las fuerzas de que dispongo. He escupido el nombre de mi amigo porque me quemaba por dentro.

Me caigo en el interior de Judith. Resbalo piel abajo sin que sea capaz de hacer nada al respecto. A este paso, en poco tiempo, reposaré sobre la muerta viviente que me habita desde hace meses: esa Angélica que murió por culpa de la epidemia. Pero aún soy capaz de pelear unas horas más; tan solo he de aferrarme a las entrañas, los dedos cerrados sobre los intestinos y así resistir hasta el final, aunque solo sea para dar tiempo a la muerte a que me encuentre en esta tumba extranjera.

—Padre —dicen en silencio mis pulmones. La llamada de auxilio ha quedado varada en mitad del pozo de mi desaliento.

Caigo en lo más hondo de mi propio cuerpo. Pataleo en vano para mantenerme a flote sobre mi carne. Desespero, resbalo piel adentro, sin remedio. Abro la boca, adelanto los dientes y me aferro con ellos a la solidez de los latidos del corazón, ese eco de tambores que habita bajo mi pecho.

Siento que la piel se marchita, que se consume sobre sí misma, hasta abrazar con ahínco la reciedumbre de los huesos. Siento que me seco por dentro.

Durante más de treinta años he oscilado entre la vida y la muerte. Durante los últimos tres meses he oscilado entre la resurrección y la Doble Muerte. Ya es hora de rendirse, dice una parte de mí. No hay que rendirse, increpan los restos de Judith que aún quedan vivos en este cementerio hecho de miedos.

—Abuela —gime el cerebro, aunque por un momento me he acordado también de Padre y de aquellas mañanas en que íbamos juntos a volar la cometa.

De pronto me acuerdo de la carta que encontré en el Hospital de la Caridad y de la leyenda que figura en el anverso: Desafío del doctor Hawthorne a los Ícaros. La guardé en el bolsillo de la sudadera de Silent Hill que perteneció a Jonás. Alcanzo la carta con la mano derecha y la abro sobre el abdomen. Arrastro la mirada por encima de esa caligrafía nerviosa. No entiendo nada: Viviré donde ningún ser vivo puede vivir, en el muro de la última farola. Allí os espero el Domingo de Resurrección. Arrugo la carta en una bola y la dejo caer a un costado.

De repente siente que algo se aventura por el desierto de su cuerpo, algo que se ha internado bajo la superficie de las ropas. Es demasiado pequeño para ser una rata o un gato, pero es más grande que una hormiga. Espera que no sea una abeja o una avispa; siempre les ha tenido pánico.

El pequeño explorador hace equilibrios sobre el costurón de carne que le divide el pecho, la vieja herida que da testimonio de la autopsia que le fue practicada cuando resucitó de la primera muerte. Le hace cosquillas. Se rascaría si tuviese la suficiente

fuerza como para levantar el brazo.

Antes de que pueda darse cuenta, Judith siente cómo el invasor trepa a través de la ropa y cómo se encarama al cuello de la camisa. Es una cucaracha, que mueve sus largas antenas. Durante un segundo el bicho parece meditar la posibilidad de ascender hasta el rostro del cadáver que ha encontrado, pero desiste: prefiere seguir su camino, atravesar el patio y regresar a la seguridad de la casa.

Poco después, Judith siente que tras la coraza de los párpados cae la noche, poco a poco, latido a latido, como si el día agonizase también. Ya ha perdido la cuenta de cuántos días han transcurrido desde que enterrase a Jonás. Le parecen meses en lugar de días, y miles de kilómetros los que median entre el jardincillo que se levanta frente al Hospital de la Caridad y la calle Julio César.

Se encoge, las manos entre las piernas como si tuviera frío y necesitase conservar los rescoldos de calor corporal. Con la caída de la noche no es que hayan bajado demasiado las temperaturas, pero a Judith le incomoda el hedor del tuétano de los huesos. En semejante postura, encogida igual que un niño que tiene miedo, se siente protegida, no por mantas o una almohada sobre la cabeza, sino por la arena que le rodea y le acuna con su aliento de fosa común, minifundio a heredar por gusanos y crisantemos, cuando no por malas hierbas.

Antes de que la venza el sueño, Judith recuerda esas noches en que Padre le contaba cuentos a la luz de una linterna. Dado que al regresar a su vida ya no era tan pequeña, cambió *Pulgarcito* y *Caperucita Roja* por los cuentos de *Marcovaldo* o algunas historias que él mismo componía con retazos de las obras de Jules Verne.

Sonreír todavía es un lujo a su alcance, pese a que siente cada vez más fríos los bocados de la muerte: le basta con estirar la boca y dejar que asomen los dientes. Durante las primeras horas de la noche, quien agoniza levanta tabiques con los recuerdos, consciente de que le servirán de contención frente a la Doble Muerte. Recuerdos usados, al fin y al cabo, como sacos terreros. Da igual que el material a usar sea la imagen de Jonás mientras esperaban juntos la hora de abandonar las entrañas de la Ciudad Negra. O la de su padre, tras el regreso de su exilio autoimpuesto. O la de la abuela Luisa preparando, después de la cena, el Cola Cao donde migar tres galletas napolitanas. La cuestión, lo fundamental es que cumplan el cometido. Sin embargo, pese al esfuerzo invertido, la crecida de la muerte le embiste. Judith abre la boca de par en par, traga aire a bocanadas, desesperadamente. Aún no es el momento, aún no. Cercano el instante final, siente miedo y pánico al vacío más absoluto, al silencio sonoro del sueño eterno. Entonces experimenta una necesidad: resistir hasta el alumbramiento del nuevo día.

—Abuela —susurra con el pensamiento.

Durante unos minutos piensa en la cualidad irónica de la vida: en el hecho de que la abuela no claudicase frente al cáncer que consumía su cuerpo, y que haya tenido que sufrir el asalto de los muertos vivientes. A saber qué sufrimientos padeció en el trance final de los mordiscos y del desmembramiento del cuerpo.

Es incapaz de diferenciar los recuerdos de lo que es puramente sueño, esa charada que organiza el cerebro cada vez que desconecta de la realidad. Sueña con sus alumnos del instituto. Sueña con aquella comba con la que gastaba las suelas de los zapatos y las tardes de primavera. Sueña con los primeros amores. Y con quien fuera su marido.

Con Daniel, no. Soñar con él es una crueldad, un castigo gratuito. Sin cerrar a tiempo la habitación 101 de la memoria, evoca el día en que se casó Daniel, quien iba a ser el padre de sus hijos y se convirtió, con el paso de los meses, en el ejecutor de sus peores pesadillas.

El cuerpo se revuelve en mitad de la oscuridad, dentro de la cuna de arena, deseoso de que ella despierte. Tensa las manos, aprieta los dientes. Niega con la cabeza, una y otra vez. Abjura de los besos que le da ese hombre que fuera su marido, del olor de su cuerpo, de la rigidez de su miembro.

—Vete —ladra su desesperación.

Al final se ve en la obligación de despertar. Ahoga un grito en lo más hondo de la garganta, muy lejos de la barricada de los dientes.

—Vete —susurra su miedo.

Al fin se ha deshecho de la desagradable presencia. Lo único que le faltaba era morir con la imagen del rostro de Daniel, con el cinismo de su cariño en público y sus golpes traicioneros y privados.

A cambio de ahuyentar ese fantasma del pasado, el castigo es quedar varada en mitad de la noche, despierta. Sin poder conciliar el sueño. Su cuerpo es una caja de resonancia, como un violín viejo y destartalado que, tras sobrevivir al bombardeo de Dresde, mantuviese sus cualidades sonoras. El pulso de la carótida intenso, rabioso. Los aullidos del estómago, lastimeros. Redobla el corazón, silban los pulmones. Siente que el pelo crepita igual que si ardiese, creciendo segundo a segundo, milímetro a milímetro. Oye el llanto de los huesos y la desesperación de la carne, que se consume como fruta expuesta al sol. Su cuerpo es un instrumento que no la deja dormir.

Aunque respiro, ya casi estoy. Guarda Caronte sin descomponer su pose fantasmal. Le hago un gesto para que no desespere: no me queda mucho.

Aunque respiro, ya casi estoy. Abuela, ayúdame. Señálame el camino. Resbalo, ¿no te das cuenta? Caigo dentro de mí. Por mucho que lo intento, me hundo. La carne no me sostiene, tampoco los huesos.

Aunque respiro, ya casi estoy. Latido a latido, muero. En el espacio que media entre los espasmos del corazón, desespere. Con un poco de suerte, cuando muera por segunda vez, sobre el cementerio de mi carne germinará una semilla traída caprichosamente por los vientos: el proyecto de un árbol. Con un poco de suerte, con el paso de los años, crecerá sobre mis huesos un naranjo y mi tumba, este socavón en el que desespere, se habrá convertido en un jardín en miniatura, un oasis entre un mar de azoteas y un laberinto de patios.

Imagino a una niña, superviviente del desastre, no muy diferente de la Angélica que fui hace veinticinco años. Está sentada a la sombra del naranjo que se ha alimentado con los despojos de mi propio cuerpo. Un peto vaquero lleno de tierra, los cordones de las zapatillas desabrochados. Y la vista enredada en las ramas que hay sobre su cabeza.

Imagino a esa niña, la nieta de los dueños de esta casa que no es la de la abuela Luisa, maravillada con el espectáculo del sol colándose entre las hojas, zigzagueando sobre su pequeño cuerpo. Y cada vez que el viento despeina la copa del árbol, un susurro de hojas y azahar susurra mi verdadero nombre: Angélica.

Imagino a esa niña bautizando a una de sus muñecas con mi viejo nombre. ¡Angélica, vamos a escuchar al naranjo! Sería agradable saber que, con el tiempo, de mis cenizas nacerá algo vivo que convoque ocasionalmente mi recuerdo. Un árbol que, en días de viento, le hable a esa niña acerca de cierta mujer que luchó hasta el final por la miseria de su no—vida.

Aunque respiro, ya casi estoy.

En vida, Angélica fue una mujer de apariencia frágil, escondida bajo el flequillo, los ojos como dos alimañas huidizas. La poquedad de su carácter siempre fue contrarrestada por la apuesta a doble o nada de su cuerpo seductor. En silencio y a escondidas fue deseada por muchos de sus compañeros del claustro de profesores y por no pocos alumnos; pero a todos les detenía esa timidez tras la que se escondía del mundo y del interés de sus congéneres. Muy pocos conocían el verdadero drama que había dinamitado su matrimonio. Y es que Angélica fue un animal asustado bajo la tiranía de un marido que enfermó de celos, un animal demasiado bello para un carcelero tan ruin.

Ahora no es más que una ruina, mitad carne, mitad huesos. Se le acaba el margen. Lucharía durante semanas si tuviese un camino que seguir. Sin embargo, como ya le advirtiera el señor don Gato, no existe cura para la resurrección.

El muro de la noche cae ladrillo a ladrillo. De tal manera que una apocada claridad se asoma por el este de la ciudad. Todavía queda mucho para que rompa el sol y su luz renacida bautice los tejados más altos. Pero hay la suficiente claridad para que, segundo a segundo, se desigualen las sombras y aparezcan los primeros contornos del patio que es testigo de la agonía de Judith. Lástima que se encuentre vencida por la desesperación y ahorre, hasta la usura, las pocas miradas que le quedan.

Una hora después, cuando el cielo y las nubes que lo surcan se han abrigado con la luz del Domingo de Resurrección, sucede algo inesperado; tanto que la moribunda gastará sus penúltimas fuerzas en abrir los ojos, aunque solo sea durante unos minutos.

Siente que algo camina a saltitos sobre la camisa.

El invitado a la ceremonia de su muerte pía, una, dos veces. Lo hace con timidez, como si no se fiara del escombros humano sobre el que descansa de su reciente vuelo. Judith abre los ojos: descubre que es un gorrión panzudo. El pajarillo, tan pronto

como ha sentido el movimiento de los párpados, ha dado dos saltitos hacia atrás. Le ha asustado ese asomo de vida en el despojo ensangrentado. Pensaba que no era más que otro cadáver, igual a los cientos de miles que pueblan Sevilla. Dentro de los autobuses, o bajo las marquesinas de las paradas. A las puertas de las tiendas, o dentro de ellas. Al volante de sus coches, o a unos metros de los mismos. Al pie de una fuente o entre los jardines de los Reales Alcázares. Ha visto de todo, cadáveres de toda clase, condición y postura. Pero ese cuerpo de mujer, a diferencia de los demás, aún parpadea.

Judith llora sin lágrimas, conmovida por la valentía del animal. Si pudiese hablar, le daría las gracias. Después le regalaría una sonrisa. A falta de otra cosa, habrá de conformarse con la mendicidad de la sonrisa. Está feliz. La no-vida le ha obsequiado con esta última visita cuando apenas le quedan un puñado de latidos y la expiración definitiva.

ENTREVISTA A LUISA ALMENDROS

Lunes 7 de octubre de 2013, 19:55 horas. Calle Julio César (Sevilla).

[Es quizá la persona de más edad de cuantas he entrevistado a lo largo de los últimos meses. Las nieves permanentes de su cabellera, recogida en un moño, y las arrugas que se arraciman en torno a los ojos y a la boca, o surcan la frente y los pómulos, hablan con meridiana claridad de más de setenta años. Doña Luisa permanece sentada en una mecedora, aferrada a un bastón con la misma fuerza y determinación que lo haría a un bote salvavidas en caso de naufragio.]

—En principio culpé del griterío nocturno a la necesidad que tiene la juventud de hacerse notar, y al exceso de alcohol. Si puedes molestar al vecindario y echarte unas risas a su costa, ¿para qué vas a regresar a casa en silencio? A falta de algo mejor, bajaba las persianas. Cuando no podía conciliar el sueño, me refugiaba en la lectura. Mejor eso que estar dando vueltas en la cama. Recuerdo que por aquel entonces leía *La ciudad y los perros*, de Vargas Llosa. *[Como novelista, alabo su buen gusto. No es un mero cumplido, sino la constatación de la verdad. Así lo entiende doña Luisa. Sonríe, antes de proseguir.]* Después pensé que eran comerciales de agencias de seguros o de telefonía móvil. La medicación que tomo a diario a veces me altera lo bastante como para no distinguir dónde estoy o qué hora es. Supongo que algo así debió de suceder... porque, que yo sepa, los comerciales nunca han trabajado de noche.

—*Que no la escuchen, doña Luisa, quienes les contratan. O terminarán trabajando a la luz de la luna. [Ella premia la broma con un ademán aprobatorio. Ambos sabemos el grado de tiranía que son capaces de desarrollar algunas empresas y algunos jefecillos por un ascenso.]*

—Incluso así, debí sospechar que era algo más grave. Aún estaban recientes los combates librados en la estación de Santa Justa o en los márgenes del río. La cuestión es que, en un par de días, tuve a varios demonios aporreando la puerta de casa. Debieron de detectar luz en el interior a través de las persianas. Recuerdo que telefoneé a la familia y que nadie me contestó. Fue terrible pensar que todos se habían olvidado de mí, o algo mucho más grave, que habían sido atacados de los muertos. Llamé en repetidas ocasiones a mi nieta Angélica y a hijo Rogelio. Nada. Era desesperante, imagínese.

Llevaba días encerrada en casa. Si nadie venía a auxiliarme, iba a pasarlo muy mal. Escaseaban la comida y las horas de sueño. Una mañana, después de más de una semana de encierro, pensé que había llegado la hora de despedirme de Angélica y de Rogelio, convencida de que moriría de hambre o de sed, o a manos de quienes, día y noche, aporreaban las persianas y la puerta de la casa. No puedo valerme por mí misma: estoy algo impedida, ya ve usted.

[Se señala las piernas, anchas como botas de siete leguas. En ese instante entra en el salón el hijo de Luisa, el citado Rogelio. A sus cuarenta y muchos años, es un remedo del Nota leboskiano: barbudo y desaliñado; solo falta que lllore por su alfombra robada y use las mismas gafas de sol.]

Rogelio deja sobre la mesa, frente a su madre, una bandeja con dos vasos de humeante leche, unos sobres de Nescafé y de Cola Cao, un azucarero y dos pilas de galletas Napolitanas. Luisa desconoce el dato, pero desde pequeño me han gustado las Napolitanas. Sobre todo porque exhuman el recuerdo de mi bisabuelo Antonio.

Antes de empezar la entrevista, Luisa me ha contado que lleva más de cinco años luchando contra un cáncer. Como no ha querido especificar de qué clase, he preferido no preguntar. Luisa Almendros es una mujer excepcional, la abuela que todos quisiéramos tener, una luchadora a brazo partido contra su enfermedad y la justicia de los hambrientos.]

—Espero que le gusten las galletas. *[Le respondo con el lenguaje de los hechos. Vacío un sobre de Cola Cao dentro del vaso de leche humeante, añado dos cucharadas y media de azúcar, remuevo la mezcla y luego migo una de las Napolitanas. Cierro los ojos y celebro su sabor.]* Aún no conozco a nadie a quien no le gusten estas galletas. ¿Sabe usted quién se volvía loca con ellas? *[Niego con la cabeza.]* Mi nieta Angélica.

[Aunque prefiero que repita lo que me contó anteayer por teléfono, cómo escapó de aquella ratonera de la casa gracias a la intervención de la Brigada Paracaidista Almogávares VI, le permito que se desahogue al hablarme de su nieta.]

—Era profesora de Historia del Arte. Trabajaba en un instituto, ¿sabe usted? Tenía una vida maravillosa, si dejamos a un lado aquel gañán con el que se casó. Venía a visitarme todos los fines de semana. La crié yo. Cosas que pasan en todas las familias. Así que más que una nieta es una hija. La echo tanto de menos.

[Continúo con el ritual de las Napolitanas, convencido de que doña Luisa aún no ha acabado del todo.]

—A Rogelio lo recuperé en el campamento de Antequera. *[Apunto brevemente que debió de ocurrir en Menga I. Ella lo confirma.]* Allí fue. Desde entonces no nos hemos separado. Bastante tuve con perderle la pista durante aquella semana que estuve encerrada en casa.

—Doña Luisa, antes de finalizar me gustaría preguntarle si en Menga I o de boca de los soldados que la rescataron, ha oído hablar de los Ícaros.

—Daría mi vida por saber qué ha sido de Angélica. *[Cegada por los recuerdos, desatiende por completo mi pregunta. Como no pretendo ser cruel con ella, dejo que se libere de parte del peso que la aflige.]* Se portaba tan bien conmigo... Y era tan guapa. Tendría que haberla visto. A los hombres les era difícil no enamorarse de ella. Dios la tenga en su gloria. Algo me dice que no sobrevivió a la guerra. De lo contrario, me habría llamado por teléfono.

Ojalá no haya sufrido demasiado y haya sido enterrada como Dios manda. Lo que

daría por saber dónde se encuentra su tumba. No dude de que le llevaría un ramo de flores, aunque tuviera que ir al fin del mundo. Pobre Angélica. *[Se echa a llorar. Se enjuga las lágrimas con un pañuelo que extrae de una de las mangas del jersey.]*
Pobre Angélica.

CAPÍTULO 31. LA SOMBRA Y EL CORREDOR HACIA LA MUERTE

Domingo de Resurrección, 4 de abril de 2010. 03:50 horas.
Faro de Finisterre.

Tras los cristales aúlla el vendaval, que silba a través de los resquicios. Por oleadas, la lluvia se vuelca sobre los cristales. Dentro del faro se está a salvo de la furia desatada por la tormenta y se puede observar el espectáculo como si uno asistiese en el Metropolitan de New York a la representación de *La Walkiria*; solo faltan las hijas de Wotan sobrevolando el peñasco de Finisterre. La luz del faro navega sobre la locura del mar embravecido para avisar a los barcos de la proximidad de tierra. No en vano ese es el muro de la última farola.

Es tal el volumen orquestal de viento y truenos, que a la sombra que se mueve a oscuras en las tripas del faro le resulta imposible oír el llanto metálico de la puerta principal cuando se abre y se cierra.

La sombra no pasea arriba y abajo por la cubierta del Pequod en pos de la aniquilación de la ballena blanca; esa sombra no es Ahab. Pero el capitán del Pequod y ella comparten la fiera de los ojos y las manos cruzadas a la espalda. En realidad una y otra aguardan lo mismo: el momento de enfrentarse a su destino.

El habitante de la última farola sigue guardando el secreto de la reconstrucción de los cadáveres. Nadie más es capaz de despertar a los Durmientes, de coser sus cuerpos, puntada a puntada, hasta que el golem de carne está preparado para embestir con la fuerza de un carro blindado y la ferocidad de diez tigres. Luego solo queda escribir una palabra en un trozo de papel y guardarlo bajo la lengua del Durmiente.

A pesar de tener ese poder, se encuentra solo. El doctor Hawthorne ha ganado y ha perdido, cara y cruz, la Guerra de la Doble Muerte. Es cierto que España ha sido reconquistada por los muertos; también que quedan muy pocos campamentos de supervivientes y que el ejército español no es más que un fantasma desdibujado, pues apenas sobreviven algunas unidades que combaten en beneficio propio. Sin embargo la victoria no ha sido definitiva, aún no. Le consta que la infección ha traspasado la frontera de Portugal, conforme a la idea inicial. Pero desconoce si ha embarcado o no rumbo a Ceuta y Melilla, o si vuela en dirección a Londres o Roma. Que varios muertos vivientes se hayan internado en el país vecino no es suficiente para poner en jaque el orden mundial.

Algo le dice que, tarde o temprano, ese puñado de hambrientos caerá a manos de la policía y el ejército portugués antes de que sean capaces de propagar la epidemia. Es por eso que no puede dejar de rumiar la derrota. En ese caso, el sacrificio de muchos millones de cadáveres habrá sido en vano.

—¿Se puede?

El doctor reconoce la voz del humano: es Jesualdo Bendaña. Y en ella, en el tono empleado, la insignificancia de la serpiente frente a Dios, del gusano frente a un bosque. No hace falta que Hawthorne se dé la vuelta para saber que J.B. no se atreve a traspasar el umbral de la puerta en tanto no obtenga el permiso solicitado. Es innecesario que se gire para saber que J.B. es incapaz de levantar la mirada del suelo, por mucho que la oscuridad de la madrugada le prestase el suficiente valor para alzar los ojos y observar la espalda del Amo; Jes se conformará con ver la sombra de las dos piernas.

—He tenido que matar a mi sobrino —se lamenta el ex militar.

El resplandor de un relámpago ilumina la estancia durante un par de segundos. J.B. aprovecha la circunstancia para levantar la mirada. Distingue así la casaca antigua que viste el otro, las manos a la espalda y las piernas ligeramente separadas, como quien observa, desde la borda de un ballenero, el horizonte plano del mar.

—Espero que no contravenga el pacto —ladra el doctor Hawthorne. La voz es un bramido, igual de imponente que el aullido del viento al otro lado de los cristales.

—Defenderé Finisterre de los humanos, aunque sea con la última gota...

—Hasta que llegue Salvador.

—... con la última gota de mi sangre —proclama J.B. Sin saberlo, Bendaña corre hacia la muerte a la misma velocidad con que las olas se estrellan, en el fondo del acantilado, contra los farallones de piedra—. Los que se acerquen al pueblo acabarán en el Comala.

Después de recordarle que ha de esperar la aparición de Salvador, el mutismo de Hawthorne invita a J.B. a hilvanar unas palabras más, aunque sólo sea para desoír su propio miedo. Desde que le conociera, el habitante de la última farola le ha subyugado con su silencio. No tanto porque Hawthorne sea el segundo muerto viviente que ha conocido con el don del habla y del pensamiento, como porque se le antoja que sus acciones y órdenes se ajustan a un plan que va mucho más allá de la estrechez de un pueblo enclavado en el fin del mundo.

—He tenido que matar a mi sobrino. También a Mamashe. Lo siento. Temí por mi vida. Jarque atacó e infectó a Mamashe. De no haber reaccionado a tiempo, este encuentro no estaría teniendo lugar.

—La única que nos interesa es Úrsula.

Un par de truenos explotan sobre el faro. Tiemblan los cristales, los cimientos, los cuerpos del vivo y del muerto. Ahora mismo la tormenta descansa sobre la vertical del faro. La fiereza del vendaval parece capaz de arrancarlo del peñasco sobre el que se yergue.

—Ella está bien —exclama J.B.—, se lo aseguro. Mi sobrino descubrió su cuerpo, pero sigue intacto.

En la habitación 304 del Comala reposa lo que queda de la muchacha de los ojos verdes. Antes de subir al faro, J.B. se ha empeñado en esconder los cadáveres de

Jarque y de Mamashe en el tercer piso, habitación 301, entre los restos no aprovechados por el doctor Hawthorne para la elaboración del nuevo Durmiente. Allí, justo en esa habitación, han ido siendo ejecutados uno a uno los inquilinos de la 202, desmembrados y clasificadas las piezas en función del plan preestablecido por el habitante del muro de la última farola.

—Ella es la única que importa. Más le vale que no hayan tocado a mi criatura —brama el doctor—. Recuerde que hay que aguardar la llegada del Amo; él encabezará el ejército de los muertos vivientes —.Hawthorne ha invocado la salmodia que su aliado, J.B., ha repetido durante la última semana, la que le enseñó al poco de llegar a Finisterre huyendo de Burgos, cuando el infierno del hostel Comala no era más que una idea en el abismo de su cabeza—. Si no han encontrado mi desafío escrito, él atraerá sobre sí la atención de los Ícaros.

—¿Ícaros?

—Olvídese de ello. Sería demasiado largo de contar.

—¿Sabe cuándo llegará Salvador?

—Imagino que en cuestión de horas, con el amanecer.

A Bendaña le embiste una oleada fría: se le eriza el vello de la nuca y el de los brazos. Nunca había sospechado que estaba tan cerca el final. Pese a la sorpresa, mantiene la compostura a la espera de que el doctor diga algo más.

—No se acerque a Salvador. No confíe en él, por muy humano que parezca su comportamiento. Es un Durmiente, una alimaña. Límitese a dejarle paso libre, que ni él ni quienes le siguen encuentren el más mínimo obstáculo en el pueblo. Cuanto antes suban hasta el faro, mejor que mejor.

J.B. sacude la cabeza en un ademán afirmativo, igual que un recluta ante un oficial. El gesto es poco efectivo en mitad de la noche que anida en las tripas del faro. El viento aúlla si cabe con más fuerza que antes. Sacude los cristales, lanza la lluvia contra ellos.

—Recuerde que Úrsula es la única que nos interesa. Ha de conseguir que su existencia pase desapercibida. Aún tengo una última misión para usted.

—Dígame.

El habitante del faro estira el brazo hacia atrás, sin darse la vuelta. Quiere que J.B. se acerque y recoja lo que le ofrece. El ex militar obedece sin ni siquiera mirarle la mano.

—En la primera cuartilla tiene las instrucciones a seguir para liberar al último Durmiente, nuestra última esperanza. La segunda habrá de colocarla bajo la lengua de Úrsula. No haga nada sin antes leer las instrucciones.

—No le defraudaré.

—Hágalo por ella y estaremos en paz. Bendaña, ¿cree en Dios?

J.B. se acaricia el tatuaje del crucificado antes de decir que sí, que de otra manera no habría soportado todo lo que ha vivido desde que resucitasen los muertos.

—Me alegro por usted.

Jesualdo sabe que es la fe en Él la que le anima a seguir de parte de los rojos, traicionando de alguna manera su ideal. Si Dios ha permitido la resurrección de los muertos, será acorde a un plan preestablecido. No encontraría un lugar más seguro en el que refugiarse.

—Este es el Apocalipsis que vaticinó San Juan —apostilla.

—Hace bien en creer en Él. Así no le costará admitir que cada vez está más cerca del final.

Gracias a los fogonazos de los relámpagos, J.B. y el doctor Hawthorne observan la musculatura de la tormenta, que gira rabiosamente sobre sí misma, igual que el atleta que compite para lanzar un disco: cuanta mayor sea la velocidad de los giros, mayor será la fuerza que imprima al lanzamiento. Cualquiera diría que es la noche del fin del mundo. Y no la del Domingo de Resurrección.

Horas más tarde, J.B. despierta por culpa del tableteo que ha surcado el cielo. Cuando quiere darse cuenta, es demasiado tarde para subir a la azotea del Comala a echar un vistazo. Se estira, se sienta al borde de la cama. Besa el tatuaje del crucificado al recordar la muerte de su sobrino. No tuvo más remedio que ejecutarle antes de que diese al traste con el plan del doctor Hawthorne. Ha de velar por la seguridad del cuerpo de Úrsula, o lo que queda de ella. Quien duerme el sueño de los muertos en la habitación 304 no es exactamente la muchacha de los ojos verdes que él, J.B., tuviese como amante, sino parte de ella. Nada más que la cabeza. El resto del cuerpo fue desechado por el doctor Hawthorne en beneficio del tronco y extremidades de los inquilinos de la habitación 202. El último de los Durmientes precisa del mejor cuerpo.

—Menos mal que vosotros —dice a los pájaros — no sabéis lo que ocurre ahí fuera. Ni conocéis al habitante de la última farola. Mientras me tengáis a mí, no habréis de preocuparos de nada.

Llora sin secarse las lágrimas. Después de las muertes de Jarque y Mamashe, se ha quedado completamente solo. Ahora los dos pájaros son su única compañía. Cuelga la jaula del quicio de la ventana. Le gusta que Jeremías e Isaías tomen el sol siempre que sea posible. De momento, a la espera de la llegada de Salvador y del ejército de muertos, no tiene demasiada prisa. Leerá con calma las instrucciones que le ha entregado el doctor Hawthorne y luego limpiará la jaula de los pájaros.

Ahí tumbado, los papeles sobre el pecho y las lágrimas derramándose desde las esquinas de los ojos, J.B. no puede imaginar lo que sucede en la habitación 103: Carlos descarta que el yanqui sea en realidad mister Brooks y Javi Durán ha reconocido en el superviviente traído desde Castroforte al autor de *Los caminantes*. Para Hawthorne y él, el grupo liderado por Dantas no es otra cosa que un conjunto de peones a sacrificar en beneficio de logros mayores.

Tampoco puede imaginar que un ciclista solitario cruce, en ese mismo instante, Finisterre sorteando a los muertos vivientes. Rodrigo Pérez se dirige hacia el autocar que se ha detenido sobre el arcén a unos cientos de metros del pueblo. Pedalea con

fuerza para dejar atrás a los hambrientos.

Rodrigo se detiene junto a la puerta del conductor. Francesc Maciá baja la ventanilla un par de dedos, lo justo para facilitar la conversación. Se saludan. El ciclista expone el estado en que se encuentra Finisterre y acto seguido se decide a preguntar:

—¿Viene con ustedes Javier Dantas?

—No —niega Maciá mientras se mesa la barba—. Somos Inocencio Guerau, Italia y yo, Francesc Maciá.

—No lo entiendo. Tiene que estar muy cerca —se desata el pañuelo que lleva sobre la cabeza. Lo estruja sobre el asfalto. Se seca el sudor de la frente. Vuelve a estrujarlo y lo anuda sobre la nuca.

Le pides al ciclista que se aparte a un lado. Te adentras en el pueblo embistiendo a cuantos pellejados te salen al paso. No hay rabia en tu acción, solo la necesidad de saber si Finisterre es un lugar seguro.

Sobre tu muñeca veo la pulsera tricolor que te regalé, Francesc. Me alegra que la lleves puesta. No hace falta que te diga nada para que sepas que me agrada. Nos observamos a través del espejo retrovisor.

—Vamos a echar un vistazo.

Al final de la calle Santa Catalina, encuentras una máquina quitanieves que nos bloquea el paso. Mala señal. Si los muertos se dan cuenta y avanzan por la calle, estamos perdidos. Lo sabes mejor que yo. Pero tampoco es frecuente que un vehículo de esas características se encuentre en Finisterre, donde debe nevar raras veces. La misma existencia de la máquina es una señal de advertencia, casi un faro que advirtiese a los pesqueros de la cercanía de la costa.

—¿A dónde vas?

No me haces caso y bajas a la calle. Te encaramas al quitanieves que bloquea la entrada de un edificio. Sobre el dintel de la puerta leo Hostal Comala. Por encima del aullido cada vez más cercano de los muertos, se oye el trino de unos pájaros.

Estiras la mirada y los descubres, encerrados en una jaula. Convencido de que en el interior del edificio quedan supervivientes, o por lo menos quedaban hasta hace muy poco, te decides a entrar. Lo harías de no ser por lo que sucede antes: sobre una de las ventanas del primer piso se escuchan golpes. Y luego voces.

—¡Socorro!

—Hay gente ahí arriba —dices mirándome a los ojos.

—¿Conoces el hostel Comala? —interviene Italia.

—No —responde Rodrigo.

—¿Qué sucede, Italia?

—Tenemos que encontrar ese hostel.

—Ahora vamos.

—¿Han visto el helicóptero? —pregunta el ciclista.

—Sí, sobrevolaba la zona muy bajo. Creo que nos han visto.

—Juraría que pertenece al ejército estadounidense.

A lo lejos se acercan varios de los muertos que han perseguido minutos antes a Rodrigo y su bicicleta. Si no aborta las palabras a tiempo, los tendrá encima antes de que pueda cambiar de marchas. Igual que una lonja, cuya cercanía está defendida por el hedor del agua salada y de las toneladas de pescado, la mañana fermenta a causa de los efluvios que despiden los cuerpos *rotos* de los hambrientos.

—Suba si lo desea —propone Maciá. La puerta del autocar se abre—. Vamos a acercarnos a echar un vistazo al pueblo.

—Hay que buscar el hostel Comala.

J.B. abandona precipitadamente la habitación 304, donde contemplaba el cuerpo puzzle de Úrsula, las costuras a la altura de las articulaciones. Corre escaleras arriba: ha sentido la proximidad del motor de un vehículo. Una vez en la azotea, se asoma con cuidado de no ser visto. No se separa de la pistola de Mamashe.

Por Santa Catalina se acerca un autocar, que atropella a cuantos muertos le salen al paso. El motor bufa cuando se detiene junto al quitanieves que bloquea la entrada del hostel. Desde tan arriba, le es imposible contar el número de supervivientes que viaja en el interior del vehículo. Si contase con la ayuda de Jarque y Mamashe podría hacerles frente, pero sin su sobrino ni el conductor del quitanieves, lo mejor será esconderse en la habitación 304 y proteger a Úrsula hasta el momento de su resurrección, si es necesario con su vida.

Cierra con llave, por dentro. La penumbra que llena la habitación presta a Jes el valor necesario para acercarse al cuerpo cosido por el doctor Hawthorne. Se sienta junto al cadáver, se inclina sobre el rostro y deja un beso sobre los labios muertos.

—Ese vehículo no... —se interrumpe Rodrigo. De pronto lo reconoce: es el mismo que le persiguiese en Santiago de Compostela.

Por su parte Italia también lo reconoce: es el que ha visto en su visión premonitoria. Maciá se acerca a la puerta del autocar y grita haciendo altavoz con las manos:

—¿Hay alguien dentro?

Antes de que pueda decir nada Italia del canto de los pájaros o de los golpes que tendrán lugar sobre una de las ventanas del primer piso, la respuesta llega llovida del cielo. El ventanal cegado por periódicos de la habitación 103 se hace añicos y cae sobre la máquina quitanieves.

CAPÍTULO 32. EL ALIENTO PRÓXIMO DEL FIN

Domingo de Resurrección, 4 de abril de 2010. 10:45 horas.

Hostal Comala, Finisterre.

Rápido, hay que darse prisa. La distancia a salvar entre el ventanal y el techo del autocar no supera el metro de altura, así que no hay de qué preocuparse. Rodrigo e Italia, a través de las ventanillas, y Maciá, de la puerta abierta, alientan a los rehenes para que salten antes de que la calle se infecte de cadáveres andantes. Debido a su estado, Inocencio Guerau es el único que permanece en silencio: bastante tiene con soportar la fiebre, abrir un ojo y distinguir que, de nuevo, es de día.

El primero en saltar sobre el techo es Javi Durán. Repta sobre la superficie metálica, en dirección a la parte trasera, para dejar sitio a sus compañeros. Luego les toca el turno a Carlos y a Kaneda. Tampoco tienen el más mínimo problema. Kaneda se encarga de alargar los brazos hacia arriba y recoger a Aurora, que no se separa de la muñeca Guguna. Le regala un puñado de palabras cariñosas a la niña antes de ordenarle que se tumbe sobre el techo, junto al autor de *Los Caminantes*.

—No tengas miedo —le dice Carlos—. Yo cuidaré de ti.

—Los hombres *rotos* son malos —responde la pequeña al percibir los gritos de una reata de hambrientos que se aproxima al hostal.

La siguiente en saltar es Natividad. Antes de hacerlo, se persigna y deposita un beso en cada una de las zapatillas de colores. Desde arriba le apremian míster Brooks y Dantas.

—Ya voy.

Natividad cae sobre el techo y se vuelve a persignar. Respira hondo. Ese salto ha sido un verdadero reto para ella: tiene algo de vértigo y salvar ese metro escaso le ha puesto al borde del colapso.

Justo en ese momento, antes de tumbarse, el grupo de hambrientos embiste al vehículo por la izquierda, la cabeza por delante igual que si fuese una manada de bueyes enfurecidos. El impacto es tan brutal que Natividad resbala y pierde pie. Kaneda estira el brazo para socorrerla, en vano. Natividad se precipita al suelo dando una voltereta en el aire.

Si alguno de los ocupantes del autocar dispusiese de un arma, bajarían a ayudarla. Pero la muerte de Abuelo Ramírez les hurtó la Beretta. Maciá se siente impotente. Descender con la única ayuda de una llave inglesa sería una verdadera temeridad.

Natividad ha conseguido atenuar la gravedad de la caída anteponiendo el brazo derecho, pero a cambio se lo ha roto. El chasquido del hueso. Ese segundo en que se hace el silencio y el dolor ni siquiera duele. La respiración que queda suspendida. Ese momento dura una décima de segundo hasta que saltan en pedazos todas las terminaciones nerviosas del brazo y el dolor golpea con violencia el cerebro.

El grito desgarró la garganta de Natividad. No ha podido silenciarlo a tiempo pese a que sabe que así atraerá la atención de los muertos. Debe ponerse en pie y correr en

dirección al quitanieves: logrará salvar el pellejo si se encarama a él y se sirve de su cabina para alcanzar el techo del autocar. Sin embargo es incapaz de sobreponerse al martirio del brazo roto.

En ese momento saltan míster Brooks y Javier Dantas. Un segundo después, Francesc Maciá se sienta al volante. A través del espejo retrovisor observa la posición de la mujer herida. Si no hace algo a tiempo, los resucitados acabarán con ella.

—¡Da marcha atrás! —le grita Italia—. ¡Rápido!

El fotógrafo pisa el embrague y mete la marcha atrás. Pisa el acelerador muy poco a poco, consciente de que si maniobra de manera brusca, alguno de los supervivientes puede caer del techo.

El vehículo retrocede. Atrapa el pie de uno de los muertos bajo la rueda trasera izquierda. Gira el volante para acercarse lo más posible a la fachada del edificio. Si consigue interponerse entre la herida y los podridos, Rodrigo o Italia podrán bajar del vehículo y echarle una mano.

—Más rápido. Van a atraparla —apunta el ciclista.

—No puedo o tiraré a los del techo —protesta Maciá.

Los gritos de Natividad se mezclan con el llanto de Aurora y con los alaridos de los resucitados. Italia pega el rostro a la ventana por si ve algo de lo que sucede abajo. Carlos consuela a la niña mientras niega en silencio, con un golpe de cabeza, ante la mirada de Kaneda. Dantas se muerde los labios, impotente: sabe que Natividad caerá en breve. Además, él ahora tiene una misión mucho más importante que huir con el grupo de supervivientes del Comala: ha de reanudar la búsqueda del doctor Hawthorne.

—Natividad —llora la niña bajo los brazos de Carlos.

Todos saben que la mujer de las zapatillas de colores, una verde y otra azul, tiene los minutos contados. El único que no se da por vencido es Maciá. Mete primera, avanza hacia adelante un metro y vuelve a dar marcha atrás para forzar aún más el ángulo de aproximación del autocar. De esta manera, si lo consigue a tiempo, la herida quedará a salvo entre el vehículo y el quitanieves.

El berrido de los hambrientos. Los pasos que se acercan. El intento estéril de Natividad por defenderse a patadas. A traición, un resucitado la asalta por la espalda. El primer bocado escarba la nuca. De inmediato, los gritos de Natividad se hacen ensordecedores. Se estrellan contra las paredes del hostel, arañan los cristales del autocar, acuchillan el cerebro de sus compañeros.

—Vámonos, ya no hay nada que hacer por ella —dice Rodrigo—. Una vez infectada es...

—¡Calla, joder! —grita Italia, que aprieta la palma de las manos contra las orejas. Los gritos de la desgraciada son demasiado estremecedores como para soportarlos. Tararea el *Time after time* de Cindy Lauper mientras observa a Maciá a través del retrovisor.

El fotógrafo sacude la cabeza. El ciclista tiene razón: ya es inútil hacer nada por

ella. Una vez ha sido mordida, sería un peligro que subiese al autocar. Así que frena, mete primera y pisa el acelerador muy poco a poco para alejarse del sacrificio y del estallido de la sangre.

—Si tuerces a la izquierda accederás a la zona del puerto —anuncia Rodrigo.

Por fin ya ha pasado el peligro. Es momento de guardar la pistola. El rugido del motor se ha alejado del hostel lo suficiente como para que J.B. destense los músculos y afloje la mandíbula. Regala un beso al tatuaje del crucificado por la intercesión en su favor.

Observa el cadáver que se encuentra a su lado. Si todas las piezas del puzzle perteneciesen a Úrsula, a Jesualdo le molestaría su desnudez, más que nada por dejar al descubierto la infamia de las costuras. Pero de la muchacha de los ojos verdes solo queda la cabeza. El resto pertenecen a varios inquilinos de la habitación 202.

Aunque lo niega en un principio, a J.B. le molesta la desnudez del cuerpo, sobre todo contemplar los pechos y el pubis de Almudena; ella nunca se entregó cuando era violada por Mamashe, Jarque y por él mismo como si fuese un juego. Así que se levanta y busca algo de ropa en el armario. Dentro de él ha ido colgando las prendas que han arrebatado a los prisioneros de la 202 antes de cada sacrificio.

Elige un pantalón y una blusa. Viste al cuerpo extremando el cuidado. Por la delicadeza que invierte en cada gesto, parece que J.B. no deseara incomodar ni despertar a Úrsula. Ya habrá ocasión de ver de nuevo sus ojos verdes después de que haga exactamente lo que dictan las instrucciones que le entregó el doctor. *Cuando le haya introducido el papel bajo la lengua, aléjese de Úrsula, más le vale. Escóndase: ya no será la mujer que conoció.* Así reza la última instrucción de Hawthorne.

J.B. no puede reprimir una mueca de disgusto. Esas manos, la dureza de los nudillos, los cordeles verdes de las venas y el vello que puebla los brazos. No entiende el grado de crueldad demostrado por el constructor de cadáveres: emplear los brazos de un hombre para componer el puzzle de la nueva Úrsula no es sino un agravio para la memoria de la que fuese amante de Jesualdo.

En una esquina del puerto de Finisterre, el autocar hace una pausa, el motor al ralentí. Los rehenes del hostel Comala descienden del techo. Para facilitar la operación, Maciá ha acercado el vehículo a una pirámide formada por una media docena de contenedores de distintos tamaños; así podrán valerse de ellos a modo de escalera.

El primero es Javier Dantas. No salta al suelo; queda a medio camino sobre uno de los contenedores. De esta manera ayuda a Carlos, que lleva en brazos a Aurora y a Guguna.

—Por aquí —indica Dantas al escritor.

—¡Dantas! —grita Rodrigo al Ícaro desde el interior del autocar. Es él: Javier Dantas. Por fin lo ha encontrado—. ¡Javier!

La urgencia del momento y el aliento próximo del mar, al otro del puerto, anulan el intento del ciclista por llamar la atención del ex inspector de Umbría.

Los siguientes en bajar son Javi Durán y Kaneda Carrasco. Ambos cuentan con la

ayuda de Dantas. Tan pronto han llegado abajo, el ex inspector estima cumplido su cometido y se desentiende de quien aún permanece sobre el techo, que no es otro que míster Brooks. Es su manera de pagarle la delación de la bengala.

El yanqui no es consciente del peligro que corre. Aunque es espoleado por quienes están a buen resguardo en el interior del vehículo, míster Brooks no demuestra demasiada prisa. Se toma su tiempo para saltar de contenedor en contenedor. Maciá le urge pisando a fondo el acelerador. Debería darse por avisado por el rugido del motor.

Quien se dice autor de *Guerra Mundial Z*, y que para Carlos Sisí no es más que un alucinado que se cree su propia mentira, sonrío a quienes le apremian. Está dispuesto a pagar caro la afrenta de Dantas de dejarlo solo. Apretaría el paso si supiese que el ex inspector dentro del autocar, lejos de molestarse, no deja de hacer chistes a su costa. Apuraría el descenso si conociese lo que se esconde tras el vehículo, y que ha despertado por culpa del ronquido del motor. Pero el supuesto escritor se regodea en cada paso.

—¡Vamos! —grita Maciá desde la ventanilla del conductor.

Del lavamanos, Jesualdo ha cogido la cuchilla de afeitar y la espuma. Se arrodilla junto al cadáver. Alcanza uno de los brazos, retira la manga hasta la altura del codo. Unta la espuma sobre la piel y se afana con la cuchilla, primero en la dirección del vello, y luego en la contraria. Sonríe al comprobar que es capaz de dejar el brazo completamente limpio, igual de terso que la piel de una muchacha de veinte años.

Mientras J.B. maneja la cuchilla de afeitar, no demasiado lejos del Comala se presiente la desgracia. Un hambriento se incorpora y avanza junto al lateral izquierdo del autocar. Quien da la voz de alarma es Rodrigo, que se ha sentado junto a Javier Dantas para intercambiar novedades con su compañero.

—Un pellejudo, Maciá.

—¡Dese prisa! —grita el conductor a míster Brooks—. Tenemos visita.

El americano se desentiende de la advertencia. Aún no ha descubierto la presencia del muerto viviente por culpa del autocar que se interpone entre ellos.

—Ha despertado un hambriento —interviene Durán en inglés, asomando a duras penas la cabeza por la estrechez de la ventanilla que frente a sí—. Corra, míster Brooks.

Antes de que el delator tropiece con la desgracia, a J.B. le asalta otra idea tras finalizar el afeitado. Rebusca en el armario, entre las pertenencias de los distintos rehenes sacrificados. Encuentra lo que buscaba y regresa junto al cuerpo puzzle. A poco que se deje engañar, podrá ver en ese extraño conjunto la imagen recuperada de Úrsula.

El hambriento alcanza a míster Brooks antes de que este consiga ponerse a salvo. El último pensamiento del yanqui, mientras la muerte le excava una tumba sin lápida en el cuello, entre el dolor extremo de los mordiscos y la relajación indigna de los esfínteres, el último pensamiento acaricia una lata de Dr Pepper. No una cualquiera,

sino la que él mismo enterró para recuperarla cuando todo acabase. Al mismo tiempo que se desangra, piensa en el sabor de su refresco favorito. Con esmalte rosa, J.B. pinta las uñas de los dedos masculinos. A la desesperada, Javi Durán y Kaneda Carrasco descienden del autocar para ayudar al chivato.

Los esfuerzos por separar al podrido de la presa dan resultado. Empujan al caminante hasta hacerlo caer al mar. Se sacuden las manos en un gesto de displicente satisfacción. Míster Brooks se derrumba y fallece con la mirada prendida del cielo y el sabor de una Dr Pepper en la cabeza. Aunque Durán y Kaneda se apresuran a subir al autocar, el yanqui resucita y se incorpora de un salto. En vida no había gozado de semejante habilidad. Atrapa a Durán por la ropa y tira de él hacia atrás. Al no disponer de la linterna con que pasaportó a Paula Pe Punto, Javi se siente desarmado. Patea al muerto sin demasiada fortuna. Kaneda golpea el rostro de Brooks. Este agarra del pelo a Durán y forcejea con él hasta que consigue morderle una oreja. A diferencia de lo que hizo Tyson con Holyfield, el resucitado no la escupe, sino que la mastica con fruición.

Kaneda desiste. Será mejor alcanzar cuanto antes el autocar. Aprieta el paso. La mala suerte quiere que, al pisar un desnivel del terreno, se tuerza el tobillo y caiga al suelo. Aterrizada de cabeza, se deja la nariz entre los guijarros y se parte el pómulo derecho. Ni que hubiese tenido un accidente de moto en Neo Tokio y hubiese salido volando.

Desde el interior del autocar, quien ha sido su compañero de escondite en Castroforte del Baralla le anima a que se ponga en pie:

—Hazlo por mí —dice Carlos.

A Kaneda no le queda más margen. Ese mar gris que se arrodilla a su lado sueña con su muerte. Javier Dantas trata de bajar del autocar para socorrer al malherido. Sin embargo desiste antes de intentarlo. Míster Brooks y Javi Durán están demasiado cerca; ambos hablan el mismo lenguaje: el de la rabia y el hambre sin medida.

—Los hombres *rotos* —murmura Aurora. La niña abraza a Guguna como si la vida le fuese en ello.

Maciá reacciona, mete primera y embiste al yanqui, que cae al suelo. Da marcha atrás un metro, gira el volante. Míster Brooks aúlla bajo el peso del neumático hasta el último momento, hasta que le estallan las ideas y el recuerdo renacido de la lata de Dr Pepper.

Lo que no puede evitar el fotógrafo es que Durán alcance a Kaneda antes de que este pueda esquivar la muerte arrastrándose hasta el límite del espigón y lanzándose al mar.

(De *Reflexiones en torno a los Gusanos*, anónimo ciboleño: XIX, 22-28)

El egoísmo abocará a los supervivientes al abismo. Cuando despierten de su ceguera, estarán tan cerca del borde que se empujarán unos a otros. A los enviados del Dios Seth les bastará con cercarlos, con cortarles la escapatoria. Los supervivientes harán el resto del trabajo: ama al prójimo como a tu enemigo.

Quienes aún viven bajo la infausta luz del Dios de los cristianos jamás renegarán de su individualidad para formar, a millares, un Gusano. Esta capacidad es exclusiva de los que han muerto y resucitado a tiempo.

A lo lejos, sobre el estallido verdoso de la vegetación que rodea Finisterre, se extiende y crece un tumor; una sombra que se arrastra a paso de caminante, que atraviesa caminos, prados y verjas sin que nada le detenga.

Por descontado, desde el interior del pueblo es imposible distinguir el tumor, la formación del más numeroso Gusano que haya atravesado Galicia. Acaso les bastaría a Maciá o a Italia, para intuir la inminencia del fin, con levantar la mirada y comprobar cómo las bandadas de gaviotas se concentran a las afueras del pueblo, igual que cuando escoltan a los barcos pesqueros. Carroñeras como hienas, las gaviotas no alzan el vuelo y no se concentran en ese número por simple capricho: obedecen al instinto.

Sin embargo ninguno de los supervivientes tiene la serenidad suficiente como para reparar en semejante detalle. Bastante tienen con abandonar el puerto sin que haya más bajas que las ya cobradas: tres en apenas unos minutos es más que suficiente. Sin embargo aún les aguarda algo mucho peor a las afueras del pueblo: la proximidad de varios millares de hombres *rotos*.

CAPÍTULO 33. VARIOS MILLARES DE HOMBRES ROTOS

Domingo de Resurrección, 4 de abril de 2010. 11:30 horas.
Puerto de Finisterre.

Antes de que el autocar pueda dejar atrás la zona portuaria y la calle Federico Ávila para así pasar de largo del hostel Comala, el tumor que se arrastra a paso de caminante entra y anega el pueblo. Son miles los hambrientos que siguen los pasos de una sombra que posee la mirada de una hiena y costuras en cuello, hombros, muñecas, ingles y tobillos. Basta que Salvador se vuelva, que encare a su hueste de muertos y haga un ademán con el brazo, para que los muertos sigan camino.

—Da marcha atrás —ordena Dantas cuando se percata de la proximidad de los podridos.

El autocar regresa a la bocana del puerto. Con la parte trasera embiste a las sombras tambaleantes de Durán y Kaneda. Producto del impacto, quien se enfrentase a Paula Pe Punto en un ascensor y el superviviente de Castroforte de Baralla son lanzados al agua.

Tanto Jesualdo Bendaña en el hostel Comala como los ocupantes del autocar perciben el temblor del suelo. Corre de calle en calle, cimbreando los cristales de las ventanas, los cubiertos y platos que quedaron huérfanos al inicio de la guerra. Ese seísmo, que avanza por el corazón de Finisterre, antecede a la marcha de varios millares de hombres *rotos*. Ropas y manos llenas de barro y de sangre besan cada pared. Extrañamente, desprecian los tiradores de las puertas y el interior de las casas. Los podridos caminan sin descanso, siguiendo a los que les preceden, y estos a su vez a quienes marchan delante.

Sin previo aviso anochece sobre Finisterre, en plena mañana de domingo de Resurrección. La causa es la nube de gaviotas que sobrevuela el tumor de la muerte. Son tantas y tan obstinadas en su persecución, que la luz mengua y las sombras de los edificios se emborronan.

—Tengo miedo —dice la niña.

Carlos se apresura a consolarla. Esconde la cabeza de Aurora en su pecho. Acaricia el pelo de la niña con una lágrima en los ojos, un gesto muy similar al que J.B. le dedica a Úrsula. Mientras el ex militar rememora el último encuentro sexual que tuvo con la muchacha de los ojos verdes, Carlos recuerda la cotidianidad de la vida que la resurrección de los muertos le ha robado. Antes de que sea demasiado tarde y acabe secundando a la niña en su llanto, achicado por el miedo, el autor de *Los caminantes* invoca esa canción de Michael Jackson que tanto le gusta: *Man in the mirror*. El recuerdo de su familia, de la que no sabe nada desde el inicio de la guerra,

es una herida demasiado profunda.

—Apaga el motor —es la voz de Dantas y Francesc Maciá obedece—. Agachaos y rezad.

Ahora solo les queda eso: esconderse y esperar que la muerte pase de largo sin asomarse al puerto. El silencio nervioso del interior del vehículo queda empequeñecido por la robustez del diálogo del viento y del mar, por el griterío de las gaviotas, por el rumor de millares de pasos y por el salmo depravado de otros tantos estómagos. La presencia de ese *gusano* de miles de muertos vivientes ha dejado a los supervivientes sin otra opción que la de esperar acontecimientos. Inocencio Guerau se encoge bajo los asientos, inmune al miedo por culpa de la fiebre que le consume. El ex camionero suda copiosamente y murmura en un hilo de voz: *Bressol*. Carlos y Aurora se miran en silencio; Guguna queda entre ambos. Maciá detecta la cercanía de Italia. Cruzan una sonrisa sin decir una sola palabra: él se conforma con enseñarle que aún lleva la pulsera tricolor que ella le regalase. Italia le guiña un ojo. En mitad del pasillo, Dantas y Rodrigo se hablan al oído. En voz muy baja, apenas un susurro, entre la certeza de la muerte de varios Ícaros y el interrogante de la suerte corrida por otros, la historia del ciclista y la del ex inspector confluyen en dos palabras: el faro y Hawthorne.

Nadie conoce el verdadero origen de ese desafío, de la cita que los Ícaros y Hawthorne tienen en el Fin del Mundo, esa necesidad de zanjar sus diferencias en el muro de la última farola. Antes de guarecerse en el faro de Finisterre, el doctor Hawthorne ha ido olvidando, a propósito, hasta cinco cartas señaladas con la misma leyenda: *Desafío del doctor Hawthorne a los Ícaros*. Cinco en cinco lugares distintos: las cuevas de Mariamoco bajo la Ciudad Negra, el Hospital de la Caridad de Sevilla, la tumba de Felipe II en el panteón de El Escorial, el camarín del Apóstol en Santiago de Compostela y la capilla de San Andrés de Teixido. Si bien dos de ellas no han sido localizadas, las otras tres han corrido una suerte bien distinta.

La carta *olvidada* en el Hospital de la Caridad fue encontrada por Judith, poco después de la muerte de Jonás, moribunda. Ella ha sido incapaz de descifrar el mensaje que encierra y que es común al resto. Ahora yace junto a su mano derecha. A muchos kilómetros de allí, Juan Vaquero, uno de los cuatro Ícaros españoles, encontró la cita que el reconstructor de cadáveres había dejado sobre la tumba de Felipe II. Tras semejante descubrimiento, viajó hasta Umbría donde se la entregó a Javier Dantas. Antes de la muerte de las líneas telefónicas, el ex inspector telefoneó a Rodrigo Pérez para leerle el mensaje incluido en la carta. Se citaron al atardecer del Viernes Santo en Finisterre. Javier Dantas alcanzó el fin del mundo antes de Rodrigo: allí conoció el hostel Comala y la habitación 103 gracias a la *hospitalidad* de Jesualdo Bendaña. Que el ciclista solitario, de casualidad, encontrase la tercera carta de Hawthorne en Santiago de Compostela, en el camarín del Apóstol, no es más que una anécdota. Como también lo es que, al poco de abandonar la Catedral, fuese perseguido por el quitanieves que manejaba el ahora difunto Mamashe Correa.

Rodrigo se descalza y extrae la carta del interior de la zapatilla deportiva.

—Es la misma —confirma Dantas. Él perdió la suya cuando fue apresado por J.B.

Juan Vaquero y Natalia Mesa, los otros dos Ícaros, han muerto antes de alcanzar Finisterre; ahora deambulan perdidos entre el hambre más tenaz y ese atajo de recuerdos que irán recuperando minuto a minuto. Quién sabe si caminan entre esa horda de cuerpos que atraviesan Finisterre sin detenerse. Como Rodrigo Pérez y Javier Dantas desconocen el hecho de que Vaquero y Mesa caminan con los resucitados, también ignoran que son los únicos que quedan para cumplir la misión. Como ya hiciera en la Ciudad Negra, Salvador encabeza y dirige a varios millares de hambrientos que marchan tras sus talones. El plan no es tomar Finisterre, ni siquiera hacerse fuertes en él, pues carece de interés táctico. El objetivo es continuar camino y afrontar la ascensión del peñasco que se yergue tras el pueblo. En realidad, Salvador no hace otra cosa que acudir a la llamada de su creador, aquel que cosiese sus miembros y le prestase un hálito de vida con sabor a papel.

Poco a poco, paso a paso, la muerte deja atrás las últimas casas y la iglesia de Nosa Señora das Areas. Y con ella se aleja el temblor de la tierra y el griterío de las gaviotas. Testigo del paso del ejército de muertos vivientes han quedado las manchas sanguinolentas que decoran, a media altura, las fachadas de los edificios, y esos pedazos de carne obscena en su podredumbre, que se disputan gatos, perros, ratas y alguna gaviota temeraria.

En cuanto siente que el peligro se ha alejado lo suficiente, Francesc Maciá besa a Italia en la mejilla y se sienta frente al volante. Gira la llave de contacto, el motor despierta. Mete primera y abandona el puerto. Calle a calle, conforme va dejando atrás las más estrechas, el vehículo va ganando en velocidad. Antes de resultar atropellados, los carroñeros que se disputan los pedazos de carne muerta se retiran.

—Ya nos vamos —consuela Carlos a la niña. Aurora sonrío y abraza con fuerza a Guguna.

En el hostel Comala, J.B. se dispone a cumplir la misión encomendada por el habitante de la última farola. Repasa por enésima vez las instrucciones. Suda copiosamente, los latidos precipitados del corazón no hacen más que confirmar el miedo que experimenta ante la próxima resurrección de Úrsula. Es consciente de que, una vez haya colocado el trozo de papel bajo la lengua de la muchacha, apenas dispondrá de unos segundos para ponerse a salvo. Ese temblor que estremece sus manos nada tiene que ver con la marcha de los muertos vivientes, sino con su propio miedo.

Salvador aprovecha el serpenteo de la carretera que asciende hasta el faro para observar, con una mueca de orgullo, el tumor que marcha tras él. Cuantifica el número de guerreros con que se presentará ante el doctor Hawthorne. Este, por su parte, ya presiente la cercanía de la hueste de resucitados en el temblor de los cristales y en la nube rabiosa de gaviotas que asciende por la ladera.

Al pasar entre ellos, Italia interrumpe la conversación que, en un hilo de voz,

mantienen Rodrigo y Dantas. La muchacha ayuda a Inocencio a tumbarse sobre los últimos cinco asientos.

—¿Qué le sucede? —la pregunta es de Dantas.

—Tiene fiebre. Resultó herido hace días —explica Italia.

—Es una locura que viajéis con él —interviene Rodrigo, señalando al convaleciente—. Si fallece dentro del autocar, vais a tener un problema.

Italia se cruza de brazos ante la profecía del ciclista. Ella es consciente del peligro, no hace falta nadie que se lo recuerde. En mitad del silencio que se abre a continuación, se escucha la voz de Aurora que habla con el escritor:

—¿Ahora Natividad es ahora una mujer *rota*?

La hueste culmina la ascensión. A pesar de la distancia existente aún entre ambos, Salvador y Hawthorne se reconocen. Bendaña besa por última vez a Úrsula en la boca mientras una lágrima se despeña por la mejilla y bautiza la de la muerta. En ese instante, el autocar dobla la última esquina y se dispone a abandonar definitivamente Finisterre.

—Nosotros nos bajamos aquí —anuncia Rodrigo. El ciclista avanza a través del pasillo empujando su *Giant Composite 29er* mientras Maciá disminuye de velocidad—. Dantas y yo nos quedamos aquí.

El vehículo se detiene junto al arcén. Italia informa a Ino de lo que sucede. Aurora pregunta a Carlos si ellos también van a bajarse. Maciá se vuelve sobre el sillón.

—No hace falta que os marchéis —dice—. Siempre he sido de la opinión de que viajar con Guerau es una temeridad. Nos desharemos de él.

—Nuestra decisión nada tiene que ver con ello —aclara Dantas—. Rodrigo y yo tenemos todavía algo que hacer en Finisterre. Sería demasiado largo de contar. Así que nos bajamos aquí —Maciá estrecha la mano al ciclista y luego al ex inspector.

—Que tengáis suerte —dice el fotógrafo, la mano enterrada en un bolsillo, cerrada sobre la torre de ajedrez.

—Lo que hagáis con él —dice el de Umbría al descender al asfalto— es asunto vuestro. Pero yo me desharía de él.

Jesualdo introduce el trozo de papel debajo de la lengua. Después, sin perder un solo segundo, abandona la habitación 304 y se esconde al fondo del pasillo, tres puertas más allá, en la 301.

—Llevad cuidado con los muertos —se despide Maciá antes de pulsar el botón que cierra la puerta del autocar.

Rodrigo y Dantas se alejan caminando, el primero empujando la bicicleta y el segundo pateando cuantas piedras encuentra a su paso. Se muestran lo suficientemente serenos como para afrontar el desafío lanzado por el doctor Hawthorne: solo han de encontrar una furgoneta donde trasladar la bicicleta, atravesar de nuevo Finisterre y subir hasta el faro del fin del mundo. Aunque son conscientes de que entre el doctor y ellos se interpone una horda de varios millares de muertos,

deciden seguir adelante. Al menos de momento.

J.B. siente que el grito que profiere Úrsula nada más *despertar* le parte en dos, sobre todo porque, una vez resucitada, no puede correr a su encuentro y abrazarla. Contiene la respiración cuando la Durmiente se aproxima a través del pasillo y olfatea la puerta tras la que se esconde. Reza en silencio y besa el crucificado del tatuaje.

Media hora después el autocar se encuentra con lo imposible. En un primer momento, el fotógrafo recuerda que a las afueras de Zaragoza huyeron del ejército. Gracias a sus prismáticos, Antonio Malavé fue testigo de alguna atrocidad que no quiso contar al resto de supervivientes del Vermell. Lo único cierto es que el sevillano aconsejó la huida antes que acercarse a pedir ayuda a los soldados.

En esta ocasión, a diferencia de aquella, no hay oportunidad de escapar. Se han tropezado con los camiones repletos de soldados a la salida de Cee, al girar una curva.

Jesualdo siente la rabia al otro lado de la puerta, acechante. Ni siquiera posee la lucidez suficiente como para convocar en el auditorio de la cabeza esa canción de Basilio que tanto le gusta. Si lo lograra, al menos, neutralizaría parte del miedo que le zarandea. En ese trance únicamente es capaz de recordar los ojos verdes de Úrsula y el olor de su pelo.

Antes de que la situación empeore, Maciá detiene la marcha y aparta las manos del volante. Será mejor mostrarse colaborador, de momento; nada de heroicidades. A través del espejo retrovisor registra la mirada de Italia, que se encoge de hombros por respuesta. Ella tampoco tiene muy claro qué hacer.

La Durmiente desdén la presa que se esconde tras la puerta de la habitación 301 sin explicación aparente, porque su misión es perpetuar la especie de los resucitados. Niega con la cabeza. Da media vuelta, desciende las escaleras y abandona el hostel sin detenerse a mirar atrás, en el mismo segundo en que el fotógrafo murmura, con un asomo de resignación en la voz:

—Después de todo lo que hemos padecido...

—*Out!* —grita el primer soldado que desciende de la cabina del camión que encabeza la marcha.

Italia ruega silencio a Carlos y a Aurora. Antes de que se le disloque el corazón, la muchacha descubre la bandera norteamericana que adorna el uniforme del militar que encañona con un fusil a Francesc Maciá.

A esa hora, a casi mil kilómetros de distancia de Finisterre, un gorrión dialoga en silencio con Judith, deseosa de alcanzar la Doble Muerte. El animal parece que ha entendido el silencio de la moribunda. Se encorva y recoge una ramita que ha depositado con anterioridad sobre la camisa. Por un instante, la mirada de la moribunda centellea. La esquirla de una lágrima araña el borde del ojo. Aunque es incapaz de juntar las fuerzas necesarias para llorar como a ella le gustaría, de que es incapaz de juntar una sola lágrima, Judith llora por dentro.

El pájaro se dispone a reanudar el vuelo, o eso parece. Quien agoniza celebra cada segundo que transcurre sin que el gorrión se decida a abandonarla. El ave no se desprende de la ramita: mira alternativamente al escombros humano y al cielo.

Un cielo no muy diferente al que acompaña al ejército de los muertos vivientes hasta el pie del faro de Finisterre. De pronto, a lo lejos, nace el tableteo de un helicóptero. Es el mismo aparato que ya sobrevolase la zona hace unas horas y que regresa al lugar con órdenes nuevas. Traza varios círculos alrededor del peñasco y del pueblo. Después de cuantificar el número aproximado de muertos que se arraciman en lo alto del monte, el piloto trasmite la información a los camiones que se han detenido a la salida de Cee para recoger a cinco supervivientes.

—Salgan con las manos en alto —dice en español un sargento. El acento tejanero es innegable.

Los ocupantes del autocar obedecen. Maciá es el primero en salir. Úrsula mira por última vez el hostel Comala, deteniendo los ojos verdes en las ventanas del tercer piso. Salvador se encarama a un coche abandonado mientras una furgoneta asciende la carretera que conduce hasta el faro apurando las curvas. En su interior van Rodrigo y Dantas. Carlos precede a Aurora, que no se separa de Guguna. A la vista del tumor que ennegrece el paisaje, el doctor Hawthorne no deja de pensar en J.B. y en la posibilidad de que no haya cumplido la misión que le encomendó. Italia permanece unos segundos en la puerta del autocar, las manos bien arriba:

—Tenemos un hombre herido— dice señalando con un ademán de la cabeza la parte trasera del autocar.

El doctor Hawthorne puede respirar tranquilo: Úrsula ha sido *despertada* por Jesualdo y, ahora mismo, se esconde en el puerto. Después de adelantar el fusil, el sargento con acento tejanero sube al vehículo. Dantas detiene la furgoneta antes de la última curva; por nada del mundo desea que los hambrientos reparen en ellos. Será más prudente y silencioso aproximarse a pie.

—Con todos esos pellejudos, no podremos acercarnos lo suficiente al doctor —se lamenta Rodrigo mientras cierra la furgoneta sin hacer el más mínimo ruido. Dantas escupe al suelo.

Un solo camión y una docena de soldados quedan al cargo del autocar de los supervivientes de Finisterre. El resto del convoy, una cincuentena de camiones, quince jeeps y seis tanques, prosigue camino hasta el fin del mundo. Cumplen órdenes del coronel Sullivan, jefe de las operaciones de limpieza que el ejército norteamericano lleva a cabo en suelo español: han de tomar Finisterre y bloquear la huida de la horda de muertos que ha sido avistada por el helicóptero.

Ajena a lo que sucede en la Costa da Morte, Judith siente que el pajarillo anda a saltitos por el cementerio de su pecho.

—Amigo gorrión —a falta de palabras, se empeña en hablarle con el pensamiento, ebria de sensaciones y de hueca esperanza. Desvaría y sin embargo no es consciente de ello. El cerebro se ha propuesto anestesiarse con las ideas más

peregrinas—. No desesperes. Cuando el tiempo se haga un árbol, daré cobijo a tus descendientes.

El gorrión la observa. Ella siente su mirada frágil sobre la podredumbre de sus ojos de alimaña. A su manera, el animalillo se está despidiendo. El que sí se puede ir despidiendo es Ino Guerau: a menos de un metro, el sargento yanqui le apunta con la ametralladora. O habla y muestra cierto grado de compromiso con su propia vida, o puede darse por muerto. Mientras Maciá, Italia, Carlos y Aurora son invitados a subir a la parte trasera del camión, el ejército norteamericano entra en Finisterre, Dantas y Rodrigo se arrastran sobre la barriga de la ladera y el doctor Hawthorne presiente que ha llegado el final de todo. Poco importa que Salvador arengue a varias decenas de millares de hombres *rotos* o que respondan elevando un grito ensordecedor al cielo.

Al sentir las voces de los camiones y los bufidos de los soldados, Jesualdo Bendaña se encomienda al crucificado de su tatuaje antes de salir del hostel Comala. Poco le queda por hacer, salvo salvar indignamente el pellejo. Se encarama al quitanieves que bloquea la entrada del hostel. Levanta las manos. El camión que atraviesa Santa Catalina se detiene: de la parte trasera salta una docena de soldados. El miedo y la proximidad del peligro impiden escuchar a los presentes cómo se aleja el tableteo del helicóptero en la misma dirección en que, un minuto después, nace el rugido de dos truenos que surcan el cielo.

—¡Salte al suelo y tumbese con las manos en la nuca! —grita en inglés un soldado.

Jesualdo no entiende nada de inglés, le basta con el idioma de las armas. El gorrión pía por dos veces. La nube feroz de gaviotas carroñeras son las primeras en alejarse del faro. Presagian el final. También lo hacen Rodrigo y Dantas. Los dos Ícaros han percibido, por encima del chillido de los muertos, la aproximación de los dos truenos por el este.

Antes de que se corrompa la despedida silenciosa de Judith, el gorrión levanta el vuelo. Es justo en ese instante en que, como un globo que se le escapa a un niño, Judith entorna los ojos. A J.B., en cambio, apenas le da tiempo a encogerse de hombros. Debería entender la reacción de los soldados antes de culparles por lo que van a hacer, pero es que aún viste las mismas ropas de anoche, y la sangre que las mancilla no hace sino darles la razón a los que aprestan los dedos sobre el gatillo.

Rodrigo y Dantas han montado en la furgoneta; descienden a toda velocidad camino del pueblo, apurando las curvas. Son conscientes de que tampoco les queda demasiado tiempo. El corazón de Judith se contrae por última vez antes de detenerse. Salvador levanta los ojos al cielo en busca de esos dos puntos negros que se acercan impulsados por motores a reacción. Son dos cazas *Lockheed Martin F-22 Raptor*. El doctor Hawthorne se despide antes de pensar por última vez en Úrsula, que permanece acurrucada en las tripas de un barco pesquero.

Los dos *F-22 Raptor* atraviesan el cielo de Finisterre, quebrándolo con el alboroto ensordecedor de sus motores. J.B. no escucha los disparos que acaban con su vida por

culpa de la explosión que revienta la mañana del domingo de Resurrección. La agonía de la sangre es dulce, casi placentera. Judith exhala el último aliento, que besa tiernamente los labios.

La violencia y la rabia quedan para Salvador y el doctor Hawthorne, que sienten cómo sus cuerpos se volatilizan por culpa del estallido de calor. Miles de cuerpos muertos salen volando por los aires al mismo tiempo que el faro de Finisterre resulta herido de muerte. Los cimientos ceden y la edificación se arrodilla contra el suelo.

Segundos después, la onda expansiva alcanza a la furgoneta que conduce Dantas. El cuerpo de Rodrigo es volteado al tiempo que el vehículo se descontrola y da dos vueltas de campana. La mañana huele a humo y a cuerpos muertos. J.B. no puede sostenerse sobre sus piernas muertas, ni tampoco mantener en pie los árboles huraños de su mirada ni contener la tierra enferma como Golgotha. Cae desde lo alto del quitanieves.

A salvo en el interior del camión yanqui, Italia y Maciá se regalan un beso en los labios. Carlos abraza a Guguna y a Aurora. En ese mismo instante, en la calle Santa Catalina, un cabo certifica la muerte del hambriento que les ha salido al paso desde el hostel Comala. El americano no puede quitar los ojos del crucificado que adorna uno de sus bíceps. Dantas se arrastra sobre la barriga ladera abajo; por su parte, Rodrigo aún tiene la sangre fría de abrir las puertas traseras de la furgoneta y sacar su *Giant Composite 29er*. Como quien se arrebujaba bajo las mantas en una noche de temporal, Judith se pone cómoda, destensa los huesos, acalla los miedos, apaga los recuerdos y se entrega a la Doble Muerte.

EPÍLOGO. GAME OVER

Sevilla despierta. Amanece el martes ocho de octubre de 2013. Hace más de tres años y medio del inicio de la Guerra de la Doble Muerte. Ha llovido tanto desde entonces que no es extraño que la vida se haya abierto paso de nuevo sobre la devastación. En algunas capitales y pueblos de Andalucía se ha recuperado cierta *normalidad*. Puede parecer que nada de aquello sucedió, si no fuese porque todavía quedan vestigios de la lucha librada contra los muertos vivientes: edificios destripados por los bombardeos, pirámides improvisadas de coches calcinados en los polígonos industriales, y huellas de disparos en las fachadas de las casas, en esas calles donde se combatió metro a metro al hambre.

Al norte de Despeñaperros, la devastación alcanzó un grado aún mayor que el de Andalucía, si es que esto era posible. Madrid es un desierto poblado únicamente por sombras de edificios, ratas de todos los tamaños y manadas de perros callejeros. Lo mismo sucede con Bilbao, Barcelona, Zaragoza, Tarragona, Burgos, Valladolid, La Coruña,... La reconstrucción de todas estas ciudades comportará muchas décadas de trabajo y una correcta política de inmigración.

A mediados de 2012 muchos de los españoles que tuvieron ocasión de abandonar el país antes del desastre, emprendieron el viaje de vuelta. Habiendo sido acogidos en Portugal, Francia o Inglaterra, la mayoría ha regresado a España en un acto de puro patriotismo.

El esfuerzo del gobierno de emergencia, que rige los destinos de nuestro país, se centra en la reconstrucción de Córdoba, Málaga, Sevilla y Nueva Cádiz, pues no se cuenta con el número suficiente de españoles para repoblar otras zonas. Se ha restituido el suministro eléctrico y, como consecuencia de ello, ha sido posible resucitar la televisión, la radio y las líneas telefónicas.

En 2012 varios ataques caníbales tuvieron lugar más allá de nuestras fronteras. Después de lo ocurrido en España, es lógico que el miedo corriese por las redes sociales y por todos los gobiernos igual que si fuese un reguero de pólvora. Nadie deseaba que se repitiesen las escenas vividas en Madrid o Barcelona. La crueldad de aquellos ataques aún dormía, agazapada, en el subconsciente colectivo.

En previsión de males mayores, las fuerzas de seguridad de los distintos países obraron de manera expeditiva ante la más mínima alerta. La orden era disparar a matar. Fue célebre mundialmente el caso del hombre que, en Florida, atacó a un mendigo para comerse su cara a mordiscos. Pero no fue el único. Según el *Shanghai Daily*, en China un conductor de autobús mordió en la cara a una mujer por el simple hecho de que su coche le bloqueaba el paso. De nuevo en Florida, otro hombre atacó a mordiscos a un vecino; las heridas cobradas en el brazo demostraron una bestialidad inusual.

Inmediatamente, desde los gobiernos de medio mundo se culpabilizó de aquella agresividad a cierta droga, a las famosas *sales de baño*, más que nada para desviar la

atención de los medios de comunicación. Lo importante era jugar al despiste. Por eso mismo se barajaron distintos nombres para el origen de aquella fiereza: Paloma roja púrpura, Cloud Nine, Onda lunar, Marfil puro, Ola de marfil, Cielo de Vainilla, Bendición, Relámpago blanco. O incluso se dio el nombre científico de la susodicha droga, Metilendioxiptovalerona.

Engaño gubernamental o no, lo cierto es que aquellos ataques tuvieron lugar, y que no dejaron lugar a dudas acerca de su crudeza. El Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades descartó la contingencia de una epidemia zombi. Sin embargo, ¿continúa latente la amenaza de los resucitados? ¿Escapó algún resucitado al ataque final que el ejército norteamericano desencadenó en Finisterre? ¿Pudo alguno esconderse en el puerto y, tras varios días sin delatar su posición, navegar hasta las costas portuguesas? Culpabilizar a las famosas sales de baño del canibalismo de los ataques del año pasado no es otra cosa que una cortina de humo, una manera de ganar tiempo y de no alertar a la población mundial. Pero esa es otra historia, que diría Michael Ende; acaso una interminable.

Es hora de regresar a Málaga. Ayer realizó la última entrevista. Tras charlar con Luisa Almendros, Alejandro Castrøguer ha finalizado el trabajo de campo. Ahora solo resta componer todo el material recopilado.

Cuando Almuzara, por mediación de Javier Ortega, le contrató para que relatase lo que había sucedido en España durante la Guerra de la Doble Muerte, pensó que se equivocaban de hombre. No ha estudiado periodismo, él simplemente se dedica a escribir novelas. En palabras de Ortega, la editorial confiaba ciegamente en su capacidad de trabajo y observación.

De qué manera escapó el novelista de la ira de los hambrientos, no viene al caso; es innecesario conocer una aventura que tiene mucho de cobardía y de suerte, y muy poco de enaltecida supervivencia.

Ha centrado su investigación en Granada, Córdoba y Sevilla; también en Nueva Cádiz. Además ha visitado localidades o campamentos que ha conocido gracias a los entrevistados. Subió a la sierra de Montserrat en busca del campamento Vermell, y sobrevoló los Picos de Europa para ver la Cabaña Verónica. Ha visitó los campamentos Menga I, Castillo de Chinchón o Escorial Este, y llegó hasta Finisterre. Allí, accedió al interior del hostel Comala y ascendió hasta el peñón, donde aún yacen esparcidas las tripas del faro.

Gracias al trabajo previo a la redacción de *La verdadera historia de la Guerra de la Doble Muerte*, el autor ha conocido a hombres y mujeres excepcionales que sobrevivieron a aquella destrucción.

A principios de octubre de 2013, Francesc Maciá trabaja como fotógrafo *freelance* para distintos periódicos de Sevilla y Málaga. Vive en una casa del barrio de Santa Cruz, se ha casado con una cordobesa y tienen un par de niños. Maciá habló del campamento Vermell, de aquel monumento a Ramón Llull sobre el que solía montar guardia. También de la huida del autocar camino de la Costa da Morte, de las

distintas bajas que sufrieron en el trayecto y de Italia, la muchacha de las rastas. Inocencio Guerau, herido por su propia arma de fuego en el brazo izquierdo, fue conducido hasta un hospital de Londres. Tras semanas de recuperación, fue dado de alta sin mostrar el más mínimo síntoma de infección. Al conocer el empeño de Castrøguer por contar lo que sucedió en el Vermell, le remitió una carta desde Manchester. En ella explicaba que Bernabé Arnaltes y él habían sido vecinos antes de la caída de Barcelona y que se conocían bien. Añadía que la palabra en clave *Bresoll* con que soliviantaba a su vecino señalaba un local donde el intachable profesor no escuchaba ópera, sino que compraba heroína y alquilaba sexo ilegal procedente de África.

La pequeña Aurora ya ha cumplido siete años. Aunque aún conserva a la muñeca Guguna, ya no es ninguna niña. Fue adoptada por una familia de Nueva Cádiz, donde vive en la actualidad. La niña habló al entrevistador de Javi Durán, de José Antonio Carrasco, de Natividad y de míster Brooks, quien afirmaba ser el autor de *Guerra Mundial Z*.

Carlos Sisí ha regresado a su apartamento de Calahonda. Después de lo vivido, y tal vez gracias a ello, ha dejado de fumar. Cierto o no, aunque los libros de su biblioteca siguen oliendo a tabaco, lo importante es que su familia sobrevivió gracias a la intervención de una patrulla del ejército. Desde que quedara atrapado en Castroforte de Baralla no supo nada de su mujer e hijas. No ha dejado de escribir; tras *Los caminantes*, título profético donde los haya, ha editado *Necrópolis* y *Hades Nébula*, donde ha contado su particular visión de la guerra.

Rodrigo Pérez sobrevive en Burgos, en mitad de una ciudad fantasma. Para proveerse cultiva un huerto. Además, se está leyendo toda la obra de Ray Bradbury y estudia alemán.

Javier Dantas ha regresado a Umbría, tan desolada y huérfana como Burgos. A la entrevista muchas veces aplazada con Castrøguer se presentó con un CD de Ornette Coleman. *Escuchando esa música, sabrá más de mí que después de mil entrevistas*, dijo después de regalárselo. Habló de Finisterre y de la habitación 103 sin entrar en demasiados detalles; habló de Mamashe Correa, Jarque, J.B. y Úrsula. *Aún recuerdo los ojos verdes de Úrsula*, manifestó al tiempo que una nube ensombrecía su mirada. *Para saber más de aquellos días, lea mi libro*. El entrevistador se excusa porque ha olvidado en Málaga el ejemplar de *Evangelio de un Superviviente*.

Eguzki vive en Málaga. Totoro le acompaña a todos lados. Su decisión de subir a los Picos de Europa y refugiarse en la Cabaña Verónica le salvó la vida. Desde hace meses, es la actual pareja del autor de *La verdadera historia de la Guerra de la Doble Muerte*.

De Italia Segorve se sabe poco, salvo que ha escrito *Memorias de una hippie en el Infierno*, y que telefoneó a Castrøguer. La voz sonaba como desde la otra esquina del mundo. *No me pregunte cómo sé que me andaba buscando, sería largo de contar y más difícil de entender. Hallará parte de la clave de todo en los Ícaros*.

Tras la pertinente investigación, el autor ha cobrado más dudas que certezas. El origen de los Ícaros es tan incierto como reservado es el sistema de selección de sus miembros y su distribución, por cuartetos, alrededor del mundo. Sin embargo, algunos estudiosos afirman que hay que remontarse hasta el siglo XIX para hallar al primer Ícaro. Lo más extraordinario del caso no es que el grupo cuente con más de ciento veinte o ciento treinta años de antigüedad, sino que sea el doctor James C. Hawthorne, fundador del hospital para enfermos mentales de Oregón, el creador del mismo. Y mucho más que el objetivo y razón de ser de los Ícaros no fuese otro que acabar con un hijo no reconocido de aquel: Arvo Hawthorne.

Pregunte a Rodrigo y a Dantas por ellos, dijo Italia antes de cortar la llamada. Uno y otro han negado saber nada respecto de los Ícaros.

Por su parte, Luisa Almendros sigue luchando contra el cáncer que la roe por dentro y contra la tiranía de los recuerdos. A la caída de la noche, ya dentro de la cama, trata de anesthesiarse con la lectura de *Ana Karenina*. En vano. En cuanto cierra los ojos, su memoria recupera la imagen de su nieta Angélica.

(Del *Libro de la Ira*, de Antonio Calzado: XLVI, 1-16) *Quizá al fin haya piedad. Quizá Dios tenga misericordia. (...) Pero si se da el caso (bastante inverosímil) no os preocupéis por mí. Ya le diré a Dios dónde puede meterse perdón y paraíso. Sí, justo allí mismo, lo habéis adivinado.*

Lo más grave no es tanto que Luisa, de madrugada, no pueda conciliar el sueño por culpa de los recuerdos, sino que al romper el día las obras de reconstrucción del barrio le impiden regalarse una cabezada a media mañana o una siesta después de almorzar. Máquinas excavadoras derriban las casas alcanzadas por las bombas, camiones llenos de materiales de construcción van y vienen por los alrededores, y un ejército de cien obreros se esfuerza por devolver el antiguo esplendor al barrio de El Arenal.

En la entrevista, Luisa rememoró aquella llamada telefónica que, ocho años atrás, recibiese a media tarde. Era su nieta Angélica: quería hablarle de su primer día de trabajo como profesora de Historia del Arte en un instituto. *Iré esta tarde a verte, a eso de las siete*, dijo antes de colgar.

La abuela no puede olvidar aquel amanecer que traía su nieta en la mirada cuando llegó. Tampoco el abrazo que le dio, ni los besos que le regaló. Luego, mientras merendaban como en los viejos tiempos, Cola Cao y galletas napolitanas, Angélica le habló del recibimiento que tuvo en el claustro de profesores y del nerviosismo que sentía cuando se presentó ante los alumnos.

—Estaba tan nerviosa, abuela —decía entre bocado y bocado a las galletas—. Ha sido maravilloso.

A Luisa le dolía menos el cáncer si su nieta era feliz, sobre todo después de lo que Angélica había sufrido con su ex marido. Aún recuerda la claridad de sus ojos, emborronados por la emoción del primer día de trabajo, muchos años después.

(De *Umbría*, de Antonio Calzado, LXXVI, 13-18.)

No es fácil a través de los años recordar a los muertos. Siempre se nos escapan, de un modo u otro. Sencillamente desaparecen o se funden en otras caras desconocidas que ya no pertenecen o nunca pertenecieron a nadie. Allá lejos se pierden como el humo de una hoguera, cada vez más tenues y olvidados.

Las labores de reconstrucción de la casa de los vecinos que vivían al lado de Luisa Almendros se detienen durante unos minutos. Ello concede un mínimo margen a la abuela para que trate de hilvanar la siesta. Varios obreros que trabajan en el interior del inmueble han encontrado algo en el patio interior, algo lo suficientemente llamativo como para detener el trabajo. El maestro de obras se acerca.

—Un esqueleto —dice un trabajador.

Señala los restos encontrados en un boquete que hay excavado en el suelo. Todos se detienen a observar la sudadera de *Silent Hill* y también el esqueleto diminuto de lo que es un pajarillo, muy próximo a la mandíbula del cadáver que han encontrado.

—¿Quién será? —pregunta uno de los obreros a la espalda del capataz.

Ninguno de ellos conoce su historia, el esfuerzo que realizó para enterrar a Jonás, ni su desesperada lucha por alcanzar la casa de la abuela Luisa; tampoco imaginan el sentimiento de desesperanza que embargó a Judith cuando comprendió que se había equivocado de casa. Ninguno de ellos sabe que en vida aquellos huesos se llamaban Angélica, que era profesora de Historia del Arte.

—¿Qué hacemos?

—Seguimos el trabajo sin pérdida de tiempo —contesta el maestro de obras—. Echadle tierra y cerráis con cemento.

—Podríamos retirar los huesos y... —objeta el trabajador que ha encontrado la improvisada tumba.

—Ni hablar. Hay que cumplir con los plazos firmados.

Mientras doña Luisa no puede conciliar el sueño por culpa de los recuerdos, de aquella Angélica radiante que le hablaba de su primer día de trabajo, mientras los restos de Jonás duermen plácidamente bajo el pedestal de mármol sobre el que se yergue la estatua de Mañara frente al Hospital de la Caridad, tres obreros se afanan en cubrir de tierra los huesos de Judith y del pajarillo que la visitase en la hora final. Paletada a paletada, ocultan la sudadera de *Silent Hill*, el pantalón, los zapatos, las manos, la calavera.

Alejandro Castrøguer abandona el hotel. Desdeña el autobús, prefiere caminar hacia la estación. Observa a la gente, sonrío sin descanso. Parece que han olvidado lo que sucedió hace tres años y medio. Con qué velocidad se restañan las heridas y se marchitan las coronas de flores que sestan sobre los monumentos erigidos en recuerdo de los millones de víctimas cobradas por la resurrección de los muertos. El hombre es terco en sus defectos y olvidadizo por naturaleza. Duele pensar que esto pueda volver a ocurrir algún día, pasado el tiempo y cicatrizadas las heridas, que la amenaza de una Úrsula o de cualquier otro resucitado siga latente.

En la memoria del netbook, lleva transcritas las entrevistas que ha realizado en

Sevilla a un puñado de supervivientes: Consuelo Quintana, Ernesto F. Weiss, Manuel Mije, Antonio Valderrama, Néstor León, Carmen del Pino... Pese a todo lo que ha oído, no consigue olvidar los ojos de doña Luisa. ¿Cuántos atardeceres habrán contemplado, cuánta barbarie escondida tras esa tristeza? ¿Cuántas veces se acordará de su nieta antes de que el cáncer le gane la partida? ¿Qué habrá sido de Angélica?

Observa todo lo que le rodea con la curiosidad de un niño que es capaz de convertir una pinza de tender la ropa en un muñeco. Para quienes le rodean, para los que van y vienen, ese hombre más que un estorbo es un pecio abandonado a la marea de sus prisas y urgencias. A esa hora de la mañana los pasajeros ya abarrotan los andenes, los pasillos. Sobrevivir al trabajo, a las cargas familiares y a las bancarias, otra vez. Sobrevivir al prójimo por mucho que se enarbole la sonrisa falsa de Judas, como antes de la guerra. La supervivencia a toda costa. Tal y como sucediera tres años y medio atrás con los muertos vivientes, los ciudadanos abarrotan la explanada exterior, igual que hormigas que recomponen el hormiguero, y han sido convocados por el instinto.

Málaga, Madrid, Córdoba, Málaga,
enero de 2010 - septiembre de 2013.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a Vanessa Benítez Jaime que me haya dejado el tiempo necesario para escribir la novela. Sin su colaboración, habría sido imposible: Nora y sus juegos requieren demasiadas atenciones. Tampoco me quiero olvidar de Antonio Calzado, que siempre está ahí, dispuesto a echar una mano y a dar palabras de ánimo. Y cómo no, a Adela Reloba.

Por haber escrito unas citas que aparecen en los capítulos 17, 19 y 25, he de reconocer la colaboración de Emilio J.Bernal, Ricard Millàs y Vanessa Benítez Jaime. De ellos es el mérito de sus palabras. A Carlos Sisí por soportar mis preguntas acerca de su personaje, y a Javier Cosnava por apoyarme en todo momento.

Por último, es justo señalar a Javier Ortega como máximo responsable y valedor del proyecto. Desde el 2010 a este 2013, sin su ayuda, ninguna de las dos novelas habría visto la luz.